

EN LAS AMESCOAS

María del Puy



EN LAS AMESCOAS

MARÍA DEL PUY

POR

D. GREGORIO IRIBAS

Doctor en Derecho
Licenciado en Filosofía y Letras
Decano del Ilustre Colegio de Abogados de Tudela
Ex-director de la Real Sociedad Económica de la misma
Catedrático auxiliar que ha sido de la Universidad
Literaria de Zaragoza, premiado por
varias Corporaciones, etc.

—>>>X<<<—
CON APROBACIÓN ECLESIASTICA

11085

TUDELA
Tip. «El Progreso Industrial» Sada Hermanos y Prado
1900

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
previene la Ley.



PRÓLOGO

Hay inteligencias felices que tienen el don de asimilarse con idéntica facilidad y provecho igual lo científico y lo artístico, y que, por lo tanto pueden, á la vez, ejercitar sus energías y derramar sus luces en campos intelectuales entre sí distantes, alcanzando una especie de ubicuidad mental.

De ese género es el talento del Sr. Iribas, como lo prueban, no vanos elogios ni adulaciones cariñosas, sino hechos elocuentes, que tienen toda la fuerza persuasiva de la realidad.

El Sr. Iribas, maestro en las ciencias morales y políticas, pensador de los grandes problemas del derecho, abogado ilustre, cuyos informes luminosos tienen fama en toda Navarra, ha querido probar sus aptitudes para el arte, y ofrece hoy á nuestra literatura un libro conmovedor, la interesante novela *María del Puy*.

Sus páginas son el hecho irrefutable de que el talento del Sr. Iribas tiene esa flexibilidad feliz de que antes hablábamos, la cual le permite agitarse intelectualmente en la adusta esfera

del derecho y en los rientes campos de la literatura.

El asunto de tan bellísima novela no puede ser más sencillo ni más humano. El amor y los celos son el eje sobre que gira; solo que el amor en ella no tiene las candencias y las audacias que hacen sonrojar á las mujeres castas.

Los personajes están, en general, vigorosamente delineados, por lo cual se les siente palpitante bajo las hojas del libro. Sin embargo, fiel á la verdad, he de decir que de los tres personajes capitales, precisamente la protagonista, es la que resulta algo borrosa para el lector, el cual cree á veces que Maria del Puy prefiere á Luis, y otras que á Adolfo, sin llegar á saber *exactamente* cómo es aquella alma. Bien se ve que es hermosa, que es buena, pero no existe allí el rasgo personal vigoroso, el dibujo detenido y detallado que no deja ámbito del alma que no recorra con mano segura y fuerte para calcar todas las líneas del espíritu.

En cambio Luis y Adolfo están vivos, son de carne, existen, los conocemos, hemos hablado con ellos. Con tal maestría y tal fuerza de verdad están pintados. La primera disputa entre los dos amigos es de un realismo admirable, y una de las más hermosas páginas de la novela.

D. Cirilo, el cura de Zudaire, es un delicioso tipo: los apuros morales que pasa el bondadosísimo sacerdote para desempeñar todas las comisiones espinosas de que se encarga por ser tan bueno, tan caritativo, tan *infantil*, á pesar de sus años, tan niño no obstante la amarga ciencia del confesonario donde las almas, desnudas, solo muestran sus miserias y sus llagas; la decisión cristiana con que, llegado ya el mo-

mento, aborda los asuntos puestos á su cuidado, y el tino exquisito con que los lleva á solución satisfactoria; todo, en fin, cuanto hace y dice el benditísimo cura de Zudaire merece muy altos elogios desde el punto de vista artístico. Esta sola figura acredita de escritor á quien, como el Sr. Iribas, acierta á presentarla tan hermosa.

Del mismo modo, en punto á diálogos, los humorísticos y ligeros de María del Puy con su primo y con Adolfo, y los de éste con sus vecinos y amigos, son más bellos que cuando el autor hace hablar á sus personajes tocando la nota amorosa ó dramática.

El desarrollo de la acción es natural, pero algo lento, no obstante lo cual el interés que despierta no decae.

Las descripciones están bien hechas, en general, sobre todo las de los grandiosos paisajes de las Améscoas. Aconsejo, sin embargo, al ilustre escritor que procure, en otras obras, hacerlas más breves y en menor número, así como también que elimine algunos incidentes secundarios que detienen la marcha de la acción.

En resumen, el libro que D. Gregorio Iribas ofrece hoy á la crítica y al público, es una obra que revela excelentes condiciones de novelista y que se lee con el placer nobilísimo que produce todo lo bello.

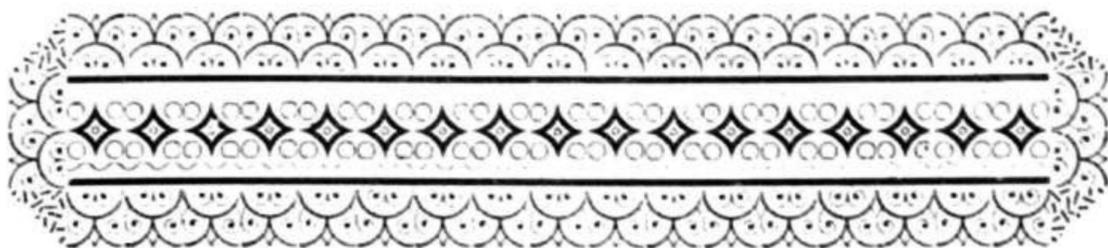
Sus páginas, alegres ó conmovedoras, jamás producen sonrojos aunque el amor impetuoso y algo carnal de Adolfo corra por ellas como río de fuego por las vertientes de un volcán. Una ráfaga religiosa refresca el espíritu del lector, que la aspira con delicia.

Las mujeres y los niños pueden leer libro tan

bello, donde el gran público hallará mucho que admirar, y la crítica serena no poco que aplaudir.

Rafael Alvarez Sereix.





EN LAS AMÉSCOAS

MARIA DEL PUY

I

UNA MUJER AFLIGIDA

GN el interior de una pobre casa de las Améscoas se oían sollozos y un rumor vago, como de cuchicheo, que era más perceptible cuando cesaban los lamentos. A poca distancia de la casa, gemidos y conversaciones quedaban sofocados por los rugidos del viento que venía furioso de la sierra, de la que arrancaba la nieve á montones y los escupía con rabia sobre el pueblo de Zudaire.

A despecho de la inclemencia, resguardándose como podían de las acometidas del huracán y de los torbellinos de nieve, llegaban distintas personas á la casa, daban de prisa vuelta á la aldabilla que sujetaba la mitad inferior de la puerta, sacudían en el portal la nieve, desembarazándose los viejos de la *anguarina*, y las mujeres de la saya con que cubrían la cabeza, y se internaban, volviendo

á quedar vacío el zaguán, sin más señales de su paso que el húmedo rastro de sus plantas, y los copos de la nieve sacudida de sus vestidos, que se deshacía pronto al contacto del suelo mojado.

Entremos también nosotros.

Guiados por las voces nos hallaremos en la cocina, y á la escasa claridad de la luz que entra por la ventana, y al resplandor del fuego que arde en el hogar, se divisa una veintena de personas.

Sentada en el fondo, nerviosa y desgredada, una mujer de unos 30 años, con dos niños, uno en brazos y otro agarrado á sus faldas, llora y prorrumpe en gritos, que asustan al pequeñuelo.

—Vamos, mujer, no te desesperes; le dice una vecina. De un momento á otro puede volver tu marido.

—¡Ay Virgen Santísima! ¡Madre mía del Carmen! Sálvalo: por estos pobres hijos, si no por mí.

—Juan conoce la sierra como la palma de la mano, observaba un viejo, que figuraba entre los circunstantes. Mala ha sido la noche y el temporal es duro; pero *chaolas* hay en la sierra, y á estas horas está guarecido en algún; tan pronto como amaine el tiempo, volverá, que de mayores distancias ha venido otras veces.

La mujer parecía no escuchar: con la vista fija en el fuego, apretando convulsivamente contra el pecho á la criatura, diríase que no se daba cuenta de lo que sucedía á su alrededor. De vez en cuando pasaba la manga del vestido por sus ojos arrasados de lágrimas; su pecho se levantaba con una respiración anhelosa y desigual, y se desahogaba en gemidos y á veces en ayes desgarradores.

Cuando esto sucedía todos le prodigaban consuelos, esforzándose en persuadirla de que el mal no era tan irremediable.

—No es la primera vez que has pensado que tu Juan no volvería. Y ha vuelto, después de más tiempo de faltar; le insinuaba una mujer alta, de encanecido pelo.

—Es verdad, contestaba ella; pero si su ausencia me hacía temer entonces que hubiera podido ser atacado por una fiera, ó haberse derrumbado por un precipicio, ahora no son cosas inciertas: es bien seguro que la tempestad lo ha cogido y que mi pobre Juan no la puede resistir.

—Y ¿por qué no ha de resistirla? Aun no sabemos, añadía otro, si tu marido estaba en el monte: pudo bajar antes de que la tormenta arreciara, y meterse en alguna choza del llano, aguardando que pase la ventisca.

—Si Juan no estuviera en la sierra, estaría aquí. El sabe cómo he de estar yo, y de haber bajado al llano, habría venido á casa, *juese* como quisiera.

—Puede que ni *siquiá* haya salido del valle hasta ver si calmaba la tormenta. Pero aunque le haya *pillao* arriba, lo tendrás calentándose en el palacio de Urbasa, pensando en el mal rato que tú te llevarás.

—No, tío Domingo. Mi Juan se fué al raso de Lezamón, y el palacio está muy lejos. Desgraciada de mí! ¿Qué vá á ser de mis hijos?

Y la pobre mujer los besaba con desconsuelo.

Junto á la ventana dos hombres hablaban en voz baja.

—Tiene razón la infeliz, decía el uno. Si á estas horas no lo han muerto el hambre, el frío y la nieve, sólo un milagro de Dios puede salvarle, porque el temporal vá en aumento y no lleva traza de cesar.

—Así lo pienso también; si no está viuda, lo estará pronto. Juan no es hombre que se acobarda. Cuando no ha venido es que no puede venir. Fiado en sus *juerzas* y en que la cosa no pasaría á mayores, no querría volver sin los potros, y cuando haya *tratao* de bajar le habrá

sido imposible. Lástima de hombre, porque á *honrao*, trabajador y animoso pocos le ganarían.

—Yo no sé si hacen bien en darle á Petra tantas esperanzas. *Guëno* que la animen algo, porque nadie sabe lo que ha sucedido: pero de cien hay noventa y nueve *probabilidades* de que el temporal lo ha *cogío* en la sierra; y todos sabemos que si no es por un milagro no hay quien lo libre.

Resonaron en esto unos pasos firmes y acompasados, y en el umbral de la cocina apareció la figura de un fornido joven de erguida apostura, mirada dulce y serena y traje superior al de aquellos campesinos.

Cuando Petra lo vió, lamentóse de nuevo, mientras los vecinos ofrecían asiento junto al fuego y saludaban con respeto y cariño al recién llegado.

—Me han dicho que tu marido fué ayer al monte, y que no ha vuelto; y vengo á verte, figurándome que estarías intranquila.

—¡Dios se lo pague, señorito Luis! No ha venido mi Juan; desde ayer está en la sierra, y *aura*..... figúrese usted lo que habrá sido de él.

Y la pobre mujer se echó á llorar.

—Vamos, Petra, serénate. No hay que desesperarse. Juan es un bravo montañés, acostumbrado á la sierra; y además Dios no desampara á los que como él se portan bien. Refiéreme lo sucedido, y cuenta conmigo.

Estas palabras, pronunciadas con firmeza y naturalidad, sosegaron algo el atribulado ánimo de Petra, que, enjugándose los ojos, le hizo esta relación:

—Poco puedo decirle, señorito. Ya sabe V. que ayer amaneció el día muy frío, pero sin borrasca. Tenemos en la sierra unos potros, que contamos vender *pá* la feria de San Fermín, y con lo que saquemos ir pagando nuestros

gastos. Y como el invierno vá siendo tan crudo, mi Juan decidió bajarlos.

El *ganao* andaba por el raso de Lezamón, y Juan se marchó á las seis de la mañana diciéndome que á la hora de comer estaría en el pueblo.

Desde la puerta le ví marcharse para el monte, y antes de empezar la subida se volvió y me dijo «adiós» con la mano;... ay, señorito ¡su último adiós! Una hora después empezaron á caer copos de nieve; al principio no me asusté, pero la nieve iba cada vez á más y el aire hacía unos ruidos que daba miedo. Yo, todo era mirar al monte, por si Juan, al encontrarse con la tormenta, se *golría* á casa; pero nada. Y á todo esto, el viento seguía furioso: ya no eran copos sino nieve á montones lo que caía; y el pueblo, el valle y sobre todo la sierra, que ya venía de antes nevada, estaba todo igual.

Encendí una vela á la Virgen de los desamparados, y un rato rezaba, y otro me iba á la ventana... me llegaba hasta la puerta; y él sin parecer por ningún sitio.

Dieron las doce; dió la una... y el corazón se me apretaba cada vez más.

Toda la tarde estuve aguardándole. ¡Qué sobresaltos, Dios mío! Pero conforme pasaba el tiempo, iba perdiendo la esperanza. De sobra podía estar de *güelta*, aun contando con el retraso de la nieve; pero le habrán faltado las *juerzas*, y la traidora ventisea lo habrá envuelto.....

Algunos vecinos vinieron á hacerme compañía; y mi prima Antonia y la tía *Pintada* han *pasao* la noche conmigo.

No *quisió* decirle, señorito, la noche que he *pasao*! Habrá V. oído el estruendo del huracán: los árboles se rompían; aullaban los perros; las puertas se *golpiaban*, y la nieve siempre cayendo. ¿Qué quería V. que yo hiciese?

Pensaba en mi pobre Juan, perdido en la soledad de la sierra; *helao* con el frío de la noche, *engüelto* en nieve, muerto sin que ni su mujer ni nadie le *pudiá* dar auxilio...

Petra acabó entre sollozos. Ya lo sabe V. todo; ha amanecido; son las ocho... y nada.

—¿Llevó Juan comida? le preguntó Luis.

—No señor: un poco de tocino y un zoquete de pan; no quiso llevar más, porque para las doce había de bajar á comer.

—¿Fué solo? ¿Llevó el perro?

—Solo, señor. El perro se ha *quedao* en casa, porque temía que, de llevarlo, espantára á los potros.

—¿Con qué traje fué?

—Con el de siempre, y el *tapaboca*.

—Pues repito lo que te dije. Confianza en Dios, y no demos por ciertos los males hasta que estemos seguros de ellos. Un montañés robusto no perece así como quiera, y Juan puede estar guarecido en alguna cueva, si es que no se ha refugiado en el palacio de Urbasa. De todos modos, nada se adelanta con llorar desgracias que no sabemos. Vuelve á tus faenas de la casa; y si algo necesitas, acude á la mía.

Y dirigiéndose á los circunstantes, añadió:

—Vosotras, ayudad á Petra; pero nosotros (mirando á los hombres) nada tenemos que hacer aquí. Vamos á la iglesia, por si desde ella se descubre algo.

Ocho ó diez hombres, de distintas edades, se levantaron y le siguieron.

En el corto trayecto hasta la iglesia, nadie pronunció una palabra, ni pensó más que en defenderse del temporal.

Llegados al pórtico del templo, Luis les dijo:

—No sé por qué, se me figura que Juan vive todavía; pero lo qué sí sé es que, á no socorrerlo, su muerte es

inevitable. Para que hablásemos de esto os he traído. ¿Qué os parece que convenga hacer?

Nadie contestó.—Luis, al cabo de un corto rato, prosiguió:

—Es preciso subir al raso de Lezamón, y no hay tiempo que perder. Juan está sin provisiones, y no puede resistir otra noche. Hay que buscarle y encontrarlo antes que caiga la tarde; y para esto bastan unas cuantas personas de buena voluntad.

Un hombre de edad madura, después de cambiar una mirada con los otros, contestó por todos:

—Ya sabe V. que en el pueblo no hay quien no quiera á Juan como es debido; pero lo que V. propone es *aura* imposible. Los que con este tiempo se aventuren por la sierra caminan á una muerte segura; y sin que Juan se salve, perecerán los demás.

—Convengo, si fuera uno solo: pero varios, bien dispuestos, que pueden auxiliarse mutuamente, ¿por qué no han de subir?

—Porque todo está intransitable, y no sabiendo de cierto donde está Juan, no es fácil dar con él; ni hay que pensar en seguir sus pisadas, borradas por la nieve.

—Juan ha de estar hacia el raso de Lezamón: ya nos lo ha dicho Petra; de modo que esas excusas más parecen cobardía que otra cosa.

—No es que *siamos* cobardes, D. Luis. Es que es una temeridad ponerse en camino con esta tormenta. Mire usted *tronchaos* los árboles del llano, y cómo se retuerecen y amenazan romperse las ramas que quedan. Si esto sucede aquí ¿qué es lo que pasará en lo alto de la sierra?

—¿No lo decía yo, replicó con viveza D. Luis? Os falta valor, y nunca lo hubiera creído. Todos estamos expues-

tos á lo que al pobre Juan le sucede, y todos debemos auxiliarnos, despreciando los peligros.

—Acuérdese V. de lo que pasó cuando el hijo del tío *Pelleja*. Su primo Marcial *jué* á por él á la sierra; y se *trugieron* dos *cadáveres* en vez de uno.

—Marcial hizo lo que siempre se ha hecho en esta tierra, añadió D. Luis con creciente exaltación: lo que han hecho siempre los navarros; lo que hace todo cristiano que tenga corazón, que es exponer su vida por salvar la de los demás.

Cuando en las Améscoas se ha temido una desgracia han sobrado hombres para remediarla, sin reparar en sacrificios; y gracias á ello se han salvado muchas vidas; pero si vosotros no os sentís capaces de arrostrarlos por un honrado padre de familia, que á buen seguro que no hubiera vacilado en exponer su vida por vosotros, hacéis bien en rehusarlo; que ayudas que se prestan con miedo, más son carga que ayuda.

Pensaba haber ido con vosotros; iré solo...

—Y yo; y yo... dijeron varias voces á un tiempo.

El que primero había hablado, contestó con cierto tono de pesar:

—Todos iremos, D. Luis; y ha hecho V. mal en creernos cobardes. Si le he dicho lo que *li* dicho es porque V. ha *preguntao* nuestra opinión y se la hemos *dao* como siempre; con sinceridad y á la *güena* de Dios. Pero eso no quita *pá* que todos estemos prontos, y yo el primero, á buscar á Juan. Y aún menos lo habíamos de dejar á usted marcharse solo.

—Venga un abrazo; y D. Luis lo estrechó con cariño. Ya sabía yo que lo amescoanos tienen el corazón de siempre. No se hable más, y vamos á preparar la expedición. Son las ocho y media, y á las nueve hemos de estar en

marcha; pero sobra personal, y no hemos de ir más que gente moza. Tú, Ruperto y tú, Nicanor, que como yo no teneis mujer ni hijos, sereis conmigo de la partida.

Hubo un pugilato por quienes habían de ser los designados; pero prevaleció la opinión de D. Luis, aunque se aumentaron hasta seis los expedicionarios.

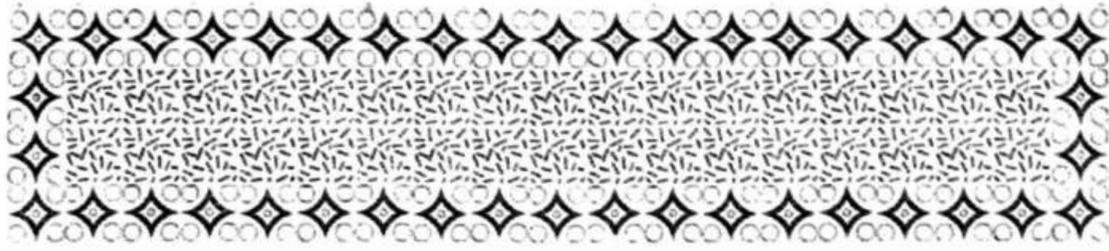
D. Luis les dijo:

—Dentro de media hora os espero aquí: ahora vamos cada cual á nuestra casa; poneos ropa y abrigo para el monte; calzad las *galochas* y traed comida suficiente para un día.

Yo haré lo mismo, y además llevaré un frasco de ron, cuerdas y un botiquín. V., tío Cosme, lléguese luego de las nueve á casa de Petra y dígale que no volveremos sin su marido. Y váyase después á casa del Sr. Cura y encárguele de mi parte que comunique á mis padres nuestra expedición.

Y sin más palabras cada cual tomó el camino de su casa.





II

OJEADA RETROSPECTIVA



MIENTRAS los expedicionarios se preparan á su arriesgada empresa, vamos á consignar algunos antecedentes indispensables para el mejor conocimiento de los hechos.

D. Santiago Quiñones del Romeral, de noble linaje, (como lo acreditaba el escudo de piedra que se veía en la fachada de su casa solariega), era el más rico propietario del pueblo de Zudaire, y la providencia de sus moradores. A ejemplo de sus antepasados había vivido siempre en el valle de la Améscoa baja, y siguiendo las tradiciones de buscar los enlaces dentro del país, casó con la virtuosa señora D.^a Mercedes Iniesta, oriunda del pueblo de Eulate, en el vecino valle de la Améscoa alta.

De este matrimonio nació, como único fruto de bendición, el D. Luis, á quien hemos visto en el capítulo precedente presentarse de improviso en casa de Petra.

El *Señorito*, (nombre con el que era conocido por ser el único que por su posición y prendas sobrepujaba notoriamente de la condición de los demás), contaba á la sazón

veintidós años; y el carmín de sus mejillas, la claridad y transparencia de sus ojos azules, la robustez de sus miembros, su postura naturalmente erguida, el desarrollo de su saliente pecho, la anchura de sus espaldas, el color sano, la fuerza y agilidad que en él se advertían, denotaban á las claras que se había desarrollado en el seno de la naturaleza, respirando el balsámico y oxigenado aire de sus montañas.

Hasta los once años había corrido libremente con sus camaradas de la escuela, y ninguno le aventajó en destreza para apoderarse de los nidos, en agilidad y resistencia para trepar á las rocas más escarpadas, en decisión para zambullirse en las frías y casi heladas aguas del Urederra, en perseguir la caza ó regir con mano firme los intrépidos caballos montañeses.

Merced á este vivir diario en la plenitud del campo, del bosque y de la sierra, su cuerpo se había desenvuelto y fortificado; pero aún valía más su corazón, abierto de suyo á toda empresa noble, á todo sentimiento generoso, y en el que hallaban eco y resonancia toda lástima, pesar ó infortunio.

Pocos esfuerzos necesitó D.^a Mercedes para dirigir aquel corazón naturalmente inclinado á la compasión y al bien; pero no descuidó su alta misión de madre, contemplando con orgullo los tesoros de aquella alma, en que grabó profundamente los principios y doctrinas de nuestra Santa Religión.

Más trabajo costó á D. Santiago sujetarle al yugo de la instrucción; y nó porque la inteligencia de su hijo fuera refractaria, si no porque la quietud de los bancos de la escuela, pugnaba con su afán de movilidad.

Necesitaba luz, aire, espacio; correr por las praderas; mojarse con las gotas que salpicaban las cascadas del río;

escalar el torreón que no lejos se alzaba; y las cuatro paredes del aula le ahogaban.

D. Santiago Quiñones se desesperaba viendo lo poco que adelantaba su hijo.

—Déjalo, le decía D.^a Mercedes. Ya aprenderá.

—Sí, ya aprenderá; pero el caso es que tiene ocho años y aun no lee de corrido; mientras que á todos los de su edad da gusto oírles.

—Yo lo que deseo, replicaba la madre, es verlo siempre tan alegre, tan cariñoso y obediente como ahora. Lo demás ya vendrá: dá tiempo al tiempo. Antes que ver cómo se marchitaban los hermosos colores de sus mejillas y que una enfermedad se nos lo llevase en castigo de hacerle estudiar demasiado, prefiero que sea un ignorante, un salvaje, si quieres; pero que nos ame como nos ama ahora; que alegre la casa con sus ruidosas careajadas, y nos cubra de estrepitosos besos, cuando cansado de sus correrías viene con la ropa manchada, y alguno que otro girón en ella, á colgarse de nuestro cuello...

La idea de que su hijo pudiera morir, minada su existencia por el brusco cambio que proyectaba introducir en sus costumbres, pasó como rápida visión por el cerebro de D. Santiago, latió con fuerza en sus sienes, repercutió en su amante corazón de padre, y le hizo en el acto modificar sus planes, que quedaron reducidos á que á las tardes fuese el maestro á dar á Luis una lección de media hora, cuando este hubiera vuelto de sus juegos habituales; pero con la condición, ímpuesta por D.^a Mercedes, de que quedaba á su cargo suspender estudios y lecciones tan pronto como advirtiese que se amenguaban la salud, la gentileza y jovialidad de Luis.

No hubo necesidad. El chico resistió muy bien aquella prueba perfectamente soportable; y el maestro no cabía

en sí de gozo al ver cómo adelantaba Luis con aquellas lecciones vespertinas.

Luis llegaba á ellas, harto de correr y deseoso el cuerpo de descanso; mientras que su inteligencia estaba despierta y sin fatiga: la luz del velón (un antiguo velón de cuatro mecheros, cuyo dorado metal echaba chispas, de puro limpio) iluminaba la mesa de estudio, y dejaba lo demás en incierta penumbra, convertida en verdadera sombra en los ángulos de la extensa habitación; y las explicaciones del profesor, á él solo dirigidas y acomodadas á su edad, sostenían la atención de Luis, que no se veía distraído por los mil objetos que de día seducían á sus ojos, ni sentía bailar-se las piernas, como cuando estaba en el aula. Así es que el claro ingenio del joven, de tal modo aprovechaba aquellas breves lecciones, que pronto se puso al nivel de sus compañeros, y á los diez años ocupaba uno de los primeros puestos de la escuela.

A los once, perfectamente impuesto en la primera enseñanza, pasó á un colegio de Pamplona, en calidad de alumno interno para estudiar en el Instituto, con encargo á los profesores de que procurasen que en especial se impusiera en la agricultura, historia natural y física y química, por ser las que más le interesaban para el género de vida que había de llevar.

No hay que decir las lágrimas que costaría á D.^a Mercedes separarse de su hijo: en su cariño de madre lamentaba las exigencias sociales que le iban á robar durante cinco largos años la prenda de su alma. Pero D. Santiago se mostró inflexible, y D.^a Mercedes hubo de resignarse.

Le preparó el equipo con abundancia y llegado el día se despidieron después de mil abrazos, poniéndose en marcha.

D. Santiago y Luis cabalgaban en sendos caballos

amescoanos, de poca alzada pero de buena sangre, ágiles y seguros. Al ruido de sus cascos se asomaban los vecinos, y hasta la última casa del pueblo aquello fué una despedida continua.

—¡Vayan con Dios, D. Santiago y la compañía! Hasta la vista, Luisico!

—Que te acuerdes del pueblo, y de los que te queremos!—La Virgen les acompañe!

—¡Hasta más ver, hermoso! Aniceto te hará una visita, que tiene que ir á Pamplona.....

—Ahí va un abrazo, Luisito! Adiós rico, pimpollo, saleroso...

Luis, con triste sonrisa y el corazón acongojado, contestaba como podía.

Fuera del pueblo pusieron al trote los caballos: instintivamente, padre é hijo, antes de emprender la bajada de Baríndano se volvieron para mirar al pueblo; allí, en la azotea de la casa se divisaba un bulto que agitaba un pañuelo. ¡Adiós madre, le dijo Luis, como si pudiera oírle! Y con el sombrero le repitió su adiós. D. Santiago hizo lo propio, y apresuró el trote de su cabalgadura, viendo reflejarse en el rostro de su hijo la impresión de aquellos críticos momentos en que por vez primera abandonaba la casa paterna, el pintoresco valle nativo, todas sus amistades y afecciones.

Aquella misma noche dormía Luis en el Colegio.

Por primera vez se acostaba sin recibir el beso de su madre; viéndose mezclado con otros muchachos, y ocupando como uno de tantos su recinto en el largo dormitorio. Contra costumbre, el sueño tardó mucho en cerrar sus párpados; por fin se durmió, aguardando la luz del nuevo día en que su padre había prometido ir á darle el último adiós, antes de emprender su regreso.

Don Santiago lo encontró, aunque triste, menos impresionado que á la noche; pero cuando llegó el momento de despedirse; cuando vió Luis que le iba á faltar aquel último lazo que representaba su pasado, un río de lágrimas se agolpó á sus ojos y cayeron en abundancia sobre su no menos conmovido padre. Este se enjugó furtivamente y con turbada voz en que le anunciaba que pronto volvería á verlo, se desasíó de sus brazos y atropelladamente bajó la escalera.

En el portal se detuvo; secó una lágrima rebelde que pugnaba por escaparse de sus pestañas; procuró componer el semblante, y exhalando un profundo suspiro se lanzó á la calle, exclamando: ¡Pobre Luis! Aun no sabes bien lo que es el amor de un padre, y lo que me cuesta dejarte!

.
El régimen del colegio, con su variada distribución de horas; las amistades de sus nuevos compañeros, con los que pronto simpatizó; y la novedad que todo le ofrecía, calmaron sus primeras angustias; y en breve fué uno de los colegiales que podían citarse por modelo.

Llegó á ser el predilecto del Director y compañeros. Su afabilidad y bondad de corazón le atraían las simpatías. Diestro en toda clase de juegos, incansable en paseo, animado y condescendiente, se hacía querer.

Había no obstante un condiscípulo, de sentimientos mezquinos, que le tuvo envidia; y cuanto más se captaba Luis el afecto de los otros, más aversión le cobraba él, significándosela por cuantos medios podía.

Luis se apercibió claramente; pero no hizo caso. Como no le faltaban camaradas con quienes distraerse en los ratos de esparcimiento, prescindió de Julio, que así se llamaba su adversario, quien se encontró más solo y aislado que nunca,

Esto acrecentó su ódio; y fiado en que tenía algún año más que Luis, y atribuyendo á pusilanimidad la natural bondad de este, un día se decidió á armarle camorra; y le increpó en el recreo acusándole de haberle robado un cortaplumas.

—Yo no te he quitado nada.

—Sí; tú me lo has robado, ladrón!—Saca el cortaplumas, ó si nó lo pasarás mal.

—Mira lo que dices, porque no me dejes insultar de nadie. Te repito que no tengo tu cortaplumas.

Algunos compañeros terciaron en la contienda.

—Ya te dice que no te lo ha quitado: se te habrá caído, y verás como lo encontramos en algún sitio.

—No se me ha caído; sino que me lo ha robado él, que es un ladrón indecente.

Luis se cuadró frente al provocador, y le previno:

—Si vuelves á decirlo te rompo el bautismo.

—Pues sí, ladrón; pillo, gran.....

Sin acabar la palabra, sonó una bofetada mayúscula.

De un revés, había dejado Luis estampada su mano en la mejilla de Julio.

Este se lanzó con rabia sobre Luis, que esperó á pié firme la acometida; y empujando con fuerza á Julio lo llevó á empellones hasta la pared. Agarrábasele éste, y con mordiscos y patadas intentaba desahogar su furia: pero la mano izquierda de Luis se clavó como la garra de una ave de rapiña en la chaqueta de Julio, mientras que con la otra descargaba tales puñetazos, que obligaron á Julio á desasirse; y de un empujón Luis lo derribó en tierra, renunciando á ensañarse con él.

Todo parecía terminado, y Luis se dirigía hacia sus compañeros cuando Julio, que se había incorporado, se lanzó de repente por la espalda sobre Luis, que se tamba-

leó y estuvo á punto de caer: sostuvo, sin embargo, el equilibrio; logró afirmarse sobre los piés, y se sacudió con tal fuerza, con tan irresistible empuje, que se desembarazó de él, y volviéndose de frente cogió á Julio con ambas manos, lo levantó como si hubiera sido de paja, lo tiró á unos pasos de distancia, y mirándole despreciativamente:

—No sé por qué no te piso las tripas (le dijo); y se marchó.

Fortuna fué para Julio que sus posaderas fuesen las que recibieron lo más fuerte del golpe contra el duro suelo; porque á haber caído en otra postura, mal lo hubiera pasado. Así y todo, transcurrieron días sin que hallara manera de sentarse, hasta el punto de que los bancos de las aulas fueron un suplicio para él.

No hubo desde entonces quien desafiase los puños de Luis, que cobró fama de irresistible; y vió aumentarse el número de sus adeptos, que en el mundo de los pequeños como en el de los grandes, los fuertes siempre tienen séquito.

Las vacaciones de Navidad que pasó en Zudaire, fueron como un relámpago que iluminó aquellos breves días y sabrosas noches del hogar doméstico; después volvió la larga ausencia; el lento transcurrir de las horas en la monótona existencia del Colegio, que sin robarle del todo su alegría veló su semblante con un tinte de seriedad.

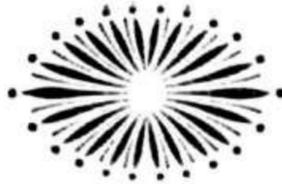
No por ello dejaba de tomar parte en las diversiones de sus camaradas, y ser uno de tantos; pero se le hallaba más reflexivo.

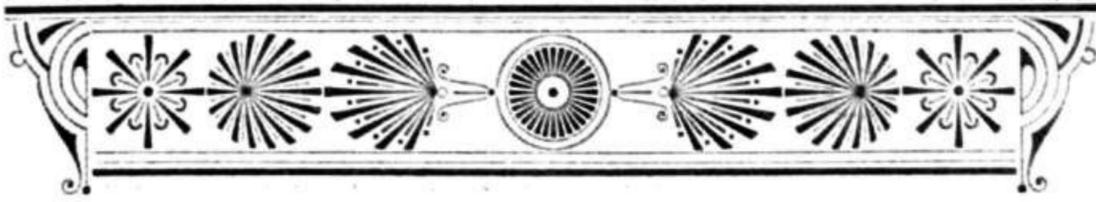
En cambio hizo sus estudios con más profundidad y provecho, hasta el punto de haber obtenido las notas más brillantes.

Cuando llegó el verano se entregó á sus habituales correrías en el pueblo.

Aunque al principio sus amigos estaban un poco tímidos y apartados, acabaron por entregarse con él á sus antiguos esparcimientos y recreos.

Gran pena causó á Luis arrancarse de aquella vida y aquel lugar para él tan queridos; pero sabedor de que los años de Instituto los había de pasar en la capital navarra dominó con firmeza su pesar y de nuevo se puso en marcha para el Colegio.





III

NUEVOS ANTECEDENTES

QCURRÍA esto al fin de Septiembre, y antes de acabar Octubre recibió aviso de presentarse en la sala de visitas, donde le aguardaban.

Crejó que se trataría de alguno de los amigos de su familia, que en Pamplona tenían encargo de visitarle, pero las señas que le dió el fámulo no les convenían. Son un señor de bigote y perilla entrecanos, voz recia, algo cargado de espaldas, acompañado de una jovencita muy mona.

Luis no caía en cuenta.

—¿Quienes serán? se preguntaba á sí mismo, camino de la sala.

Al penetrar en ella lanzó una exclamación de alegría: —¡Querido tío! ¡Mi buena Marieta! Y corrió á abrazarles.

Después de las primeras demostraciones de afecto, siguió diciéndoles:

—Pero ¿cómo es esto? ¿Quién los aguardaba ahora? Me escribieron hace poco de casa, y nada me decían de su venida. ¿No será por ninguna novedad desagradable?

—Nó, le contestó su tío: todo sigue por allá como lo dejaste. Llevo á María al colegio de la Enseñanza de Tudela; pero antes hemos querido venir á verte, picarón.

Nuestra primera visita ha sido para tí; con que no puedes quejarte.

—¿Quién tuviera muchas así! le respondió Luis; pero si Marieta no había de entrar educanda hasta Enero!

—Se ha anticipado mi entrada, le respondió la joven. Tiene papá que hacer un viaje.....

—Sí; tengo que ir á Madrid por quince dias, ó veinte ó más; porque en la Corte tardan semanas en despachar asuntos que en dos días deberían resolverse; y no he querido dejar sola á mi hija.

—Pues haberla dejado en Zudaire como otras veces.—¿Verdad que tú hubieras preferido eso, Marieta? Lo malo es que ahora no hubiera estado yo allí, para divertirnos juntos.

—De todos modos tenía que ir al colegio dentro de un par de meses, repuso el padre; y para hacerlo entonces, aprovecho el viaje para llevarla.

—Pobre Marieta! ¡Qué pena te habrá causado salir del pueblo... También á mí me costó mucho, y el colegio se me hizo triste, muy triste. A las noches me entraban unas ganas de llorar..! Pero ya verás como te acostumbras; no te faltarán amigas...

Marieta se sonreía tristemente; le contó su salida de Eulate y su sentimiento de tener que separarse de su papá.

Pero digamos algo de estos personajes, entre tanto que ellos se entregan á las expansiones de familia.

El padre, D. Cristóbal Salazar de Fuentes, rico propietario de Eulate, en la Améscosa alta, frisaba en los cincuenta y cinco años, y hacía dos que había quedado viudo de D.^a Benita Inieta, prima carnal de la madre de Luis.

La muerte de su adorada madre había sido el primer golpe que hirió el corazón de María del Puy, que así se llamaba la futura educanda.

Ajena hasta entonces á todo dolor, feliz en su inocencia, María no pudo sospechar que la muerte iba á arrebatarle su más preciado tesoro; y quedar á los nueve años huérfana de la inagotable ternura de la que le había dado el ser.

Concentró entonces sus afectos en su buen padre que, herido en lo más íntimo de su alma por la pérdida de la compañera de su vida, se entregó á su vez al cuidado de su hija; y uno y otra se compenetraron, consagrándose su padre á ella, y procurando María suplir en cuanto pudiese la falta de su madre.

Marieta, como la llamaba su primo, era un portento. Alta, esbelta, de ojos castaños, pero tan claros, tan dulces, tan expresivos, que reflejaban todas las impresiones de aquel vírgen corazón, y todas las ideas de aquella cabecita en cuya frente serena se translucía la pureza de sus sentimientos; nariz aguileña, fina y correcta; labios que parecían un capullo de rosa á medio abrir, por los que se descubrían unos dientecitos iguales, blancos como la nieve; diminutas orejas con zarcillos de oro; tez lijeramente morena á través de la que se transparentaba la sangre, que enrojecía sus mejillas á la menor emoción; cejas arqueadas; párpados largos y sedosos; manos finas; piés chiquitines, que se movían con paso rápido y menudo; cabellera abundante que al desatarse tenía los reflejos del oro; y una voz melodiosa, sutil y argentina, que iba derecha al corazón; tal era María del Puy.

Era una niña que anunciaba las gracias de la doncella y las perfecciones de la mujer.

Si se hubiera criado en grandes ciudades su complexión delicada le habría dado aspecto enfermizo; pero los aires

del campo y la vida activa, le habían proporcionado salud y vigor, no obstante su esbeltez.

Era sin disputa la niña más bonita del valle; pero ella jamás se había pagado de eso.

Corriendo tras las mariposas; jugando en corro con las niñas del pueblo, entonando las mil canciones propias de la edad, en las que se distinguía entre todas su purísima voz incomparable; en compañía de su madre, mientras Dios quiso conservársela; al lado de su padre después; yendo á casa de los pobres á llevarles lo que necesitaban, misión de caridad á que su bendita madre la había acostumbrado, era la perla del valle, el orgullo de D. Cristóbal, el embeleso de cuantos la conocían.

Las familias de D. Santiago y D. Cristóbal, enlazadas por estrechos vínculos de parentesco, lo estaban todavía más por la comunidad de hábitos y gustos, por la escasez de personas de su condición, y por la proximidad de sus respectivos pueblos, distantes solo ocho kilómetros entre sí. Considerábanse todos como formando una sola familia, y tal sucedía realmente muchas veces; sobre todo con los hijos; pues Luis pasaba con frecuencia días y aun semanas en la casa de Eulate, y su prima, aunque menos á menudo, no dejaba ningún año de estar una temporada en Zudaire con sus tíos.

D.^a Mercedes, que había acogido siempre como hija á su sobrina, lo hizo doblemente desde que esta perdió á su madre; y al ocurrir la desgracia le dijo:

—Si Dios ha querido privarte de la que te llevó en su seno, aún te queda otra madre, que te ha querido siempre entrañablemente y que de hoy más te amará con todo su corazón.

María no le pudo contestar; pero se arrojó en sus brazos deshecha en llanto, y selló con un abrazo cordial y

prolongadísimo el dulce título de hija, que con tanto afecto le ofrecía D.^a Mercedes.

Desde entonces D.^a Mercedes consideró que tenía dos hijos, en vez de uno; y cuidó y veló por ambos con ternísima solicitud.

Marieta había sido siempre para Luis como una hermana, compañera de sus juegos, y á la que aquel protegía en su calidad de hermano mayor, que le pasaba nada menos que tres años.

Cuando Marieta iba á Zudaire formaba parte de la cuadrilla de niños que con Luis correteaba por los alrededores, tomando parte en sus diversiones, y esforzándose por seguirlos. En sus formaciones marciales ella era la cantinera, la encargada del rancho, y en ocasiones la abanderada; papel que le gustaba mucho. Era de ver su gentil apostura, y la animación de su lindo semblante cuando enarbolaba la bandera patria, (un pañuelo de bolsillo colocado en el hendido remate de una caña), con un par de gallardos soldados que á derecha é izquierda le daban guardia, mientras que á su frente desfilaba el batallón que la saludaba al pasar!

Lo malo era cuando jugaban al toro: allí sí que no sabía qué ser; la cuadrilla le instaba á que fuese el toro, y algunas veces lo fué, pero ni le gustaba el papel ni era grato sufrir los recortes y embestidas de aquellos diablillos; ser caballo, menos; picador, menos aún. Generalmente optaba por sentarse, y verlos jugar, cogiendo florecillas entre tanto: pero los muchachos no se resignaban á que no participase de su alegría, y acababa por mezclarse en la función, ya poniendo un par de banderillas, (que lo hacía bastante mal, según opinión unánime de toda la cuadrilla, incluso el toro), ya de capeadora, en que se lucía más por los bonitos quiebros en que hurtaba el cuerpo

con gran limpieza, ya intentando alguna larga, que terminaba en cornada segura.

La comparsa de muchachos lo corría todo; pasaba de uno á otro lado, y si se interponía el río y el puente estaba lejos, buscaban un paso fácil, en que el cauce por su mayor desarrollo tuviese menor altura de agua, y despojándose de los zapatos se lanzaban al río con los pantalones arremangados. En tales ocasiones Luis y otro chicuelo se cogían de las manos, sentábase María y rodeando sus brazos á las cabezas de los niños era transportada á la otra orilla, con gran contento suyo.

—¡Qué gusto dá esto, les decía! ¡Qué bien se vá así!

Sus piecitos colgaban á medio palmo del agua límpida y transparente del Urederra, en la que la luz penetra hasta el fondo iluminando las guijas y losas de su lecho; las truchas y pececillos huían, como presurosos mensajeros que llevaran la noticia de que una ondina era triunfalmente paseada por el líquido elemento; y ella, sentada en el trono de aquellos brazos entrelazados, flotante la cabellera salpicada de gotitas que, heridas por el sol, resplandecían como brillantes engarzados en el pelo; oreada por la brisa; rodeada de su corte, un poco desarripada, es cierto, pero fiel y adicta, y teniendo por dosel la bóveda azulada de los cielos, en que el sol, desembarazándose de alguna nubecilla importuna, se asomaba presuroso á contemplarlos y acariciarlos con sus rayos; ella, repetimos, no se hubiera cambiado por la más encumbrada soberana de la tierra.

Y á la verdad que ejercía soberano ascendiente sobre aquel pueblo infantil; cuando ella marchaba con su corte, ésta parecía sentir su benéfico influjo, porque apenas ocurrían reyertas y dimes y dirétes, que con exquisito tacto y delicadeza hacía abortar; y ni una vez se dió el caso de

que á su presencia dirimieran la cuestión á golpes y puñadas, como era costumbre tradicional en casos semejantes.

Una palabrita á tiempo; un ademán suyo; un ruego expresado con aquella voz fina é insinuante que ejercía mágico poder sobre grandes y pequeños, desarmaba á los contendientes, y todo marchaba en plácida paz.

Cuando Luis iba á Eulate, María le correspondía llevándole á tomar parte en las diversiones con sus compañeras; y allí se volvían las tornas, porque ya no habia toros, ni soldados; sino casitas que arreglar, muñecas que vestir ó tiendas en que adquirir los comestibles; así es que á Luis le tocaba unas veces hacer la compra, con la cesta al brazo; otras, arreglar los muebles, y lo que era peor, servir de nodriza; pero tan mala maña se daba para mecer la muñeca, que las niñas solían arrebatársela, por no poder soportar los supuestos lloros de la pobre criatura. Soltábala Luis con alegría, y escondiendo los chismes de la pequeña cocina y los demás juguetes, proponía á las niñas ir á cazar insectos de metálicos reflejos ó fugitivas mariposas; ó bien les brindaba con la leche de las montaraces cabras; y salían en tropel como bandada de alegres pajarillos.

Luis tenía en Eulate muchos niños conocidos, pero el á quien más distinguía, y que era como su único amigo, era Adolfo Iturrigoiti, joven de su misma edad, alegre como unas pascuas, inquieto y revoltoso, que tenía las ocurrencias más peregrinas, y era azote de todos los perros, gatos y bichos de la comarca. Su madre, doña Joaquina Carranza, era viuda de D. León Iturrigoiti, cirujano que había sido del Valle; y se proponía que el muchacho estudiase para médico; á cuyo efecto Adolfo se disponía á emprender la segunda enseñanza, que luego

fué á cursar, en efecto, en el Instituto de Logroño, al lado de una tía, hermana de su madre.

Luis y Adolfo eran los únicos jóvenes de las Améscuas que á la sazón hubiesen de proseguir en un Instituto los estudios de la escuela; y esta circunstancia acrecentó su amistad.

Pero dejando estos recuerdos y antecedentes, que nos han entrenido más de lo que nos proponíamos, volvamos á D. Cristóbal y su hija que en sabrosa plática departían con Luis en la sala del colegio; y abreviando la narración diremos que Marieta partió aquella misma tarde á ocupar su cama en el Convento de la Enseñanza de Tudela, donde se atrajo las simpatías y el cariño que en todos sitios despertaba.

Más feliz que su primo, no estuvo mas que tres años en el colegio, pues D. Cristóbal no se resignaba á verse privado de la compañía de su hija; pero los aprovechó de tal suerte, que no sólo se impuso en labores y bordados, sino que adquirió nociones muy bastantes de gramática, aritmética, etc., lo suficiente de francés para traducirlo bien, y piano, al que tuvo siempre decidida afición, como á la música en general.

A los quince años, siendo una gentil doncella, se despedía de las buenas Madres y compañeras, pesarosa de dejarlas, pero alegre de retornar á su nido de Eulate.

Un año después se graduaba Luis de bachiller, y corría con no menor ansia á respirar las frescas auras de las Améscuas.

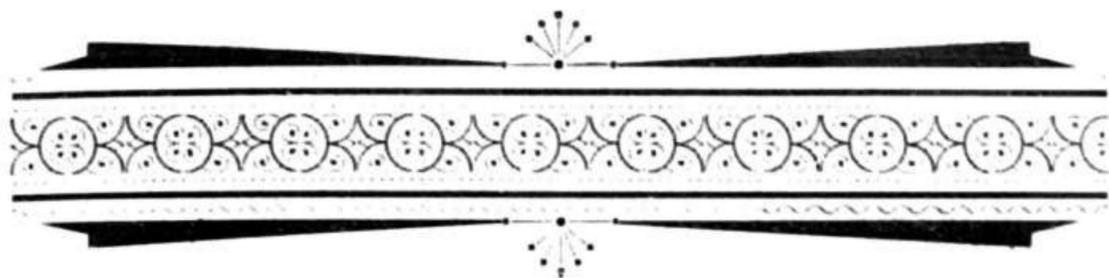
En la época en que da comienzo esta narración, María se había convertido en una mujer hermosísima, siempre esbelta, pero en la plenitud de las gracias. Tenía diez y nueve años.

Luis, que contaba veintidós, era un fornido mancebo,

que conservaba los rasgos con que lo hemos conocido, pues la única modificación habida en su carácter se redujo á cierta seriedad reflexiva que dejaron en él los años de alejamiento de su valle, en el tiempo que siguió la segunda enseñanza.

Adolfo estudiaba en Madrid el último curso de medicina, y persistían, acrecentados, los distintivos de su genio. Atolondrado, alegre como unas castañuelas, entusiasta de Madrid, decididor, y entre burlón y chancero, no había roto por completo con los libros, pero los descuidaba demasiado; y lo que era peor, y más lamentaba su madre D.^{na} Joaquina, algo se habían en él menoscabado la fé sencilla y vigorosa, la firmeza de creencias que era patrimonio común de sus paisanos.





IV

EN BUSCA DE JUAN



la hora marcada se hallaban en el soportal de la iglesia, Luis y sus acompañantes, que llevaban un extraño calzado; ó sean unas tablas cuadradas, de como palmo y medio de largo, puestas debajo de las abarcas y sujetas fuertemente á estas por unas cuerdas, introducidas por unas hendiduras hechas expreso en la madera. Dichas tablas, llamadas *galochas*, les obligaban á ensanchar las piernas para andar, con lo que sus pasos resultaban muy poco elegantes; pero eran en cambio auxiliar indispensable para marchar sobre la nieve sin riesgo de hundirse en ella con el peso del cuerpo, que de este modo gravitaba sobre una superficie grande y lisa, y no sobre el pequeño espacio demarcado por los piés.

Luis calzaba polainas de cuero, capote de paño fuerte, sujeto á la cintura por una correa, de la que pendía la ancha vaina de un cuchillo de monte. Arrollado en bandolera que le cruzaba pecho y espalda un hermoso *plaid* escocés; y en sentido opuesto un gran frasco de ron, tapizado de tejido de paja, á cuya boca, cubriendo el tapón,

llaba un pequeño vaso que le servía de última cubierta. Introducidas bajo el *plaid* y sujetas á este asomaban dos tablas ó galochas como si las llevara de repuesto. Del bolsillo superior del capote sobresalía un par de dedos un grueso estuche-botiquín.

Ruperto, uno de los compañeros, era un mocetón como un castillo, hijo de un antiguo sirviente de D. Santiago Quiñones, y también él criado de la casa. Llevaba pantalón de pana, grueso elástico de estambre, una destal de mano, sujeta por la faja á la parte de atrás, reluciendo su hoja sobre la espalda del elástico: en el hombro derecho un lío de cuerdas, y encima de él la anguarina, demostrando con ello que era inaccesible al frío, ya que no se la ponía á pesar del helado temporal que reinaba. En un zorrón guardaba no despreciable cantidad de provisiones de boca, á las que fué á hacer compañía una fiambra de hojalata en que D. Luis llevaba su comida, y que le alargó diciéndole:

—Guarda eso.

Nicanor, otro de los acompañantes, era un hombre de unos treinta años, soltero, guarda del pueblo, perfectamente enterado de la sierra, que todos conocían, pero no al extremo que él, para quien no había mata, peña, rincón, cueva ó boquete que no supiese como pudiera saber las calles del pueblo. Vestía como Ruperto, pero se había puesto el tapabocas, y en lugar de destal iba provisto de una calabaza de aguardiente, al que era muy aficionado.

Los otros tres eran; Alejo Recarte, primo de Juan Luna, y los hermanos Marcos y Doroteo Goñi, vecinos de la casa de D. Santiago Quiñones: los tres tenían de 20 á 30 años; usaban traje parecido al de Nicanor y Ruperto, y todos llevaban sendos palos de herrada punta, que les servían de apoyo y con los que podían tantear el terreno.

Cerciorados de que nada les faltaba, Luis les dijo:

—¿Vamos?

—Cuando V. quiera, señorito, contestaron á una.

El viento había calmado bastante, aunque todavía soplabá con violencia, y de vez en cuando pasaban ráfagas impetuosísimas, que les hacían volverse de espaldas para respirar, y agacharse para que no los derribaran. La nieve seguía cayendo en abundancia.

Atravesaban la planicie, lijeramente inclinada, que vá á morir al pié de la sierra de Andía, *la grande* en vascuence (*Andí*, grande; *á*, la), y los árboles del llano atestiguan los furores del huracán durante la noche anterior. Tronchados ó derribados, muchos; mutilados los otros y gimiendo al paso del viento, como si se lamentasen de sus miembros arrebatados, parecían los que en pié quedaban testigos que se alzaban del suelo para protestar de aquella barbarie.

—Lo que conviene es llegar cuanto antes al monte, dijo Nicanor. Allí estaremos más defendidos del viento.

Nadie contestó, pero apresuraron el paso en cuanto se lo permitían las tablas, que caían acompasadamente produciendo un ruido sordo en la nieve.

Un cuarto de hora después llegaban al pie de la montaña, de donde ésta arranca majestuosa con pronunciada pendiente. Como había dicho Nicanor, el viento era allí mucho más soportable, porque la cordillera les servía de abrigo.

—Si no *juera* por la nieve que fastidia, todo iría bien; observó Ruperto.

—Lo que es preciso es que arriba no nos coja ningún vendabal, replicó Nicanor.

—Barruntas algo?

—Nada se puede asegurar. El temporal vá cediendo,

pero aun coleará; y guárdate de los coletazos, Ruperto.

—Pues á mí me *paee* que se despeja.....

—No hay que fiarse mucho. Algo clarea hacia San Donato; pero *arrepára* á la izquierda lo enfurruñada que está la Barranca.

—Allá veremos, manifestó D. Luis. Lo principal es que adelantemos lo más posible. ¡Quiera Dios que logremos salvar á Juan!

Durante buen rato continuaron su marcha en silencio. La ascensión resultaba fatigosa, pero mejor de lo que podía suponerse. La nieve recién caída se adhería y apelmazaba en las tablas, que se cubrían de gruesa costra que embrazaba mucho á los expedicionarios. El violento ejercicio á que se veían obligados tenía en cambio la ventaja de que desarrollaba en ellos el calor, contrarrestando así la baja temperatura que reinaba, y que era mayor cada vez. Jirones de nubes desgarradas por el viento pasaban volando sobre sus cabezas, como fantasmas que se hubieran dado cita en la sierra de Lóquiz, á cuya ermita de San Cosme parecían acudir.

La respiración de los viajeros se iba haciendo cada vez más perceptible y anhelosa y de las bocas se escapaban acompasadamente columnas de blanquecino humo, como los chorros de vapor empujados por los pistones de una máquina en movimiento. Los resuellos de Ruperto resonaban como si llevara en el pecho un fuelle de fragua; sin que por eso pareciera más cansado que los otros.

El arbolado iba disminuyendo sensiblemente, y la cuesta se hacía más escarpada cada vez.

Al llegar junto á una gran peña, que cubierta de nieve parecía una disforme bola, se detuvo Nicanor, y dijo á los demás que se le habían reunido:

—El camino desde aquí se estrecha mucho, y con esta *sabána* de nieve todo *paice* igual.

Al propio tiempo que pronunciaba estas palabras, destapó la calabaza y la alargó á D. Luis:

—Beba V., señorito: es *güeno*.....

El aguardiente era, en efecto, de legítimo vino, pero de una graduación alcohólica á que la garganta del joven no estaba acostumbrada: así es que el sorbo que bebió le escaldó la lengua, pasó abrasándole la garganta, y cayó como una ascua en el estómago.

—Fuertecico es, le respondió, limpiándose los ojos que se le habían humedecido.....

—Quiá! Si es más suave que la manteca. Ya verá usted qué ricamente le sienta.

Así fué; pasada la primera impresión, sintió Luis que se difundía por sus miembros un grato calor, que le confortaba, y se halló más ágil y animoso.

—Realmente es bueno.

—¡Como que es del Sr. Pancho, que no hay otro mejor en diez leguas á la redonda!

Ruperto, entre tanto, daba largo ósculo á la calabaza, y paladeaba el líquido, con los ojos en blanco.

—Rediez! Si esto resucita á un muerto!; pronunció al terminar su prolongada libación. Me río de los potingues y jarabes que venden en la ciudad: á mí que me den un frasco de buen aguardiente que donde hay una bebida como esta... boca abajo todo el mundo. A *güen* seguro que no me habría *ganao* el Royo el domingo si *hubiá* tenido á mano una copa de aguardiente: pero es claro; á pretexto de una *necesidad* se entró en casa de su tía la *Alifonsa*, y se *ichó* un trago. Así salió tan campante y tan *juerte*, que ponía la pelota donde quería. Con eso y todo nos quedamos á diez y ocho por veinte; y en rigor no valió el saque

último, que tocó en la raya, digan lo que quieran....

Luis atajó los incidentes del lance, y recogiendo la indicación que al principio había hecho Nicanor, le preguntó:

—¿No estás seguro del camino?

—El camino lo conozco como la palma de la mano; pero no son lo *mesmo* las cosas con una *sabána* de nieve, que todo lo iguala, que cuando se va viendo la tierra. Iremos por la senda más *drecha* y mejor; pero ya sabe usted que de aquí á arriba hay muchos peñascos, y los huecos que dejan al juntarse con los montes están escondidos por la nieve. Además, hemos de pasar por sitios en que el sendero va junto á peñas cortadas á pico, y la hierba y las matas que están al borde, *paicen* camino y no lo son. Ustedes vayan detrás de mí, pisando donde yo pise; y no hay *cuñiao*.

—Tienes razón, le dijo Luis; y aunque por sabido se calla que tú, como mejor enterado que ninguno, eres el jefe, conste que quedas nombrado tal. Tú manda, y nosotros obedecemos.

—Pues en marcha, que ya hemos descansado bastante. Y se colgó la calabaza, no sin que los hermanos Goñi y Alejo Recarte le dieran un último beso á guisa de despedida.

Caminaban de un modo extraño, pero indispensable.

Iban en fila, cuidando los de atrás de seguir las huellas estampadas por el de delante. Este, que encontraba la nieve blanda, era el que más se fatigaba; el inmediato se cansaba menos, porque la nieve, apretada ya por el primero, resistía mejor el peso del cuerpo; los posteriores apenas tenían nada que vencer, fuera de la molestia de las galochas, que obligaban á todos á ir con las piernas anchas.

A cada quince ó veinte pasos el que iba delante se hacía á un lado, y se paraba, pasando á ser primero el que iba de segundo; y el que había ido de vanguardia se colocaba el último de la fila: repetía esta operación el segundo, con lo que el tercero se hallaba al frente, y así sucesivamente, resultando que por riguroso turno iban ascendiendo en la escala, pasando desde los puestos más descansados hasta el de más trabajo; y vuelta á empezar.

De este modo todos conservaban fuerzas, que en otro caso pronto habrían agotado, inutilizándose.

A medida que iban ganando altura el viento les molestaba más; llegaban de vez en cuando remolinos que los sacudían, y la nieve les azotaba el rostro, introduciéndoseles por ojos, cuello y oídos.

Cuando los torbellinos eran muy violentos se paraban, é hincando el bastón de hierro, resistían de espaldas su empuje, prosiguiendo después la marcha: pero bien se notaba lo violento de aquella lucha en la anhelosidad de su entrecortada respiración.

Sin graves contratiempos, llegaron hasta cerca de la cima; soplabá el viento con sacudidas desiguales, que allí eran violentas; legiones de nubes desgarradas, desprendidas de la sierra, pasaban á corta distancia sobre sus cabezas, y se precipitaban como escuadrones cargando sobre la ermita de San Cosme, á la que se adherían un rato; y volvían á emprender su rauda marcha, dirigiendo su carga, siempre al Sur, con dirección á los picos de Montejurra: el frío era muy intenso.

—Ponte la anguarina, dijo Nicanor, que se había detenido.

Ruperto obedeció.

—*¡Chemos* otro trago, y preparémonos á la embestida.

—Y qué lo digas!, repuso Ruperto. *Pá* resistir, no hay

como un sorbo de ese aguardiente, que da *juerza* al más cobarde.

Luis apenas lo probó: resguardado por la cortina de piedra miraba á las nubes, y pensaba en lo que les esperaba en la planicie de la sierra. Pequeños copos de nieve congelada salpicaban los vestidos; pero si la nieve era insignificante, la cerrazón aumentaba.

—Voy á dar un vistazo al llano de la sierra, les dijo Luis.

Trepando por las rocas, asomó la cabeza; y rápidamente la agachó de nuevo. Reinaba en aquellas alturas el huracán, que defendía sus dominios, arrancando montones de nieve, que trasladaba de un punto á otro, como livianas pajas. Las nubes, arremolinadas en la pendiente opuesta eran empujadas por el cierzo, y atravesaban el llano tocando al suelo, impidiendo ver á cuatro pasos de distancia. Cegado por la nieve, y convencido de que nada había de descubrir, se reunió Luis con sus compañeros.

—Los demonios andan por ahí arriba, les dijo. Ya podemos sujetarnos bien la ropa.

—Ya lo creo, replicó Nicanor. Buenas las gasta Urbasa.

Ciñéronse el vestido; apretaron el calzado; arrolló Ruperto las cuerdas á la cintura; y haciendo la señal de la cruz, se dispusieron á la pelea.

Nicanor se había tendido junto al último escalón, aguardando un claro en el viento; y dijo á los demás que habían hecho lo propio:

—Sígueme, cuando yo les diga; y, sobre todo, mucho *cuidao* con no separarnos, porque entonces todo está perdido.

Trancurrió breve rato. El huracán, cansado de agitarse sin hallar enemigo que se le pusiera delante, parecía recoger sus fuerzas, dejando un intervalo de silencio.

—Arriba! gritó Nicanor.

Y se lanzaron á la planicie de Urbasa.

—Brrr! exclamó Ruperto. El badajo de la campana se hiela aquí!

Pegados unos á otros, sumidos en la niebla, tropezando en la nieve, caminaban lo más que podían en dirección al raso de Lezamón: pero ni raso, ni el palacio de Urbasa, ni los árboles se veían en aquella oscuridad: era preciso tocar materialmente los objetos para divisarlos. Y tenían dos largos kilómetros que andar al descubierto.

Continuaron así algún tiempo.

El viento enviaba alguno que otro explorador, que cruzaba silbando.

—¡Reconcho! dijo de pronto Ruperto. ¡Pues no me ha *dao* mal azotazo en la cara este chaparro! *Aura mesmo* lo cortaba.....

—Pues ¿qué te *paice*, que á los demás no nos pasa? le contestó Alejo. Algunos vergazos me he *lleuan* yo, que voy delante. Sino que no *charramos* tanto como tú, que siempre has de estar moviendo la lengua.

—Reventaría, si nó..... *Miá* que da gusto ir en procesión, con un frío que ya yá, y sin decir palabra. *Siquiá* se canta cuando la procesión sale de la iglesia.

—No es mala procesión la que vamos á tener, añadió Luis. Si no me engaño, estas ráfagas vendrán seguidas del huracán.

Y así fué: pocos momentos después, sintieron un torbellino, movido por el huracán, que se precipitó sobre ellos, rabioso de verse asaltado en su mismo trono. De la primera embestida cayeron al suelo, rodando por la nieve.

El viento ahullaba, gemía, silbaba, rugía, los acosaba por todas partes, expresando en todos los tonos su cólera é irritación.

Agazapados en el suelo, como perrillos delante de fiero mastín, se acurrucaban presentando la menor superficie y permanecían por su parte inmóviles, cual si quisieran pasar desapercibidos. Pero el viento, poseído de creciente furor, los zarandeaba y sacudía; les arrojaba puñados de nieve, que eran verdaderos proyectiles por la fuerza con que los despedía, y parecía ansiar que le hiciesen cara para levantarlos en alto y estrellarlos precipitándolos por la ladera de la sierra.

Buen cuidado tenían los expedicionarios de encogerse y echarse cuan largos eran en los momentos en que el huracán arreciaba: en uno de ellos, el viento arremolinado recogió á la manera de una tromba enorme cantidad de nieve, que llevó girando, y los sepultó bajo ella.

La niebla era espesísima y el frío horrible.

Prodújose un nuevo período de calma, que aprovecharon para reunirse.

—A todo trance es preciso salir de aquí, dijo D. Luis.

—Y ¿quién sabe dónde estamos, ni hacia dónde cae el raso? Con las *güeltas* y *regüeltas* que me ha hecho dar el aire, y esta *escuridad* yo he perdido el tino, indicó Marcos, el mayor de los dos hermanos Goñi.

El guarda Nicanor repuso:

—El aire es cierzo, y el raso de Lezamón cae de aquí algo á la izquierda del cierzo; y tendiendo el brazo, añadió:

—Por aquí debemos ir.

Luis entretanto acercaba á sus ojos una pequeña brújula que, como dije de reloj, colgaba de su cadena, y confirmó la indicación del guarda.

Pusieronse de nuevo en marcha, adelantando lo más que podían.

Con el afán de atravesar pronto la planicie Nicanor tomó alguna delantera, perdiéndose entre la niebla. Luis,

que le seguía, no advirtió al pronto su desaparición; más al cerciorarse de ella, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Nicanor, Nicanor!

La voz, que tenía que atravesar aquellas densas capas de niebla, y luchar contra el aire, llegó como un eco débil al guarda:

—Aquí estoy, respondió.

—Aguárdanos.

—Ya aguardo.

Temerosos de un nuevo extravío, que podría serles más fatal, resolvieron atarse la cuerda por la cintura.

—Así van los *presidarios*, indicó Ruperto.

Todavía tuvieron que soportar alguna que otra ráfaga, pero la tormenta cedía: eran sus últimos aletazos más débiles cada vez, y hasta la atmósfera clareaba.

No obstante, la última parte del camino se les hizo eterna: tan rendidos y fatigados salían de la brega.

Por fin divisaron entre la bruma un claro: entraban en el raso de Lezamón.

Allí descansaron un poco; y Luis les ofreció un sorbo de ron.

—Bien nos lo hemos ganado, les dijo.

—Creí que no salíamos vivos, añadió el guarda.

—La verdad es que yo no podía más, indicó Ruperto. *¡Cudiao* que hemos dado *güeltas*! Lo menos hemos *estao* dos horas en el llano. ¿Qué hora es?

Luis sacó el reloj:

—Las dos.

—¡Lo que yo decía!, siguió Ruperto. Por más que digan ustedes que hemos *veníó* tan *drechos*, pienso que hemos andado mucho más. ¡Pues sí lo menos hemos *caminao* dos horas *pó* el llano, que *cualisquiera* lo cruza en 20 *menutos*!

—Eso es de lo rendido que vienes, como todos, repuso Alejo.

—Todo se puede dar por bien empleado, apuntó Luis, si hallamos á Juan con vida. Con que así, vamos á la cueva.

—Hála!, exclamó el guarda, levantándose con esfuerzo.

El dia clareaba más cada vez; pero ni los potros, ni ser viviente alguno, asomaba por aquellas soledades.

Con verdadera emoción se aproximaron á la cueva.

El guarda, volviéndose á los otros, les dijo:

—Juan está *adrento*.

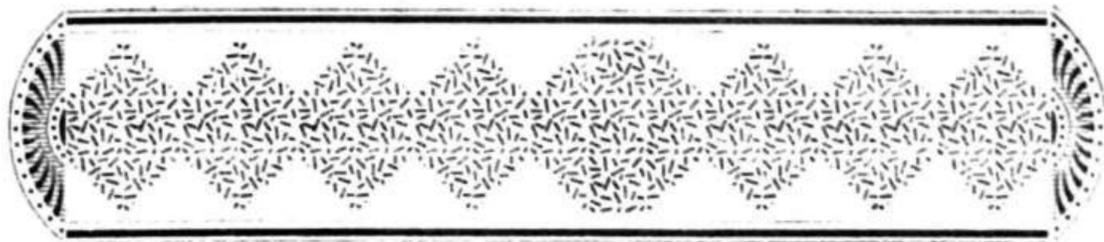
—¿En qué lo conoces?

—En que la boca está tapada con leña y ramaje. Es seguro que Juan lo ha puesto para librarse del frío.

—Juan! ¡Juuaán! gritaron.

Nadie contestó; y aunque por la mente de todos pasó la misma fúnebre idea, ninguno la tradujo en palabras.





V

SALVACIÓN

DESOBSTRUYENDO la empalizada, se metieron por la boca.

Juan estaba, en efecto, allí; tendido en el suelo, inmóvil y como dormido. Envuelto en el tapabocas, las piernas largas, los brazos cruzados sobre el pecho y con la cara hacia la pared.

En un rincón quedaban señales de haberse encendido fuego: aún se veían pedazos de ramas, sin consumir por la lumbre; la ceniza estaba fría.

La cueva era una cavidad irregular, que se aproximaba á un rectángulo de unos cuatro metros de largo por dos de ancho. No tenía más abertura que el boquete de entrada, que estaba situado al mediodía, dando vista al raso.

Luis había cogido el brazo de Juan, que cedió inerte, y lo llamaba, sin obtener respuesta. Ni el más mínimo movimiento denotaba allí la vida. Las manos estaban heladas y el rostro lo mismo.

El valiente joven se había arrodillado junto á Juan, y se disponía á aplicar el oído sobre su pecho.

—El frío lo ha matado. ¡Pobre Juan! dijo entonces Nicanor.

—No lo sabemos, contestó Luis. De haber muerto ha sido recientemente, porque no está rígido.

Y se inclinó sobre el cuerpo. Permaneció buen rato concentrando su atención, y creyó sentir leve movimiento de la cavidad torácica: escuchó con más ahinco, y notó los latidos casi imperceptibles del corazón.

Entonces se levantó de un salto y con semblante gozoso dijo á sus compañeros:

—Gracias á Dios, Juan vive; pero hay que auxiliarle sin tardanza. Tú, Ruperto, y tú, Alejo, recoged leña seca, y haced fuego; encendedlo afuera, porque aquí el humo perjudicaría á Juan; y tú, Nicanor, ayúdame á desabrocharle, y encárgate de darle friegas en las piernas; dáselas sin miedo, hasta que entre en calor. Yo me encargo de hacerlo de la cintura para arriba.

Cada cual se dedicó á su operación respectiva.

Ruperto y Alejo habían recogido hojas y ramitas secas que se hallaban diseminadas por la cueva, y transportado al exterior troncos de ramas, con los que al breve tiempo encendieron una buena fogata, ayudados de los hermanos Goñi.

Nicanor y Luis frotaban sin cesar el pecho y miembros de Juan, sin que al parecer obtuvieran resultado.

—No hay que desmayar, decía Luis. El pobre estaba casi helado, y nos ha de costar hacerle entrar en reacción; pero él volverá.

Y seguían en su tarea.

Los otros se asomaban con frecuencia á enterarse, y turnaban con Nicanor en la pesada tarea de fricciónar á Juan; pero Luis no consintió que lo relevasen.

Aplicando de nuevo el oído creyó Luis que los movi-

mientos del corazón eran más francos y vigorosos, y la respiración más acentuada; pero en lo demás, ni un movimiento, ni una voz.

—No hay que dejarlo, repetía Luis.

A poco se presentó Alejo, que volvía de cuidar del fuego, y les dijo:

—Ya tenemos hombre; mire usted, señorito, qué color tan distinto tiene la cara.

En efecto; la sangre había comenzado á circular con más rapidez y daba al semblante un tono sonrosado, que se iba acentuando.

Luego se oyó un suspiro, y Juan hizo unos movimientos.

—Juan! ¡Juan!, le gritó Luis.

Abrió los ojos; dirigió una mirada vagay los volvió á cerrar; pero en breve los abrió de nuevo, y su mirada, más lúcida cada vez, reflejaba el despertar de la inteligencia.

Luis entre tanto había vertido un poco de ron en el vasito que servía de tape al frasco, y lo tenía al alcance de su mano.

En una de las ocasiones Juan balbuceó:

—¿Qué es esto?

—Somos nosotros; tus amigos: no hay que apurarse. Ahora es preciso que tomes un poco de vino, que te dará fuerzas.

Juan pareció no entender.

Sin embargo lo incorporaron, y poco á poco Luis le fué dando el vasito de rón.

—Supongo que habrá buen fuego, dijo volviéndose á Ruperto.

—Sí señor; acabo de dar una vuelta por él, y dá gusto estar allí.

—Pues traed todas las brasas, y no dejéis fuera más que la suficiente para sostenerlo.

Así lo hicieron. Valiéndose de las *galochas*, sobre las que extendieron ceniza, trasladaron la brasa á la cueva.

Sintióse en seguida la bienhechora influencia del reluciente montón de ascuas que difundían grato calor.

La temperatura se elevaba gradualmente y el enfermo había vuelto por completo en sí.

Luis le refirió en pocas palabras lo sucedido, y le indicó que no se fatigase; que ya hablarían después.

—Bien, hombre; ya veo que no te olvidas de los demás, dijo entonces Luis á Ruperto, observando que este había acercado la fiambarrera de hojalata al fuego. En cuanto á tí, no se diga; de cada bocado te llevas media libra de pan.

—Pues si le *paice* á V. que tenía poca hambre; le contestó con la boca llena.

Y con sus afilados dientes arrancaba tiras de carne, que engullía con afán, acompañadas de sendos menudrugos.

—Ahora me toca á mí, prorrumpió Doroteo Goñi; que sacó sus provisiones.

—Todos comeremos juntos, les manifestó Luis; aunque á este paso me parece que de vuestras provisiones poco me vá á tocar.

Pero ¿qué has hecho del extracto de carne?, preguntó á Ruperto.

—Una *cajica* de hojalata, que estaba dentro de la grande?, dijo éste.

—Sí.

—Aquí está: no he querido arrimarla á la lumbre, porque no sabía lo que era la pasta que tenía *drento*.

El extracto, en efecto, se había congelado; pero ya

estaba semi-líquido al destapar la cajita, que Luis aproximó al fuego.

—Esto es para tí, le dijo á Juan, que había seguido con curiosidad la escena.

—Dios se lo premie, señorito Luis. ¿Cómo podré pagarles lo que están haciendo por mi? La vida que necesitaran nada haría con dársela, pues ya se la debo. Y lágrimas de agradecimiento se asomaron á sus ojos.

—Demás es que digas eso, Juan. No hemos hecho más que cumplir con un deber sagrado, como lo habrías hecho tú, en nuestro puesto. Hoy por tí; mañana por mí. Y de sobra estamos recompensados con el placer de haberte hallado y de que tus hijos no se queden sin padre, ni la Petra sin marido.

—Cómo estarán! murmuró Juan.

—Bah! dijo Ruperto. Lo que es allá abajo bien se está. Además de que el señorito, que es á quien se lo debes todo y que en todo piensa, ya envió al tío Cosme á tu casa á decirle á Petra que veníamos por tí; y á esta hora te estará preparando una *güena* cena. ¡Quién la pillara!

—Pues hombre; no creo que lo hagas mal: cuidado que has engullido en poco rato! Pero no te apures; que en la fiambarrera hay de sobra.

—No lo decía por eso, señorito.

—Ya lo sé; pero como mandé poner comida para todos, teneis á ella tanto derecho como yo. El único que no hará en su caso mas que probar un bocado es Juan. No conviene que ahora coma mucho; pero también para él ha venido el caldo, que ya debe estar caliente.

—Lo que tenía era frío. Ahora estoy bien.

El caldo, acompañado de otro sorbo de ron, le probó admirablemente; y mientras los demás despachaban con buen aire el contenido de la fiambarrera, él, sentado junto

al fuego, les contaba á sus instancias lo que le había pasado.

—*Pus* verán ustedes. Yo ví que el tiempo se ponía de muy mala cara, y acordándome de los potros, resolví subir por ellos.

La mañana estaba mala; pero contaba con que tendría tiempo *pá* bajar á comer, antes de que se *ichase* encima la tormenta. Iba de prisa, porque en el camino empezaron á caer copos de nieve, y estuve por *gol verme*, viendo que aquello se ponía malo; pero pensé *pa* mis *adrentos*: «después que estamos como quien dice tocando al sitio, me iba á *gol ver?*,» y seguí adelante. Cuando llegué al llano nevaba si Dios tenía qué, y ya ví que la tempestad me iba á pillar. Así y todo, estaba cerca del raso cuando empezó un huracán, que les digo á ustedes que hay que pasarlo...

—Sí, díganoslo usted á nosotros, Sr. Juan!, le replicó Ruperto. *Miá* que jugaba con nosotros como si *juéramos* pelotas.

—También á ustedes los ha cogido?

—Sí; pero no hagas caso de este hablador de Ruperto, y cuéntanos lo que te pasó.

—Poco es lo que tengo que contar. *Pus* como iba diciendo, el viento se soltó de pronto, y barrió todo el llano, tirándome al suelo. Unas veces andando, otras á rastras y como pude, llegué á la cueva á tiempo que las nubes se echaron sobre Urbasa, y empezó un frío que me tiemblo de solo acordarme.

Pus señor, encendí fuego con leña que había en la cueva, y estuve aguardando á ver en qué paraba aquello. La cosa iba en aumento, y me *paecía* á veces que el huracán iba á *rancar* hasta la cueva. ¡Dios mío qué estruendo, qué confusión y qué tarde pasé!—Llegó la noche; y, á pesar del fuego, el frío era tan grande que con troncos y

ramas cerré como pude el boquete. Aunque sin ganas me comí un pedazo de tocino y el pan, y me senté cerca de la lumbre, pidiendo á Dios que calmara la tempestad, para ponerme en camino en pasándose la tormenta. Me acordaba de mi Petra, que me aguardaba á comer. ¡*Güena* comida tuve yo! No sé cuanto tiempo pasaría así, porque la noche se me hizo eterna; pero sin duda acabé por dormirme, el fuego se apagó... y lo demás ya lo saben: si no *juera* por ustedes, estaría en el otro mundo.

—Gracias á Dios, no ha sido así, añadió Luis, y ahora hemos de pensar en que en Zudaire nos esperan.

—Ya es tarde, advirtió el guarda; y convendrá que vayamos cuanto antes.

—Pues por mí, *güenas* ganas tengo, expresó Juan. Y se levantó decidido á marchar.

Pero sus fuerzas le engañaron: al querer andar, sintió que las piernas vacilaban, y para no caerse tuvo que apoyar la mano en la pared.

—Sólo esto nos faltaba! indicó por lo bajo el menor de los Gofñi.

—Por mí no os detengais; que ya os seguiré. Apoyándome en uno de vosotros podré andar.

—Te llevaremos á cuestras, replicó Nicanor.

—Lo mejor es hacer unas parihuelas, expresó Luis. Llévate la destal, Alejo, y corta unas ramas gruesas; ataremos las cuerdas de una rama á otra y Juan podrá ir echado.

Alejo salió con la destal, á pesar de las protestas de Juan que para probar que ya estaba bien dió unos pasos en la cueva; pero se notaba que le era preciso gran esfuerzo.

—No te canses, le indicó Luis: más adelante podrás marchar, pero ahora está muy reciente lo que has pade-

eido para que puedas venir por tu pie. Poco trabajo cuesta llevarte en las parihuelas, y adelantaremos más, que es lo que importa, porque la tarde va de caída, y por de prisa que vayamos nos cogerá la noche sin llegar al pueblo.

Juan reconoció la razón que estas observaciones encerraban.

Poco después volvía Alejo con dos largas y flexibles ramas de haya.

—*Giënas* son, significó Ruperto, moviendo de arriba á abajo la cabeza. Vamos *aura* á poner las cuerdas, que ya las tengo dispuestas.

—¿Cómo está el tiempo, preguntó Luis?

—La brisa es *juertecica*, pero no hay nubes, y hace poco frío.

Preparadas afuera las parihuelas tendió Ruperto sobre ellas su anguarina, que dijo que no necesitaba, y que sirvió de mullido; echóse Juan en la improvisada cama, y Luis lo arropó con su *plaid*.

Nicanor cogió los extremos delanteros de las ramas y Ruperto los de atrás. Luis iba delante tanteando la nieve con el bastón, para evitar los hoyos: los otros tres marchaban los últimos.

Divisábase la extensa planicie de Urbasa, cuyo palacio se erguía á la izquierda, rompiendo la monotonía de aquel cuadro enteramente tapizado de blanco.

—¿Qué tal vas, Juan?, le interrogó Luis.

—Muy bien, señorito; *paëce* mentira lo que abriga este chisme; pero me duele que se cansen en llevarme, cuando estoy seguro de que *aura* puedo andar.

—Más adelante veremos, le replicó Luis. Además que tu cuerpo no es mucho peso para dos hombres.

—Quia! contestaron Nicanor y Ruperto,

Atravesando oblicuamente el llano habían llegado al límite y desde la cumbre divisaban el valle que tenían á sus piés.

Bajaron un poco, y descansaron brevemente en el mismo sitio donde se habían detenido á la subida. Los expedicionarios aprovecharon el alto para aplicar sus labios á la calabaza; Juan también lo hizo.

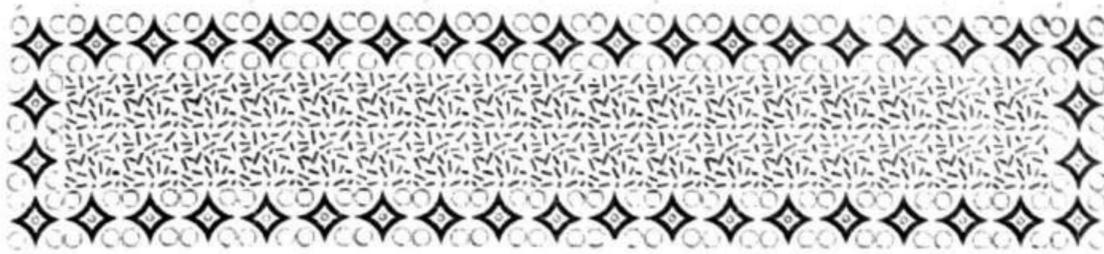
Luis miraba con fijeza las casas de Zudaire, y reconocía la suya que descollaba sobre las demás. En la azotea había gente y se diría que agitaban un lienzo blanco.

—A ver tú, Doroteo, que tienes esa vista de águila. Si no me engaño hay gente en la azotea de mi casa y nos saludan.

—Sí, señor; veo claramente cuatro personas, y no hay duda que nos han visto, porque no paran de mover los pañuelos.

Luis sacó el suyo, y estuvo largo rato saludando á su vez. Los de abajo redoblaron sus demostraciones. La comunicación se había establecido.





VI

LA COMISIÓN DE D. CIRILO.--BAJADA DEL MONTE

DEJEMOS á los viajeros recorrer su camino y démonos una vuelta por Zudaire.

El tío Cosme había cumplido su encargo; y Petra sintió abrirse su corazón á la esperanza. El hecho de que Luis y sus acompañantes partieran sin otro objeto que prestar socorro á su marido, logró lo que no habían podido conseguir las palabras de consuelo que la prodigaban los demás.

Ella había dado por cosa cierta, inevitable, la muerte de su esposo; sin que hiciesen mella en esta desgarradora convicción las reflexiones de deudos y vecinos, que atribuía, no sin fundamento, al propósito de mitigar su pena; pero cuando vió que la esperanza que trataban de inspirarle se traducía en hechos; y que nada menos que el hijo de D. Santiago Quiñones del Romeral se lanzaba á buscar á su Juan, creyó ciertamente en la posibilidad de que se salvara, y por uno de esos fenómenos, aparentemente incomprensibles y hasta contradictorios, pero frecuentes en el corazón humano, que está hecho para creer y esperar,

pasó de lleno al extremo opuesto; y lo que no era más que una remota esperanza se convirtió, al abrigo de sus deseos y afectos, en firmísima confianza de salvación.

Las amigas y vecinas que visitaron á Petra; la familia y deudos de Ruperto, Nicanor y demás expedicionarios, habían difundido por el pueblo la noticia de la partida, á la sazón en que el venerable párroco de Zudaire, D. Cirilo de Aránzazu, avisado también por el tío Cosme, bajaba la calle de la Iglesia, parándose á ratos y rascándose la oreja, dándole vueltas á la espinosa comisión de participar á Don Santiago y D.^a Mercedes la salida de su hijo para la sierra.

—Caramba, decía en sus ratos de parada, sin cuidarse de los copos de nieve que se amontonaban en su descomunal sombrero de teja y se confundían con los escasos y blancos mechones de pelo, que escapaban por bajo de sus alas; caramba con el encarguito! Yo no sé cómo me las arreglo para que todos los asuntos malos vengan á mí. Que le ha entrado la bacera al ganado de Domingo; pues D. Cirilo ha de ser quien les diga que las ovejas caen como tacos, y han tenido una pérdida atroz: que el infeliz del *Tortera* ha perdido el pleito y se queda sin el campico que labraba....; ya estamos andando con el obsequio; que á los *Barrados* se les ha muerto el hijo en Cuba; pues ¿quién ha de ir sino usted Sr. Cura?—Pues digo que nó, y que nó: que vaya el *sursum corda*. ¿Les parecerá que está uno para que lo lleven y lo traigan y lo mareen á su antojo como paja en día de vendabal? ¡Caramba con las pretensiones!

Nó. Pues si el caballerito de D. Luis hubiera venido á darme el encargo; ¡bonito genio tengo para aguantar impertinencias!—¿Conque que me encargue de ir á su casa, eh? Que se encargue el Nuncio, le hubiera contestado;

digo nó, el Nuncio no; pero que se encargue el pregonero. Y si me replicaba algo, le hubiera dicho; caballero, más le valía á usted estar en su casa como Dios manda, sin meterse en camisa de once varas, y no andar revolviendo el pueblo y levantando de cascos á los que tienen más seso que usted. A usted ¿qué le vá ni le viene en que el loco de Juan se haya metido en ese berengenal, para que quiera usted meterse en otro mayor? Y sobre todo, ¿á mí qué me viene usted con canciones, caramba!

Pero buen cuidado ha tenido de no ponerse al alcance de mi vista, si no enviarme al tío Cosme, con el que no me podía desahogar, claro... El tío Cosme me hubiera dicho: yo ya he cumplido con decírselo á V.; á usted le toca lo demás, y que cada palo aguante su vela. Pero el caso es que los otros aguantan, cuando más, una candelilla, y á mí siempre me toca un cirio. ¡Caramba con los mozalbetes sin juicio, y que lo haya de venir á pagar un viejo!

Y D. Cirilo andaba unos pasos, y se detenía de pronto exclamando:

¡Válgame Dios, y á dónde le lleva á uno este pícaro génio! ¿Pues no pensaba hace poco que Luis, que vale tanto como pesa, es un atolondrado sin pizca de juicio que se mete donde no lo llaman?

Si lo que está haciendo es un acto heroico, que debía escribirse en letras de oro... y que merecía un abrazo. Y se lo hubiera dado; vaya si se lo hubiera dado, caramba! de todo corazón, y habría sido de la partida... Es decir, de la partida no, porque ya no sirve uno mas que de estorbo; pero si hubiera tenido unos años menos, no andarían ellos sin este cura por esos montes, en vez de llevar estas comisioncitas, que al más pintado se las regalo. ¡Caramba con las embajadas que le han de tocar á uno....!

Y sujetándose el sombrero, y recogiendo el manteo que, ahuecado por el viento, volaba en todas direcciones, se iba aproximando á la casa:

Pero ¿y cómo demontres les entro para decirles lo que ocurre? pues buena está la madraza de doña Mercedes, caramba!

Nada, nada. Yo me meto callandito en la casa; busco á D. Santiago, que es hombre de más aguante, y en dos palabras despacho: su hijo Luis se ha ido á la sierra con Nicanor y otros á buscar á Juan, y me ha encargado que se lo diga, y que volverán esta noche. Con que ahora usted se lo dirá á D.^a Mercedes. Y santas pascuas: yo me largo y allí se las entiendan. Es lo mejor, caramba, es lo mejor.....

Había llegado á la puerta y describiendo la aldaba, procuraba entrar sin ruido en el portal; pero no había dado cuatro pasos cuando D.^a Mercedes, que lo vió de arriba, le gritó:

—Bienvenido, D. Cirilo. ¿Cómo se ha atrevido usted con este tiempo á salir de casa? Algo muy grave ocurre; de seguro.....

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—¿Qué dice usted?

—Nada, D.^a Mercedes. Ya subo.

¡Pues la hemos hecho buena!, murmuraba al subir trabajosamente los escalones.—Ni que la mala suerte me quisiera llevar siempre la contraria, caramba!

D.^a Mercedes lo esperaba en el rellano de la escalera.

—Con que á qué debo el gusto de su visita? Ya sabe usted el placer que tenemos en verle por esta su casa; pero ahora nos tiene muy olvidados, y se pasan días sin que nos de la satisfacción de tenerlo por aquí; pero ni uno solo sin que lo echemos muy en falta. Así es que me sor-

prende que le haya ocurrido venir á vernos en medio de este horrible temporal.

—Los años, señora, los años; repuso D. Cirilo desentendiéndose de las últimas palabras. Y después de breve pausa, añadió: pues pasaba por delante de su casa, y la costumbre de siempre, la querencia, como quien dice, me empujaba y decía: vamos á ver que hacen mis buenos amigos D. Santiago y D.^a Mercedes. Y aquí me tiene usted.

D.^a Mercedes introdujo á D. Cirilo en una sala contigua; lo hizo sentar en el ancho sillón de baqueta, adornado con gruesos clavos romanos, y le preguntó:

—Pues ¿de dónde venía usted?

D. Cirilo, que no sabía mentir, contestó:

—De casa.

—¿De su casa, con este tiempo, y sólo por vernos? Algo grave trae usted, D. Cirilo; y malo tiene que ser, pues que me lo oculta.....

—¿Qué ha de ser malo, señora? No diré que sea una buena noticia;.. ni tampoco mala..; ni buena ni mala..... balbuceó entre angustias.

—Acabe usted de una vez, porque me tiene sobresaltada.

D. Cirilo no creyó prudente desembuchar á solas la confidencia.

—Es un encargo que tengo para D. Santiago. ¿Sabe usted? Me figuro que no habrá salido, porque da miedo andar por esas calles. Ya me hará favor de avisarle.

—¡Manuela! ¡Manuela! gritó D.^a Mercedes; y viendo que no venía con la prontitud que su impaciencia deseaba, se levantó del asiento:

—Dispense Sr. Cura, que le deje solo un momento. Yo misma voy á llamarle.

—Vaya con Dios, D.^a Mercedes; y no se apesure, que no corre prisa.

Ya la tenemos armada, caramba! se dijo D. Cirilo al verse solo. Todas las mujeres son lo mismo. Demontres y qué comezón les entra de averiguarlo todo, y qué pícara curiosidad de descubrir las cosas. Y á uno no le dan tiempo para pensar lo que va á decir. Lo que es nuestra madre Eva no desconocería á sus hijas si diese una vueltecita por el mundo.....

Presentóse D. Santiago, seguido de su esposa, y después de los saludos de rigor, le dijo el marido:

—Mercedes me ha dicho que tenía usted un encargo para mí, y que recela que sea una mala noticia. Hábleme con franqueza, pues me gusta saber la verdad, por dura que sea.

—La cosa no es para tanto, D. Santiago; sino que la buena de D.^a Mercedes se sobresalta sin motivo.

Sepan ante todo que nada malo ocurre; y ahora déjenme contarles de pé á pá lo sucedido.

—Le escuchamos.

—No sé si sabrán que Juan Luna fué ayer mañana á traer los potros de la sierra...

—Estamos enterados, le dijo D. Santiago. Siga usted.

—Pues sucedió que empezó á nevar; y como las mujeres son tan *aparateras*, la Petra, al ver que no volvía para la hora de comer, escandalizó el barrio con sus gritos. ¡Como si tuviera nada de particular que Juan, viendo el tiempo malo, se refugiase en alguna cueva ó *chaola* hasta que pasase la tormenta!—Pues no señor; y que su marido habría venido; y que si la noche había sido helada y espantosa... y que patatín y que patatán: en fin que, estaba como una loca.

—No falta razón á la pobre, interrumpió D.^a Mercedes.

—A cada día le basta su mal, como dice el Kempis, contestó D. Cirilo. Y no hay por qué desesperarse de tal modo, y menos por cosas inciertas...

—Sin embargo, es disculpable la conducta de Petra, agregó D. Santiago. Lo que no veo es qué tengamos que ver nosotros.....

—A eso voy, caramba!—Pues, como les contaba, daba unos gritos que se oían desde la calle, y Luis, como es tan bueno, ha subido á consolarla...

—¿Qué Luis? ¿Nuestro hijo? interrogó D.^a Mercedes que, sin saber por qué, estaba temiendo una desgracia.

—Sí señora; y nado malo hay en ello, y les añadiré que está sano y bueno. Concluyo en dos palabras; porque si nó, caramba, no me van á dejar ustedes.

Pues la Petra erre que erre en que su marido estaría muerto en la sierra; y Luis, que tiene tanto de noble como de esforzado, no pudo resistir sus lágrimas, y resolvió ir en busca de Juan y traerlo esta noche. Y se ha marchado con Nicanor, Ruperto y otros, encargándome que les avise de que en todo el día no lo esperen...

Y D. Cirilo dió un suspiro como quien se quita de encima un peso abrumador.

La noticia cayó como una bomba.

D. Santiago, con la vista en el suelo, se retorció el bigote, sin decir palabra.

En cambio D.^a Mercedes se lamentaba de la suerte que esperaba á su hijo, al hijo de su corazón, y reproducía la escena de casa de Petra.

—Caramba, señora, le dijo D. Cirilo que desde que había soltado la noticia era ya dueño de sí. ¡Cualquiera diría que se trataba de una mala acción, al ver lo mal que la recibe!

Luis se porta como quien es, como cumplido cristiano

y perfecto caballero. Dios, que nos manda amar á nuestros hermanos y socorrerlos en sus necesidades, ha movido su corazón para esa empresa heroica, caramba! y el asunto está en sus santas manos. Tenga usted fé y confianza; que Dios no desampara á los que se prestan dóciles á ser instrumentos de su inagotable Providencia. En vez de lamentarse de su resolución debía usted dar gracias de que el Señor le haya concedido un hijo, que es orgullo del valle por su corazón hermosísimo: debía mostrársele reconocida porque haya puesto en él los ojos para inspirarle la caritativa acción que ejecuta; y sentirse ufana de que, sin cobardía ni pueriles temores, haya corrido á salvar á un desgraciado, para devolver el marido á su afligida esposa y el padre á sus inocentes hijos.

Yo se lo aseguro, y estoy cierto de que Dios confirma mis palabras. Su hijo volverá, porque Dios es quien lo lleva, y para El no hay vientos ni tempestades; para El no hay nieves ni hielos, porque todo es hechura de su mano y todo obedece á su soberana voluntad.

Más fé, D.^a Mercedes; y tenga en cuenta que más seguro está Luis entre los vendavales, que no si le tuviera ahora á su lado, resistiendo los llamamientos divinos...

D. Santiago, que había escuchado en silencio, tomó entonces la palabra.

—Lo que Dios hace, bien hecho está. Pero convenga usted, D. Cirilo, en que es una imprudencia lanzarse á la ventura por la sierra, con esta tempestad...

—Y ¿quién le dice á usted que se ha lanzado á la ventura? Luis, á pesar de su juventud, reflexiona como un viejo, y ha dispuesto debidamente las cosas.

Con él van Nicanor, que ha pasado la vida en la montaña y la conoce como yo la iglesia; Ruperto, fuerte y robusto, y tres ó cuatro más; llevan provisiones, abrigos,

medicamentos..... caramba! ¿qué más quiere usted?

Y sobre todo; tengamos confianza en Dios. El es quien lo lleva á las alturas. El lo traerá.

Las reflexiones de D. Cirilo y la seguridad que mostraba del buen éxito, tranquilizaron bastante á D.^a Mercedes y su marido.

—En fin, sea lo que Dios quiera! dijo éste.

Discurriendo sobre la hora á que podrían regresar, convinieron en que era muy aventurado predecir nada; ¡tantas cosas podían ocurrir! Pero suponiendo que hallasen pronto á Juan calcularon que de tres á cuatro de la tarde podrían estar de regreso en el pueblo.

Dejólos D. Cirilo cuando los vió más sosegados; y se volvió á su casa parroquial.

D. Santiago hizo entonces sus veces, sosteniendo el ánimo de D.^a Mercedes, que suspiraba con frecuencia.

La comida fué triste y silenciosa. D.^a Mercedes tenía más ganas de llorar que de comer; y por más que su marido aparentaba regular apetito, la verdad es que estaba deseando que llegasen los postres.

De sobra lo comprendía D.^a Mercedes, que conocía á fondo á su esposo. Quedó mucha más comida que de ordinario; y la buena señora separó una porción escogida de las viandas:

—Voy á enviar esto á Petra y sus hijos.

—Tienes razón, mujer: envíaselo.

El marido aprovechó la salida de su señora para subir á la azotea á ver si se distinguía algo hacia la sierra; y D.^a Mercedes, impulsada por la misma idea, hizo lo propio antes de regresar al comedor. Llegó, pues, á la azotea momentos después que su marido, quien no sintió sus pasos hasta que oyó que le decía:

—¿Tú aquí, Santiago? Si te creía abajo!

Volvióse el interpelado y contestó:

—He subido á ver si se me despejaba la cabeza; la tenía cargada, sin duda por haber comido demasiado. Pero tú ¿á qué vienes á aquí con este frío y este vendabal?

—A lo que tú, Santiago. No quieras ocultarlo, porque leo en tu corazón, y te está pasando lo que á mí: que te consume la impaciencia por saber algo de nuestro Luis, que anda por esa montaña, hundiéndose sus piés en la nieve, envuelto en la bruma que corona el monte y azotado por el huracán. Y su voz temblaba al pronunciar estas frases.

—Pues sí; es la verdad. He subido á ver si se divisaba algo, pero nada se observa. Es temprano todavía, y además la bruma quita la vista de arriba. Bajemos á la habitación; el viento empieza á calmar, pero no estás bien aquí.

Transcurrió una hora, durante la que D. Santiago, unas veces solo, otras acompañado de D.^a Mercedes, volvió á registrar el horizonte que desde ningún sitio se descubriría mejor que desde la azotea. Las pesquisas resultaron siempre infructuosas. Lo único que se notaba era que el viento disminuía sensiblemente, abonanzando la temperatura, y que las nubes se iban elevando, despejándose más porción de la montaña, hasta que la sierra quedó por completo al descubierto.

Pasó media hora más, durante la que se comprendía el desasosiego que se apoderaba de D. Santiago, por la frecuencia con que subía armado de un antejo de larga vista, y volvía nervioso y malhumorado.....

—Pues señor, decía para sus adentros, recorriendo á pasos desiguales la habitación. ¡Si les habrá pasado algo!.... Ya era hora de que apareciesen..... El caso es que esta Mercedes querrá permanecer conmigo en la

azotea si me quedo en ella;..... pero aquí me abraso de no saber lo que ocurre..... ea; se acabó; si sube que suba; pero yo allá me voy.

—Me marchó á la azotea, Mercedes.

—Voy contigo: ahora bien se puede estar allí; y por no dejarte solo no me he trasladado ya.

—Pues, hija: á no ser por tí no hubiera bajado.

—Pues vamos.

D. Santiago, á favor del anteojo, registró con cuidado toda la montaña, y desalentado bajó el instrumento.

En aquel momento se presentó D. Cirilo que, impaciente é inquieto, se había traslado de su casa á la de don Santiago, desde la que podía observarse mejor. Le acompañaba una muchacha de la casa, que le servía de guía.

—Buenas tardes nos de Dios; dijo D. Cirilo.

—Quiera Dios que sean buenas, repuso D.^a Mercedes.

—No se ve nada, le indicó D. Santiago. Y llevándolo más lejos, á pretexto de que apoyara el anteojo sobre el repecho de la azotea, le dijo: mal me huele esto, y ya no puedo sufrir más. Si no fuera por Mercedes yo mismo me pondría en marcha; comprendo que no puede ser; pero voy á enviar á los criados con teas de resina, para que les alumbren si los hallan en el camino..... ó para que los busquen...

—No me parece mal, apuntó D. Cirilo: pero no hay que alarmarse; todavía no puede decirse que sea tarde.

—¿Qué hablan ustedes? saltó D.^a Mercedes, que estaba recelosa...

—Nada; decíamos que para que les alumbren no estará de más que vayan los criados con teas.

—¡Ay, Virgen mía bendita! Desgraciada de mí...

—Caramba, no es para tanto. Un poco más calma y fortaleza, D.^a Mercedes,

Poco después partían los muchachos con las teas.

Trancurrió buen rato; cuando de pronto D. Santiago, que no soltaba el anteojo, exclamó:

—Ya los veo: allí están; asoman por la punta del llano de Urbasa y se disponen á bajar. Bendito sea Dios que nos saca de.....

Y se quedó sin acabar la frase, al divisar que también venía una camilla.

D.^a Mercedes se apoderó del anteojo, que no quería soltar su marido; pero el estado nervioso de la buena señora hacía que el instrumento oscilara y temblase, así es que lo devolvió diciendo:

—No me sirve. Yo que quería ver á mi hijo....! Y empezó á saludar con el pañuelo.

—Lo mismo da que lo veamos los demás, contestó don Cirilo, que agitaba el suyo.

—Mira, lo que vas á hacer, añadió D. Santiago, es bajar á que les preparen una buena cena, que bien lo agradecerán.

—Voy en seguida; y á disponer ropa seca, para que se mude al llegar; Luis de mi vida! Qué peso se me ha quitado del corazón...

—Viene una camilla, D. Cirilo: no he querido decírselo á mi mujer; pero á alguien conducen en unas parihuelas. Si será mi hijo..?

—Nó; repuso D. Cirilo, que había reflexionado un momento. Mi vista cansada no aprecia más que unos bultos; pero usted, que la tiene mejor, fíjese y verá que no me equivoco. El que viene en las parihuelas es Juan; de seguro: pero ¿vivo? ¿muerto? Esto es lo que habría que saber.

—Es probable; tiene usted razón; manifestó D. Santiago, que se había aquietado en sus temores. No llego á cono-

cerles bien, pero aseguraría que Luis es el que va delante.

—No puede ser otro que Juan. ¡Si el sacrificio de Luis habrá sido estéril, y la infeliz Petra será viuda á estas horas!

—Chitón! que sube Mercedes.

—¿Qué más se vé? preguntó esta.

—Pues ahora se paran...., y nos han visto..... saludan. Doña Mercedes á cada momento preguntaba por ellos.

—Ya se han puesto otra vez en marcha..... van bajando... están en la roca del águila... ahora los ocultan los árboles... ya suben otra vez... decía D. Santiago, que continuó dando noticias, hasta que oscureció.

Pero así y todo permanecieron en la azotea.

De repente brillaron llamas en el monte; y á favor de ellas siguió diciendo D. Santiago:

—Ya se han encontrado con los criados.

—Sí que se ven las luces. Caramba, y lo que adelantan. Pues si están casi abajo del monte. Vamos á buscarlos.

Y todos se pusieron en movimiento.

Medio pueblo caminaba también hacia el monte, y muchos se unieron al grupo de D. Santiago y los suyos, que llevaban un gran farol que les alumbraba.

Luis y sus compañeros habían bajado todo lo de prisa que pudieron: llegaron con luz á la parte ancha del camino, desde donde la bajada era mucho mejor; y allí, á instancias de Juan, que repetía que ya estaba del todo bien, consintieron en dejar las angarillas, á reserva de volver por ellas si Juan se engañaba acerca de sus fuerzas.

Pero no sucedió así: reconfortado con lo que había tomado, y con el abrigo, marchaba bien.

Ya de noche, en el tercio inferior del monte, hallaron á los criados, que les enteraron de las inquietudes de su casa, y encendiendo las antorchas bajaron con ellos.

Cerca del llano observaron diversas luces y grupos de gente que se dirigían á su encuentro.

—*Pus* no vienen pocos, Ruperto; si está todo el pueblo...

Las distancias se acortaban rápidamente:

—Luis! Hijo mío! Juan! ¡Madre! ¡Petra! ¡Nicanor! ¡Aquí estamos! Y otros mil gritos hendían los aires, partiendo de uno y otro bando, como un nutrido tiroteo de palabras que rebosaban ternura y alegría.

Momentos después estaban los unos en brazos de los otros; y pasada la efusión de las primeras demostraciones se pusieron en marcha, aclamándose sobre todo á Luis, que no cesaba de dar gracias y apretones de manos.

—No os quejareis del recibimiento..., dijo D. Santiago.

—Mil años que viviese, contestó Juan, no se me olvidaría lo que han hecho por mí; por un pobre trabajador...

—Esta es una entrada triunfal, indicó Luis.

—Caramba! ni el Rey tendría otra semejante. Y merecida, caramba, merecida; significó D. Cirilo, que rebosaba de contento. ¿Qué dice usted D.^a Mercedes?

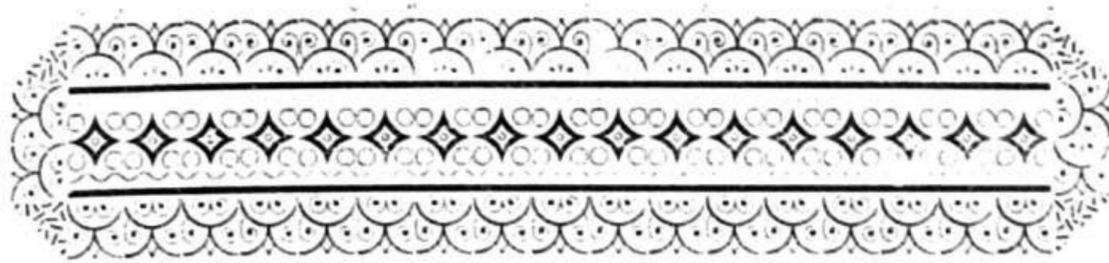
—Que Dios sea bendito!, respondió la interpelada, estrechando de nuevo á su hijo.

—Hombre! solo por ver este *espretáculo* se pueden dar por bien *empleaos* los encontronazos y coscorrones de la sierra, ¿no es verdad, Nicanor?; decía Ruperto.

—Y que lo digas! No faltaban sino el palio y las campanas *pá* que ni el obispo *hubiú* tenido entrada como esta.

—Pues mira, indicó D. Cirilo. Por mí ya las hubiera echado á vuelo, sino fuera porque á estas horas habrían alborotado el valle.....

Llegaron en esto á Zudaire, y despidiéndose los grupos, entró cada cual en su respectiva casa.



VII

EN CASA DE DON CRISTÓBAL

A la mañana siguiente los expedicionarios, en compañía de Juan y sus familias, asistieron á la misa, que en acción de gracias había encargado D.^a Mercedes, y á la que acudió la mayor parte del pueblo.

Terminado el santo sacrificio el Sr. Cura les dirigió breve plática desde el pié del altar.

—«Os habeis portado como debiais, (les dijo D. Cirilo), viniendo á dar las gracias á Dios, que se ha dignado librar á Juan de una muerte horrible, y premiar los esfuerzos y caridad de los que fueron á socorrerle. No os olvidéis nunca del Padre que está en los cielos y que vela amorosamente por sus criaturas, si quereis que El no os olvide. El pajarillo perdido entre la nieve y la brizna de yerba, como el más pequeñito grano de arena, le deben su existencia y El los conserva. Calculad si su bendita Providencia atenderá á nosotros, que somos sus hijos; si cuidará del más humilde de nuestros hermanos cuando por

salvarlo, por rescatarlo, envió á su Hijo que dió la vida por él.

No os canseis de darle gracias, y demostrádselo también con vuestra conducta y buenas obras, porque la fé hace milagros, pero la fé sin obras está muerta.

Pedidle por los salvadores de Juan, que se han hecho acreedores á la gratitud de todos. Desafiando los peligros se lanzaron á una empresa de abnegación llevados de los más nobles sentimientos; y este pobre Párroco, que los ha visto nacer, les envía la enhorabuena y los abraza en su corazón.....

El venerable anciano se conmovía; y tras lijera pausa, prosiguió: Sí, hijos míos. Ellos y vosotros me estais dando gran satisfacción; porque os veo unidos; formando un pueblo, que es una familia grande, en que las penas y las alegrías son comunes, y estais todos dispuestos á socorrer al necesitado.

No importa que nuestro suelo sea pobre, y nuestras viviendas modestas, mientras los corazones sean puros y las costumbres sencillas. No envidieis el lujo y riquezas de la ciudad; para nada los necesitamos, y en nuestro escondido rincón somos mucho más felices, y lo seremos siempre, mientras el amor reine entre nosotros.

Poco tiempo me queda ya de vida; pero la daré por bien empleada si al presentarme ante la Divina Justicia puedo decirle: Ved, Señor, cómo cumplen en Zudaire vuestro mandato: ved cómo se aman los unos á los otros.»

La tierna plática del Párroco fué derecha al corazón de sus oyentes, y más de uno enjugó las lágrimas que se desprendían de sus ojos. Un rumor vago, un susurro parecido al aleteo de las hojas, se extendió por la ancha nave de la iglesia y se elevó al cielo, llevando las oraciones y

promesas que brotaron de lo íntimo del alma de los reunidos, que poco á poco fueron desalojando el templo.

Dos horas después, Juan y Petra, llevando ésta en brazos al niño de pechos, penetraban en el portal de la casa de D. Santiago Quiñones, en demanda de los señores y de su hijo.

Recibiéronlos en la sala en que el día anterior estuvo D. Cirilo, y sin que Luis lo pudiera impedir, Petra le besó la mano, al mismo tiempo que Juan, con la gorra quitada, le decía:

—Señorito, no sé cómo darle las gracias por lo que ha hecho usted por mí. Aquí vienen mi mujer y mi hijo pequeño, para que sepa que en mi casa no hay nadie que no esté dispuesto á dar la vida por usted. Yo ya sé que nada puedo, pero Dios se lo premiará.....

Atajóle Luis que le contestó:

—Me consta lo agradecido que eres, y no necesitabas haber venido para que lo supiera; pero en resumidas cuentas ¿qué tiene de particular lo que hemos hecho? Pues no exageran poco en el pueblo una cosa tan sencilla..... La culpa la tiene ese bendito de D. Cirilo, ponderando lo que no vale la pena.

—¿Y aún le *paece* poco lo que ha hecho? Pues sino *juera* por usted ¿qué sería de mí á estas horas? ¿Qué sería de mi Petra y de mis pobres hijos? No diga usted señorito; sería el más criminal de los hombres si no besara donde usted pusiera el pié; sino le fuera fiel y agradecido como un perro.....

--Dale bola; pero hombre, ¿á qué vienen esos extremos? Cuando quiera voy á la sierra, con tiempo bueno ó malo, por distracción, por cazar, por cualquier cosa. ¡Si yo gozo en ella! De modo que por darme el gusto de subir á Urbasa, y por el placer de bajar contigo, resulta

que he hecho una heroicidad; pues á fe que la cosa tiene poco mérito.....

—Aun no sabía ayer todo lo que había pasado. Que usted se empeñó en subir, por más que era una locura; y solo, si los demás no querían; los lances de allá arriba, á peligro de que no lo contasen...

—Pues aunque así sea, vamos á ver: si hubiera sido al contrario ¿no habrías subido tú á buscarme? ¿no habrían ido los demás? Pues entonces nada me debes.

—Es muy distinto, señorito: nosotros *semos* unos patanes, que desde que hemos nacido no hemos recibido más que beneficios de sus señores padres y de usted. En nosotros era obligación; pero usted es el *prencipal* de todo el pueblo y de todo el valle... vamos, que cuanto más se considera más es de agradecer...

—Bueno; sea todo lo que quieras. Quedamos en que si mañana necesito de tí me volverás las tornas; ¿no es eso?

—Con el alma y la vida, exclamó con fuerza Juan.

—Pues no se hable más; y ahora dime cómo has pasado la noche...

—Los *probes* estamos *acostumbraos* á la intemperie, y he dormido como un bendito después del cansancio y de las crudas y maduras que había *pasao*...

—Y que no despachó á gusto la ración..... agregó Petra. ¡Muchas gracias, D.^a Mercedes! Con lo que usted envió cenamos como unos *préncipes*: Juan se puso como bueno, y también yo, que con el *desgusto* apenas había probado bocado. Aun nos queda comida para hoy.

—No las merece, repuso la señora. Me acordé de tí, porque tampoco nosotros teníamos ayer apetito, y me ocurrió enviarte de nuestra comida, pensando que tú no te habrías cuidado de ella.

—Tenía puesto el puchero á la lumbre; pero la verdad es que no me acordaba de él.

—Vaya, todo ha salido como pudiéramos desear, indicó D. Santiago. Y si no os ocurre algo, me iré á dar una vuelta por el ganado.

Luis manifestó que iba al pequeño huerto, próximo á la casa, para ver en qué disposición se hallaba; y Juan y Petra se despidieron renovando sus protestas.

Con ellos salió Luis; y al quedarse los señores solos, dijo D.^a Mercedes á su marido:

—No me cambiaría por la reina de todas las Indias. ¿Has visto que corazón tan hermoso tiene nuestro Luis?

—Muchos favores nos hace Dios, pero ninguno tan grande como habernos dado tal hijo. Lo que más me gusta es verlo tan sencillo y campechano; porque no miente al decir que no encuentra que su ida á la sierra tenga el mérito que le atribuyen.

—¿Qué ha de mentir, si contaba anoche las escenas ocurridas, (que á mí me ponían carne de gallina), y que para él eran tan entretenidas?

—Pues dejémoslo en su sencillez, y que siga como hasta aquí.

Todo volvió á su cauce acostumbrado. Los campesinos á sus labores; D. Cirilo á su misa de la mañana; su visita después á los enfermos y necesitados, á los que en su caridad inagotable siempre tenía algo que llevar, y eso que su gaveta y despensa estaban bien desprovistas; su rezo en el breviario; un rato en ocasiones en la casa grande, y su paseito con D. Santiago, antes del rosario, al que acudía el pueblo, que había vuelto de su trabajo.

Luis vigilaba la hacienda, y estaba al frente de los trabajadores, por haberse descargado D. Santiago de tal quehacer. Esto no quitaba para que Luis, que casi siem-

pre llevaba la escopeta al hombro, hiciera sus excursiones, ya por el bosque en busca de ardillas, conejos, chochas, tordas ó perdices, según la estación; ya á orillas del rio en persecución de las plateadas truchas que se movían en el seno de las aguas transparentes.

No era extraño verlo sentado al pié de un árbol, con su valiente y corpudo *Pinto* al lado, que movía suavemente la cola y restregaba la cabeza entre las piernas de Luis, invitándole á emprender correrías é impacientándose cuando su amo, enfrascado en la lectura, no le hacía caso. Gruñía entonces, y hasta se atrevía á darle suavemente algún cabezazo; le tiraba de la chaqueta, y acababa por lamerle la mano.....

—Quieto, *Pinto*, le decía Luis acariciándole. Por tu gusto siempre estaríamos monte arriba, monte abajo; pero para todo hay tiempo.

Tenía Luis gran afición á la lectura, cosa rara en aquella región, donde, fuera de los libros de devoción y algunos populares, apenas se veían otras obras; pero él había ido formando una biblioteca, escogida aunque no muy numerosa, y estaba al tanto de los descubrimientos por dos revistas, una de ellas ilustrada, á que se hallaba suscrito.

Llegado Mayo, D. Santiago le encargó que pasara á Eulate, y entregase unos pliegos á D. Cristóbal Salazar, referentes á un asunto administrativo.

Me alegro, le dijo Luis: precisamente estaba pensando en hacer una visita al tío y á mi prima; y si me da usted permiso pasaré dos ó tres días con ellos.

—Bien puedes; las labores no apuran.

—Pues, con su permiso, mañana ensillaré al *Tordillo* y en un momento me planto en Eulate.

—Conforme.

Al día siguiente, en efecto, marchó Luis. Era una ma-

ñana hermosa; de esas en que la naturaleza, vivificada por los rayos solares, parece como que se apresura á que todos sus gérmenes se desarrollen, y se engalana con sus más ricas preseas, perfumadas con el aroma de las recién abiertas flores. Pinto corría á lo largo del camino, espantando las piaras de cerdos, poniendo en dispersión á las gallinas que en el pueblo intermedio de San Martín picoteaban á las puertas de las casas, no sin que Luis le llamase al orden. Medio kilómetro antes de llegar á Eulate el perro corrió como una flecha, y seguro de ser bien recibido, se metió de rondón en la casa de D. Cristóbal, ladrando de alegría y no paró hasta la habitación en que se hallaba Marieta, junto al despacho de su padre.

—Papá, papá! Luis viene; aquí está Pinto...

El animal, que llenaba de caricias á la joven, entró en el cuarto contiguo á agasajar con sus fiestas á D. Cristóbal.

María se asomó al balcón y vió, en efecto, á Luis que en aquel momento iba á entrar en el pueblo. El caballo, ufano de ser contemplado, avanzaba al trote, tascando el freno que cubría de blanca espuma, sacudiendo la erguida cabeza, y braceando con gallardía. D. Cristóbal había acudido también al balcón: Luis, saludó con el sombrero á sus parientes; desmontó con lijereza, y entregando las riendas á un criado, se presentó en el cuarto:

—Bienvenido, sobrino, le dijo D. Cristóbal abrazándole.

—Qué caro eres de ver, primo! Creí que se te había olvidado el camino de Eulate.

—Nada menos que eso: en mi casa podrían decirles cuántas ganas tenía de venir; pero no siempre se puede lo que se quiere.

Yá, ya... le dijo su prima. No te falta tiempo para otras cosas. Pero á todo esto ¿cómo están los tíos?

—Gracias á Dios tienen la mejor salud. Mi madre, ágil

y con pocas carnes como siempre; pero sin un dolor de cabeza. Mi padre haciendo la vida de costumbre: alguna que otra vez se queja de reumas, pero poca cosa; y ahora, con este tiempo excelente, ni se acuerda de los dolores.

—No sé cómo no padece más, repuso D. Cristóbal. Yo le decía muchas veces: pero hombre, ¿á dónde vas tan desabrigado y sin precaución? Lo mismo era que lloviese como que nevara: maldito si cuidaba del tiempo que hacía.

—Y sigue igual, aunque ya comprende que no pued^e hacer lo mismo que cuando era joven.

Aquí tiene usted, añadió sacando un grueso sobre del bolsillo, unos papeles que me ha encargado que le trajera. Creo que son de una reclamación que tiene usted hecha en no sé qué expediente....

—Sí, y me interesan: voy al despacho á enterarme; ahí te quedas con tu prima, y que te den de almorzar.....

—Lo he hecho en Zudaire, y no siento ganas: así comeré con más gusto al mediodía.

—Como quieras, le contestó D. Cristóbal, encaminándose á su habitación.

—Ya lo decía yo, dijo María sonriendo picaresecamente: algún asunto habrá traído Luis; porque sinó, más le gusta tomar la carretera de Estella que la de la Améscoa alta...

—Vea usted qué juicios tan temerarios..... Pues ha de saber usted, mi señora D.^{na} Marieta, que no hay nada que á mí me guste tanto como la Améscoa; ni pueblo que más me atraiga que Eulate..... y eso que hay en él algunas personillas que me encocoran; verbigracia una tal doña María del Puy Salazar é Iniesta....

—Pues mira lo que son las cosas. Yo sé que ella se duele de acordarse de quienes la tienen tan olvidada. Hace cinco meses que no te habíamos visto el pelo.....

—Cuatro meses escasos.....

—Sean cuatro; te parecen pocos? Cuatro meses sin parecer por aquí nadie, teniendo que preguntar por tu madre y por todos, porque los de aquella casa como si hubieran caído en un pozo..... ¿No os da vergüenza que haya tenido que escribir cuando tu padre estuvo delicado; y lo haya hecho el mío al tuyo cuando se corrió lo de que os habiais perdido en la sierra? Y yo, tonta de mí, que me llevé tan mal rato! Cuéntame lo que os pasó.

—Si no nos pasó nada..... Mucho frío; mucho aire y nieve que había caído si Dios tiene qué. A no haber sido por la tormenta, habríamos vuelto en seguida; pero con ésto, y con que Juan no podía andar, no llegamos á casa hasta la noche, y se alarmaron sin motivo.

Su prima no se satisfacía con una relación tan abreviada; y obligado por sus continuas preguntas, tuvo Luis que referirle á grandes rasgos las escenas de la expedición, oyendo las cuales prorrumpía la joven en exclamaciones de lástima y terror.

—Y ¿si os hubieran acometido los lobos? le interrogó.

—No vimos uno siquiera.

—¡Qué miedo me hubieran dado! Y tu pobre madre; qué afligida no estaría!

—Luego se tranquilizó: ya vió que no nos había pasado nada.

—Yo también me alegro ahora de que hubieras ido. Todos admiraban tu valor y se deshacían en elogios. ¡Si vieras qué satisfecha me quedaba al oírlos! Me parecía que también á mí me tocaba algo; al fin soy tu prima, y casi casi una hermana...

—A tí sí que te elogian. Todos se hacen lenguas de tu bondad, de tu hermosura... Y se quedan cortos: cuidado que estás guapa...

—Miren el adulator. Como si no le conociera las mañas! A fuerza de piropos quieres enmendar las ingratitudes y olvidos.

—Ni soy ingrato ni adulator. Digo lo que todos; y estoy orgulloso de tener una prima tan encantadora.....

—Pues no se conoce mucho.

—Voy á darte una prueba; y es que pedí permiso para quedarme dos ó tres días con vosotros.

—Ay qué gusto! Ya verás qué bien lo pasamos. Tengo muchas cosas que enseñarte: visitarás la canariera; cantaremos al piano; leerás algún libro bonito, mientras yo hago labor; me acompañarás á casa de las amigas con quienes tanto hemos jugado de chicos ¿te acuerdas?... verás qué pronto se nos vá el tiempo.

—En esta casa las horas se me han hecho siempre minutos. Y ¿qué tal lo pasais? ¿os divertís mucho?

—Pocas distracciones hay en el pueblo, como sabes; pero yo no me he aburrido nunca. ¡Si me falta tiempo! Saca la cuenta: á la mañana, la misa, que tenemos muy tempranito; á la salida voy con la muchacha á visitar algún enfermo, que nunca falta: vuelvo para servir el desayuno á papá, que se levanta tarde; después hay que atender á la limpieza de la casa; arreglo mi cuarto; hago mi cama; doy de comer á los pajaritos y á los bichos, que reclaman su ración y me aturden si se retarda; en fin, que por prisa que me dé son las diez cuando me pongo á la costura. A las doce comemos; si el día está bueno, un paseito con papá, y el Sr. Cura; á la vuelta bordo ó hago encaje ú otra labor; toco un poco el piano; en seguida el rosario; á cenar; después una horita en que charlo con papá ó le leo algo; y á la cama. Los días de fiesta vienen las amigas, y cantamos y reimos; jugamos un rato; y alguna vez tenemos nuestras meriendas en el campo.

Además hay que planchar; cartas á que responder; las flores que exigen sus cuidados; dulces y almíbaros que papá quiere que no falten; la salazón de carnes; la mantanza del puerco y cien cosas más..... te digo que siempre me falta tiempo.

—Comprendo que no te aburras.....

—¿Qué me he de aburrir? Mientras vea bueno á papá, y tan cariñoso conmigo, soy feliz con esta vida.

—Y ¿qué cuentan de Adolfo?

—D.^a Joaquina, su madre, dice que le escribe que estudia mucho, y que el mes que viene concluye la carrera de médico. Yo no sé lo que hará en Madrid; pero lo que es en los veranos, aquí no coge un libro. Es verdad que son vacaciones; pero lugar hay para todo.

—Entonces sí que estaréis entretenidos.....

—Mucho anima al pueblo, porque desde que él llega no deja parar á bicho viviente. El organiza giras al campo; él, cacerías; él, rondas; él, bailes... en fin, que no para. Así es que en el verano hay más jaleo y movimiento en Eulate que en todo el resto del año.

—Y ¿piensa quedarse de médico en el valle?

—No se; pero creo que D.^a Joaquina abriga esa idea. Si no que él, acostumbrado á la vida de la Corte, dudo que se avenga al silencio y tranquilidad de nuestra comarca.

—Pues yo no la cambiaría por la capital más populosa.

—Ni yo tampoco; pero Adolfo siempre está hablando del Teatro Real, y de la Castellana, y de los palacios y coches de Madrid... Es verdad que cuando viene se divierte mucho; pero es solo en el verano, que es aquí la mejor estación; y si hubiera de pasar el invierno, como de pequeño, puede ser que no se resignase tan fácilmente.

—Y ¿qué me dices de tus amigas?

—Concha se casó ¿sabes? La amonestaron hace un mes

y celebró una boda muy rumbosa. Ya te acordarás de su novio: Pepe, el hijo del tío *Retuerta*.

—Sí; me acuerdo; pero Concha vale cien veces más que él.

—Pues es un muchacho muy trabajador.

—Y bastante tonto...

—No digo que sea un Salomón; pero el caso es que son muy felices, lo mismo él que ella.

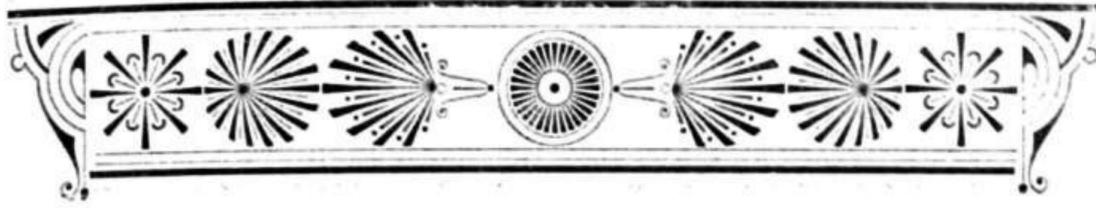
—La luna de miel es siempre dulce; el caso es que lo sean el cuarto menguante y las lunas nuevas...

—Pues yo creo que lo serán. Pero déjame que te hable de las demás. Trinidad, siempre tan salada y suelta, se casará luego con Juanico Zubiría, que está chiflado con su Trini, y no me extraña, porque es tan buena como graciosa, y con unas salidas que á mí me desternillan de risa. Asunción ha pasado unas fiebres gástricas muy tenaces; no la conocerías; tan gorda como estaba, se ha quedado como un hilo, pero ya va entonándose; muchas tardes viene á casa un rato, como en correspondencia á las visitas que yo le hacía en su enfermedad. La Canuta...

—Qué diantres hablais ahí? dijo á este tiempo D. Cristóbal, que salía con un periódico en la mano. Me he enterado del documento; he leído todo el periódico, y siempre oía el rum rum de vuestras conversaciones...

—Es que estaba haciendo mi prima confesión general...

—Valiente cura para que la oyese; pero si nó confesión, bien puedo decir que estaba haciendo relación general, porque Luis quería enterarse de todo el pueblo. Pero ya que ha salido usted, papá, vámonos todos á que vea Luis mi jardincito; y le enseñaremos las palomas y los canarios.....



VIII

PÁJAROS, PIANO Y CANTO

QCUPABA la canariera la mayor parte de una habitación alta, situada al mediodía, desde la que los pajarillos veían el campo y disfrutaban del aire y del sol.

Eran de ver la alegría y batir de alas con que los canarios saludaron á María, que fué la primera en entrar: ya sabían que la señorita no iba nunca con las manos vacías, y se esmeraban en agasajarla. La inopinada presencia de D. Cristóbal y Luis produjo algún susto y revoloteo de la grey alada; pero tranquilizáronse las avecillas, y se agarraron á los alambres de la jaula, piando sin cesar, clavando sus ojillos en la dueña, y moviendo sus cabecitas con gentil donaire.

—¡Hola! hola! picarillos, les decía ésta. Conque que os dé golosinas, eh?—Pues un poquito de calma y orden que primero tengo que hacer vuestra presentación.

Vean ustedes este mimosito, (y señalaba uno que piaba fuertemente); es de legítima raza holandesa y canta que es un primor. Al principio pasó algunas murrias, y no

quería tomar parte en los juegos de los otros; pero por fin se animó y es muy vivaracho y aturdido. Es el primer tenor de la cuadrilla, y además maestro de música: está pareado con aquella canaria, de pico largo, la que ahora salta al palo de arriba y se alisa las plumas del ala. Este... y este... y aquel de junto á la ventana son hijos suyos; y ya se les conoce que están educados en una escuela de *bel canto*, pero no le llegan al padre.

Ese otro que está ahí tan quietecito, y como si en su vida hubiera roto un plato, es un hipócrita de muy malas intenciones, que se halla castigado por toda la semana. A lo mejor cierra los ojos, como si durmiese, y arrima un picotazo al que confiadamente pasa á su lado; por supuesto que solo se mete con los que pueden menos que él. ¿Qué creerán ustedes que hizo el otro día?—Pues cuando un canario joven, posado en el travesaño de arriba, estaba ensayándose en unos trinos y escalas muy difíciles, se le acercó poquito á poco, y desde el palo de abajo lo agarró de la cola y casi lo desplumó: yo subía cuando oí que de repente suspendía el otro el canto y daba chillidos desafortados, y aún entré á tiempo de vér cómo ese bribón le arrancaba plumas con el pico. Por eso está condenado á que en toda la semana no pruebe ningún bizcocho ni verdura: y si no se enmienda será desterrado irremisiblemente...

—Pues... me parece que ya puedes conducirlo al destierro, le dijo su padre; que quien malas malas há...

—Más vale darle tiempo para la enmienda. Si se consigue, no habrá necesidad.

—Tiene razón mi prima, indicó Luis. Pero me ocurre una duda, Marieta: ¿cómo te las compones para advertirle de los castigos á que justamente le condenas si no se arrepiente?

—¿Qué? ¿crees que no lo sabe? Vaya si está enterado! Por de pronto le aparté de los otros y le eché una reprimenda como para él solo... y ya lo creo que me entendía! «¡Cuidadito con volverlo á hacer, porque si volvemos á las andadas lo pasaremos mal... pero muy mal; y se se quedará solito, no por un rato como ahora, sino para siempre!»!

Después lo junté con los otros, y á todos les fuí dando su poquillo de golosina, pero él se quedó sin nada. Lleva tres días así, y buena pena le dá quedarse sin su terroncito de azúcar... Ya me daba lástima y ayer estuve tentada de darle siquiera una hojita de verdura; pero nó: hay que tener firmeza y no se la dí!—Verdad que hice bien?

D. Cristóbal se echó á reir.

—Firmeza, prima, firmeza. ¿Qué sería de los hombres de bien si los malvados no llevaran su debido castigo? ¿Qué orden, paz ni tranquilidad habría en la canariera, si recibiera iguales mimos el inocente que el culpable? ¿Ni de qué serviría el castigo si no había de cumplirse? La ley es ley, y las sentencias se dan para ejecutarse. Apruebo, pues, tu resolución; y nada de debilidades: la república de los pájaros república es al fin, en que la libertad degeneraría en escandalosa licencia, si los ataques al derecho ajeno no tuvieran eficaces correctivos...

—Hay ocasiones, sin embargo, en que la gracia de indulto está muy indicada, repuso D. Cristóbal. Cuando el Jefe de un Estado visita las prisiones, y mucho más si lo hace acompañado de personas tan respetables como nosotros, es justo solemnizar acontecimiento tan importante...

—Parece que se burlan ustedes. Pues digan lo que quieran, necesitaba un buen castigo ese redomado hipócrita.

—Y así lo pienso también, le contestó Luis. Dadas las circunstancias del caso; premeditación, alevosía, ensañamiento, reincidencia... el indulto sería improcedente y nocivo. ¿Qué no dirían los demás canarios? Murmurarían con razón de que los dejaras expuesto á los insidiosos picotazos de ese mal ciudadano; si no es que armaban un motín y se decidían ellos á castigar al culpable, reparando tu desacierto: y si esto acontecía ¡figúrate qué iba á ser de tu autoridad! Serías una soberana sin prestigio, responsable del motín provocado por tu imprudencia... y el caso es que cuando se corriese por el pueblo, y por el valle y otros sitios, calcula el efecto que produciría este mal ejemplo, el juicio que formarían las naciones extranjeras...

—¡Vaya mi señor primo, y qué guasón y bromista está! Pues ojo, no sea que haya que aplicar nuevos castigos. Eso, riete de la gracia;... descortés, impolítico, mal primo.....

Luis se reía á más y mejor.

—Calma, hija, calma; el asunto sería grave si Luis se hubiera expresado con mala intención: habría faltado entonces á los deberes sociales, á los miramientos de huésped, á las consideraciones debidas á tu sexo, rango y circunstancias.....

—Y mucho más cuando estaba oficiando de pájara mayor..... interrumpió Luis.

—Cállese usted, mal bicho, mamarracho....., replicó María con viveza. El sí que es un pajarraco de la peor especie. Pues cuidadito con el pico, que los burlones merecen que se les corte la puntita de la lengua...

—Si eres tú la que me llenas de injurias, y yo quien aplaudo tu conducta, con el mejor deseo y sinceridad, como ya lo apuntaba el tío...

—Bueno... bueno. La tonta soy yo en enseñarles mis

pajarillos; pero como me vengan con otras bromitas y eufufletas se acabó la función.

Y bien podrían sentirlo, porque aun no han visto la joya de la casa, mi favorito.

Y les señaló uno de los más bonitos canarios.

Ahora verán ustedes si está bien educado, y si es más amable y cortés que ciertas personas...; y al propio tiempo le abría la puerta de la jaula, y lo llamaba.

El pajarillo agitaba las alas y contestaba con halagos á su dueña, haciendo ademanes de salir.

—Rico, monín... le decía la joven, que lo llamaba con un silvido aspirado, que sonaba á beso.

El canario se había puesto en la puerta, y revolvía la cabecita en todas direcciones sin atreverse á volar al exterior. Dos ó tres veces desplegó las alas, como si fuera á decidirse; pero las recogió de nuevo, y se movía nerviosamente, sin volver á la jaula, pero sin determinarse á salir.

—Váyanse ustedes más lejos, les dijo Marieta; su presencia le impone.

Hiciéronlo así; y seducido el pájaro por las cariñosas llamadas de la joven, dió á poco un vuelo y se posó en su hombro. Permaneció breve rato mirando con cierto recelo á los forasteros; pero tranquilizado por su inmovilidad y la distancia á que se encontraban, se entregó á sus caricias y monerías acostumbradas, aguardando el terroncito de azúcar, que la joven solía darle.

Esta se lo hacía desear, gozando de que su padre y primo viesan la familiaridad del pajarillo, que frotaba su cabecita contra la barba de su dueña; le picaba suavemente en el rostro; cogía una ú otra hebra de su cabello, y se dejaba acariciar de su señora.

—Quién fuera canario... dijo entonces Luis.

El pájaro interrumpió sus demostraciones y se dispuso á escapar...

—No hagas caso de ese avechicho, prenda, rico, lucero, le decía María tranquilizándolo, á la vez que recomendaba silencio á sus acompañantes.

Y poniendo en sus labios un pequeño terrón de azúcar lo aproximó al canario, que piando de satisfacción se lo arrebató. Acercando entonces el índice extendido de su mano derecha lo presentó al pájaro, que se colocó en él, y en esta forma lo llevó á la jaula.

Tío y sobrino felicitaron calurosamente á la joven.

—Chica! Si no sabía que tuvieras tal habilidad, le dijo su padre.

—Y que no es poco difícil domesticar de ese modo á los animalitos, añadió Luis...

—Pues aun pienso domesticar algún otro, le respondió la joven con cierto retintín.

—Me lo dices de un modo...

—Con toda sencillez y naturalidad, como tú me hablabas hace poco. Es una lástima que haya animalitos de buena disposición que, en vez de corresponder al afecto que se les demuestra, contesten con un graznido; y es obra de caridad irlos puliendo, civilizando, haciéndolos políticos y corteses...

—Chúpáte esa, dijo D. Cristóbal á su sobrino, guiñándole el ojo...

—Ay prima! ¡Cuánto te agradecería que me civilizaras y pulieses, á cambio de que me tratáras como á tus pájaros...

—Pues pórtate bien como ellos: no seas hipócrita y burión, como el castigado; sino atento y amable como mi favorito. Pero vamos al jardín, donde verás qué hermosas flores he conseguido de los tubérculos que me enviaste.

Del jardín pasaron al palomar y otras dependencias de la casa, hasta que les avisaron que la mesa estaba servida.

La comida resultó animadísima. Acostumbrados padre é hija á su soledad sentían la satisfacción de verse acompañados por Luis, á quien miraban como de la casa.

Reflejábase en el rostro de Luis el contento de verse entre personas á quienes profesaba tan entrañable afecto; y contribuían á la animación de la mesa el sol que penetraba por el balcón abierto y llegaba con sus rayos hasta los piés de los mismos comensales, irradiando su resplandor por todo el aposento; una brisa tibia, saturada de aromas, que los envolvía en sus oleadas; los trinos del jilguero que, desde su jaula suspendida de lo alto del balcón, les dedicaba cantos incesantes; y las idas y venidas de Pinto que, abandonando definitivamente la cocina, se quedó en el comedor, llenando de caricias á los tres, en espera de los desperdicios.

Obsequiábalo María del Puy con huesos y alguno que otro pedazo de carne; y no sabiendo el animalito cómo mostrar su agradecimiento plantó sus patas delanteras sobre la falda de la joven é intentó lamerle la mano.

—Quieto, Pinto; le gritó Luis: ven aquí.

El perro obedeció sumisamente, dirigiéndose con lentitud y agachándose al sitio que le designaba su amo.

—Déjalo, hombre; el pobrecillo tenía hambre y demuestra su reconocimiento.

—Te va á ensuciar: no le permitas echar las patas; ya sabes lo extremado que es en sus demostraciones.

—No importa. Y la joven con un gesto, llamó á su lado al perro, el cual se quedó mirándole fijamente, sentado sobre sus patas traseras.

—Cualquiera diría que ha entendido lo que hablábamos; verdad, papá? Vea usted qué quieto se está mirán-

dome sin pestañear, como si quisiera decirme algo...

—Vaya si te dice cosas, ayudándose del rabo, que no cesa de mover...

—Pues yo ya me lo figuro: apostaría cualquier cosa á que á su modo me está diciendo: «Tengo mucho gusto en verme entre ustedes; D. Cristóbal es muy amigo, á quien estimo de verdad y beso la mano; sé que su hija me quiere y le pago en la misma moneda: si no fuera por mi amo, que me lo prohíbe, subiría á contarle al oído lo que le agradezco los huesos de gallina que me ha dado, y que me han sabido á gloria, porque con la caminata de esta mañana se me ha abierto el apetito; pero lo mismo le ha pasado á mi amo que engulle y engulle sin acordarse de mí, ni decirnos nada...

—¡Por dónde había de venir á pagarlo yo! repuso Luis. Conste que si callaba, no solo era porque tenía un apetito de padre y muy señor mío, sino porque me es mucho más agradable oírte, que hacer yo el gasto...

—Suprime esta razón; basta con la primera para que nos hayas convencido.

—Pues con tu permiso sostengo lo dicho. La comida me ha parecido deliciosa, aún más que por las ganas que tenía, porque la sazónaba el gusto de ver á mi querido tío y oír la simpática voz de mi primita...

—Es una manera hábil de llamarme habladora. Pues no me arrepiento, porque alguno había de llevar la conversación; y como tú la entablaste con tanto ahinco con los platos, preciso era que los demás la sostuviéramos. Gracias á Dios parece que vas quedando satisfecho, y ahora te toca á tí. Cuéntanos todo lo que pasa en Zudaire, empezando por tu casa, siguiendo por el Sr. Cura, y por todo el pueblo...

—Allá voy.

Y Luis refirió cuantas novedades habían ocurrido en el lugar; en cuyo relato entretuvieron el tiempo hasta apurar el café.

Aprovecharon lo mejor de la tarde en el paseo, y á la vuelta encontraron á D.^a Joaquina Carranza, y últimamente al párroco D. Antonio Bengoechea, en compañía de los cuales volvieron á casa.

María se sentó al piano y deleitó á sus oyentes tocando una porción de piezas escogidas.

Luis, de pié junto á un extremo del piano, pasaba las hojas de las composiciones, y contemplaba aquellos ágiles dedos, que recorrían el teclado imprimiendo vida y sentimiento á las notas. Admiraba la gracia, la precisión, soltura y seguridad con que su prima vencía las dificultades de ejecución, y la expresión que daba á los motivos. El párroco y D.^a Joaquina escuchaban en silencio, mostrando su complacencia; y felicitaron á la joven, cuando terminó.

—¿Qué tal? preguntó el párroco á Luis. En Zudaire no tienen ustedes esto.

—Ni en Zudaire ni en muchas leguas á la redonda hay otra prima mía, ni quien se le asemeje en muchas cosas, y sobre todo en la manera de interpretar la música. Es toda una profesora...

—Lo que más me choca, decía el Cura, es de dónde saca la fuerza para hacer sonar así el instrumento. Después de esa suavidad y finura con que hiere las teclas, llega otro pasaje y poco á poco crece el sonido, aumentándose más cada vez hasta hacer un estruendo, que conmueve todo; y sin embargo se oyen distintamente las notas. Yo no sé cómo se las compone para lograr que suene el piano con tanto vigor.

—Pues lo que á mí me parece más difícil, decía Doña Joaquina, es el modo como vuelan las manos de un sitio á

otro, sin equivocarse nunca. ¡Jesús! Si hay veces en que no sabe una dónde están. Me he puesto á mirar con cuidado para ver lo que hacía cada dedo, y no los podía seguir: hubiera asegurado que eran muchas manos las que corrían por el teclado.

—No es tan difícil como parece, contestaba la pianista. Es cuestión de práctica; de soltarse... Después cada cosa parece que se viene á su sitio; y además son piezas que las tengo muy estudiadas.

—¿Sabes lo que podías tocar? le indicó su padre. Aquella tanda de vales tan bonitos...

—Sí, señor; los sé de memoria.

Notábase en los circunstantes la impresión más animada y bullanguera que les causaban aquellos compases vivos y joviales, que sonaban á danza y alegría. Como que eran muy del agrado de D. Cristóbal, su hija los tocaba con frecuencia; así es que todos los sabían y los recibían con la satisfacción que á un conocido que nos es simpático.

El párroco llevaba el compás moviendo suavemente la cabeza; D. Cristóbal lo marcaba con el pié; y D.^a Joaquina y Luis los tarareaban por lo bajo, acabando la pianista por hacer lo propio, é insensiblemente fueron levantando la voz.

—Bravo, hombre, bravo! dijo D. Cristóbal al terminar. Pues si esto es una sinfonía.

—Eh, poco á poco; repuso el cura. Yo no cantaba.

—Pues poco le habrá faltado; á lo menos lo aprobaba, porque á todo decía que sí con la cabeza...

—Yo!!! No diga usted eso, D. Cristóbal. El único formal he sido yo; pero quien tiene la culpa es usted que ha empezado á dar golpes en el suelo, llevando el compás. Cualquiera diría que se le bailaban las piernas.

—Pues á usted se le bailaba la cabeza, Sr. Cura; y eso sí que es malo. Que lo diga sinó D.^a Joaquina...

—La verdad es que la música es muy alegre, y se pega al oído; así es que todos la seguíamos, cual más, cual menos; pero el que menor parte tomaba era el Sr. Cura, que no hacía más que mover algo la cabeza...

—Habría sido de ver que nos hubiese salido á bailar el zapateado en sotana, replicó D. Cristóbal. Pero á su modo bien demostraba su gusto.....

—Eso del zapateado se queda para usted, D. Cristóbal, que ha desgastado la baldosa de tanto darle con el pié. No niego que es música fácil y agradable; pero no me movía como usted...

—Más he hecho yo, (dijo la joven,) que tocaba y cantaba á un tiempo, gritando más que nadie.

—Pues mira; ahora vés á cantar alguna cosita, le dijo su primo.

—Y ¿qué vá á ser?

—El Ave María de Gounod.

—Corriente.

La joven preludió la tierna salutación á la Virgen, y entonó la melodía con un timbre dulcísimo, y á medida que avanzaba en la composición poseíase del fervor de la plegaria, y su argentina voz vibraba como si su corazón llevase á la Reina de los cielos los suspiros de la tierra.

Escuchaban todos en religioso silencio: mudos y como arrobados permanecían inmóviles para no perder una sílaba ni una nota de la melodía, pero advertíase en sus semblantes la profunda impresión que en la calma de aquella noche serena les causaba la plegaria; y cuando el último *amén* resonó como un suspiro prolongado que se debilitaba gradualmente perdiéndose en el espacio, hubo todavía un rato en que nadie pronunció una palabra.

D. Antonio puso fin á aquel periodo y á la reunión; y señalando por el balcón la azulada bóveda, cuajada de estrellas, dijo:

—No dejemos perder la piadosa impresión de esta oración sublime: y puesto que la plegaria ha llevado nuestros corazones hacia la Santísima Virgen, vayámonos á nuestras casas, que ya es hora, y acostémonos con su bendito nombre en los labios.

Poco después Eulate dormía con la tranquilidad más completa.

La estancia de Luis se prolongó tres días más, que fueron para todos de gran satisfacción, en especial para ambos primos que no cesaban de bromear.

¡Cómo se pasa el tiempo! les dijo Luis la víspera de su partida. Me parece que llegué ayer, y son tres días los que llevo...

—Valiente cosa, repuso María. Lo que debías hacer era quedarte una temporadita y dirigir la obra que papá proyecta en el jardín.

—Si por mi gusto fuera! pero sobre que no hago falta, porque el tío no necesita ayuda, ya debía estar de vuelta en Zudaire.

—Pues no creo que tengais nada urgente por allá.

—Siempre hay mil cosas á que atender; pero hay un medio de arreglarlo todo. Vénganse ustedes conmigo, y verán que alegrón reciben en aquella casa.

—Por ahora no puede ser; contestó D. Cristóbal: pero prometo haceros una visita en el verano y que María se quede unos días con tu buena madre.

Esta promesa endulzó para Luis el disgusto de la separación.

No obstante, cuando á la mañana siguiente llegó el

momento de partir, le parecía como si un imán retuviese sus plantas en aquella morada.

Piafaba impaciente el caballo que un criado tenía ensillado á la puerta; Pinto subía y bajaba cien veces la escalera y con sus ladridos y saltos parecía despedirse de todos, mientras que Luis no hallaba instante propicio para marcharse.

—¡Qué lástima que no estemos todos juntos! dijo á D. Cristóbal y su hija, que habían bajado á la puerta para verle montar, ¡Si vieran ustedes cuánto siento marcharme!

—No va á ser muy larga la separación, le replicó el padre; dentro de poco nos tienes en tu casa, como te decía ayer.

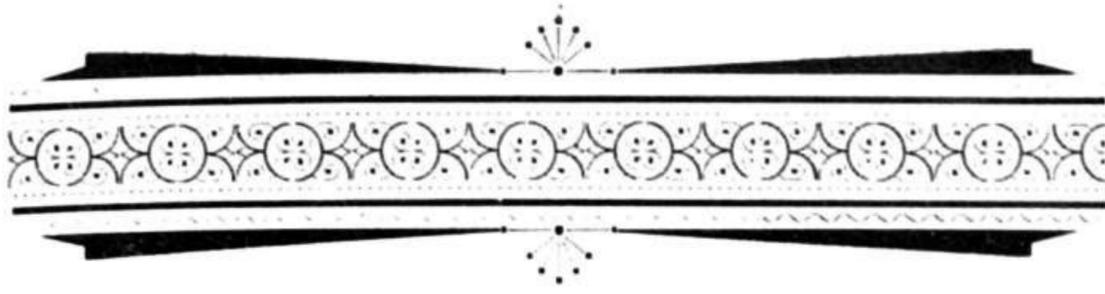
—De aquí hasta entonces....

—Y la distancia de Zudaire es bien corta, agregó la hija; á tí bien fácil te es visitarnos.

—No tanto como quisiera; pero en fin, me atengo á la promesa del tío.

Y tendiéndoles las manos, montó con soltura, y emprendió la marcha diciéndoles adiós con la mano hasta que se retiraron.

Parecióle á Luis como si se hubiera eclipsado el sol cuando al volver la cabeza ya no halló la esbelta figura de su prima: la casa, el pueblo, el campo, se le figuraron envueltos en sombras; y dando un espolazo al noble animal, que emprendió desenfrenada carrera, sorprendido de aquel brusco pinchazo, se dijo Luis para sus adentros: «el mal no está fuera, sino que viene de adentro. Y cuán adentro y cuán hondo lo llevo...!»



IX

ADOLFO ITURRIGOITI

En ambas casas de Eulate y Zudaire todo volvió á su marcha regular y acompasada.

Cierto que en la de Eulate los albañiles introdujeron algún desconcierto al construir la obra proyectada; pero, pasados los primeros días de acopio de materiales, el trabajo fué más ordenado y relativamente aseado; y ya no tuvo que lamentarse tanto María del Puy de lo que le ensuciaban los suelos.

—Cuidado que no sirve barrer! Ni que lo hicieran adrede....!

D. Cristóbal, que no daba tanta importancia á la esmerada limpieza que su hija apetecía, no hacía gran caso de sus quejas.

—Déjalo, mujer. Si por más que te afanes tiene que haber arena y yeso por todas partes.

—Pues buena estaría la casa si lo dejáramos. ¡Ni con zancos se podría entrar.....

—Mira; lo que importa es que despachen pronto: cuanto más se muevan y más ensucien, antes acabaremos.

—Justo. Y entonces no habrá quien pueda *desarquillar* los suelos.

Y allí andaba María á vueltas con las criadas, friega aquí, estrega allá; dando la voz de alerta á un peón, encargando al maestro que fuesen despacio, mientras que D. Cristóbal les advertía que fuesen de prisa.

Pero, en fin, todo fué volviendo á su cauce normal, ó poco menos; y con esto, y haber puesto unas esteras en el camino que seguían los trabajadores, pudo entregarse la joven á sus habituales ocupaciones.

En Zudaire no hubo obras de importancia; pero jamás faltaban quehaceres: los cuidados del ganado de todas clases, cuyas manadas, piaras y rebaños había que inspeccionar; las labores agrícolas; la cerca hundida; la pared desmoronada por las lluvias; el forraje, las provisiones, los utensilios que los sirvientes necesitaban, ocupaban las horas de todos. Luis, que había descargado á su padre del peso principal de estas faenas, no cesaba un momento; pero aun hallaba tiempo para dedicar algún rato á sus revistas y lecturas favoritas, y para cazar cuando se podía.

Transcurrieron varias semanas: mediaba el mes de Junio cuando una tarde en que Luis recorría los campos, haciéndose cargo de la próxima cosecha, que se anunciaba como buena, oyó el ruido de un caballo que venía por la carretera.

El jinete, que le saludó desde lejos, avivó el paso de su cabalgadura:

—Calla! Pues si es Adolfo... Chico! qué alegrón me das de verte cuando menos lo pensaba!

—Pues aquí me tienes, molido de veinticuatro horas de caminata. Salí anoche de Madrid y despierto, en estos poéticos valles, dulce paraíso de los amescoanos; en estos

idílicos prados, en que con sus lánguidos ojos te miran las vacas, saludándote con un tiernísimo *muuu*, y las triscadoras cabras hacen piruetas y cabriolas como el más consumado saltarín, luciendo su gentileza....

—Pues aunque te burles, esto tiene sus encantos....

—¡Que si los tiene! Figúrate que vengo dispuesto á perderme por entre estos bosques ó tenderme junto al musgo de las fuentes, tocando la zampoña. Si quieres hacer de Tí tiro yo estoy pronto á ser Melibeo, y cantar las excelencias de la espumosa leche recién ordeñada, el pintado cabritillo que desoye los balidos de su madre por irse á retozar con sus compañeros; el reflexivo aspecto del grave montañés á quien tienes que sacar las palabras á gancheo...

—Nadie diría que tú lo fueras, porque brotan á borbotones de tus labios: á bien que á alegre y decididor no hay quien te gane; y vienes corregido y aumentado....

—Alto ahí. Has de saber que tienes el honor de contemplar á todo un señor Licenciado en Medicina y Cirugía; á todo un señor Doctor, pues ya sabes que los médicos todos somos Doctores, según el común sentir de las gentes, que son árbitras y legisladoras del lenguaje, como dijo Horacio, ó Arquímedes, ó el que fuese. Es verdad que no tengo todavía el título, pero como si lo tuviera; porque un hombre que ha aprobado todas sus asignaturas, sacándolas á pulso, cuando no á plancha; que ha dejado atónitos á aquellos escrutadores Argos, que, envidiosos de mi ciencia, se han limitado á darme el clásico *aprobado*, cuando bien merecía el *sobresaliente*, siquiera no fuese más que por el ojo clínico que demostré pescando al vuelo el flaco de cada uno de mis examinadores, para darles por su gusto y congraciarme con ellos; un hombre que ha sufrido el examen minucioso de cada curso ¿qué le puede importar del examen somero y en conjunto de la Licencia-

tura, pura fórmula para arrancarle á uno tres mil y pico reales? La Licenciatura es un mito, una utopía, una ilusión.....

—Lo que no quita para que tengas que obtenerla.

—Ahí le duele. No hay más remedio que consagrar parte de las horas á los libros para que, luego del verano, me presente ante el terrorífico tribunal, al lado del que Herodes parece un bonachón. Pero, en fin; no pensemos en ello: ahora á descansar y divertirse. Ya verás qué bien lo pasamos: te espero pronto en Eulate, para donde continúo.

—Pero antes vendrás á casa á tomar una copita.

—Nó: cuanto antes llegue al pueblo, mejor.

—Poco te costaba entrar: estamos á la puerta, como quien dice, y mis padres se alegrarán de verte.

—Pues sea; pero un momento nada más.

Y se fueron á la casa, donde D.^a Mercedes agasajó al joven, que en breve prosiguió su camino, no sin que Luis prometiera visitarle.

Era de noche cuando Adolfo entraba en Eulate y en el camino de su morada sólo encontró á un labriego vecino:

—Hola, Sr. Gaspar, le gritó al alcanzarlo.—¿Qué hace la *Señá* Juana? ¿Y los chicos? ¿Todos buenos, eh? ¿Supongo que en el pueblo habrá, como siempre, peste de salud?

—Bienvenido, D. Adolfo: aquí bien estamos todos, y mejor estaríamos si el invierno *hubiá* sido de más nieves; pero no hay que quejarse. Y usted ¿ya ha despachado sus estudios?

—Ya lo creo! y traigo cada aprobado como un templo. Aquí está el médico del valle, y de todos los valles circunvecinos y de veinte leguas á la redonda. Verá usted

cómo crece mi fama. Ya se ha quedado el sacristán sin entierros, y el tío Roque el sepulturero sin oficio que ejercer. Conque, hasta la vista, señor Gaspar.

—Vaya con Dios, D. Adolfo.

Y el joven se dirigió á su vivienda, alborotándola á los gritos de:

—¿Hay posada? Eh de la casa!

D.^a Joaquina, que conoció la voz de su hijo, echó á correr y lo estrechó entre sus brazos.

Desahogada su impaciencia maternal por saber todo lo que había acontecido á su Adolfo, le preparó la cena, y el futuro Galeno se fué en seguida á la cama, porque no podía tenerse de sueño; y lo acreditó, en efecto, durmiendo diez horas seguidas.

A la otra mañana, repuesto de la fatiga, abundantemente lavado y no bien desayunó, se lanzó á la calle para visitar á sus conocidos.

El señor Gaspar ya había dado la noticia de su venida, así es que nadie la ignoraba. La segunda parte de que se hubiese hecho médico la creían unos, sabedores de que estaba para terminar la carrera; la rechazaban otros, que conocían el carácter bromista de Adolfo; y los más estaban dudosos.

Por su parte el joven los sumía en nuevas confusiones.

—Sí, he acabado la carrera, y vereis qué curas tan prodigiosas hago.

—De modo que ya es usted médico.

—Sí, hombre; como si lo fuera.

Y los dejaba sin saber á qué atenerse.

Antes de llegar á casa de D. Cristóbal Salazar, que fué una de sus primeras visitas, había hablado ya con medio pueblo.

A unos que encontraba; á otros que llamaba al pasar;

con las mujeres que se asomaban á la ventana; con los rapaces que salían á su encuentro; con las muchachas que iban ó volvían de la fuente, con todos tenía algo que ver; ó un requiebro que echarles ó una broma que gastar; y su jovialidad y desenvoltura dejaban por todas partes como un reguero de alegría y juventud.

D. Cristóbal estaba en su escritorio, á donde la sirvienta condujo á Adolfo, y poco después acudió á saludarle María del Puy.

Vestía esta sencillo traje de casa, de percal con florecitas estampadas, y por todo adorno llevaba un cinturón de cuero, de bruñida hebilla, que rodeaba su diminuto talle, y en los cabellos una rosa que parecía tomar el tinte de sus mejillas, más encendidas que nunca por las faenas activas á que en el momento estaba dedicada María.

Dirigióse esta al escritorio, con rápido y menudo paso, sonriente y gozosa de la llegada de Adolfo, á quien tendía su mano; el cual se quedó absorto contemplándola:

—¿No me dices nada? le indicó la joven.

—Si no hay palabras para significarte la impresión que me has causado. Vaya una hada, y un ángel y una hurí en una pieza...

—¿Sabes que sería bicho raro el que resultara de esa mescolanza? le dijo jocosamente D. Cristóbal.

—Lo que sé es que es un hechizo; que es la perla y la joya de las Améscuas.

—¡Qué aduladores os volveis en la Corte! le significó ésta.

—Te aseguro que me quedo corto. ¡Cuidado qué aire, qué estampa y qué cara de cielo para enloquecer á cualquiera!

—Tú sí que eres loco. Pero dejemos esto, y cuéntanos algo de tí. Me han dicho que has obtenido el título.

—Les dejo que lo crean; pero la verdad es que no lo recibiré hasta dentro de unos meses, salvo que me jueguen una mala pasada los señores Catedráticos. He terminado los cursos y solo me faltan los ejercicios del grado, que pienso hacer después del verano. Ahora me prepararé con un repaso...

—Y ¿qué tal los profesores? se han portado bien en tus exámenes? le preguntó D. Cristóbal.

—No me puedo quejar: sólo había un bizeo, bizeo había de ser, que me miraba con unos ojos atravesados...

—Pues siendo bisojo ¿cómo querías que te mirase?

—Es que no tenía menos atravesadas las intenciones. Figúrense ustedes que me examinaba de Clínica médica, y le ocurrió preguntarme la historia de uno de los enfermos. La dije lo mejor que pude, pero nada le satisfacía: erre que erre en sus preguntitas, con un ojo clavado en los míos y el otro que parecía escudriñar mi bolsillo. Tentado estuve de sacar el pañuelo y volver el bolsillo del revés, á ver si se daba por satisfecho.

—Cuando reconoció usted al enfermo ¿qué tenía?

—Ruido de fuelle en el vértice del pulmón derecho.

—¿Qué más?

—Matidez en la región vecina.

—Más.

—38°, 5 décimas de temperatura.

—¿Qué más?

—Espustos con estriás sanguinolentas; piel seca y ardorosa; pulso frecuente, irregular y débil.

—¿Qué más tenía?

Pues... ganas de irse cuanto antes del Hospital.

Decir esto, y ponérseme como una furia, todo fué uno: gracias á que los otros catedráticos se echaron á reir, y me salvaron; que sinó todavía estaría á estas horas registrán-

dome el bolsillo, y dále que te pego con más, más y más.

—Puedes darte por bien librado de que no te suspendieran, aunque no fuese más que por tu salida de tono.

—¡Qué en falta vas á echar la vida madrileña! le dijo María del Puy. Acostumbrado al lujo y elegancia de la Corte, á sus muchas distracciones y á un trato tan distinto del de aquí, vas á aburrirte soberanamente.

—¡Aburrirme! No por cierto. Pienso sacar partido de lo que el pueblo dá de sí, que por lo mismo que es tan diferente de Madrid se acoge con el gusto de la novedad; y aunque hubiera algún rato en que la monotonía del pueblo me causara fastidio, con creces me daré por pagado con el placer de hallarme entre ustedes y contemplar á la sílfide de estos valles, á la simpática y sugestiva María.....

—Si es como broma, puede pasar, repuso la joven. Por lo demás, ya sabes que no me pago de adulaciones; ni dejo de comprender que soy una lugareña, tan desprovista de atractivos y de la distinción que solo se adquiere en los grandes centros, como apegada á estas montañas y á los míos...

—Esa modestia te sienta perfectamente; pero sostengo lo dicho, y de seguro que D. Cristóbal es de mi opinión. En las ciudades, como en las aldeas, hay almas elevadas y almas bajas; corazones que atraen ó que rechazan; personas que naturalmente tienen la distinción y encanto que nacen de la delicadeza, de la afabilidad, de la pureza de sentimientos; y que no pueden confundirse con esa cortesía ficticia que miente sonrisas y empalagosos cumplidos en un tono que quiere ser insinuante y resulta falso y repulsivo. Y esa distinción y encanto los atesoras en grado superlativo.

—Que hay aquí más naturalidad y sencillez, te lo concedo, le repuso D. Cristóbal: pero somos rudos, faltos de

expresión, y por buena que sea la fibra de dentro, la corteza es áspera.

—Hay de todo. Claro es que nuestros pastores y campesinos no pueden tener las selectas frases y cultos ademanes de las ciudades; pero los que, como V., han salido de estos valles, y conservan relaciones distinguidas; quienes, como María, se han educado en un colegio escogido, reúnen á las ventajas que da la sociedad las que proporciona la naturaleza.

—Chico! ¡Qué ufana me dejas! Yo que creía que era una pobre aldeana, que ni sabía hablar, y voy viendo que somos personas de talento, de buen tono y de apetecible sociedad...

—Tan apetecible, como que sin ella perdería lo que más me seduce y agrada. Así es que confío en que don Cristóbal no ha de tener inconveniente en que venga todos los días á molestarles un rato...

—Ven cuando quieras; las puertas de mi casa están abiertas á todos, y con mayor razón para tí, á quien he visto nacer. Todas las tardes, á la vuelta de paseo, estoy con mi hija, y á veces nos acompañan el señor cura ú otros vecinos y amigas de María. Esa es la mejor ocasión.

—Pues no faltaré. Y ahora les dejo, porque ustedes tendrán sus ocupaciones, y yo voy á terminar de recorrer el pueblo y saludar á todos.

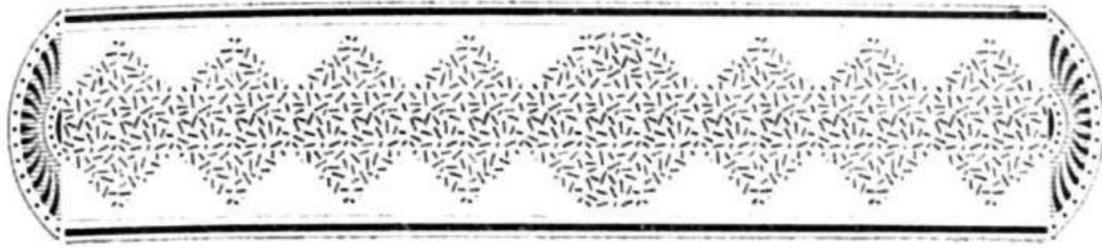
—Hasta la vista, le dijo D. Cristóbal.

—Adios, adulador; añadió la hija.

—Adios, descreída seductora, le contestó el joven desde la escalera.

Seductora y tan seductora, decía para sus adentros al pisar las enlosadas y desiguales calles del pueblo. Siempre lo fué; pero en este año último se ha puesto bellísima. ¡Qué contornos, y qué ojos tan expresivos, y qué gracia,

y qué sonrosado el de su tez, y qué boquita, y qué todo! De su voz no se diga: no sé lo que tiene que parece que penetra suavemente hasta lo más íntimo del alma y allí se queda vibrando y como acariciándole á uno..... Y no hay que decir que haya nada fingido: precisamente lo que más cautiva es la sencillez é ingenuidad que respira su persona: no hay más que ver sus cándidos ojos, que dejan penetrar la mirada hasta lo mas hondo, como quien nada tiene que ocultar. Pero se ha hecho más mujer; está más en carnes, más llena; y el caso es que no por ello ha perdido nada de su lijereza y flexibilidad. En fin, que es verdaderamente una perla escondida, que parece puesta para que yo me recree en ella.—Y digo cuando suelta el raudal de su voz y salen de su garganta aquellas mágicas armonías: los mismos ángeles se detendrían á escucharlas... Pues señor, vamos á pasar un gran verano: todos los días á casa de D. Cristóbal; los juegos y meriendas con los mozos del pueblo; el tresillo en San Martín en casa del médico; alguna visita á Zudaire y los pueblos vecinos; la escopeta á ratos y otros á la bartola... magnífico. ¡Lo malo son los libros! Ese es el punto negro: de buena gana los echaría á paseo, pero no puede ser...! y que no tendría gusto el bizco de D. Saturnino de largarme un suspenso como un templo si llego á caer en sus manos! Para todo habrá lugar: desde primero de Julio empezaré el repaso por la Anatomía. Ahora á divertirse, y ancha Castilla.....



X

DE VISITA

GN estos pensamientos iba entretenido, cuando al doblar una esquina se halló de manos á boca con Doroteo Salillas, antiguo camarada de travesuras infantiles, hijo del señor Pablo, por otro nombre el señor *Berrinches*, labriego regularmente acomodado, que debía el apodo á su mal genio. Es verdad que Berrinches era más sordo que una tapia, y desconfiado á fuer de buen sordo; y como siempre le parecía que hablaban de su persona, se lo llevaba el demonio pensando que se reían y burlaban de él.

—¡Dichosos los ojos que llegan á verte! le dijo Doroteo. ¿Dónde te metes, que he estado en tu casa y corrido todo el pueblo sin hallarte?

—En la antesala del cielo; con una rubia como un serafín que me tiene lelo...

—Si no te explicas...

—¿Y qué más he de explicarte sino que todavía me sabe la boca á miel y me relamo de gusto?

—Ni que vinieras de una colmena,...

—Pues en esa colmena ella es la reina y yo haría gustoso el papel de zángano, por no apartarme de allí.

—Acabemos ¿quién es ella?

—¿Quién ha de ser si no la hija de D. Cristóbal? ¿No notas en mis ojos el reflejo de los suyos que, cuando los abre, son dos luceros que todo lo inundan de luz? ¿No adviertes el perfume que de mí se exhala?...

—No huelo mas que el hedor de la pocilga vecina...

—Quita de ahí, zafio; que donde está el aroma de aquella boquita, que parece un clavel, todo queda embalsamado...

—Pues no te ha entrado poco fuerte. La señorita María es una alhaja, y en su género, en lo fino, no hay más allá; pero vamos, que también en su clase mi novia no le cede á ninguna.

—Y ¿cual es tu novia?

—La Pepa, la hija del Secretario.

—Valiente moza, sí por cierto; cara redonda, busto escultural, ojos de fuego, y un empuje, y unos brazos torneados, que no temen á la lluvia ni al sol, y que lo mismo cogen la canasta y se la plantan en la cabeza como si fuera una oblea, que empuñan la pala y amontonan el trigo en un santiamén...

—¿La has visto?

—Todavía nó: hablo con referencia al año pasado.

—Pues aún está más guapa y lucida ahora. Hace dos meses que la obsequio, y ella me corresponde; pero no sé ni cómo festejarla. Voy á su casa, la acompaño á la fuente, bailo con ella, y no tengo motivo de qué quejarme; pero en descuidándome un poco... no sabes cómo las gasta. El otro día le quise ayudar á ponerse el cántaro en la cabeza y, por si le rocé un poco ó no le rocé, sostuvo el cántaro

con la mano izquierda y con la derecha me largó un bofetón de órdago.

—Virtudes bravías como las sierras entre que se crían...

—Y á mí se me van los ojos tras ella: salgo á la labor pasando por la puerta de su casa; en el campo no hago más que pensar en mi Pepa, y si alguna vez la diviso cuando va al prado ó al monte, me da un vuelco el corazón; el rato que á las tardes estamos juntos me sabe á gloria, y sueño con ella de noche, y me levanto con la esperanza de que la encuentre en el camino...

—Vamos, que estás trastornado del todo.

—No hay que echarlas de indiferente, que me parece que tú tambien llevas tu retintín por dentro; pero es la verdad que me tiene chiflado, y no sé como demostrárselo.....

—Pero hombre! ¿Qué más quieres que pasar todo el día detrás de ella ó suspirándola? ¿Ni qué más ha de pretender viendo que bebes los vientos por encontrarla, y teniendo todos los días ocasión de decírselo?

—Ya se lo he dicho; pero... en fin que quisiera obsequiarla como se merece.

—Pues por eso no te apures: una noche salimos de ronda, y le damos serenata.

—Eso, eso sí que le gustará. Si vieras cuanto te lo agradeceré...

—Pues manos á la obra: con Lucio el boyero que toca la guitarra, y yo con mi bandurria, verás qué jaleo armamos. Cantadores no han de faltar, y yo cantaré también.

—Magnífico. Y escucha; ¿no podría venir *Reconcho*, que ha aprendido el acordeón?

—No hace falta; pero que venga: ensayaremos á las

noches, luego de cenar, y cuando salga la cosa regular, de ronda...

—¿No podíamos ir mañana?

—No, hombre; no seas tan impaciente. Vale más que nos aseguremos para que no resulte un *esperpento*. Pero ¿de cuándo acá ha sacado esas habilidades Reconcho? No sabía que manejase el acordeón...

—Aprendió en Estella el invierno pasado: al principio, cuando vino, se le equivocaban los dedos; pero ahora se ha soltado mucho...

—Veremos; pero lo que hay que prohibirle es que cante; ya sabes la voz aguardentosa que tiene: además que el demonio que lo entienda, porque a estropear las palabras no hay quien le gane.

—Por cantadores no se ha de quedar; y sobre todo ahí estás tú, que en eso de puntear la bandurria y echar una copla no tienes competidor.

—Pues avísales á Lucio y á Reconcho que vengan esta noche á mi casa con los instrumentos.

—Ahora mismo: con que, muchas gracias, Adolfo; y bienvenido.

Ah! no digas una palabra de lo de salir de ronda: quiero sorprender á la Pepa...

—Bueno. Encárgaselo también á los otros; por mí no se sabrá.

Separáronse ambos jóvenes; y Adolfo estuvo en casa del Sr. Cura, en la del maestro, y demás notabilidades del pueblo, amén de algunos otros vecinos y antiguos sirvientes de su familia.

Al caer de la tarde se encaminó á casa de D. Cristóbal.

Este y su hija se hallaban acompañados del Sr. Cura, y de Asunción Reinoso, (amiga de María), casi enteramente restablecida de la enfermedad que había pasado.

—Felices tardes, señores, dijo Adolfo al entrar; y después de saludar á los dueños de la casa y al párroco, tendió la mano á Asunción, diciéndole:

—Ya veo que en este pueblo voy á estar demás. Las enfermedades se curan por sí solas, sin dejar ni rastro; y sinó, dígalo Asunción, de quien me escribía mi madre que no la conocería de cómo la habían puesto unas calenturas gástricas, y la hallo mejor que nunca...

—Eso quisiera; pero aún me resiento: no he recobrado las fuerzas, y estoy con esta palidez...

—Que te sienta admirablemente.

—Con que sí? Pues yo desearía verme con mis colores de otro tiempo y no tan lánguida...

—Un sorbito de vino de quina antes de las comidas; paseo, aire, luz, que son los mejores tónicos y reconstituyentes...

—Chico! qué gracia me haces de Doctor, repuso María. Y con qué seriedad lo dices...

—Cállese usted, bachillera; y respete la ciencia que habla por mis labios; respete las grandes conquistas del saber y del trabajo; los esfuerzos de tantas generaciones que han ido acumulando tesoros de observación, análisis y estudio, recogidos en las aulas á donde acudimos á nutrirnos con su vivificante savia. Es la voz de los genios de la Medicina de todos los tiempos y países la que habla por mi boca...

—Para decirnos que aire, paseo y sol: pues, mira, eso lo sabemos todos sin movernos de nuestro pueblo.

—¿Y es aquí donde se desconoce la suprema importancia de la ciencia y se rebaja á su flamante representante; aquí, donde ha nacido uno, y debería contar con la fe y el apoyo de todos....!

—*Nemo propheta in pátria sua.....* insinuó entonces el Párroco. Ya lo dice la escritura.

—Pero lo que no dice es que la primera en desacreditar el magno caudal de mi sabiduría había de ser una paisana tan bella y bonita como mi enemiga...

—Líbreme Dios! si al contrario, apoyaba lo que decías, y aumentaba el caudal de los siglos con nuestra propia observación de que es bueno tomar el aire y dar un paseito... Si estamos todos conformes...!

—Hum! A otro perro con ese hueso.

—Nadie ha negado lo que decías, repuso D. Cristóbal: pero, vamos, me parece que los sabios no han tenido que calentarse mucho los sesos para averiguar una verdad tan sabida...

—Repáre usted que á esos agentes naturales iba asociado el empleo del vino quinado, y, si es ferruginoso, mucho mejor. Juntaba, pues, el arte, con la ciencia y la naturaleza; porque han de saber ustedes que el hierro viene á enriquecer la hemoglobina y favorece la formación de los glóbulos rojos que, al circular con la sangre por las arterias y venas, llegando á los vasos capilares, disiparán esa palidez que aún se nota en Asunción; y la quina, obrando en pequeñas dosis como tónico, no como antifebrífugo, estimulará el apetito y activará las funciones digestivas, haciendo que recobre las fuerzas: con que así, aténganse á las sabias prescripciones dimanadas de mi competencia.

—Oye; ¿y no sería igual un vino generoso cualquiera, y que si querías metieran dentro un hierro candente para que fuera ferruginoso? Porque para mí, muchas de las cosas que enviais á buscar á las boticas son para dar de ganar al boticario..., indicó María del Puy.

—Cuando no son para darse tono con específicos que

recetan y que no saben lo que son, agregó el cura.

—Y que á lo mejor ponen enfermo al que está sano, apuntó á su vez D. Cristóbal.

—Pero esta es una conjuración en toda regla. Y sino por mí, modesto representante de la ciencia médica, he de rechazar tales prejuicios por los grandes hombres á quienes la humanidad doliente les debe la curación de sus males y el alivio de sus dolores.

—Conste que yo, que soy aquí la humanidad doliente, indicó Asunción, no he desplegado los labios, sino que te escucho con toda atención.

—Eso me consuela; pero no basta: mi noble Facultad debe quedar con el lustre que le corresponde.

—Pues es muy sencillo, indicó Asunción maliciosamente; con un poco de betún...

—Hablemos en serio, dijo el Párroco. Yo soy poco crédulo en materias médicas, que pongo en cuarentena; pero esto no quita para que Adolfo se explique.

—Tiene la palabra D. Adolfo Iturrigoiti de Carranza, dijo solemnemente D. Cristóbal, que, en su calidad de dueño de la casa, se arrogó las funciones de presidente.

Estiróse los puños el joven, tosió, adoptó una postura académica, y dijo:

—Señores; difícil es la posición de la nobilísima clase médica, que tiene que luchar contra la rutina y las preocupaciones; y si esas dificultades se acrecen para los médicos de partido, tienen que ser mucho mayores para mí, que tropiezo con prejuicios infundados, y que soy un principiante en mi carrera; pero tengo en mi abono la fuerza incontrastable de la verdad y la razón, y la inteligencia y respetabilidad del selecto auditorio que me escucha...

—Exordio de insinuación ó precaución oratoria, según

nos enseñaban en el Seminario, interrumpió el cura. No está mal; pero vamos al grano.

—Pues voy al grano, D. Antonio. No me negará usted la utilidad de las ciencias y el desarrollo portentoso conseguido con ellas. La Química, la Física, la Antropología, las artes industriales, todo, en una palabra, ha tomado vuelo gigantesco y transformado el mundo; pues todas esas ciencias y artes, con otras muchas, acuden con su tributo á la Medicina, que al aprovecharse de ellas viene á ser como una síntesis y resumen de los conocimientos humanos; y, sin ir más lejos, basta considerar hasta donde ha llegado con sus investigaciones bacteriológicas, con el examen microscópico de la célula y los filamentos más imperceptibles, con el análisis químico de líquidos y sustancias para que se la coloque en el alto lugar que de derecho le corresponde...

—Bueno; insistió el cura; pero la Medicina es ciencia práctica, que tiene por misión prevenir, conocer y curar las enfermedades; y yo no veo los milagros que haga.

—Ciego estará quien no los palpe, si medita un poco.

En cuanto á evitar las enfermedades, con reflexionar sobre las epidemias, y en especial sobre las horribles pestes que siglos atrás diezaban á Europa, actualmente extinguidas unas, y otras muy atenuadas ó que abortan, se comprenden los asombrosos resultados obtenidos por la Higiene.

—Pues, hijo: ¡no hemos tenido pocos cóleras en lo que vá de siglo! El del año 33; el famoso del 55; el del 83; el del 85; la fiebre amarilla de Barcelona; la de Cádiz; que el tifus, que el sarampión, que la difteria; ¡si estamos padeciendo todas las plagas, y una se nos vá y otra se nos viene, con algunas que antes no existían..!

—Lo que hay que pensar es qué males habrían causado

esas epidemias si la Higiene y la Medicina no hubieran luchado con ellas á brazo partido, reduciéndolas á un estado de semi-impotencia, conteniendo su difusión y haciendo degenerar sus gérmenes.

Por otra parte ¿quién puede negar la gloria alcanzada por Jenner con la vacuna? ¿Quién desconocer el justísimo renombre alcanzado por Pasteur, por Koch y los ilustres profesores que en todas partes se afanan, aun á costa de su vida, en proporcionar el remedio contra la rabia, la difteria, el cólera, el tifus y demás enfermedades parasitarias?

—Lo que es si os dejaran, le interrumpió D. Cristóbal, nos pondriais el cuerpo hecho una criba á puro de jeringazos é incisiones. Ya podiais buscar otro modo de librarnos de enfermedades, en vez de comenzar por inocularnoslas, llenándonos el cuerpo de agujeros.

—Chico mal es ese cuando libra de otros tan grandes.

Y contestando á los reparos de D. Antonio le haré observar que, en punto al conocimiento de las enfermedades, son notorios los progresos de la medicina, y valiosísimos los medios auxiliares con que se ha enriquecido. Sin ir más lejos hoy andan en manos de todos el termómetro clínico, el esfigmógrafo, el auscultador, el oftalmoscopio...

—¡Quincalla, saltó á este punto María del Puy! ¡Pura quincalla, como decía un médico viejo amigo de papá!

—¿Cómo quincalla?

—No pongas tan mala cara, que no hago más que repetir sus palabras. Cuando veía á los médicos jóvenes echar mano al bolsillo, y sacar un chisme de un lado y un estuche del otro, para reconocer á los enfermos, decía que tales médicos eran tiendas ambulantes de quincalla, que nunca había él necesitado para tomar el pulso y examinar la lengua ó garganta del paciente...

—Se concibe que para algunos médicos ancianos fuesen estorbo instrumentos con los que no estaban familiarizados; lo cual nada quita á su innegable utilidad, hasta el extremo de que enfermedades hay que no podrían diagnosticarse sin la observación termométrica; y los mismos médicos viejos han acabado por usarlos, rindiéndose á su utilidad práctica.

Y en cuanto á lo de curar las enfermedades...

—Aquí te quiero, escopeta! exclamó D. Antonio. Todo eso de poner muchos nombres, y usar instrumentos, y hacer análisis, y precisar el órgano que padece, está bien, y se habrá adelantado mucho: pero lo que es en cuanto á curar, poco ó nada habeis conseguido.

—Claro es que no puede curarse todo; pero enfermedades, incurables antes, han sido vencidas hoy; y la terapéutica se ha enriquecido con agentes activos y preciosísimos: sólo del opio se han extraído la morfina, la narcina, la codeina, la tebaina, la papaverina y otros alcaloides.

—Vaya unos nombres, repuso Asunción. Ni en una semana aprendía yo esa retahíla.

—Palabrería, y no te ofendas, insistió D. Antonio. ¿De qué sirve que hayais puesto nombres enrevesados á males y medicinas, y que vengais con mucho de que el gran simpático ó el gran antipático, que para mí es igual, está afectado por una inflamación debida á tales y cuales causas, que ha evolucionado de este ó del otro modo, y ha producido tales efectos, resultando de ello el dolor de que se sufre? Bastante le importan al enfermo todas esas explicaciones, y demasiado sabe él dónde le duele: lo que se necesitaba era que le curaseis el dolor...

—¡Y se le cura! Y con una prontitud asombrosa. Una pequeña inyección de morfina lo disipa.

—Dí que lo calma, para reaparecer luego con más fuerza.

—Si es preciso, se repite la inyección.

—Eso, y agujero va y agujero viene. Y el enfermo, que se habitúa á la morfina y no sabe prescindir de ella, acaba por darse él los jeringazos hasta venir á parar en el *morfínismo*, que vosotros mismos decís que es una enfermedad muy peligrosa: de modo que el remedio es peor que el mal.

—No sea usted exagerado, D. Antonio. Eso es sacar las cosas de quicio...

—Nada, nada. ¿Curais la tisis? ¿Curais el cáncer? ¿Curais la diabetes? Pues si no curais más que lo que por sí solo se va ¿dónde están las maravillas?

—De modo que usted no admite nada; ni siquiera los adelantos de la Cirugía...

—Eso es otra cosa: ahí se ven los progresos; y se ejecutan operaciones que ponen los pelos de punta. Pero ¡Dios me libre de caer en manos de uno de esos hábiles operadores, que siempre están con el bisturí en la mano, deseosos de mostrar su destreza, y que si uno se clava un pincho en el cuerpo son capaces de sacarle el riñón para ver si se encuentra allí...

—Lo que hay es que en la Cirugía las operaciones se entran por los ojos y aun los más refractarios no pueden negar los éxitos; pero no porque los de la Medicina no estén tan á la vista son menos reales.

—Pues si así fuera, las actuales generaciones serían más robustas y de mayor vitalidad que las antiguas, y no valemos ni para descalzarles el zapato. A este rato serían capaces nuestros contemporáneos de vestir las armaduras que usaban nuestros abuelos, ni empuñar los montantes que ellos manejaban con tal brío. ¡Quita de ahí! Si los hombres valen menos cada día, y parecen una raza enteca que un soplo derriba...

—Tampoco está usted acertado en eso; y es injusto atribuir á la Medicina efectos de organizaciones sociales que ella no ha creado y que se esfuerza en corregir. Claro que hoy no podrían nuestros guerreros soportar las antiguas armaduras, á que no están acostumbrados; ni vienen preparados para ello con la vida constante del campo y los ejercicios físicos, que eran la ocupación de nuestros antepasados; como tampoco ellos podrían resistir la vida agitada y febril de nuestras ciudades, ni el estudio asiduo y las vigilias y esfuerzo intelectual de quienes se consagran á la ciencia: no pueden equipararse cosas tan distintas; pero lo cierto es que las estadísticas comprueban que la vida media del hombre ha crecido, á pesar de los obstáculos que encuentra en la cruel lucha económica que sostienen las naciones y en la vertiginosa manera de ser de nuestras sociedades...

Echóse á reir D. Antonio, por lo que se amostazó el jóven; y más cuando el Párroco le dijo:

—¿Con que cada vez se hacen los hombres más viejos? Busca, busca Matusalenes por ahí. ¿A que venimos á parar en que si los hombres se mueren es por que quieren?

—Lo que he dicho y sostengo á pesar de su intempestiva risa, mi Sr. D. Antonio, replicó con viveza el jóven, es que la vida media del hombre ha aumentado...

—Pues á poco más nos haremos eternos, y ya no os falta más que resucitar á los muertos...

—Esos serían milagros que la Medicina ni hace, ni explota...., respondió el mancebo recalcando las palabras.

Con tacto singular terció entonces María del Puy, desviando la discusión; y, con suave acento, le dijo á Adolfo:

—Has defendido con *amore* tu carrera, de cuya bondad todos estábamos convencidos, aunque queríamos llevarte la contraria solo por el gusto de que fueses su paladín; y

en prueba de la fe que tenemos en la ciencia y en su mantenedor, vas á mirarme este ojo, en que siento molestia...

No se escapó á Adolfo la intención y prudencia con que la joven llevaba las cosas por un rumbo más tranquilo; y le dirigió una mirada de agradecimiento, al mismo tiempo que se aproximaba á ella, y volviéndole los parpados registraba el globo del ojo:

—No hay más que una pequeña irritación junto al lagrimal, que no necesita tratamiento: mañana estarás como si tal cosa. Algún granito de arena ó alguna chispa que te ha entrado en el ojo, han podido ser causa del accidente.

—Acertaste. Esta tarde me hallaba planchando, y al inclinar la cabeza sobre la camisa que tenía entre manos saltó una chispa que me causo un dolor momentáneo. Después no sentí nada; pero al cabo de un rato empezó un escozorcillo, que iba en aumento.

—Tu verás cómo se vá calmando por sí solo, y en breve se disipa.

—Ya me parece que me escuece menos. ¡Qué tranquilidad proporciona tener el médico cerca!

—Y luego, es una ganga contar con un profesor amigo que practica los reconocimientos gratuitamente y da de balde las recetas; dijo Asunción.

—Estoy dispuesta á pagar lo que sea justo: aunque mi bolsillo no sea muy grande, creo que llegará para el reconocimiento.

—El reconocimiento es el mío, contestó Adolfo jugando con el vocablo. Sólo por asomarme á esos ojos de cielo, y ver en ellos retratada mi fisonomía siquiera no sea más que por un instante, bendigo el día en que me ocurrió de-

dicarme á la Medicina, que me ha permitido gozar de tal ventura.

Tiñéronse de lijero rubor las mejillas de la joven por el calor con que Adolfo había pronunciado estas palabras, y le dijo:

—Ya salió el cortesano. Muchas gracias por la lisonja, á que no sabría corresponder: en el pueblo no estamos acostumbrados á esas bonitas expresiones que Adolfo habrá dirigido á tantas; pero en cambio sabemos agradecer muy de veras los servicios que recibimos.

—De más valía quisiera que fuese el insignificante que he tenido ocasión de prestar; pero ya que María se muestra tan dispuesta á pagarlo, lo voy á cobrar con creces, suplicándole que toque algo.

—Concedido. ¿Qué desea mi amable profesor?

—Tendría gusto en oír la «Rapsodia húngara», si no te es molesto.

—Al contrario; es una de mis piezas favoritas.

Y al decir esto se había sentado al piano, y sus ágiles dedos recorrían el teclado con algunos arpeggios y rápidas escalas; atacando luego con valentía la brillante composición, escuchada en religioso silencio.

—¡Qué música tan rara!, indicó el cura. No acaba uno de entenderla.

—No es propia de nuestra tierra; pero allí va el galop de Zabalza «La Vasco-Navarra», y verá usted cómo le suena más al oído.

—Efectivamente, manifestó D. Antonio, cuando la joven acabó de tocar. Por bonitos que sean esos aires extranjeros, á mí me gustan más los que saben á la tierra.

—Lo bueno siempre es bueno, proceda de donde quiera, contestó Adolfo; que, registrado el musiquero, ponía sobre

el atril los vales «Frases de amor» de Waldtenfel, invitando á la pianista.

Terminó la velada con el «Prestíssimo» del mismo autor, en que la joven acreditó su gusto, soltura y ejecución.

—¡Cuánto me gustaría tocar como tú!, le dijo Asunción al despedirse.

—Pues yo no puede remediar que me esté asediando un pensamiento que es una barbaridad, insinuó Adolfo.

—Y ¿qué es ello? le preguntó D. Cristóbal.

—Que casi siento que no le caiga á María de vez en cuando alguna pequeña chispa en el ojo, si ha de servir de motivo para ratos tan placenteros como el que nos ha proporcionado.

—Eso se llama un favor y un disfavor, como en los juegos de prendas; repuso la joven.

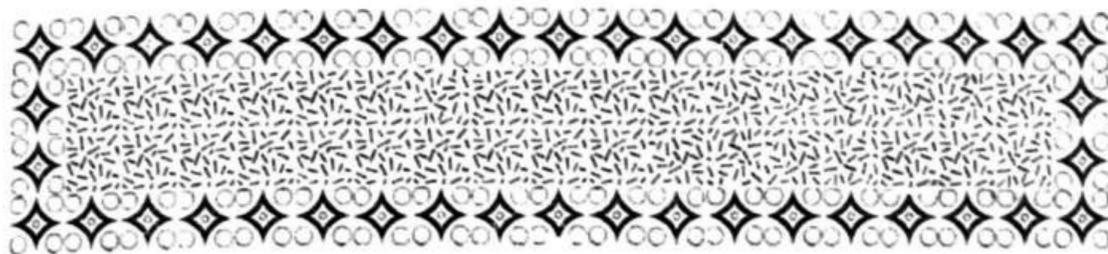
—Así es la verdad; pero el disfavor es el mío; el favor el que tu nos haces.

—Pues ya saben ustedes que lo pueden disfrutar siempre que gusten.

—Y no lo echaré en olvido, contestó Adolfo, que se dirigió con los demás á la calle.

Camino de su casa, donde Lucio y Reconcho esperaban á Adolfo, se decía éste: ¡quién pudiera disfrutar siempre, *siempre*, de tu compañía!





XI

CONVERSACIÓN INCONVENIENTE

GRACIAS á la asiduidad de los ensayos que después de cenar se tenían todas las noches en casa de Adolfo, iba resultando pasable la música proyectada por los rondadores.

A los dos ó tres días marchaban perfectamente la bandurria de Adolfo y la guitarra de Lucio el boyero, que no era la primera vez que tocaban juntos; pero no sucedía lo mismo con el acordeón de Reconcho, que no había manera de que entrase á tiempo con el acompañamiento: unas veces porque se retrasaba, otras porque se adelantaba, echaba á perder el trabajo de los otros.

Desesperábase Adolfo que, á puro de observaciones y de marcarle la entrada y el compás, fué consiguiendo corregirlo; pero por nada del mundo renunciaba Reconcho á unos súbitos estirones del fuelle del acordeón que hacían á Adolfo saltar del asiento.

—Pero, hombre! ¿á qué vienen esos piporrazos?

—Así me han enseñado.

—¿Qué te han de haber enseñado de ese modo, alma de cántaro?

—Le digo á usted que sí; y que el maestro me encargaba que tocase *suarecico* y después con *juerza*.

—Claro que le has de dar expresión; pero eso se ha de hacer gradualmente, poco á poco, y no soltando esos cañonazos.

Pero no hubo medio de entrarle en tales delicadezas; cuando Reconcho intentaba un *diminuendo* se iba quedando atrás, atrás; y acabó Adolfo por decirle:

—Toca como te dé la gana; pero lleva el compás.

Doroteo, cuyo oído músico no era nada fino, encontraba muy de su gusto el acordeón, al que Adolfo hubiera renunciado de buena voluntad; pero como la función se hacía por obsequiar á la novia de Doroteo, se acomodó á lo que este deseaba.

Llevaban todos en secreto su proyecto de salir de ronda; y los días se le hacían siglos á Doroteo, que no soñaba más que en la sorpresa que iba á tener su novia.

—¿Cuándo vamos á salir? le preguntaba á Adolfo.

—Con Lucio y conmigo cuando quieras; pero si ha de venir Reconcho es preciso aguardar. Cuidado que tiene la cabeza dura!

—Lo que es el acordeón no quiero que falte.

Y así pasaban dos ó tres días; al cabo de los que volvía á la carga:

—Chico! Si da gozo ver lo bien que sale. De ahora sí que no pasa.

—Bueno. Después de todo no hemos de sacar más partido de Reconcho: pero te repito que sería mejor con bandurria y guitarra nada más.

Lucio acompaña muy bien; sabe matizar y dar expresión; pero lo que es Reconcho... ni por pienso.

—Cavilosidades tuyas. Cuantos más instrumentos,

mejor; y á la Pepa le gustan como á mí esos suspiros y esos truenos del acordeón.

—Vaya unos gustos! Lástima que no tuviésemos un redoblante para completar la orquesta, á ver si Pepa y tú os dabais por satisfechos.

—Lo que te digo es que la cosa sale divinamente, y por mí ya hace días que habríamos echado la ronda: no es cosa de que se nos pase el tiempo templando como á los músicos de Lumpiaque.

—¿Te parece que salgamos el sábado á la noche?

—¿A qué hora?

—A las once.

—El caso es que ella estará dormida: no faltaba más sino que no oyese la música.

—Pierde cuidado, que Reconcho se encargará de despertarla. Además que no te faltan pulmones para echarle un buen cantar.

—Quedamos en ello.

—Pues ya lo sabes: pasado mañana, á las once, todos en la plaza.

Durante este tiempo Adolfo seguía gozando de la libertad de la vida del pueblo.

Levantábase de ocho á nueve, hora desusada en Eulate, cuyos vecinos madrugaban con el sol: daba una vuelta por el campo, trabando conversación con todos: iba á casa de algún vecino, donde los entretenía con su inagotable facundia, que sabía adaptarse á la clase y temperamento de los con quienes hablaba: entreteníase con los chicos que salían de la escuela, gozándose en sus peleas, recordando las que él sostenía de niño y los asaltos que daba á los huertos; bromeaba con las jóvenes; solazábase con los mozos; platicaba con las madres; se enteraba de los chismes y enredos del pueblo, encontrando corta la mañana;

pero ¡cuán largas las tardes, aguardando el momento de ir á casa de D. Cristóbal! La hora de la siesta parecía interminable, y todo su afán era que llegara la del paseo, en que solía encontrar á D. Cristóbal, unas veces acompañado de su hija, y otras del cura D. Antonio.

Ni una sola tarde había dejado de asistir á la pequeña tertulia que solían tener hasta la hora de cenar.

Recibíale María con la sencillez y familiaridad del antiguo trato; entreteníase con las mil cosas que contaba Adolfo, que vaciaba las noticias que corrían por el pueblo y cuantas menudas cosas acaecían en él, de que se hallaba enterado como ninguno; y habituada á oírle requebrar á todas, no daba gran importancia á sus entusiastas frases.

Sin embargo; advertía en aquellos días más calor y vehemencia en sus elogios, más ternura en el tono con que le hablaba; y aun descontando lo que correspondía á la manera de ser hiperbólica y apasionada de Adolfo, quedaba algo inusitado, que parecía traspasar los límites de la amistad y corresponder á afectos más íntimos.

Hacíase, sin embargo, la desentendida; y se limitaba á tacharle de exagerado y burlón: ya por si sus apreciaciones eran infundadas, (aunque ella bien comprendía que no se equivocaba), ya porque no le había ocurrido nunca entrar en relaciones con Adolfo, cuya impresionabilidad corría parejas con lo voluble y movedizo de sus inclinaciones.

No pasaban desapercibidas para D. Cristóbal la asiduidad y deferencias de Adolfo para con su hija: pero de sobra sabía la confianza ciega que podía tener en la formalidad y buen juicio de esta, y no creyó conveniente restringir las visitas, ínterin María no se lo diese á conocer, fuese directamente, fuese por alguno de esos mil habilidosos medios que siempre encuentran las mujeres.

Los demás contertulios, que variaban de unas tardes á

otras, y que ya eran Asunción Reinososa, Concha, Trini ó alguna otra amiga de María, acompañadas de sus madres; ya D.^a Joaquina Carranza; ó bien el párroco, que solía quedarse con más frecuencia, (aunque en contadas ocasiones también acontecía que solo estuviera Adolfo); los contertulios veían las finezas y deferencias que el futuro médico tenía con María; pero como él no se recataba para decir que Marieta era una alhaja, que atesoraba todas las perfecciones, aceptaban como cosa corriente que hubiera puesto sus ojos y afecto en la muchacha más distinguida de Eulate, siendo como era él el único joven de carrera.

Las conversaciones versaban casi siempre sobre asuntos lijeros, propios para el buen humor y gracejo en que rivalizaban los jóvenes; solo hubo un incidente, que disgustó á D. Cristóbal y acabó por cortar su hija.

Había encargado Concha Laviria, (una de las amigas de María) una misa á D. Antonio; y Adolfo, que en su trato con algunos camaradas se había hecho un tantico excéptico, y que desde la disputa de la Medicina tenía cierta prevención á D. Antonio, comenzó á bromear respecto á los sufragios por las ánimas del purgatorio, y á la facilidad con que los curas las sacaban de allí.

Salió el párroco á la defensa de la religión y de la eficacia de las oraciones, y en especial del santo sacrificio por los fieles difuntos; pero Adolfo siguió en tono de cháchara complaciéndose en molestarlo.

—No lo tome usted tan fuerte, D. Antonio; que todos estamos convencidos de la importancia del cepillo de las ánimas, que es una verdadera institución. Y sinó, dígalo aquel aprovechado cura catalán que ajustó por cartas cuentas con otro andaluz con quien había tenido algunos cruzados, resultando que alcanzaba á este una peseta; y al escribirle el cura andaluz que, por la pequeñez de la suma

y la molestia del giro, no se la remitía, le contestaba el catalán: «tiene muy fácil arreglo: échela usted en la cajeta de las ánimas de ahí, que yo ya la he sacado de la de aquí, á buena cuenta; y las ánimas se quedan lo mismo.»

Riéronse los circunstantes de la ocurrencia, y de la sal con que la había contado Adolfo; y le replicó el cura:

—Eso no pasa de ser un chascarrillo, que solo denota travesura de ingenio; pero que nada tiene que ver con lo santo y saludable de los sufragios por las ánimas benditas.

—Y tan saludable, cáspita, sobre todo para los que dicen misas.

Mire usted: en cierta ocasión oía hablar de esto á un joven sacerdote que me decía: «es una tontería encargar misas de á peseta, que son como hilos que se echasen al purgatorio: el alma favorecida bien se agarra al hilo y quiere salir, pero, como es tan delgado, se rompe, y el alma allí se queda; mas encarguen misa de á duro, y entonces resulta una maroma, que no hay miedo que se rompa; y de un tirón, el alma ya está fuera.»

—*Res sanctæ sancte sunt tractandæ*. Dejémonos de cuchufletas, que no puedo creer que ningún sacerdote se permitiese, y que si en todo caso lo hizo, de seguro que fué en tono de broma, aunque muy impropio de cosas tan serias.

No olvides, Adolfo, que la omnipotencia divina lo abarca todo; que existen lazos que, no por invisibles á nuestros sentidos, son menos reales entre la Iglesia militante, purgante y triunfante; que es innegable para todo cristiano la comunión de los Santos, y que Dios, en su inagotable misericordia, nos ha concedido medios de que los que todavía militamos sobre la tierra, satisfagamos por nuestros hermanos difuntos, que purgan el reato de sus culpas, aguardando que se les abran las puertas del cielo.

—Mire usted. Eso de que cualquiera pueda aplicar á capricho una indulgencia plenaria en favor de una alma del purgatorio, llevándola á la gloria; y que las otras sigan por cientos ó miles de años sufriendo tormentos horribles, aunque tuvieran menos que satisfacer, sólo porque no tengan parientes ó amigos que se acuerden de ellas, subleva al más indiferente.

—Y ¿quién te dice que no hay almas piadosas que imploran por las más abandonadas ó necesitadas? ¿Quién es capaz de prever y aquilatar todos los recursos del amor, todos los artificios á que recurre la caridad cristiana para rescatar las almas? ¿Qué sabemos hasta dónde llegan las maravillas de la gracia?

Lo que es innegable es que Dios, en su inagotable misericordia, puede, por los ruegos del justo, perdonar la pena que una alma sufre en el purgatorio; sin que haya lugar á que se quejen otras almas á las que no alcance la intercesión: lo cual, no solo no se opone á la razón, si no que á nuestra manera lo vemos todos los días. Un padre castiga justamente á un hijo que ha cometido una falta; llega un amigo del padre é intercede por él y logra que lo saque del encierro. ¿Por qué hemos de ser tan ciegos que no queramos conceder á nuestro Padre celestial lo que otorgamos de buen grado á sus criaturas?

—Si lo que me duelen son esas distinciones, por las que unos sí y otros nó son los favorecidos...

—¿Acaso en este mismo mundo indultan los Reyes á todos los delincuentes? ¿No estamos en nuestro derecho al cobrar lo que se nos debe, sin que el deudor pueda librarse del pago á pretexto de que hemos renunciado generosamente nuestros créditos contra otros? ¡Es fuerte cosa que en los hombres todo esté bien, y que todo queramos hallarlo mal en Dios!

—Reconozco la fuerza de su observación; pero, desengáñese, que hay muchas cosas imposibles y disparatadas en lo que se dice de la otra vida.

Eso de la resurrección con nuestros mismos cuerpos; y del infierno situado en el centro de la tierra, (siendo así que el mundo se ha de acabar,) no lo entiendo, porque mal podrá haber presos, faltando la prisión.....

—Paciencia se necesita para escuchar tantas... inconveniencias, por no darles otro nombre, dijo el señor cura que á duras penas contenía su indignación.

¿Dónde has visto que la Iglesia haya declarado el sitio destinado por el Señor para lugar de la expiación, ni la clase de castigos con que haya de atormentar á los que faltaron á su Santa Ley? Puntos son estos en que caben opiniones y conjeturas más ó menos verosímiles, pero nunca han sido definidos, y de consiguiente no son creencia obligada para el cristiano. Lo que sí es dogma de nuestra Sacrosanta Religión es que los que mueren en pecado mortal sufrirán penas horribles por toda la eternidad; lo que es de fe, y con razón atormenta á los impíos, es que hay un infierno, y que á él irán á parar quienes se obstinen en negarlo y mueran rechazándolo.

Por lo demás ¿quiénes somos nosotros para trazar límites á la Omnipotencia Divina, y pretender saber los caminos y recursos de la Sabiduría Eterna? ¡Harto más difícil de comprender es cómo con una palabra, con un acto de su libérrima voluntad, efectuó el tránsito maravilloso del no ser al ser, para que pretendamos indagar la forma y manera en que hará que recobremos los cuerpos que nos sirven de vestidura en esta tierra miserable...

—Déjelo usted, D. Antonio, interrumpió entonces María del Puy. No merece ese hereje, ese judío, que gaste usted tiempo con él...

Y á la vez que decía esto, lo había cogido de la oreja y lo llevaba á presencia del párroco:

—Pida usted perdón inmediatamente por todas las blasfemias, pecados y horrores con que nos ha escandalizado.

Esto por ahora; que después ya se lo dirán de misas con lo de si hay resurrección, y juicio, y purgatorio é infierno...

—¡Si era todo en broma! exclamó Adolfo que, por la seriedad del rostro de D. Cristóbal y el silencio de los circunstantes, comprendió que había ido demasiado lejos.

—¡Vaya unas bromas! insistió la joven, que, soltando á Adolfo y amenazándole con el dedo, continuó:

—Por si esa habilidosa salida es una nueva picardía, con la que encubre su perfidia, se decreta: 1.º Que se desdiga inmediatamente de todas las herejias que ha tenido el atrevimiento de proferir. 2.º Que se comprometa á acudir lo antes posible á los pies de un confesor para lavarse de sus culpas, so pena de no ser admitido en una casa, como ésta, de buenas costumbres. 3.º Que se ponga todo en conocimiento de D.^a Joaquina, para que ella cuide de que su señor hijo se confiese como es debido, no sea que resulte también una broma el cumplimiento de esta sentencia. ¿Están ustedes conformes? preguntó á los demás.

Todos asintieron, añadiendo D. Cristóbal con acento más grave:

—Quiero creer, Adolfo, que ha sido todo una humorada; pero impropia del sitio en que estabas y de un católico; espero que no vuelva á suceder.

María del Puy no dió tiempo al joven para contestar; y volviendo al tono lijero en que sostenía el asunto:

—Queda pronunciada la sentencia por unanimidad. Ahora le toca á usted cumplirla, señor don Adolfo.

—Acato el fallo de tribunal tan respetable; y para borrar su desconfianza prometo cumplir lo que en él se ordena; y me retracto pública y solemnemente de todo lo que he dicho; no sin protestar de que siempre he creído y creo cuanto propone la Santa Madre Iglesia; confieso un bautismo para la remisión de los pecados; espero la resurrección de la carne y la vida eterna: amén.

—Ya veo que no has olvidado el Credo, le indicó don Antonio. Medítalo, que es el compendio de nuestra fe, y cuanto en él más ahondes, más provechosas enseñanzas sacarás.

Levantóse con esto el Párroco, y todos se despidieron, quedando solos padre é hija, que cenaron, y de sobremesa prolongaron la conversación.

Terminóla D. Cristóbal diciendo:

—No me gusta el excepticismo de Adolfo, quien ha faltado á las conveniencias sociales; y si no se reporta, le daré á conocer que su impiedad y descortesía me privarán de recibirlo.

Aunque algo extraviado, contestó Marieta, yo no lo juzgo descreído. Ya ve usted qué pronto ha reconocido su yerro...

D. Cristóbal se limitó á mover la cabeza en sentido de duda.

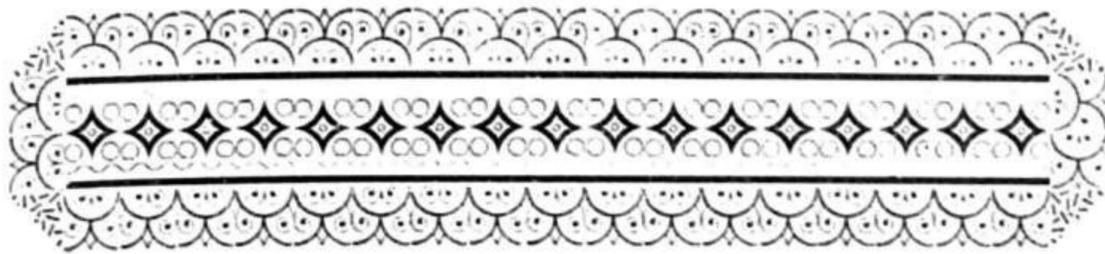
—Además, ya sabe usted que está siempre de broma, y lo que decía no le salía de adentro: no quería más que hacer rabiar un poco á D. Antonio.

—¡Quiera Dios que así sea!, repuso D. Cristóbal, á la vez que atraía á su hija y depositaba un beso en su frente.

Con que, buenas noches, hija mía: duerme bien, y hasta mañana.

—Hasta mañana, querido papá.

Y cada cual se dirigió á su habitación respectiva.



XII

SERENATA

TODO llega en el mundo, inclusa la noche del sábado, tan esperada por Doroteo.

A la hora convenida, Adolfo, Lucio y Reconcho, provistos de sus instrumentos músicos, y en compañía de Doroteo y dos de los mejores cantadores del pueblo, se pusieron en marcha, camino de la casa del Secretario.

La noche estaba hermosísima: brillaban las estrellas en el cielo y al lanzar sus destellos parecían estremecerse; en la atmósfera apenas se oía el ligero susurro de la brisa, que llegaba del monte cargada con los efluvios de las flores silvestres; y la tierra, dormida y silenciosa, despedía oleadas del calor reconcentrado durante el día en su corteza, que envolvían á los rondadores como si fuesen el tibio aliento de nuestro planeta, que durante su sueño lanzaba á grandes bocanadas el aire de sus pulmones.

Resonaba el ruido de los pasos de los rondadores, que eran saludados por los roncós ladridos de los mastines y los agudos de los gozquecillos.

—Valiente serenata, dijo Adolfo. Si no callan estos malditos, vas á quedar lucido con tu novia.

—Lástima de estrienina, contestó Doroteo. Si por mí fuera, no dejaba ni uno á vida.

Al propio tiempo, y al pasar junto á una puerta donde uno de los más gritadores asomaba el hocico por un agujero, Doroteo le dió un puntapié.

¡Válgame Dios la que se armó! El can redobló furioso sus ladridos; secundáronle sus compañeros y durante un rato la sinfonía no pudo ser más estrepitosa.

✕ —Dejarlos, dijo Lucio; ya callarán cuando vean que no nos metemos con ellos.

Llegados á casa del Secretario, procuraron templar sin ruido, y á una señal de Adolfo rompieron de pronto con los alegres compases de la jota, que ya parecían exclamaciones de gozo, anhelos de un bien ansiado, gritos de triunfo, arranques de ternura ó ayes del alma.

La voz de uno de los cantadores se elevó en los aires, recorriendo todos los tonos y demostrando la ágil garganta del amescoano: pero sus ecos se perdieron sin advertirse el menor movimiento en la casa.

Repitióse la música; cantó otro, y sucedió lo mismo.

Doroteo se desesperaba.

—¡Si parece que os dormís! les dijo á los músicos. Dadle con más fuerza; y tú, Reconcho, aprieta con más brío el acordeón. Ah! Si yo supiera tocarlo....!

—Pues ahora no te quejarás, le contestó Reconcho. Sino que como el señorito Adolfo lo quiere todo tan suavecico...

—Por mí, dale de firme, contestó Adolfo: que por lo que venga ya me pongo algodones en los oídos.

Los músicos atacaron con más brío las notas; y, como si la muchacha lo estuviera aguardando, abrióse de par en par la ventana, y sonriente y gozosa asomó su busto, incli-

nándose hacia los músicos; un rayo de luna que caía sobre ella la circundaba de tenue resplandor, en que se destacaba el arrogante perfil de la joven, que los miraba sin pestañear...

Estaba verdaderamente hermosa.

Doroteo se la quedó mirando como un lelo; pero recordándose al sentir que los instrumentos rebajaban el sonido y la guitarra marcaba el acompañamiento del canto, se adelantó dos pasos, y poniendo toda su alma en los labios, cantó:

Más que las aves al viento,
Más que las flores al sol,
Más que los peces al agua,
Mucho más te quiero yo.

La muchacha pagó con una inclinación de cabeza y con su más dulce sonrisa el afecto que los versos le declaraban.

Doroteo no cabía de gozo en el pellejo.

Cuando cesó la música, Pepa les preguntó:

—Pero ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser, pimpollo, sino que no podía dormir, sin venir á decirte lo que te quiero?

Y de la calle á la ventana y de esta á la calle, comenzó un dulce coloquio, interrumpido por el chirrido de otra ventana que se abría, y la agria voz del Secretario, que exclamaba:

—Largo de aquí, y con la música á otra parte.

—Pero señor Juan, si no le hacemos mal á nadie....

Dulcificó el tono el Secretario, al reconocer á los rondadores, pero no obstante replicó:

—Más os valía estar durmiendo en vuestras casas, y no alborotar el vecindario. Vaya, buenas noches; y tú, Pepa, á la cama.

Retiróse la joven, no sin que desde dentro de la habitación les dirigiese un saludo con la mano, al que correspondió Doroteo con un beso enviado con la punta de los dedos; y se marcharon todos tocando un paso doble.

En el primer alto que hicieron, Doroteo, que reventaba por hablar, les dijo:

—¡Cuidado que estaba guapa, con aquella mata de pelo que se le escapaba, y aquellos ojos y aquella luz que echaba su persona! ¿No os decía que la había de conquistar con la música? Nunca ha estado tan amable conmigo.

¿Y el cantar que me ha salido bien, verdad? Vamos, que estoy contento; lo que se llama contento...

—Ya puedes, le contestó Adolfo: todas las miradas han sido para tí. Vamos ahora á dar una vuelta por el pueblo, y á la cama, como decía el Secretario.

—Vamos allá.

Adolfo tenía su plan, que no había querido comunicar á los otros; dada la dirección emprendida forzosamente habían de pasar por casa de D. Cristóbal Salazar, como así sucedió; y al llegar les dijo que no era cosa de retirarse sin obsequiar á la señorita María, que tan aficionada era á la música; pero que bastaban la bandurria y guitarra, porque el acordeón no era de su gusto; y que él se encargaría de cantar.

Hízose como lo dispuso, y Adolfo y Lucio comenzaron la serenata.

Dieron principio con una fantasía, que tenían bien ensayada; y eran de oír los trémolos y punteado de la bandurria, y el rasguear de la guitarra. Vibraban las notas agudas de la primera, acompañadas de las graves y melodiosas que Lucio arrancaba á su instrumento; y aquel perfecto acorde, aquella precisión y seguridad de los mú-

sicos, hacían que nadie dijese una palabra, no queriendo perder ni una nota.

Adolfo hizo maravillas; la bandurria repiqueteaba como llamando; elevaba de un modo finísimo su sonido, tan sutil que, á pesar de su delicadeza, llegaba á todas partes; descendía en imperceptible gradación; resonaba en los bajos, para saltar de repente á la nota aguda, que hendía los aires como una saeta; y Lucio, contagiado por el ejemplo, puso sus cinco sentidos en la guitarra, que daba cuerpo y resonancia al canto de la bandurria, plegándose á todas sus formas y siguiéndolo con armoniosos acordes.

Lo mismo Doroteo que los demás pagaron con un aplauso aquella ejecución esmeradísima, que á ellos también les había impresionado, por más que no eran muy sensibles á delicadezas.

La casa de D. Cristóbal permanecía enteramente cerrada.

Después de un descanso volvieron los músicos á su tarea. y Adolfo, á la vez que tocaba, cantó:

Palomita de estos valles,
Paloma toda candor,
No desoigas los suspiros
Que te consagra mi amor.

Como si la morada quisiera corresponder á esta excitación, oyóse lijero ruido y á la vez se separó un poquito del marco el ventanillo del cuarto de la joven.

Ni Lucio, ni los demás se fijaron en ello; no así Adolfo, que expiaba con la mayor atención, y que seguro de que la joven escuchaba, aunque no se diera á conocer, quiso borrar el efecto de sus imprudentes palabras de la noche anterior al señor cura, dando á entender á María del Puy que también él era creyente, y marcándole de un modo inequívoco que á ella se dirigían sus declaraciones; y entonó este otro cantar:

En el cielo está la Virgen
A que envió mi oración:
Y otra María en la tierra
Que me roba el corazón.

Reconcho, acercándose al oído de Lucio, le dijo:

—Vamos, que también al señorito le escarabajea algo *pa adrento*.....

—De carne y hueso somos todos, le contestó en el mismo tono; y la señorita María todo se lo merece.

La casa permaneció enteramente silenciosa; y los rondadores se dirigieron á las suyas respectivas, complaciendo á algunos de ellos con una breve parada delante de las de sus novias, antes de separarse.

Muchos eran los que en el pueblo habían oído la ronda; y tampoco se mordieron la lengua los rondadores para contar cada cual la parte que había tomado; así es que á la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa; dándose por descontada la próxima boda de Doroteo con la hija del Secretario, y las relaciones de Adolfo con la señorita María.

Limitábase Adolfo, cuando le hablaban de ello, á decir que qué más quisiera él; sin confesar lo de las relaciones, pero sin negar tampoco su inclinación á la joven; y se desentendía del asunto echándolo por la parte de Doroteo, y afirmando que por darle gusto habían salido de música.

En la casa grande, después que la joven sirvió el café á D. Cristóbal, le preguntó éste:

—¿No has oído música esta noche?

—Sí; y que tocaban muy bien.

—Han estado buen rato, á lo que me parece...

—Yo la he oído poco tiempo.

—Estarías dormida; y eso que han cantado.

—También yo he oído dos cantares.....

—Por cierto que aseguraría haber oído tu nombre. ¿Has entendido lo que decían?

Ruborizóse la hija, y contestó:

—Lo que acostumbran los jóvenes; lo que les dicen á todas las muchachas.

—Pero ¿no te has fijado en que la última vez salió tu nombre? Me gustaría saber cual era el cantar.

María del Puy, que no sabía mentir, se puso más encendida y lo repitió.

—Bravo, hija, bravo! ¡Qué feliz memoria la tuya! Los viejos todo lo perdemos; memoria, inteligencia y voluntad...! digo nó, voluntad nó, que bien grande es la mía, y está toda cifrada en tí.

—Ya lo sé, papá; y yo se la pago de corazón.

—Pero la memoria ¡caramba! cómo se vá! en cambio los jóvenes la teneis tan despierta que una sola vez que oigais las cosas, ya se os quedan grabadas y metidas allá dentro...

Tornóse á sonrojar la joven, que le pareció advertir cierta intención en las palabras de su padre; quien, después de una pausa, continuó:

—Está bien el cantar; pero ¿no lo encuentras impropio de campesinos? ¿no hallas extraña esa mezcla de la Virgen y de su amada?

—Pues yo creo que el pueblo en sus cantares es donde revela más delicadeza...

—Y no vas descaminada; pero en sus versos se limita á dejar escapar el sentimiento que embarga su alma; y es una idea, profundamente filosófica muchas veces, un afecto de tristeza otras, de amor las más, el que brota de sus breves cantares; pero aquí hay una profesión de fe y un sentimiento amoroso, cuya amalgama me sorprende. ¿Quién lo habrá inventado?

—No es fácil saberlo. Rodando de boca en boca, transportados de un pueblo á otro, se sabe dónde se cantan; se ignora dónde nacieron.

—Eso acontece con muchos; pero otros los inventan lo mismos jóvenes de cada pueblo: más de una vez los habrás oído, pudiendo adivinar quién los había formado, á quién iban dirigidos y hasta el motivo que los inspiraba. Y diríase que éste se había hecho de propósito para una María determinada.....

—Pues bien, papá; nada he de ocultarle. No lo sé, pero pienso que iba dirigido á mí, y lo deduzco del cantor.....

—¿Lo conociste?

—Sí: me sorprendió el gusto y afinación con que tocaban, y movida de la curiosidad salté de la cama, vestí una saya y echándome un mantón sobre los hombros, entreabrí despacio el ventanillo y por la rendija ví que Adolfo tocaba la bandurria, acompañado de Lucio; y Adolfo fué el cantador.

—¿Con que Adolfo? Y ¿á qué vendría su improvisación, que por tal la tengo?

—Pues yo supongo que fué cosa muy meditada, por más que ya puede usted suponer que no tenía la menor sospecha: pero como la otra noche se excedió en sus bromas con el señor cura, y comprendió que á todos nos había disgustado el desenfado con que habló de cosas religiosas, tengo para mí que ha ideado este medio indirecto de desagraviarnos, dándonos á conocer á nosotros y á los que le oían, su fe religiosa;.... y se lo agradezco, porque aunque se me resistía pensar que hubiera perdido las creencias que recibió en su infancia, me complace que haya tenido valor de confesarlas públicamente.

—No está en el cantar todo el símbolo de los Apóstoles,

ni mucho menos; pero algo es algo, y yo también me alegro de que conserve creencias cristianas...

—Claro que no había de poner todo el *Credo* en el cantar; pero me afirmo en que á él equivale lo poco que dice...

—Según como se mire; por lo demás, ese recuerdo de la Virgen puede no ser más que una preparación para el resto...

—Nó, papá. Fíjese usted en que no habla de la Virgen por solo hablar. Habla de ella reconociéndola en el cielo, y quien dice cielo, dice Dios, dice los Santos, dice la gloria; y lo más importante es que se encomienda á Ella, que expresamente la invoca en sus oraciones, y la Virgen no abandona jamás á quien le pide su protección...

—Cáspita! y qué buen abogado se ha echado Adolfo. ¡Qué bien has desentrañado esa primera parte! De veras te confieso que no me había ocurrido todo el alcance que pudiera tener, y del que me has convencido. Vamos á ver si me explicas con igual habilidad los últimos versos en que habla de una María terrestre, que le ha robado el corazón...

—¿Qué quiere usted que le diga? Ya sabe usted lo adulator que es, y lo aficionado á echar piropos...

—Me parece que no estás ahora tan acertada, y voy á ver si descubro mejor el sentido.

Admitiendo la interpretación que has dado á la primera parte, hay que convenir en que se expresaba con seriedad, como quien se ocupa de materia tan importante, en la que quiere disipar recelos que sus palabras habían despertado en nosotros; y no cabe suponer que á renglon seguido pase á un tono festivo ó ligero, que por propio que sea de su carácter, no cuadraba con el momento ni la ocasión. ¿No te parece?

—Puede ser...

—Pues si en serio venía hablando, hay que convenir en que en serio lo dijo todo; y, en tal caso, es una expresa declaración del amor que siente por una María, que no creo que sea difícil de encontrar.

—Y ¿porqué hemos de pensarlo así? Yo creo más probable que esas palabras no sean más que un piropo, una galantería que los rondadores siempre tienen con toda joven, y que no puede tomarse como usted quiere.

—Aun admitiendo esa hipótesis, que no está muy en armonía con el tono y espíritu que atribuíamos á Adolfo, nada cuesta que examinemos también la hipótesis contraria; y para hacerla más real y perceptible, figúrate que Adolfo te dice un día: «me has robado el corazón, y no sé vivir sin tí...»

—Pero si no hay tales carneros! Si no ha pensado en tal cosa! A lo mejor me llama hurí, y sílfide, y me dice que soy una Deidad, una ilusión... todo lo que se le ocurre; y yo me río de sus desatinos; se ríe él... y asunto concluido; porque nadie ignora que á dicharachero y meloso cuando se pone no le gana nadie; pero que todo es pura broma...

—Bien; pero como ahora estamos discurrendo en hipótesis supongamos que un día te lo dice de verdad; con formalidad y en serio. ¿Qué le contestarías?

—Pero ¿qué cosas tiene usted, papá? ¿Qué ocurrencia le da de venirme con esas charadas?

—En algo hemos de pasar el rato, y me entretiene que las descifres. Con que así, vamos á ver qué solución encuentras á la charada como tu la llamas....

—Pues qué se yo; que así, de improviso, no atinaría con ella, y no sabría qué decir...

—Algo tendrías que contestarle...

—Jesús ¡qué pesadez!.. Pues bien; le diría que nunca

había pensado en ello; que estaba acostumbrada á tratarle como á un amigo cariñoso, como á un compañero de la infancia; que me hallaba feliz con mi estado, y que agradeciéndole su inmerecido afecto y guardándole el sincero cariño de mi antigua amistad, yo tenía reconcentrado mi amor en mi buen padre, y por nada se lo disminuiría en un ápice, aunque se complaciera como se está complaciendo en hacerme rabiar...

—Ya concluyo, hija mía, le dijo D. Cristóbal á quien se le humedecieron los ojos, al escuchar las resueltas palabras de su hija; pero figúrate que Adolfo te dijera que los días de un anciano nunca pueden ser largos, y que cuando yo te faltara, cuando te hallaras sola en esta casa tan grande, él procuraría reemplazarme y que tu en cambio le dieras algo de ese amor con que endulzas mis horas.....

—Ea, se acabó. Le contestaría que no ha llegado ese día, ni Dios querrá que llegue en muchos, muchos años; que cuando eso sucediera vería lo que de mí pasaba, pues soy incapaz de discernirlo ahora; y que no me volviese á hablar de que me pueda faltar la persona que más quiero en el mundo, si no quería que le tomase aversión y le perdiera el cariño de amiga que le profeso.

—No insisto; pero no nos hagamos ilusiones, que no por cerrar los ojos dejan las cosas de ser lo que son. Yo soy viejo; esta apariencia de robustez con que Dios me favorece es un vigor ficticio que al menor soplo se va; y es preciso que pensemos en el día de mañana. Quisiera dejar asegurada tu felicidad y no morir sin verte apoyada en un hombre animoso y leal que te sirviera de escudo; que apreciase los tesoros de ternura y bondad que guarda tu pecho; un hombre honrado, sincero y trabajador, que cifrase sus ambiciones en su familia, y como centro de ella en tí, cuyo cariño hubiera sabido captarse...

Has llegado á edad de tomar estado, y hace falta que pienses en tu porvenir; que, sin apresuramiento, pero sin abandono, consultes tu corazón; y si pretende tu mano un joven digno de tí, no cierres los oídos; que es frecuente que la felicidad llame una vez en la vida y pase para no volver.

Te lo repito, hija mía: debemos acostumbrarnos á la idea de que, más ó menos pronto, en plazo no largo dentro de lo que es propio de las leyes de la naturaleza, la muerte nos separe; y yo moriré tranquilo y hasta gozoso si veo asegurada tu felicidad, en cuanto humanamente puede predecirse.

Sé que tu tía Mercedes y su esposo, que te quieren como á hija, suplirían mis veces; pero ellos van también para viejos y mal pueden resistir mucho tiempo columnas que se desmoronan: dame, pues, el gusto de que pienses alguna vez en tí, tu, que piensas en todos, y no olvides lo que te acabo de decir.

María no pudo contestarle; besó á su padre, y se dirigió á su cuarto. Allí cayó de rodillas ante una estatua de la Inmaculada, y dando rienda suelta á las lágrimas que se agolpaban á sus ojos:

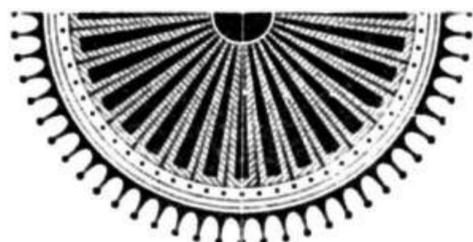
—¡Oh madre mía!, le dijo, consérvame á mi padre. Dios quiso llevarse á mi santa madre; déjame al menos éste, y dispón tu de mis destinos: en tus manos los dejo, Virgen Santísima.....

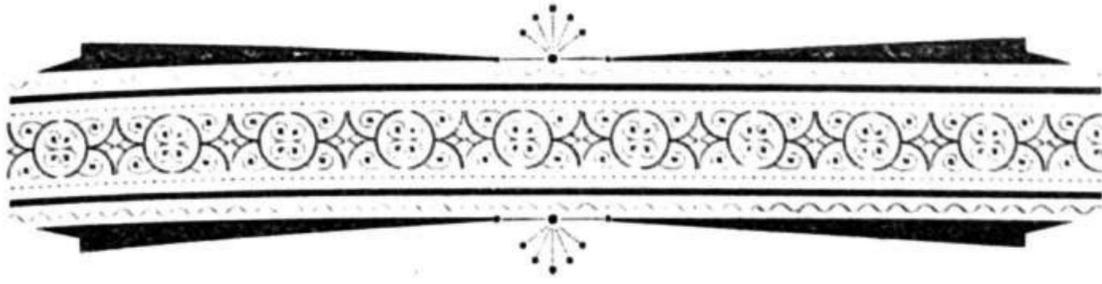
Cuando después de un rato de oración se levantó del reclinatorio, se sintió más confortada.

Los avisos de D. Cristóbal habían sido un golpe rudo para María, que recordó las hondas amarguras que sufriera su corazón de niña cuando quedó huérfana por el fallecimiento de D.^a Benita Iniesta. También ahora le representaba su imaginación otra pérdida que le podía sobrevenir,

y su pecho se estremecía y acongojaba al espectro de tal muerte; pero procuraba tranquilizarse con la idea de que afortunadamente D. Cristóbal no estaba enfermo; y la oración, por otra parte, le había dado fuerzas.

Levantóse, pues, con relativa calma, pero aturdida y confusa todavía, como si tuviera cierto velo en la inteligencia, y una especie de niebla en su corazón, á través de los que instintivamente se preguntaba: «¿será Adolfo el llamado á prestarme su apoyo? ¿se asemejará al hombre que mi buen padre ansía para mí?»





XIII

LUIS EN EULATE

POCOS días después, al caer de la tarde, hallábase María en la cocina inspeccionando los preparativos de la cena, cuando oyóse una voz que gritaba en la escalera:

—Alabado sea Dios!

—Por siempre sea alabado!, contestó una de las sirvientes.

—Una limosna para un pobre peregrino...

Esa voz... dijo entonces Marieta, á tiempo que Pinto, que ya venía de saludar á D. Cristóbal en su cuarto, entraba como una tromba en la cocina, saltando sobre la joven y llenándola de caricias entre gozosos ladridos.

Trabajo le costó desembarazarse del perro, que no se hartaba de saltar á su alrededor; y, una vez libre, fué corriendo á buscar á su primo que estaba en lo alto de la escalera, abrazado á D. Cristóbal, que había salido á recibirle.

Entraron los tres en la habitación de éste, y después de

haberles dado Luis minuciosas noticias de sus padres y de Zudaire, les dijo:

—¿Saben ustedes que he temido que Eulate estuviera encantado, como el palacio de los siete durmientes? No he visto á nadie en la calle, y esta misma casa parecía desierta.

—Estaba en la cocina, que como cae á la parte de atrás, apenas llegan á ella los ruidos.

—Pues yo bien he oído el vigoroso trotar de tu caballo, añadió D. Cristóbal: buen paso traías, pero no he sospechado que fueras tu, hasta que he visto entrar á tu perro.

—No hace tres cuartos de hora que he salido de Zudaire; pero el Tordillo parecía tener tanta impaciencia como el amo de plantarse en Eulate.

—Tá... tá... tá...

—¿Lo dudas prima? Pues nada más fácil que probarlo: encarga á cualquiera que vaya á Zudaire y pregunte á qué hora he salido...

—Si no es eso lo que dudo! De lo que desconfío es de la impaciencia por venir á aquí...

—Pues está á la vista; porque quien recorre ocho kilómetros en media hora, bien demuestra la impaciencia que siente.

—Pues yo digo que nó.

—Pues yo digo que sí.

—Pues yo insisto en que eso no es prueba.

—Pues yo me afirmo en que lo es.

—Vaya! Aun no ha llegado, y ya estais como perros y gatos...

—Si es Luis que quiere hacernos comulgar con ruedas de molino.

—Tu sí que tienes gana de hacerme perder los estribos...

—El que ha promovido la cuestión has sido tú.

—¿Cómo que yo, si tu la has provocado?

—¿Con que yo he sido la provocadora?

—Pues ya lo creo!

—Y yo digo que tú.

—Pues yo que tú.

—Dáale bola! replicó D. Cristóbal, para dominar aquel tiroteo que iba en crescendo.

¿Qué mala mosca os ha picado para armar tal gresea, y tan sin motivo ni razón?

—Eso de sin motivo...., murmuró Marieta.

—¿Quieres dejarme hablar? le dijo su padre.

La joven calló; pero sus miradas á Luis acreditaban que el respeto á su padre, no el convencimiento, era lo que la contenía.

Luis le devolvió la pelota, y llevándose el índice á los labios le dijo con burlona sonrisa:

—A callarse tocan, D.^a Maruja. Nó; pues si á ellas les dejaran soltar la lengua, para rato teníamos, y más con la bachillera de mi prima que demuestra tener tan desarrollado el instinto de la acometividad...

—Otra que te pego! Pero, condenado, ¿ahora la empiezas tú?

Fué entonces María la que le hizo una mueca, poniéndole un hociquito y alargando la lengua cuanto pudo.....

—Ya me las pagarás, le dijo Luis.

—¿Lo ve usted, papá, cómo me amenaza?

—Pero si es ella quien tiene la culpa.

—Bien callada me estaba.

—Sí; haciéndome muecas.

—El que ha empezado ha sido tú.

—Tú sí que has sido...

—¡Silencio! gritó con voz estentórea D. Cristóbal. Uno y otra, y la otra y el uno, me estais faltando al respeto.

—Con usted no iba nada, tío...

—Silencio, repito; ó empuño una verga para entraros en razón. ¡Vaya con las mocosos y qué algarabía han armado en un momento! ¡Parece mentira que tú, (mirando á su hija), no sepas guardar las consideraciones debidas á tu primo; y que tú, (mirando á Luis), no tengas las atenciones procedentes con tu prima; ni ambos las que me debeis á mí. Y todo ¿porqué? Por un nada, por una tontería; que, en todo caso, con cuatro palabras puestas en razón, se esclarece.

Vamos á ver; explica por qué dices que no crees en la impaciencia de tu primo.

—Mire usted, papá; yo no he dudado de que Luis ha venido en el corto tiempo que ha dicho; sino que habrá corrido porque el caballo estaría muy descansado, ó porque á él le complaciera galopar... Vaya usted á saber!; pero lo que no creo es que fuera debido á su impaciencia por venir á Eulate.

—Ahora te toca á tí, sobrino.

—Pues poco tengo que decir, sino que ni ella misma puede señalar con fundamento otra causa de la que afirmo: porque no merecen los honores de la refutación los gratuitos é inciertos motivos que señala...

—Tiene la palabra mi hija.

Serán esos ú otros motivos, que en ello no me meto; pero lo que digo es que no se aviene su conducta con lo que nos quiere hacer creer; y sinó, vamos á cuentas. Si tanta impaciencia tiene por vernos, y tan poco le cuesta como que en media hora se pone aquí ¿cómo es que tarda tanto de una visita á otra?

—Conteste el interpelado.

—Que si por mi gusto fuera, no saldría de Eulate; y en prueba de ello, que no me voy hasta que me echen á palos.

La joven comenzó á palmotear.

—Con eso me desarmas, le dijo.

—Pues ya lo sabes.

—¿Quiere decir que queda hecha la paz?, les dijo don Cristóbal. ¡Pues que sea por muchos años! Y ahora, idos un rato al piano, que yo me quedo en mi habitación, á ver si se me despeja la cabeza. Si me habeis mareado!

Escaparon los jóvenes; y D. Cristóbal se quedó reflexionando: ¡Vaya una gentil pareja! Si parecen nacidos el uno para el otro....!

Oyóse un rato el piano; pero los jóvenes, que tenían más ganas de charlar que de música, se vinieron luego á la entrada del cuarto de D. Cristóbal desde donde veían á este, sin molestarle con la conversación.

—Pues sí; le decía Marieta. A larga ausencia corresponde larga estancia; y sólo á condición de que así sea perdonaré tus tardanzas inexplicables. Cuidado que eres ingrato! Y yo, tonta, preguntando siempre por vosotros: pues mira, si amor con amor se paga, olvidos con olvidos deben pagarse.

—Si uno pudiera hacer siempre lo que quisiera! Pero hazte cargo de las muchas ocupaciones que hay en casa.

—Y eso ¿es obstáculo para que escribieses alguna vez siquiera?

—Sí; por las muchas cartas que he recibido.

—Si no estoy equivocada, me debeis contestación. Desengáñate; nunca os falta tiempo á los hombres para vuestras distracciones; pero, ya se ve, como pasais el tiempo fuera, no os queda para la familia; mientras que las pobres mujeres solo pensamos en la casa y en los nuestros. A bien que eso depende de que á nosotras nos sobra lo que á vosotros os falta...

—Y ¿qué es ello, si se puede saber, mi simpática primita?

—Os falta de esto..., y la joven se llevó la mano al corazón.

—Ah! si se pudiera enseñar!

—Estoy segura que sería del tamaño de una avellana: á vosotros no os estorba; y á nosotras el corazón es lo que nos pierde. Pero ya aprenderé; olvido con olvido se paga...

—Si quieres ser justa, tratándose de mí, lo que debes decir es: á gran cariño gran afecto. Y no porque lo merezcas, que ahora mismo te empeñabas en llevarme la contraria, solo por el gusto de hacerme rabiar.

—Bastante te importa.

—Pues me importa, y mucho; que no quiero que se interpreten tan mal mis sentimientos; y puesto que me has faltado, hasta con encarnizamiento, exijo una reparación.

—¿La quieres en el terreno de las armas?

—En el que se me debe de derecho; mimándome en adelante tanto cuanto me has ofendido...

—Vaya con el niño zangolotino! ¿Quieres que te aduerma con mis canciones?

Y la joven se puso á cantarle:

Cierra los ojos, niño,
Que el sueño te llegó...

—No harías mas que pagarme las veces que yo te he dormido.

—¿Cuándo, trapalón, embustero?

—Cuando tú eras una mocosa y yo tu protector. Pues qué? ¿no te acuerdas que más de una y dos veces, cansados de jugar, dormíamos la cuadrilla de muchachos al pie

de un árbol, sirviéndote mis piernas de almohada, mientras yo velaba tu sueño?

—¡Qué bien pintas las cosas! ¿Por qué no dices que me espantabas las moscas para que no vinieran á turbar mi reposo? Entonces cada cual se las arreglaba como podía, y tus cuidados se reducían á dar unas cabezadas de padre y muy señor mío.

—No negarás que yo, como persona de más edad y experiencia, (¡al fin te paso tres años!) cuidaba de tí cual pudiera hacerlo una madre.

—Menos cuando mandabas que fuera el toro, y, quieras que nó, tenía que embestir, y sufrir los achuchones y banderillas de la cuadrilla.

—Y ¿cuando eras la capitana? ¿Cuando el ejército desfilaba delante de tí y te aclamaba como Reina? ¿Cuando depositábamos á tus pies las nueces y demás frutos, para que los repartieses? ¿Cuando te llevábamos en volandas para que al atravesar el río no se mojaran tus zapatos ni con una sola gota?

—Otros tiempos eran aquellos; y por eso mismo es menos disculpable que tan olvidada me tengas ahora.

—Merecías que no te diera un regalito que compré cuando hace poco tiempo estuve en Zaragoza; pero voy á enseñártelo para que veas que en todas partes te tengo presente.

Y sacando un estuche del bolsillo se lo mostró abierto.

Era una pequeña cruz de oro, con una diminuta figura del Salvador, cuyos clavos eran otros tantos brillantes; y una fina cadenita, también de oro, para suspenderla del cuello.

—¡Papá! papá!, gritó la joven; mire usted que regalo tan precioso.

Y fué corriendo á enseñárselo, seguida de Luis.

D. Cristóbal contempló la joya, y la encontró lindísima. Su hija se la puso al cuello, y, colocándose ante un espejo, seguía elogiándola.

—¡Qué buen gusto has tenido, primo! No sabes cuánto te lo agradezco. Mira qué bonito efecto hacen los brillantes; parece que envían rayos de luz á la efigie del Salvador...

—Y ahora ¿dirás que os tenía olvidados?

—En esa ocasión, nó; pero en otras... confiesa que nos tienes un poco desatendidos.

—Lo que yo veo, dijo á este tiempo D. Cristóbal, es que bien te gusta que te regale Luis; pero tú ¿con qué le correspondes?

—¿Con qué quiere usted que le corresponda, si no tengo nada? Le pago con lo único que puedo; con mi agradecimiento: ¿no es verdad, primo? le dijo volviendo el rostro y dirigiéndole una afable sonrisa.

—A ese precio, el ganancioso soy yo, contestó Luis.

—Al que nada tiene, el Rey lo hace libre, como dice el refrán; observó el padre. Pero suponía que tendrías algún regalillo, alguna cosita con que demostrarle á Luis tu reconocimiento.

—Sí que la tengo, respondió después de reflexionar un momento; y que es prenda que estimo más que nada.

E introduciendo sus dedos en el cuello tiró de un cordoncito, apareciendo algunas medallas.

—Estas dos, siguió diciendo, las llevó siempre consigo mi buena madre. Si usted me autoriza, papá, le regalaré ésta con la imagen de la Virgen de los Dolores y S. José.

—No veo inconveniente: sé que Luis, que tanto quería á tu pobre madre, ha de apreciarla como es debido.

La joven había soltado entre tanto la medalla, é im-

primiendo un beso en ella, la entregó á su primo, que la besó á su vez.

—Te prometo, le dijo Luis con grave acento, que jamás se apartará de mí: la llevaré como un talismán sobre mi corazón en recuerdo de tu santa madre... y de tí.

Al acostarse, Luis la colgó de su cuello, y besándola cien veces, se repetía: bendita hora la en que me ocurrió comprar la cruz! Yo te lo juro desde el fondo de mi conciencia, repitió como hablando con un ser invisible; nunca, nunca se apartará de mí!

.

A la mañana siguiente, Adolfo, que supo la llegada de su amigo, fué enseguida á verle.

—Gracias á Dios! le dijo abrazándole: ya era hora de que vinieses...

—Me has sorprendido cuando me disponía á ir en tu busca. Te prometí venir á verte, y cumplo mi promesa.

Conque ¿qué tal? ¿has descansado de la vida madrileña y de tus fatigas? ¿te hallas bien en el pueblo?

—Archisuperiormente, chico. ¿Qué Madrid ni qué San Sebastián como este? Me río de las fatigas que estarán pasando en la Corte y puertos de mar concurridos. Aquí estoy como el pez en el agua. Me levanto á las nueve...

—No es mala hora;... ya llevo yo cuatro de trajinar...

—En esto no he entrado todavía en las costumbres de la tierra, pero me voy acercando, porque antes me levantaba á las diez. Pues, como te iba diciendo, salto de la cama y mi madre ya me tiene preparado el desayuno, en que no falta la rica y espumosa leche de esas montaraces cabras, que son una bendición de Dios; y me echo á la calle en busca de alguien con quien charlar.

Me entero de lo que ocurre en el pueblo; gasto algunas bromas con los vecinos, y estudio un ratito, preparán-

dome para la Licenciatura. Comemos: duermo una siestecita no larga; cosa de media hora: leo los periódicos, contesto alguna carta, y cuando el sol va descendiendo, me voy de paseo con algunos, para dar fin en esta casa, donde ya sabes lo bien que se está.

—Y Fornos, y la Castellana, las Calatravas...

—Quita de ahí... ¿No te digo que esto, al menos en verano, es el paraíso terrenal?

—Muy cambiado te encuentro, y me alegro; porque ya sabes que siempre he sostenido que no hay rincón como éste; y que, por pobre y escondido que esté, no lo cambiaría por el lujo y esplendores de las grandes ciudades; pero como tú siempre echabas aquello en falta...

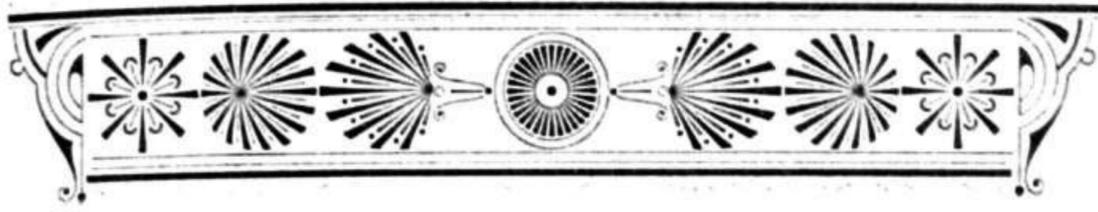
—Pues bien pensado, te digo que la Améscoa es un edén. Como que no pienso más que en hacerme médico para ser el titular del valle y quedarme aquí *per omnia secula seculorum*. Con algún viajecito á Madrid ó á otros sitios de vez en cuando, eso sí; pero para volver luego á mi casita y á mis Améscoas.

—Me alegro que las aprecies en lo que valen: pero vamos, que no eres el mismo; que no te reconozco.

—Hasta ahora podía tener las lijerezas del joven; pero ya ves como me va entrando la formalidad, propia de quien va á ser un señor médico, responsable de la vida de una comarca.

—Sea como quiera, me felicito del cambio, que me permitirá tenerte en adelante siempre cerca, y viéndonos á menudo.

Y los jóvenes idearon el género de vida que iban á llevar, combinando sus reuniones y saboreando de antemano los placeres que disfrutarían.



XIV

TORTURAS Y PREOCUPACIONES

TRANSCURRIERON dos días que pasaron para Luis como fugitivos momentos de placer, animado por la facundia de Adolfo, que los entretenía con sus cuentos, y gozando de la cariñosa hospitalidad que su tío y prima le dispensaban; pero al cabo de ese tiempo ocurrió un incidente que lo trastornó todo.

Había ido Luis á casa de Asunción Reinososa, á darle la enhorabuena por haberse restablecido de su enfermedad, y la conversación recayó sobre las bodas próximas á realizarse en el pueblo.

—Ya me han dicho que se casa la hija del Secretario, dijo Luis.

—Cuentan que se hará pronto, le contestó Asunción; y lo que es por Doroteo no se quedará, á juzgar por lo enamorado que se le ve. Día y noche anda tras de su novia, obsequiándola sin cesar; y no hace mucho que le dió una serenata en toda regla.

Pero no fué á ella sola, que también se la dieron á otra, con la que me parece que no tardará á haber boda...

—Y ¿quién es ella?

—Usted la conoce mucho....

—No es extraño; á todas conozco.

—Pero á esa mucho más; ya lo creo....

—¿Trini Martínez? ¿Canuta Larumbe?

—Vamos, no se haga usted el desentendido; que no hay nadie en el pueblo que ignore para quién fué la serenata última y los versos que le cantaron...

—Le aseguro que nada he oído.

—¿Y no se lo ha dicho su amigo Adolfo?

—Nó.

—Pues él fué el héroe de la fiesta.

Despertóse la curiosidad de Luis, que no atinaba con lo de que se trataba, y excitó vivamente á la joven á que le revelase los nombres.

—Mejor podría usted darnos noticias; pero, ya que tanto se empeña, le diré que el rondador fué Adolfo; María del Puy la favorecida con sus cantares, y que en el pueblo todos dicen que están en relaciones, y se supone que se casarán cuando Adolfo reciba el título de médico.

Quedóse Luis como si hubiera recibido un golpe de maza: sintió rudo choque en el corazón, al que se le agolpó toda la sangre de sus venas, y una especie de velo pasó por sus ojos y oscureció su inteligencia; pero haciendo un supremo esfuerzo, balbucó:

—Pues... no lo sabía. Y ahora, con su permiso me retiro.

—Cómo! Tan de repente se marcha usted?

—Tengo prisa, contestó el joven, que había tomado ya el sombrero. Otro día hablaremos. Adiós.

Y se lanzó á la escalera.

Llevaba un caos en su mente y un torbellino en el pecho. Comprendió que no estaba en disposición de volver á

casa de su tío, y maquinalmente tomó la dirección de una desierta arboleda.

Ni podía dar razón de si en el camino encontró á alguno, ni de cómo había llegado á allí. Se metió en lo más profundo y sombrío y dejándose caer al pié de un árbol se cubrió la cara con las manos, y rompió en sollozos, que desahogaron su pecho que desbordaba.

Dios mío!, decía convulsivamente. Yo no sabía cuánto la amaba. Falto de una hermana á quien dedicar mi cariño todo lo había concentrado en ella; y como á hermana la traté, sin cuidarme de hasta qué punto le pertenecía mi alma entera. Y ahora, cuando me doy cuenta clara de que todos los pensamientos de mi vida se han cifrado en ella; de que todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, todos los latidos de mi corazón, todas las ansias de mi ser se cifran en ella, en ella sólo, es para saber que todo está perdido, y que otro hombre es el preferido. Oh! Dios mío, Dios mío...

Y otra vez la ola se formaba allí adentro, subía por el pecho, invadía su garganta, y de sus labios salían ruidos inarticulados.

Pero esto no puede ser. No: sinó es posible: si no tiene derecho á romper mi vida, á estrujar mi corazón y arrojarlo en medio del camino; si su existencia está enlazada con la mía; si su vida y la mía son una sola...

Yo le diré que desde que nacimos nos pertenecemos uno al otro; que mi madre lo es suya, y mi imagen está grabada en su alma desde que abrió los ojos á la luz, como yo encuentro la suya esculpida en la mía desde los primeros albores de mi razón; que juntos hemos vivido; juntos hemos crecido; un mismo techo nos ha albergado; comunes han sido nuestros juegos, nuestros libros, nuestros pensamientos; y que no se rompe en un día una existen-

cia en común; no se destruye en un instante una alma consagrada á ella, y que tiene derecho, perfecto derecho á que no la arranquen sin piedad y sin motivo. No puede ser; no puede ser...

Pero bien claro lo dijo Asunción: es cosa sabida de todos; todos hablan en el pueblo de sus relaciones, y de que no aguardan más que al título de Adolfo.

Ah! el infame! Pérfido, traidor, mal amigo! ¡Qué cuidadosamente me lo ha ocultado! ¡Cómo me fingía afecto, á la vez que me clavaba el puñal por la espalda! Pero se equivoca si cree que va impunemente á burlarse de mí! Le exigiré que respete mis derechos; y si se resiste lo abofetearé, lo mataré sin compasión, como él no la ha tenido de mí...

Mis derechos!! Escritos están en el fondo de mi alma, donde Dios los ha trazado con caracteres indelebles; los atestigua toda mi historia, y hasta la última gota de mi sangre y el último aliento de mis pulmones los proclaman como sagrados; pero el mundo no los reconoce; y las gentes me tendrían por loco, y el mismo Adolfo se burlaría de ellos. ¿Qué hacer, Dios mío?

Pero á ella; á ella siquiera ¿no he de poder recordarle las horas que han pasado desde la niñez estrechando y confundiendo nuestras almas? ¿no he de poder invocar las penas y alegrías que juntos hemos sentido, los años que han corrido y que nos han identificado, que han formado de los dos una existencia común que ninguno de ambos podemos desatar?

Ella me dirá que nada me ha prometido; que nunca le he hablado de mi amor; que me quiere como hermana....

Pero si no lo es; si es mi enemiga mortal, mi más encarnizada enemiga....

Y el desgraciado Luis se retorció en un acceso de furor y desesperación.

Cuando salió de aquel estado se sintió rendido; con el cuerpo débil, y el alma más débil y abatida aún.

Soy impotente; la fatalidad se ceba en mí, y no me queda más recurso que ser desgraciado. Ocultar en el fondo de mi alma este amor que me enloquece; soportar esta agonía de ver á mi rival triunfante; y huir de aquí, huir para siempre, llevando clavada esta saeta en mi pecho.

Y, tomada esta resolución, procuró componer el semblante, y se encaminó á la casa, juntando fuerzas para soportar el calvario que desde aquel instante le aguardaba.

Entraré silenciosamente, pensó; iré á mi cuarto, y me ocultaré todo el tiempo que pueda.

Por más que hizo no pudo borrar del todo las señales de la tormenta que en él se había desencadenado; pero lo peor fué que cuando ya estaba para entrar en la habitación, le detuvo la voz de su prima que desde el pasillo le dijo:

—Vaya con los hombres impolíticos, que pasan la mañana fuera, y no son ni para saludar á las gentes...

Luis sintió un vuelco en su corazón y toda la sangre afluyó á su rostro.

—Buenos días, le contestó sin volver apenas la cabeza. Y entró sin detenerse en la habitación.

La joven se quedó clavada en el suelo. Jamás había visto de semejante manera á su primo. Su sequedad y desvío eran tan impropios de él, que no sabía á qué atribuirlos; pero el hecho real era que ni se había dignado saludarla; y aquel desdeñoso entrar en su cuarto, sin mirarla siquiera, era un desprecio que por lo inmerecido le dolía. María del Puy se sintió ofendida, y su amor propio se

despertó, revelándolo el ligero levantar de hombros con que al cabo de breves instantes salió de su meditación, dirigiéndose al interior de la casa, como quien se resuelve á hacer caso omiso de quien así se portaba.

Entretanto Luis se había arrojado sobre la cama y sentía renovarse en su pecho los tormentos que había procurado contener.

Yo no puedo resistir esta vida, balbuceaba; no puedo soportar sus bromas, como en los buenos tiempos en que una íntima cordialidad reinaba entre nosotros. Es demasiado pedir que, después de haber envenenado mi existencia, tenga que soportar sus chanzas...

¿No ve que me asesina con ellas? ¿O es que no se satisface con haber burlado mis sueños de ventura, para que todavía se ensañe en mis sufrimientos y se complazca en torturarme?

Y daba vueltas en el lecho, á la vez que su calenturienta imaginación rodaba siempre sobre el mismo tema.

Llegó la hora de comer, y D. Cristóbal se extrañó de que Luis no estuviera.

—¿Qué hace Luis, que no le veo?

—Ha entrado en su habitación; contestó su hija.

—Cómo no sale?

—No lo sé.

—Avísale que le estamos aguardando.

María, que no quería ir á llamarlo, encargó á una sirvienta que le avisara.

Pocos momentos después volvió ésta diciendo que acudiría enseguida.

—Pero ¿qué demontres se hacía en su cuarto? preguntó el padre.

—Estaba echado en la cama, pero ha dicho que ya venía.

Sintiéronse, en efecto, los pasos de Luis, que se dirigió á su sitio acostumbrado.

—¿Qué tienes? ¿estás enfermo? le interrogó D. Cristóbal.

—Mucho dolor de cabeza, pero no es nada; sin duda he tomado demasiado el sol.

—Como ha venido la muchacha diciendo que estabas en la cama, he temido que estuvieras indispuesto: no faltaba más si no que te nos pusieras enfermo...

—Con la quietud y el silencio me hallo mejor, y por eso me eché vestido; pero repito que no es nada.

—Más vale así.

María del Puy no había desplegado los labios. Aun admitiendo lo del dolor de cabeza, no se explicaba la conducta anterior de su primo, y el cuidado con que evitaba mirarla, como si ella tuviera la culpa de su descortesía y mal humor.

A pretexto de que el dolor le había quitado las ganas de comer, Luis apenas probó bocado, ni habló; y tan pronto como sirvieron los postres pidió permiso para retirarse, como lo hizo, alegando que el silencio y la soledad le vendrían bien.

—Parece mentira que tan abatido y tristón le haya puesto un dolor de cabeza, á él, que es fuerte como un roble. ¿Si será el principio de alguna enfermedad? Creo que lo mejor sería avisar al médico.

—Opino que debemos aguardar. Es posible que se le pase el dolor en un par de horas, y que molestemos al médico sin necesidad.

—Es que me preocupa su madre tanto como él. Si supiera que estaba de este modo ya querría en su exageración maternal llamar á los médicos del valle.

—Tiempo tendremos en todo caso, replicó la joven. Las insolaciones no duran mucho.

Así quedaron las cosas; pero D. Cristóbal que, no sabía por qué, hallaba en su sobrino síntomas de algo más grave, fué al poco rato al cuarto de Luis y le preguntó qué tal se hallaba.

—Algo mejor, tío. Va cediendo el dolor: muchas gracias por su interés.

A media tarde volvió D. Cristóbal:

—Vamos ¿qué tal va eso?

—Estoy del todo bien. Lo fuerte del dolor se ha ido; solo me queda un resentimiento, algo como de aturdimiento en la cabeza.

—Válgame Dios! Me habías asustado, temiendo que se tratara de algo más serio; pero ya veo que nó. ¿Quieres algo?

—Nada, tío: ello solo se va marchando, y mañana estaré como si tal cosa.

—Pues ahí te quedas, que para las jaquecas el mejor antídoto es el reposo. Si algo te ocurre tira del cordón de la campanilla.

—Así lo haría; pero nada me ocurrirá.

—Está visto, pensaba Luis luego que se retiró D. Cristóbal. Mi pobre tío se interesa por mí, y viene á prestarme sus cuidados; pero ella ni una sola vez. Ya se vé! Como su corazón está ocupado por otro, sus pensamientos vuelan hácia él y olvida á los demás. ¡Que no pudiera yo arrancar su imagen de aquí!, y clavaba las uñas en su pecho. Pero mientras ella me olvida, yo la llevo en mi memoria, y cual si se hubiera infiltrado en todas las fibras de mi ser.

Es preciso olvidarla. Pero ¿cómo, Dios mío! Si cuanto más hago para arrojarla de mí, parece que se me entra más adentro...!

Así pasó mucho tiempo. La luz que se filtraba por los

cristales de la ventana se fué debilitando á medida que caía la tarde; y de vez en cuando llegaba á los oídos de Luis rumor de conversaciones.

Ya han vuelto de paseo: ¿quiénes estarán?.. Me parece oír la voz de Adolfo... Sí; la reconozco. Ellos se estarán contemplando, embriagándose en su cariño, y yo solo aquí, solo con mis tormentos... Pero ¿qué delito he cometido para tal expiación?

Batallaba Luis entre salir ó quedarse. Más de una vez había tenido conatos de presentarse en la tertulia y otras tantas se había contenido. ¿Qué voy á hacer allí, reflexionaba...

Pero cuando las voces arreciaban, instintivamente saltaba de la cama, y se esforzaba en adivinar lo que decían.

Por fin hubo un rato de silencio. Debe ser ya hora de cenar, pensó; y si no se han ido, no pueden tardar. Vamos allá.

Y con ánimo de aparecer sereno en cuanto pudiera, se presentó en la habitación.

Allí estaban Concha Laviria y su madre, Adolfo, don Cristóbal y su hija.

—Bienvenido, le dijeron todos.

—Chico, pues no se te conoce poco! ¿Quieres que te preste mis auxilios como médico?

—Ya se pasó; porque lo poco que queda no vale la pena, y espero que no me prive de cenar.

—Buen síntoma es ese; y como D. Cristóbal ya nos ha contado que al mediodía no has probado nada, luego les dejaremos para que te resarzas; pero antes ven aquí y dí-nos tu opinión.

Sostiene María, y Concha le ayuda, que las mujeres son más fieles en su cariño, y yo digo que son más versátiles, como lo reza el adagio francés: *Souvent femme varie...*

—*Bien fol est qui s' y fie*, completó Luis, respondiendo á lo que sentía en aquellos momentos.

—Eso será en Francia, repuso María; pero en España somos de otro modo.

—En España pasa lo mismo, replicó Adolfo; y si no, acuérdense ustedes del cantar:

Papeles son papeles,
Cartas son cartas;
Palabras de mujeres
Todas son falsas.

—Eso lo dicen los hombres, saltó Concha, para disimular sus infidelidades, y echar la culpa á las pobres mujeres; pero bien á la vista están en todas partes ejemplos de lo contrario.

—La constancia, insistió Adolfo, es más propia de los hombres. Nuestros afectos podrán ser menos vehementes, pero son más duraderos: somos más toscos, pero más firmes.

—Y sinó, que se lo pregunten á sus novias, le dijo María riéndose. De seguro que si ellas le oyeran no dejarían de aplaudir la firmeza de sus sentimientos...

—Eso es según se mire. No niego que por entretener el tiempo he tenido algunas relaciones, de esas en que ni el que las entabla ni la que las acepta se engañan acerca de su significado. Se juega un tiempo á los novios, y después cada cual queda libre de seguir el rumbo que gusta. Pero cuando no se trata de pasatiempos, sino de un cariño formal y profundo; cuando una joven despierta aquel corazón y lo rinde con su belleza y gracia, y lo cautiva con sus atractivos y virtudes, aquel corazón es para siempre suyo, y ni la muerte es capaz de borrar la imagen adorada que se posesionó de él.

—Lo mismo les diría usted á todas; de manera que

aunque una vez en la vida sintiese un amor verdadero, de esos que son eternos, faltaría saber cuándo ocurría ese fenómeno, porque entre tantas novias, muchas tienen que ser las engañadas, y una sola, en su caso, la favorecida.

Nosotras no somos así: cuando queremos, queremos de veras, y solo el desamor puede ahogar nuestras afecciones; y no por defecto nuestro, sino por falta de correspondencia.

—De manera, dijo Adolfo, que el hombre que las consagrara un cariño leal, sincero, apasionado, podría estar seguro de verse correspondido...

—Ciertamente, le contestó María.

—Luis sufría horriblemente, y no fué dueño de reprimirse cuando Concha le preguntó:

—Y usted ¿qué piensa de esto, Luis?

—Pienso, le dijo, que en el mundo hay de todo. Que hay hombres sencillos, ingenuos, que entregan su corazón y vida á la persona á quien consagraron su afecto; que para ella viven; que le erigen un altar en su pecho, y un trono en su imaginación; que por ella serían capaces de los mayores sacrificios; y que hay mujeres que estrujan sin piedad esa alma, que se ríen de su afecto, olvidan las horas, los años, quizás la vida entera que aquel hombre viene dedicándole todos los latidos de su corazón, y lo posponen al último que llega, para abandonarlo, víctima de su lealtad, y dejar que se consuma su existencia en el más espantoso vacío...

—Jesús, y qué opinión tan atroz..., repuso Concha.

—No digo que todas sean así, ni todos los hombres como el que pongo por ejemplo. Cuestión es ésta que cada uno tiene que resolver con arreglo á lo que su conciencia le enseñe. Póngase cada cual la mano en el pecho; y personas habrá que digan: yo soy firme y leal; y otras,

(añadió fijando sus ojos en los de María) que tengan que decir: aquí anidan la falsía y la traición...

La joven sostuvo imperturbable la mirada, y se limitó á decir:

—Por cada hombre constante hay cien mujeres que lo son.

—Pues yo creo, dijo Luis, que una sola mujer desleal sobrepaja á la falsía de cien hombres.

—Vaya! interrumpió entonces D. Cristóbal: dejaos de filosofías y disputas en las que me parece que no vais á estar de acuerdo...

—Pues mire usted, replicó Adolfo, ya nos íbamos entendiendo. Pero lo dejaremos para otro día, que se aproxima la hora de cenar y Luis ha de sentirse con buenas ganas.

Levantáronse todos, y se despidieron.

Poco después servían la cena, durante la que Luis se esforzó en aparentar que comía, y procuró sostener la conversación; aunque dirigiéndose siempre á D. Cristóbal, sin mirar nunca á su prima.

Retiráronse á descansar; pero Luis tardó mucho en desnudarse. Recorría á grandes pasos el cuarto, deteniéndose de pronto, rompiendo de improviso á andar, ó suspendiendo sus vueltas por la habitación según las ideas que cruzaban por su mente.

Recapitulaba lo acontecido en aquel día aciago, sacando el triste convencimiento de que su dicha era imposible.

—Es inútil luchar contra el destino: yo no ocupo mas que un lugar secundario en su corazón; el afecto que me concede es el que se otorga á un amigo, á un antiguo conocido; pero su amor no es para mí. ¡Con qué insistencia le repetía ella que su cariño era suyo, suyo para siem-

pre; y qué satisfacción la de él cuando le ofrecía un amor apasionado, y ella lo aceptaba!

Porque no hay duda que sus palabras eran valor entendido; y, tan á las claras, que ella se mostraba celosa de los galanteos anteriores de Adolfo, y él la lisonjeaba con lo de que todos ellos habían sido fútiles pasatiempos, que desaparecían sin dejar rastro ante el amor que ella le inspiraba!

Y de mí... nada: en su egoismo, ni reparaban en mis tormentos, ni se cuidaban de que cada palabra suya era un puñal que me clavaban. ¿Qué les importa de mí? ¿Qué soy al lado de su felicidad? Un estorbo, un importunos cuando más, un testigo de su dicha... de su dicha, que es mi agonía.

Y se cubrió el rostro con las manos.

De pronto comenzó á desnudarse con violencia; al tirar del chaleco asomó la medalla que Marieta le había dado, y de tal manera le impresionó, que no fué dueño de contener las lágrimas; y tomándola en sus manos exclamó con ahogado acento:

—¿Quién me había de decir cuando hace pocos días te recibía como reliquia de íntimo afecto, que tan pronto había de trocarse aquella satisfacción en tan honda amargura? Te supuse prenda de ventura, y es mi infortunio lo que presencias: viniste de su pecho al mío, y yo ¡pobre de mí! pensé que eras lazo con que sellaba nuestra unión, y ella lo ha roto del modo más cruel: te puse sobre mi corazón imaginando que sus latidos iban á ser un himno perpétuo de triunfo y gloria, y quedan reducidos á gemidos de pesar. Oh Virgen de los Dolores! Bien elegida fuiste para que me acompañaras en los míos. Sí; serás mi compañera, y de tí aprenderé resignación para sobrellevar mi infortunio...

.
 María del Puy no se había dormido.

Había rezado sus oraciones acostumbradas; se había santiguado con el agua bendita de la pila que tenía á la cabecera de su cama, apagado la luz de un soplo, metiéndose en el lecho, tapujándose con la cubierta, y cerrado los ojos... pero el sueño no venía. Por dentro de aquella cabecita bullían ideas encontradas, que resonaban también en su corazón, y el pícaro sueño no quería descender sobre aquellos párpados que se cerraban llamándolo.

—Pero vamos á ver, pensaba; ¿á qué viene ponerse Luis de ese modo? Porque á mí no me diga: lo del dolor de cabeza era pretexto nada más; puro pretexto...

Con mi padre estaba de otra manera; conmigo ha estado altivo, injusto, desdeñoso... ¿qué le he hecho yo?

Y la joven repasaba su memoria sin hallar el más lijero motivo para tal desvío.

Recordaba lo sucedido desde su llegada, y en los días anteriores lo había encontrado afable y cariñoso como siempre; mejor dicho, más cariñoso que nunca; y ella se lo pagaba... quizás más de lo que debiera, pensaba allí, en lo más recóndito de su alma, sin atreverse á decirlo.

Anoche mismo, reflexionaba, lo veía alegre y satisfecho á mi lado, bromeando conmigo, gozando yo con su confianza y correspondiéndole con la mía... ¿Qué ha habido para semejante cambio de ayer á hoy?

Y Marieta volvía á sus cavilaciones, pasando revista á todo lo del día, sin que su conciencia le señalara ninguna falta.

Pero por parte de él ¡cuántos motivos de agravio!

—Nó; sea lo que quiera, seguía meditando, no tiene disculpa lo que ha hecho... Pasa fuera toda la mañana, y al entrar no se digna saludarme; y cuando yo, con el mejor

deseo, le detengo, y le hablo con la familiaridad de siempre, y le doy pie para borrar la impresión que me causaba que no reparase en mí... me contesta desabridamente con un *Buenos días*, que me deja helada; y ve la sorpresa que me causa el agravio... y se entra en su cuarto, y me abandona en el pasillo sin dignarse siquiera asomarse á saber qué era de mí...

No. La sequedad de sus palabras, lo glacial de su tono, el desprecio de sus miradas, no tienen disculpa; no la pueden tener.

Y luego, la frialdad con que me ha tratado en todo el resto del día; aquel desviar sus ojos de mí; aquel no dirigirme la palabra, y cuando se veía forzado á ello, ejecutándolo con repugnancia y marcándome su desden... no tienen perdón:

Y como si la joven quisiera ratificarse en sus ideas, añadía mentalmente:

—Y lo tiene mucho menos sabiendo que con él no he tenido secretos; que me sentía orgullosa á su lado; que ninguno me parecía tan leal y bueno como mi primo; ninguno tan ingenuo y agradable; ninguno tan guapo como él.

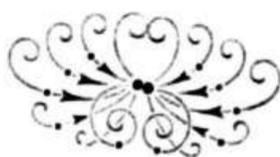
Su llegada era un acontecimiento en esta casa, y no ignora cuánto deseábamos su presencia. Si él nos quería, aquí se le pagaba en la misma moneda; y yo con exceso, con ingenuo abandono...

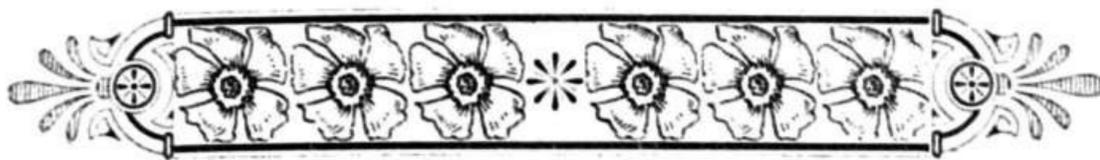
Ahora todo ha cambiado; pero es él, él, quien ha mudado; no yo, que soy siempre la misma. Él quien me huye, y me desaira... y yo tengo que refugiarme en mi dignidad.

No quiere confianzas... no las tendré; rompe la inocente y alegre familiaridad que desde niños reinaba entre nosotros... pues por mucho que me duela, rota queda; no quiere el bromear acostumbrado, con que tan dulcemente

pasaban antes las horas... pues me hallará grave sin afectación, y procuraré dejarle libre de mí. No seré como él descortés y desabrida... pero sabré ocupar mi puesto.

Y madurando estas resoluciones se quedó al fin dormida.





XV

PROYECTOS DE ASISTENCIA Á FIESTAS



El día siguiente, todo parecía haber vuelto á su cauce ordinario.

Luis se levantó á la hora del desayuno, y aunque se advertía en sus ojos un tinte de tristeza, habló con todos, dirigiéndose indistintamente á su tío y á su prima.

Contestábale esta con sencillez, teniendo sus palabras el atractivo que siempre les daba la voz melodiosa de la joven, pero sin las chanzonetas y halagos con que solía acompañarlas.

Las labores de costura salían ganando. Diríase que quería resarcir el tiempo perdido en los días anteriores, y concentraba en ellas su atención.

Bien lo advertía Luis, que echaba en falta las miradas de su prima; pero ésta, inclinada sobre la labor, movía la aguja rápida y acompasadamente; y ni una sola vez necesitó un dibujo, que su complaciente primo fuera á buscarle; ni madeja que le sostuviera para devanarla, ni el ovillo se escapó del cesto de costura.

Y ¡cosa extraña! Cuando la joven levantaba la cabeza,

ó hacía una pausa para enhebrar la aguja, Luis miraba al campo por el entreabierto balcón, ó se ocupaba en sacudir la ceniza del cigarro, ó en limpiar hasta las motitas más pequeñas de su traje.

De vez en cuando salía Marieta para ver cómo andaban los quehaceres de la casa, y Luis desahogaba á solas su mal humor.

—Esto es intolerable, pensaba. No tiene ni aun la consideración de disimular que estorbo. Absorta en sus ilusiones, la presencia de Adolfo es la que la anima, y entretanto á él vuelan sus pensamientos, sin que yo represente más que cualquiera de los muebles que ocupan la habitación. Nada, nada; es preciso huir de aquí, y disimular mi angustia entre tanto que busco un pretexto para volverme á mi casa, sin que el tío lo extrañe...

Y tomaba un periódico, y cuando la joven volvía lo hallaba enfrascado en su lectura, recorriéndolo todo, hasta los anuncios, él, que jamás se cuidaba de la cuarta plana; y después se metía en su cuarto con la excusa de escribir una carta ó cosa parecida, y no volvía hasta mucho después.

Marieta suspendía entonces á ratos su labor, que reanudaba al sentir el más ligero ruido, y se decía:

—Se aburre en esta casa: no halla placer en nuestra compañía, pero podía tener siquiera la atención de no mostrarlo tan á las claras. Y el caso es que ha tenido el triste privilegio de comunicarme el tedio que refleja su semblante; porque la verdad es que antes de que viniese yo estaba alegre al lado de mi buen padre; y ahora, siento una tristeza y un vacío... Pero lo dicho: haré como que en nada reparo...

Él lee, yo coso; se pasea por el cuarto, yo tarareo una canción; no está de humor de conversación, pues yo tam-

poco; no me mira, no le miro; me habla, le contesto: y si es tan impolítico que ni me saluda, no cometeré por mi parte tales groserías, pero no le buscaré tampoco.

La situación variaba en los muchos ratos que D. Cristóbal estaba con su hija. Luis se mostraba con él como siempre; un poco menos jovial, menos locuaz, pero sin que llamara la atención.

Cuando los jóvenes se quedaban solos, parecía faltar aquel hilo de comunicación, y sobrevenían largas pausas, que uno ú otro interrumpía por breve tiempo cuando llegaban á hacerse demasiado violentas.

—Ya empiezan á pasar las muchachas con la comida para los trabajadores.

—Pues más irán por el otro lado del pueblo...

—No son pocas las que vienen por aquí..!

—Son las que van á los campos de abajo.

—Aun tienen un ratito de camino...

—Sí; hay una distancia regular.

Y acababa la conversación, que, después de largo paréntesis, volvía con otro tema.

—Muy ocupado veo á tu padre en el gabinete.

—Hace poco estaba anotando los gastos y jornales.

—Eso será, porque anda á vueltas con los cuadernos.

—Todo lo lleva al día. Es exacto y puntual como el primero.

—Es una gran condición.

—Siempre lo he conocido así; á todo atiende y nunca le falta tiempo.

—Cuestión de orden: con método y regularidad se hacen milagros.

—Lo que es papá no tendrá que acusarse de flojedad.

—Mucho vale el tío...

—La verdad es que hay pocos como él.

Y vuelta á la pausa.

A punto estaba á veces Luis de estallar; pero recordando sus propósitos se contenía, diciéndose que poco podría durar aquella situación, resuelto como estaba á buscar un motivo, si no plausible, que explicara de algún modo su anticipado regreso á Zudaire.

El motivo lo proporcionó su mismo tío, que le preguntó:

—Oye; ¿no tenías que ir á Estella? Me parece habértelo oído.

—Sí; tengo que ir con motivo de un crédito que hay que cobrar; ¿le ocurría á usted algo?

—Pues hombre, podíamos ir juntos, porque yo he de ir á principios del mes próximo. Esto, por supuesto, si te viene bien, pues no es cosa de que subordinates la cobranza á mis caprichos, y pierdas la ocasión...

—El dinero está seguro; y pudiendo ir en su grata compañía, no hay que decir que la he de aprovechar.

—Pues quedamos conformes. Me alegro de que hagamos juntos el viaje.

—¿Piensa usted detenerse en Estella?

—Unos días nada más; pero como no depende todo de mí, no puedo asegurarlo, aunque no se correrá mucho mi estancia. Los viejos en ningún sitio nos encontramos mejor que en nuestra casita.

—Pues cuente usted conmigo, que le ayudaré en sus quehaceres si no son cosa reservada.

—¿Qué han de serlo? Verás.

Ha tiempo que estoy faltando con mis amigos los de Pomares, á quienes tengo prometido visitarles con mi hija, en correspondencia á los días que ellos pasaron con nosotros. Y como María tiene que comprar telas y cachivaches que siempre hacen falta en las casas, y para re-

mate me escribe mi amigo D. Julián recordándome lo ofrecido, exigiendo que vaya á pasar las fiestas con ellos, y diciendo que sus hijas aguardan sin falta á la mía, me resuelvo á aceptar su invitación.

—¿De modo que Marieta ha de ir con nosotros?

—Sí; y bien vendrás para que acompañes á tu prima y sus amigas en paseos y diversiones.

No era tiempo de retroceder; y se resignó Luis con aquel viaje, que días atrás hubiera sido de delicias, y que presumía que para él sería de tortura; por lo que contestó á D. Cristóbal:

—Corriente; no tiene usted más que avisarme el día y estaré dispuesto.

—¿Qué te he de avisar? Juntos hemos de salir, y ya dispondremos la marcha.

—Me incorporaré á ustedes en Zudaire.

—Pero ¿qué prisa tienes?

—Vale más que disponga de unos días para dejarto do arreglado en casa; así estaré más libre para acompañarles.

—Pasarás siquiera el domingo con nosotros...

—Sea; me marcharé el lunes.

D. Cristóbal enteró á su hija del viaje en proyecto; y aquella noche, en la tertulia á la que asistieron el Párroco, el Maestro, Adolfo, y las amigas de María, Concha Laviría y Canuta Larumbe, se habló de la ida á Estella.

—Si ustedes lo consienten, prorrumpió Adolfo, soy de la partida. ¡Pues no tienen para mí pocos recuerdos las fiestas de Estella! Si son el *summum*, el colmo, el acabóse de las fiestas. A este rato se me olvidan las emociones que he experimentado en ellas desde la primera vez en que de muchacho me llevó mi difunto padre á verlas...

Aquellas *ruedas* que despedían lluvias de fuego, que cambiaban de colores, y cuando parecía que iban á dete-

nerse, silbaban y emprendían vertiginosas vueltas, cubriéndose de chispas, dejándome maravillado. Aquel abanico que se desplegaba como si una mano coquetona lo abriese para lucir los cientos de bengalas prendidas en su varillaje, y que parecían estrellas multicolores que alumbraban á la multitud; aquel toro arremetiendo al torero, persiguiéndolo con furia entre el detonar de los cohetes, sin poderlo alcanzar nunca, mientras que el torero, firme que firme, daba vueltas y más vueltas con la muleta desplegada junto á los hocicos de la bestia; aquella fúlgida corona, que arrancaba como final de una pieza, y girando sobre sí misma se elevaba, se elevaba en el aire, aclamada por mil pechos, dejándome atónito...

Y ¿qué me dicen ustedes de los gigantes y cabezudos; del rey moro y de la reina blanca; de las *boca-parteras* y *caballicos de Chepe*? Algunos *botarguinazos* me ha costado querer contemplar de cerca los pendientes de la reina mora, mayores que tu cabeza, María; y el abanico que lleva en sus manos enguantadas, y que reemplazaría con ventaja al cayado que usa usted, D. Antonio.

Y luego la gaita tocando la alborada é incitándote todo el día á bailar; el cerrado redondel de la plaza, tan pronto ocupado por la enhiesta cucaña, como por las parejas de bailadores, como por las vacas que se corren...; las procesiones; las músicas, la entrada de los novillos, el paseo de los Llanos cuajado de gente; los portales rebosando animación, los vendedores ambulantes, los juegos al aire libre, cohetes, gritos, vocerío, confusión... les digo á ustedes que aquello es el ideal de las fiestas, ó que tal me lo pareció cuando me llevaron á ellas de niño, sin que nunca se haya borrado de mí esa impresión...

—Pues no le ha dado á usted poco fuerte, indicó Concha.

—Exageraciones de Adolfo, añadió Marieta.

—Qué exageraciones ni qué niño muerto? Pregunten ustedes á cualquier muchacho del pueblo que haya estado en las fiestas y les dirá que no concibe más allá, y que al volverse trae regueros de luz y chispas en los ojos, música en los oídos, sabor á golosinas, y una borrachera de placeres, sorpresas y emociones de que no sabe darse cuenta cabal, pero que llenan su cerebro y agitan su alma, mientras que sus piés cansados le hacen pensar en lo mucho que anduvo sin sentir, y hasta en el tuétano de los huesos encuentra el agudo sonido de la gaita que horas y horas le estuvo obsequiando.

Pues pónganse ustedes en mi caso, y verán si tengo razón en lo que digo. Los primeros fuegos artificiales que ví fueron en tales fiestas; los primeros descomunales gigantes que contemplé con asombro fueron los de Estella; allí la primer corrida de toros... ó de vacas, que para mí fué lo mismo, con una cuadrilla de toreadores *indígenas*, y unas vestimentas de percalina, y una indumentaria, y una presentación de picadores, peones y espada, y una de dar órdenes y no obedecer, y una deliciosa confusión, (en que se atendía sobre todo á salvar la piel), que no había más que pedir; allí los *chupinazos* que retumbaban como disparos de cañón; el voltear de las campanas de las parroquias; los coches atestados de gentes colgando de la vaca y apiñadas en las banquetas del imperial; los helados con que brindaban los vendedores; los elegantes trajes de las señoritas; el ensordecedor murmullo de la multitud, contrastando con el silencio de la sala en que se verificaban los conciertos musicales... todo esto, tan nuevo para mí, sucediéndose unas cosas á otras, sin tiempo para darme cuenta de ellas, hacía que me creyera en un país encantado, y que tomaban vida y realidad los cuentos de hadas...

Así es que ni las fiestas de Pamplona, ni las de Madrid, ni las que en otros sitios he visto después, han despertado en mí impresiones semejantes á las de Estella, á las que cuento acudir este año, si me admiten en su compañía.

—Libre eres de venir, le dijo D. Cristóbal; sería despiadado privarte de fiestas de que eres tan apasionado; pero presumo que te espera gran desencanto, y que esas delicias forjadas por tu fantasía se van á convertir en aburrimiento al encontrarte con la realidad.

—Me parece que no serán sólo las fiestas las que le lleven, dijo con picaresca sonrisa Canuta, que había hablado por lo bajo á Concha, su vecina.

Luis prestó ansiosa atención.

—Las fiestas... y lo demás, respondió Adolfo. Ahí es nada ir en tan agradable compañía y presentarme en la ciudad al lado de una polla tan hechicera.

Ya me veo entrando en Estella; y ¡qué orgulloso me sentiré cuando, al resplandor de su belleza, todos claven las miradas en nosotros, y digan: «Si es Mariquita Salazar, la de Eulate!» y yo, estirándome, les conteste: ¿qué se habían figurado ustedes, que sólo en la ciudad había chicas guapas y bonitas? Pues ahí tienen ustedes un ejemplar de las que para nuestro regalo y gloria se crían en las Améscoas! Ahí tienen ustedes el emblema y el prototipo de lo que dan de sí nuestros cerrados valles; la flor, la espuma y la canela, y la nata y el garbo y la gentileza de la hermosura...

Soltaron todos la risa, por el calor y aspavientos con que Adolfo acompañaba sus palabras.

Luis aparentaba también reír, pero sentía como si por dentro le atenazasen el corazón.

—¡Vaya que pegaría la aparición de tal beldad, mon-

tada en una mula y escoltada por algún flaco rocín, que será como entremos en Estella!, observó la joven.

—Poco á poco con eso del rocín, que se presta á diversas interpretaciones. Conste que en todo caso yo iría en un rozagante alazán..., pero tampoco, porque debemos hacer una entrada triunfal, en coche descubierto...

—Y con batidores y correo de gabinete... ¿no te parece, Luis? le dijo D. Cristóbal.

—No había pensado en ello; pero como Adolfo parece que ha concebido todo un plan, lo mejor será que acabe de desarrollarlo.

—Pues si dejais que esa mollera destornillada trace los proyectos que su fantasía le sugiera, de seguro que vuestro viaje y entrada en Estella serían más notables que todas sus fiestas, insinuó el Cura.

—Y todo sería poco para lo que nuestra paisana se merece, replicó Adolfo; pero ya que no les veo dispuestos á seguir mis deseos, prescindiremos de ellos; pero de lo que no desisto es del coche.

—Y ¿dónde está el coche? repuso D. Cristóbal.

—De mi cuenta corre. ¿Cuántos seremos?

—Cuatro; María, Luis, tú y yo.

—Perfectamente; traeremos una carretela descubierta...

—Mejor un landó, apuntó Canuta.

—Pues un landó, prosiguió Adolfo; con un buen cochero y un lacayito muy mono.

—Con la librea de la casa, dijo burlándose María.

—Ya no les faltaban más que unos heraldos de armas, añadió el maestro.

—Precisamente tengo unas excelentes cachiporras que les pueden servir de mazas, significó el cura.

—Y se les cosen en el birrete las plumas de mi sombrero... agregó Marieta.

—Adornaremos el coche con flores, insinuó Concha Laviria.

—Y con unas banderitas, completó Canuta.

—Pues si quieren tomarme el pelo se quedarán sin carruaje, replicó Adolfo.

—¡Hombre! No pega lo del landó y el lacayito; pero no me parece mal la idea del coche, manifestó el cura. Otra cosa es ir con comodidad, libres del sol y el agua, sin tener que llevar las maletas á la grupa.

—Seguiré su consejo, D. Antonio, le manifestó D. Cristóbal; pero que se encargue Luis de proporcionarlo, porque si le dejamos á Adolfo no sé á donde iríamos á parar.

—Con tal que me reserven un asiento, por pequeño que sea, poco me importa la clase de vehículo. No lo hacía por mí, sino por Marieta, para la que desearía una carroza como las que usen los Dioses del Olimpo.

—Lo que tu querías era ir á lo príncipe, repuso la joven, y nos tomabas á los demás como pretexto; pero ya te conocemos las mañas.

—¡Qué injusticia! ¿Quién había de decir que detrás de esa frente tan pura y serena se albergaban tales pensamientos?

Diga usted, señor Cura; ¿á qué obligaciones están sujetos los que calumnian?

—Te diré: si es un falso testimonio, á reparar la fama: si con libertad cristiana, que no excluye la caridad, se busca la corrección del prójimo, descubriéndole los pensamientos para que resplandezca la verdad, es un acto digno de elogio...

Las jóvenes aplaudieron al Párroco...

—Y cuando en público se ríen de uno, y le afrentan y avergüenzan...

—Pobrecito!!, interrumpió Canuta.

—Y se ensañan con él, como lo están haciendo estas señoritas ¿qué castigo merecen?

—Yo que tú, las abandonaría, contestó D. Antonio. Las dejaría sin lacayos ni postillones, y que se las gobernasen como pudieran sin tu eficaz ayuda. Ni les acompañaría en el viaje, ni les serviría de Cicerone en las fiestas...

—Eso sí que nó. A este rato abandono mi puesto en el coche, que tanto trabajo me ha costado ganar, ni renuncio á entrar en Estella al lado de mi dulce enemiga, y á oír los cohetes, chupinazos y demás requilorios de las fiestas... No por cierto. Volveré bien por mal, y á las afrentas corresponderé con atenciones; á las calumnias con agasajos...

—Lo que yo decía, repitió Marieta. Su plan era que lo llevasen en coche y se sale con la suya.—Él muy comodón...

—Pero si lo hago por tí y por tu señor padre...

—Ya... yá... Y para el camino ¿no te ocurre que llevemos algunas provisiones?

—Bravo, Maruja. Ahí te reconozco. Siempre tan previsora y discreta...

—De modo que te parece bien? ¿Querrás unos paste-
litos?

—Que hechos por esas manos divinas me sabrán á gloria.

—Y algunos fiambres; alguna empanada...

—Ya me parece saborearlos

—Con sus botellitas, por supuesto...

—El sorbo que tome será el néctar de los Dioses...

—Pues hijo, nos vas á salir por una friolera. Vaya con el hambrón, que para una travesía de dos horas querría

un banquete en toda regla. Ya te contentarás con una ración de paisaje.

—¿Qué más paisaje que el de esa cara primorosa? Pero no quita para que solemnicemos el acontecimiento y llevemos algunas provisiones.

—Con que *que llevemos*; dí que las lleve yo...

—Eso es.

—Y ¿con qué frescura lo dice? Más te valdría obsequiarnos, y no estar siempre pidiendo.

—Si nosotros no entendemos de esas cosas, Maruja! No hay como las mujeres para arreglar en un santiamén una cesta; ni acierto como el suyo para escoger las viandas, y que nada falte ni sobre. Pero si nos encargamos los hombres, á lo mejor se nos olvida lo más necesario, ó resulta una combinación poco higiénica, sin gusto ni arte.

—No es mal arte el que te das para conseguir cuanto deseas...le dijo María sonriendo.

—Estas palabras se clavaron como espinas en el corazón de Luis, que juzgó que con ellas aludía su prima á su cariño conseguido por Adolfo.

—Ah! No se te olvide el jamón en dulce con huevos hilados; verás qué rico nos sabe... repuso Adolfo.

—Pide, pide por esa boca: serías una joya en una Orden mendicante...

—Y tú ¿qué opinas, Luis?, le preguntó D. Cristóbal.

—Ese, nada, interrumpió María: pertenece á la Orden de la Trapa...

—¡Quién fuera de ella!, replicó Luis con infinita amargura...

Y para borrar el asombro que el tono y acento de su exclamación produjeron en los circunstantes, añadió:

—Es una dicha no necesitar de nada como ellos; que

nada turbe su reposo, y con un libro, un vaso y una escudilla ganar el cielo.

—Los admiro, contestó Adolfo, pero Dios no me llama por ese lado y se me estremecen las carnes de sólo pensar que estuviera encerrado en una Cartuja.

Hay muchos modos de ganar el cielo, y encuentro preferible conquistarlo dentro del mundo, aunque en él se tropiece con diablillos como estos., señalando á las jóvenes.

—Y vengau fiestas, y buen trago, y buena rebanada de jamón...; no son malas penitencias, insinuó D. Antonio.

—Esos son accidentes, repuso Adolfo; ayudas para ir pasando las miserias y tribulaciones de la vida, en que constantemente se tiene que estar ejercitando la virtud.

—Lo que es tus tribulaciones que me las claven en la frente. Pero ya vendrán, hijo, ya vendrán; que es cosecha que nunca se pierde.

—Y las tengo, mi Sr. D. Antonio. Sino que las disimulo por mi paciencia y bondad. Ahora mismo ¿cree usted que no me han hecho mella las pullas de estas señoritas? ¿qué no me han lastimado sus temerarios juicios? ¿que no se me desgarraba el corazón viendo su crueldad y punzantes sátiras? Diga usted que uno practica la virtud en grado heróico, como lo he hecho esta noche. No hay que ir á la Trapa para mortificarse y hacer penitencia.

—Si es un santo, dijo riéndose María; un bendito varón no comprendido: el día menos pensado lo pondrán en los altares.

—¿Lo ve usted, D. Antonio? Ya comiienza el tiroteo. Pues nada, yo firme que firme, encastillándome en mi paciencia, en mi resignación y mansedumbre...

—Pues no nos tienes poco que agradecer, manifestó Canuta Larumbe, que te damos ocasión de que tus virtudes se ejerciten...

—Y, para mayor mérito, ¿no sería mejor dejarle á pie cuando vayais á Estella, y suprimirle el almuerzo? agregó Concha.

—¡Aparta, Dios mío, ese cáliz tan amargo! exclamó Adolfo poniendo los ojos en blanco.

—Vaya; lo convenido es ley, resolvió D. Cristóbal. Quedamos en que se le reserva un puesto; que Luis se encarga del coche, y que lo del almuerzo es cosa tuya, María: queda á tu discreción ponerlo ó nó.

Poco después se disolvía la tertulia.

Adolfo iba alegre como unas castañuelas, repasando en su imaginación las palabras que había cruzado con María del Puy y saboreándolas.

La había encontrado más afectuosa que nunca; entretenida y bromeando con él.

—Si no puede menos, pensaba; si tiene que ver cuánto la quiero; porque la quiero de verdad; más que he querido á ninguna otra. Como que ni me acuerdo de Madrid ni me ocurre más que establecerme en estos valles y esconder en ellos mi ventura. De sobra conoce que me tiene sorbido el seso, y no creo que yo le sea indiferente. Nada, nada: en la primera ocasión propicia le declaro mi amor; me hago médico, y nos casamos.

.

Bien diversas ideas atravesaban por la mente de Luis.

Sus sospechas se habían convertido en amarga realidad.

—¿Qué más quiero, pensaba, que ver las zalamerías de mi prima con él; sus no disimuladas alusiones á su cariño, y las entusiastas frases de Adolfo, sus insinuantes miradas y la irritante alegría con que parece estar diciendo: amo y soy amado!

Es preciso disimular mi martirio, en los pocos días que

me quedan de estar aquí, ocultando bajo una máscara de alegría la pena que me devora.

Este es el sacrificio mayor, pero lo intentaré; aunque no sea más que para que mi abstracción y silencio no den lugar á pullas tan sangrientas como las que me ha dirigido...

¡Pluguiera á Dios que los muros de una Cartuja me hubieran guardado, librándome de conocerla!

.

No fueron inútiles los esfuerzos del desgraciado joven.

Por más que no logró vencer del todo su melancolía, volvió á asemejarse á lo que había sido siempre.

María del Puy observaba estas mudanzas, y hallaba en su primo algo insólito y tan opuesto á su manera de ser, que hubiera dado cualquier cosa por poder asomarse á su corazón y resolver aquel problema.

Alguna vez había sorprendido en Luis miradas que delataban un cariño tan hondo, como lleno de infinita tristeza...

¿Estará enamorado? ¿Seré yo el objeto de...

Y sin acabar el pensamiento añadía:

—Pero entonces ¿á qué viene su dolor? ¿Qué obstáculo tan invencible encuentra para que de ese modo se entregue al desaliento?

Y si no es en mí donde está el obstáculo para su dicha, pues ni de averiguarlo se cuida, ¿es en él donde se encuentra? Pero... ¿cual puede ser?

Y la joven acababa por encogerse de hombros; y, aunque no seguía tan esquiva con Luis como en los días últimos, se confirmó por si acaso en su resolución de no entregarse con él á las familiaridades de siempre.

El sábado de aquella semana fué Adolfo á llevar á María del Puy un rico panal de miel, pequeño pero limpi-

simo, con sus alvéolos bien cerrados; todo él *sellado* como observó la joven.

—¡Qué panal tan precioso! ¿De donde lo has sacado, si ahora no es tiempo?

—Se guardaban algunos en casa; y te lo he traído al verlo tan limpio y lleno.

—¡Cuánto lo agradezco! Hoy mismo nos ha de servir de postre.

Luis padecía con estos obsequios de Adolfo; pero elogió también el panal; marchándose luego con Adolfo á dar una vuelta por el pueblo.

—Pronto serán las fiestas de Estella, dijo Adolfo cuando se quedó solo con Luis; pero desearía que fuesen mañana mismo.

—Tanto esperas divertirte?

—¿Pues no he de gozar sino hago más que soñar con ellas? Si fuera solo, poco me importarían; pero tal como vamos á ir...

Y á propósito: no te olvides del coche.

—Cumpliré el encargo que tengo, contestó Luis, que no estaba de humor de contemplar las felicidades que su amigo se prometía con el viaje: pero por lo mismo que no vas solo, es preciso que te reportes y conduzcas con la circunspección debida.

—No sé á qué viene eso.

—Es una simple advertencia...

—Cuyo motivo no adivino...

—Poco importa que lo adivines ó nó: lo que repito es que obres con la seriedad conveniente, sin bromas ni libertades inoportunas.

—Pues ¿qué es lo que tienes que echarme en cara?

—Ya te he dicho que era una sencilla advertencia.

—Permíteme que te diga que estaba de más, porque no creo haber dado motivo á ella...

—Ni yo necesidad de darte explicaciones: pero, en fin, te diré que aquí, en el pueblo, donde todos nos conocemos, pueden pasar ciertas palabras y familiaridades que en la ciudad chocarían. Y te lo prevengo á tiempo porque no podría consentirlas.

—Poco á poco. En primer lugar, puedes dispensarte de lecciones de buena educación, que no me hacen falta; pero quisiera además que me dijese qué expresiones inconvenientes son las que te excitan de ese modo...

—Pues mira; si á tí te molesta lo que *por tu bien* te digo, yo me voy cansando de tanto preguntar. No estoy dispuesto á consentir que pongas en ridículo á mi prima llamándola hada, sílfide, hurí y demás majaderías con que acostumbras obsequiarla. Serán de mejor ó peor gusto, y en Eulate se pueden disimular; pero en Estella no te las sufriría...

—Y ¿con qué derecho me impedirías que echara un piropo á María?

—Con el que me da ser su primo, casi su hermano; con el de impedir que requiebros desusados, tratándose de personas que no son de la familia y en población que no es la nuestra, sonrojasen á mi prima y la pusiesen en una situación difícil ó equívoca.

—Nunca se ha visto en tal situación por culpa mía: pero tampoco admito que seas tu quien pueda impedirme requebrarla...

—Pues ándate con tiento, y mide bien tus expresiones; porque podrás dirigirle una galantería de la clase que te digo, pero no la segunda...

—Y ¿cómo te las arreglarías? le dijo con sorna Adolfo.

—Cogiéndote del brazo y poniéndote en la calle.

—Es que no lo consentiría.

—Mira, Adolfo. Que quisieras ó no, á la calle irías; y si era menester, saldrías despedido por el balcón.

—O serías tú el que salieses.

—Bueno. Ni una palabra más, porque basta con que estés advertido: pero si el caso llega, más te valdrá callar, porque sinó de un revés te cerraré la boca. Y ya sabes que no me gustan baladronadas; pero si te resistes, te obligaré á la fuerza, y si es preciso te mataré como á un perro.

Sin ser cobarde Adolfo, sabía el temple de alma de Luis, que nunca hablaba en vano, ni se jactaba de su acreditado valor.

Además había en sus palabras tal firmeza, fría y serena, tal resolución en su mirada, y era tal la fuerza de sus puños, que no creyó prudente proseguir en el mismo tono; y medio festivamente le dijo:

—Eres atroz, hombre: matas á cualquiera como quien no dice nada...

—Ni una palabra más, ya te lo he dicho. Hablemos de otra cosa.

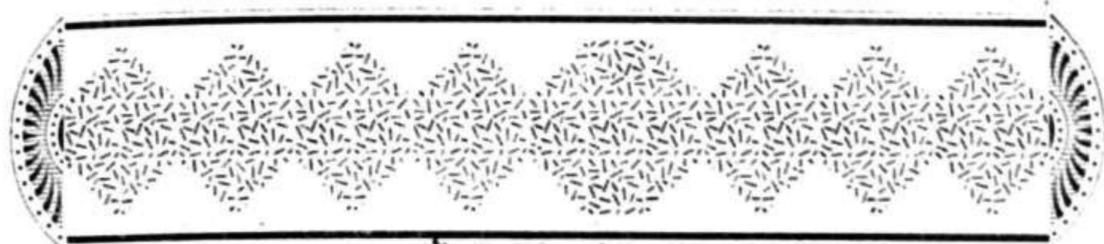
Y mudaron de asunto, separándose luego, porque ninguno de ambos tenía ganas de proseguir la conversación.

—Pues no le pica poco, (se decía interiormente Adolfo) que galantee á su prima y que ella no me mire con malos ojos. ¡Y qué humos de protector gasta! Ni que fuera su padre ó su marido..! Después de todo, á él ¿qué le vá ni le viene, ni quién le da vela en este entierro? ¿Apostamos á que se le van también los ojos tras de la chica? Pues aguantarse, hijo, aguantarse; que mía ha de ser la muchacha, y no he de cejar en mi empresa de conquistarla: al contrario, ahora con doble motivo, y si él rabia, que rabie...

Detúvose con delectación en esta última idea. Por más que no se lo quería confesar era lo cierto que la bravura y puños de Luis le daban algún cuidado, por lo que no echaba en saco roto sus advertencias. No se atrevía á sostener de frente un altercado con Luis, pero las palabras de este constituían una humillación, que había despertado su encono; y un sentimiento de despecho y venganza le hacía gozar con el pensamiento de que Luis se viera pospuesto, y él triunfase en el corazón de María.

—Obraremos con prudencia, (terminó diciéndo para sí), pero sobre seguro. No le daré ocasión para que haga una brutalidad, pero tendré el placer de verlo desdeñado; y ahora más que nunca he de emplear todos los recursos hasta lograr la victoria. Y ahí es nada el premio; una chica como un sol, que en su trato es la imagen de la gracia, y cuando canta parece un serafín...





XVI

UN GALOPE DESENFRENADO



la mañana siguiente encontráronse nuestros conocidos en la misa, y á la tarde volvieron á reunirse en vísperas, á las que asistía todo el pueblo.

D. Cristóbal, María y Luis fueron juntos al templo; y, fuera porque Luis se sintiese más aliviado desde que había puesto á raya los atrevimientos de Adolfo, ó ya porque iba logrando dominio sobre sí mismo, estuvo más natural y corriente con su prima.

—Gracias á Dios que pasó la nube!, pensaba la joven. Todavía le quedan restos de la misteriosa tormenta, pero va apareciendo otra vez como era antes. Siquiera habla, está más sociable, se interesa en lo que le rodea; los días atrás... uf ¡si estaba insoportable!

Pero ¿qué diántres le habrá sucedido? Aun no se me han olvidado aquellos desplantes, aquel afán de aislarse, y cara de como si lo fueran á agarrotar...

Toma!, como que no hay más que mirarle para ver lo que ha perdido. Y eso que su semblante ya no está tan

desencajado, ni su color tan pálido y casi verdoso como el que se le puso. Y los ojos? Antes los tenía tan claros y alegres, cuanto tristes y mortecinos ahora... No sé que daría porque recobrará su natural y volviera á reinar entre nosotros la ingenua familiaridad con que nos tratábamos.

Mas ¿por qué no es franco? ¿por qué no dice lo que le pasa? Algo ha habido que por más que he hecho no he podido traslucir; y algo grave, algo muy gordo, para que se haya puesto de tal manera. Yo le habría ayudado á salir de tal estado, y desvanecido el complot ó lo que sea; ó al menos habría visto que su prima se interesaba por él, y se esforzaba en mitigar sus penas.

Pero él... mudo como una piedra.

Si yo me atreviese...! Pero nó; eso si que nó. De él debía partir la confluencia. No puede ó no quiere tenerla, pues no me está bien pedirla. Refrenaré mis deseos; contendré mis impaciencias; pero ¡qué ganas tengo de saber lo que le ha sucedido...! Y el caso es que se marcha mañana. En fin, sea lo que Dios quiera...

D. Cristóbal, D. Antonio, Adolfo, el Maestro y algún otro se habían despedido á la salida de vísperas, citándose á casa del primero para ir de paseo cuando el sol, que abrasaba, fuera declinando.

El Cura fué el primero en llegar, y lo recibieron en el jardín, donde la brisa circulaba más libremente y los árboles los protegían de los rayos del sol.

Poco después llegó Adolfo, y más tarde el maestro.

Los señores mayores paseaban formando un grupo; y otro cercano María, Luis y Adolfo. Este, sin dejar de tomar parte en la conversación, se detenía á coger aquí una flor, otra más allá, y poco á poco las combinaba en un ramo: hacía de centro una hermosa dalia, y á su alrededor se iban agrupando círculos, cada vez mayores, de cla-

veles, pensamientos, ranúnculos y cruz de Malta, salpicados de flores menuditas, destacándose algunos capullos de rosa, y marcando las divisiones hojas de sándalo, de la Virgen y hierbas finas.

Hablaban los jóvenes de una narración francesa que Luis había encontrado en su cuarto y que olvidadamente había dejado María hacía mucho tiempo; y discutían el carácter de uno de los personajes, acerca del que no estaban conformes.

—No lo recuerdas bien, (le decía Luis), sin duda por el tiempo transcurrido.

—Pues yo aseguraría que es como te digo.

—Voy á cerciorarme y saldremos de dudas.

Y Luis marchó en dirección á la casa.

Mientras tanto Adolfo acabó de arreglar el ramillete, y se lo ofreció á María.

—Muchas gracias, le dijo esta. No lo haría mejor el más hábil jardinero.

—¿Te gusta?

—Mucho. Tengo pasión por las flores, pero no sé combinarlas como tú. Me alegraría que me dices alguna lección.

—¿Qué te podría enseñar, si sabes más que yo? Hago los ramos á capricho; salgan como salieren, y no tienen más mérito que el deseo de que agraden...

—Y el arte para agrupar las flores. Pero tú, que eres también aficionado á ellas, te quedas sin ninguna: eso no está bien. Elige la que más te plazca.

—Voy á hacer uso de tu generosidad, y el favor sería completo si tu misma adornas el ojal de mi americana con ese hermoso pensamiento que sobresale entre los demás, como si quisiera escaparse.

—No hay inconveniente: lo sujetaré con un alfiler.

Y la complaciente joven sacó el pensamiento, lo llevó á la boca para buscar el alfiler, y lo colocó luego en el ojal de la americana de Adolfo, aprisionándolo por detrás.

Luis había presenciado esta escena, porque al llegar á su cuarto se aproximó á la ventana para mirar en el libro la página correspondiente al pasaje de que se trataba; así es que, aunque no oía las palabras, distinguía perfectamente los ademanes.

Vió la entrega del ramillete por Adolfo y su aceptación por María; y su inquieto corazón se estremeció.

Hubiera querido ser todo oídos para escuchar la conversación que medió entre su prima y Adolfo. ¿Le repetía este su declaración de amor? ¿Le ratificaba Marieta su cariño? ¿Qué se decían, que tan abstraídos estaban que ni reparaban en él, consumido de cruel incertidumbre, ni se cuidaban de nada?

Luego... él no vió sino que María sacaba una flor, la llevaba á sus labios y con sus propias manos la prendía...

Una palpitación violenta arrojó una oleada de sangre á su cerebro; latieronle las sienas, cual si las venas fueran á estallar; anubláronse sus ojos, al par que una angustia mortal le invadía, y vacilando como un beodo, sujetó la cabeza con las manos y sollozando se dejó caer sobre el lecho.

Momentos después la ola de sangre se retiró, volviendo á entrar en el torrente circulatorio; la congestión que, de prolongarse, hubiera sido fatal para su vida, cesó, y su pecho exhaló un largo resuello, que más pareció un rugido.

—Basta, Dios mío! Esto es demasiado...; fueron sus palabras: y gesticulando como un loco recorría á grandes pasos la habitación.

Y como si contestara á una pregunta, exclamó:

—Nó. No vuelvo, no puedo volver al jardín. Necesito aire, espacio... esta casa me ahoga; me mata.

De repente levantó el picaporte y se fué resueltamente á la cuadra. Ensilló su caballo, abrió el portalón, y sin cuidarse de cerrarlo, se lanzó al campo.

¿A dónde iba?

Ni él mismo lo sabía; por de pronto á salir del pueblo, á donde no hubiera nadie. Después ¿quién sabe? A donde quiera; á donde su caballo lo condujese; al fin del mundo, si por su gusto había de ser.

Dejó atrás las casas de Eulate, y taloneando con rudeza al noble animal, emprendió vertiginosa carrera.

Galopaba el caballo siguiendo una senda que conducía á las heredades; Luis sostenía maquinalmente las riendas en su mano, y ajeno á todo, sentía hervir un volcán dentro de su cabeza, sin que la refrescasen las capas de aire que rompía bruscamente al galope del corcel.

La senda concluía al fin de las heredades en cultivo, y el animal, que veía delante de sí el monte cubierto de matas, con peñas rodadas de la sierra, y sin camino alguno, acertó el galope, disponiéndose á pasar al trote; pero Luis le aplicó con furia sus talones, y el fiel Tordillo, dando un brusco salto, se lanzó ciego por el monte arriba, hollando las matas, salvando las peñas, sorteando milagrosamente los árboles, expuesto á rodar con el jinete, que poseído de un vértigo seguía animándolo, á la vez que sufría las bruscas sacudidas del corcel, y afirmándose en los estribos, echándose sobre el arzón al pasar bajo los árboles, parecía llevado por el huracán...

La senda que al principio había seguido Luis se encontraba, en su parte baja y próxima al pueblo, oculta por las tapias del jardín, pero después el terreno se elevaba y era visible.

Así es que D. Antonio, que fué el primero en descubrir al jinete, llamó la atención de los demás:

—¿Quién será ese que va tan de prisa? Juraría que el caballo es el Tordillo...

—Y Luis quien lo monta, confirmó D. Cristóbal.

—Es Luis, repitió María y asintieron todos.

—¿Pues no estaba aquí hace poco?, dijo el Maestro.

—Con nosotros estaba, repuso Adolfo. Ha subido á buscar un libro, y no comprendo á qué viene su precipitada marcha.

—Como nos disponíamos á ir de paseo, observó el Párroco, habrá salido por delante para que el caballo no se entorpezca de estar tanto en la cuadra...

—Es muy extraño!, replicó D. Cristóbal. No me explico que se haya marchado sin advertírnoslo.

La joven nada decía, pero no apartaba sus miradas del bruto y su jinete, que habían llegado al fin de la senda, y comenzado aquel furioso escape á través del monte.

—Ay, papá! El caballo se desboca. Lo va á matar. Mire usted cómo va el Tordillo. ¡Pobre Luis! Pobre primo mío!

Ninguno contestó, porque creían lo propio. Imposible que si el caballo estuviera en disposición de ser gobernado lo condujera nadie de aquel modo y por aquel terreno.

Todos tenían el corazón oprimido, aguardando una catástrofe; y el caballo entretanto volaba con sus flotantes melenas al viento, erguida la cabeza, levantando sus manos y tendiéndolas con brío hacia adelante, mientras que recogía las patas salvando el matorral.

--Va á estrellarse contra un árbol...

El espectáculo era aterrador pero de salvaje hermosura. Hombre y caballo parecían una sola cosa; el jinete se incorporaba al animal, se apretaba y confundía con él, y

nadie diría si no que era un Centauro que galopaba escalando la sierra...

De pronto, María lanzó un grito y se cubrió la cara con las manos, á tiempo que los demás proferían una exclamación.

El Tordillo había aparecido en lo alto de una eminencia desde la que se le vió saltar y desaparecer.

Después ni caballo ni caballero volvieron á asomar.

—Sálvalo, Virgen mía! prorrumpió la joven.

Y con los ojos inundados de lágrimas se volvió á su padre rogándole que un criado á caballo fuese á buscarlo.

—Si se habrá roto alguna pierna, papá! Si habrá muerto!

—Aguardemos, hija mía; y pongamos en Dios nuestra confianza...

—¡Miguel! ¡Miguel! gritó D. Cristóbal.

Un peón de la casa apareció á la entrada del jardín.

—Monta á escape en mi caballo, y ve á buscar al señorito Luis al monte del encinar. Ha salido en el Tordillo, y se le ha desbocado: el último sitio en que lo hemos visto ha sido saltando las peñas de junto á la fuente de la Ruda...

—Voy en seguida.

—Oye. Díselo también á Ramón; que vaya en una mula, y venga en seguida á traernos noticias. Tú, quédate con Luis, y auxílialo en lo que necesite. Nosotros vamos camino del monte.

Y emprendieron la marcha sin detenerse.

María del Puy se había retirado á su cuarto, y deshecha en llanto rogaba por su primo ante la efigie de María Santísima.

Minutos después Miguel y Ramón, á escape, alcanzaban á D. Cristóbal y acompañantes y los dejaban atrás.

—Vuela Miguel, le gritó D. Cristóbal. Ya te seguirá

Ramón, cuya mula no corre tanto como el Diamante.

Los criados continuaron su ruta, viéndose que Miguel adelantaba mucho.

—¿Quién había de decírnoslo? exclamó el Cura. El Tordillo ha sido siempre tan noble... De buena sangre, eso sí, pero sin arrebatos; obediente, sumiso, y más á su amo.

¿Qué demontres le habrá sucedido para cegarse así?

—Y gracias á que Luis monta admirablemente, observó el Maestro: á cualquiera otro lo habría tirado...

—Contra la caída del caballo no hay defensa, observó D. Cristóbal; y vaya usted á saber cómo habrán caído...

—Mientras hemos visto á Luis seguía firme, y se conocía que no había perdido la serenidad, manifestó D. Antonio. Puede ser que por fin haya logrado sujetarlo.

—Dios le oiga!, pero mucho temo que no sea así. De haber sucedido eso, por algún lado habrían aparecido....

—Así es de suponer, dijo Adolfo.

—En fin, no hemos de tardar en saberlo. Me horroriza pensar que lo encontremos muerto, y que no podamos conducir á Zudaire mas que su cadáver.

—No será tanto, D. Cristóbal; respondió el maestro. No digo que no haya sufrido alguna dislocación, ó quizás una fractura; pero de eso á matarse hay mucha distancia. ¿No es verdad, Adolfo?

—Ciertamente, contestó el joven.

—De haberle pasado en Zudaire, estaba al fin en su pueblo y en su casa; pero si aquí le ha ocurrido una desgracia, no me consolaría nunca; insistía D. Cristóbal.

—Lo mismo le hubiera pasado en donde quiera, porque lances así no hay modo de evitarlos. Y gracias á que nos hemos dado guarda, va á ser socorrido enseguida. No se puede hacer más.

Y así continuaron por el camino, reflexionando sobre el mismo tema.

Recorrieron todo el sendero, y habían entrado en el monte, cuando vieron volver de prisa á Miguel.

—Tengo miedo..., dijo D. Cristóbal.

—Pues no parece que viene afligido...

—Sí; pero el caso es que vuelve sin él.

No tardaron en comprender por las tranquilas facciones del labriego, que el daño de Luis no era tan grave como temían.

—¿Cómo está? le interrogaron varias voces á un tiempo.

—Si no le ha *pasao* nada....! Tan sano como ustedes y yo...

—Y entonces ¿cómo no ha venido contigo? Cuéntanoslo todo.

—Le diré á usted, señor. Llegué á las peñas de la *junte*, y no había *naide*. Mira por aquí, mira por allá, y ni rastro. En esto el Tordillo, que había *olfateao* al Diamante, relincha: voy al sitio y me encuentro al señorito *sentao* en una peña, y al caballo paciendo allí cerca. ¿Se ha *hicho* usted mucho mal? le pregunto.

—¿Qué mal, ni qué ocho cuartos? me contesta. ¿A qué vienes por aquí?

—Pues á *buscalo*; lo menos creíamos que estaba usted *hicho peazos*, desde que supimos que se había *desbocao* el Tordillo...

—Y ¿quién os lo ha *contao*?

—Lo vieron todos desde el jardín.

—Pues no me ha *sucedío* ningún percance.

—¿Y no tiene usted nada roto, ningún porrazo?

—¿No te *hi* dicho que nó? No seas *pesao*.

En esto llegó Ramón; y como ustedes estaban con tanto

cuñao, me *pareció* mejor *dejalo* con el señorito y he *venío* á decírselo.

—Alabado sea Dios! exclamó D. Cristóbal. Vete á casa, y diles que afortunadamente no ha tenido ninguna novedad.

El criado saludó, y marchó en dirección al pueblo.

Poco después vieron venir á Luis, seguido á corta distancia de Ramón. El Tordillo estaba envuelto en un sudor á medio secar.

Cuando estuvieron cerca, D. Cristóbal se dirigió á su sobrino:

—Ay, hijo. ¡Qué rato me has dado!—Pero ¿cómo te has marchado sin decir nada? ¿Cómo se te ha desbocado el caballo?

Luis, que no quería manifestar la verdadera causa de lo sucedido, había reflexionado en el camino que lo mejor era seguir la suposición formada; y contestó:

—Comprendo que hice mal en no avisarles que salía por delante; pero al bajar de mi cuarto para volver al jardín pensé que el Tordillo estaría impaciente por salir de la cuadra, y me ocurrió montarlo para juntarme con ustedes en paseo.

—Lo que yo dije...; interrumpió el Cura.

—Y como el animal estaba con tanta gana de correr, lo dejé á su gusto, y galopando, galopando, se le calentó la boca, pero sin llegar á decirse propiamente desbocado. A peligro estuve de pegar contra algún árbol, pero el caballo, aunque mal, obedecía algo á las riendas, y pude librarme...

—Si volaba como un demonio..., observó el Maestro.

—Y ¿cómo no le impediste saltar cuando llegó cerca de la fuente?

—Porque podía desviarlo, pero no había modo de dete-

nerlo. El caso es que en seguida que saltó, como el suelo estaba mojado con el agua que viene de la fuente, metió las patas en el barro, y el animal se paró en firme. Y como me había fatigado con el trajín y los bruscos movimientos, me senté á descansar, y el Tordillo se puso á pacer la yerba como un borrego. Despues llegaron Miguel y Ramón uno tras otro. Y ahí tienen ustedes todo. Lo que siento es el mal rato que por mi torpeza les he hecho pasar.

—Bah!, dijo el cura. Eso es lo de menos. Lo importante es que hayas salido con bien de semejante aventura.

—Esa es la verdad, dijo Adolfo. De buena te has librado.

—¿Les parece á ustedes que volvamos? preguntó don Cristóbal.

—No hay inconveniente, repuso el cura.

—Pues voy delante á dejar el Tordillo, manifestó Luis.

Y á un trote corto marchó hacia Eulate, seguido siempre de Ramón.

Para entonces, Miguel había dado en la casa la buena nueva, que las criadas se apresuraron á comunicar á la señorita.

Seguía ésta en su cuarto, conociéndosele en los ojos que había llorado; y salió presurosa á oír de boca de Miguel el relato.

Miguel se lo refirió punto por punto.

—Pero él ¿qué se hacía allá?

—¿No le *hi* dicho que estaba *sentao* en una peña? Hasta le supo malo que *juera* en su busca.

—¿Qué te dijo pues?

—Regañar no me regañó: estaba *sentao*, como le digo, y medio *echao*, con la cabeza apoyada en la mano, y

cuando sintió el ruido que al correr hacía el Diamante, la levantó de un modo, como *iciendo*: «aquí estorbas...»

—Y ¿porqué se fué á caballo hacia el monte?

—No me pregunte usted más, señorita, que nada más sé: á bien que él se lo podrá decir porque *aluego* es de venir.

Poco tardaron, en efecto, Ramón y Luis.

Al resonar los cascos de los caballos que entraban en el portal, María bajó precipitadamente, y envolvió á su primo en una mirada intensa, larguísima, á la vez que le decía:

—Ah Luis! Qué susto me has dado!

Luis no contestó por el momento. Entregó las riendas del caballo á Ramón, y subió las escaleras en pos de la joven, que lo condujo al balcón del comedor.

—¡Qué ideas, qué terribles presentimientos me han asaltado desde que te ví en tales peligros! seguía diciendo María. La Virgen ha escuchado mis súplicas salvándote de una muerte cierta.

—Exagerais el riesgo, contestó Luis friamente.

—No digas eso, replicó con viveza. Todavía tengo delante la visión del Tordillo, corriendo loco y frenético por el monte; y aquel salto descomunal en que os contemplamos lanzados en el aire para caer á lo hondo. No fuí yo sola la que se asustó. Todos se asustaron, y de seguro todos temieron lo que yo...

—Si hubierais estado más cerca os habríais convencido de que no fué tan grande el peligro.

—¿Y si te hubieras matado en la caída?

—Morir..! Un poco más tarde ó más temprano todos hemos de hacerlo.

—Y lo dices, así tan friamente... como si la vida fuera cosa poco importante.

A estas palabras se incorporó Luis de la barandilla so-

bre la que había descansado los codos, y volviéndose á su prima le contestó con grave entonación:

—La vida cuando hay seres amados que cifran su ventura en una persona; cuando hay una esposa idolatrada, hijos que encantan el hogar, afectos que endulzan la existencia, la vida entonces es contento, ilusión, fuerza, alegría, y tiene que ser amargo sacrificio perderla. Cuando esto no existe, la vida es insípida, enojosa, abrumadora; carga de que viene á librar la muerte...

—Pero ¿sabes lo que dices? No te conozco, Luis...

—Pues yo sé que nada hay más cierto. Pregunta á los felices, y les horrorizará la muerte: acude á los desgraciados y es probable que la miren como amiga compasiva que se acerca á poner fin á sus dolores y tormentos.

—Es que no se trata de los otros, sino de tí. Figúrate las consecuencias...

—Consecuencias..? Ninguna. ¿A quién hace falta mi vida? ¿Qué huero quedaría detrás de mí, que no se llenara en el momento? Mis padres no me necesitan; vosotros, menos aún; ni mujer ni hijos que me lloren; por no tener, no tengo ni novia que guarde mi imagen en su corazón; y por sensible que fuera para mis padres mi muerte, es lo cierto que nada descompondría.

—Me hace daño oírte. Si te he de decir la verdad nunca creí que pudieras ser tan injusto y tan ingrato...

—No sé porqué.

—Sí, le repitió con animación Marieta. Ingrato con Dios, que te ha rodeado de beneficios que desprecias; ingrato con tus pobres padres, para quienes tu pérdida sería un golpe mortal; ingrato con el mío, que te aprecia como á hijo; ingrato y muy ingrato conmigo que, por más que me huyas, he sido y seré para tí la hermana más cariñosa...

Luis alzó los ojos al cielo y no contestó.

—¿Es que los hombres estais hechos de otra manera que nosotras? De mí sé decirte que apetezco la vida, más que por mí, por los que me rodean. Y tú eres tan injusto y desagradecido que no piensas siquiera en las lágrimas que harías derramar.

—Fuera de mis padres ¿á quién afectaría mi pérdida? No digo que no la sintieseis; pero pronto me olvidariais y no faltaría quien borrara en breve de tu memoria hasta el recuerdo de mi nombre...

—Casi me arrepiento de lo que he padecido esta tarde; pues cuando de tal modo te explicas es señal de que por tu parte así sentirías y obrarías. Pero nó. Yo soy de otro modo, y no me pesa de lo que he llorado al imaginar que hubieras tenido una desgracia: yo no soy capaz de olvidar á los míos, ni dejar de tener presente que desde que comenzó mi vida, te hallé á mi lado, y juntos han corrido para ambos los años desde entonces...

—¿De manera que yo soy el ingrato, el olvidadizo?

—Cuando tan poco te importa de tu vida y de nosotros...

—Escucha, María. Yo había soñado un porvenir de dichas: sueños de felicidad que, sin sentirlo, habían ido poco á poco penetrando mi ser, que me embriagaban y envolvían: mi corazón los forjaba sin darme cuenta de ellos; mi vida se entretejía con esas ilusiones, y yo me dejaba llevar blandamente, sin recelos ni desconfianzas, sin inquietudes ni temores. De pronto, el encanto se rompe; y mis ilusiones, mis sueños, mi ventura, caen por tierra, y me hallo solo, sin objetivo ni destino, con la amargura en el alma y el quebranto en el cuerpo. ¿Comprendes ahora por qué la vida me es indiferente ó por mejor decir aborrecible?

No me preguntes más, dijo Luis atajando á su prima. Bástete saber que soy muy desgraciado; y que, lejos de merecer el reproche de ingrato, tú, menos que nadie, eres quien puedes dirigírmelo.

Y retirándose con viveza del balcón, se puso en marcha, añadiendo:

—Adiós, que ya llegan tu padre y acompañantes.

En efecto; aproximábanse á la casa, y Luis salió á su encuentro.

María se quedó pensativa y abismada en lo que acababa de oír.

¿Qué pasaba en el corazón de su primo? ¿Qué drama silencioso se desarrollaba allí? Bien se veía que era ella la imagen de sus ensueños; que su brusquedad, sus desvíos, no significaban ingratitud; él mismo se lo había dicho con toda claridad; «tú, menos que nadie, puedes tacharme de ingrato;» de modo que á ella, más que á ninguno, le correspondía con su afecto é interés: pero entonces ¿qué misterio era aquél? ¿cuándo y cómo se había abierto el abismo que había devorado los proyectos y esperanzas de su primo? ¿por qué su desaliento? ¿qué causas tan poderosas existían para que Luis hubiera enflaquecido y llevara retratada en sus ojos aquella angustiosa tristeza?

En la imposibilidad de resolver tal incógnita, la mente de María se fijaba en dos ideas; la de que seguía queriéndola tanto como siempre; y la de que era desgraciado, necesitando de un afecto consolador que cayera como un bálsamo sobre su corazón afligido.

—Oh! sí; se decía. ¿Pues no he de compadecerle y aliviarlo? Le demostraré que sus penas no me son indiferentes; procuraré animarlo, y mi ternura y afecto lo calmarán.

¡Si supiera lo que ha pasado! Entonces podríamos

remediar el mal en su origen: pero el caso es que él lo oculta.

¿No habría modo de hacerle hablar? Pero, cómo, si se marcha mañana..!

Aquella noche la joven estuvo cariñosa y deferente con su primo; y sus muestras de afecto sosegaron algún tanto la agitación de Luis.

—Me quiere como una hermana; pensaba éste; y aunque no me satisface, veo que siquiera me guarda un lugar en su corazón. ¡Si pudiera ocuparlo todo....!

A la mañana siguiente Luis salió para Zudaire.

Al despedirle, D. Cristóbal le dijo:

—Hasta dentro de unos días: ya te avisaré la fecha para que hagas venir el coche.

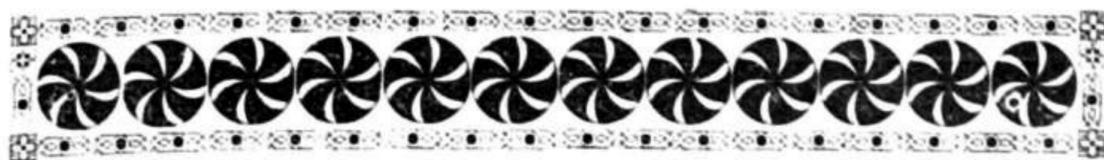
—Adiós, Luis, le dijo María. Que no nos olvidéis...

—No hay cuidado, replicó el joven. Y salió al trote del caballo.

—Ya lo sé que puedo estar sin cuidado por el coche, manifestó D. Cristóbal, aplicando las palabras de Luis á su encargo.

—De seguro que no nos olvida, pensó María, que las aplicaba á la excitación que ella le había dirigido.





XVII

OBSEQUIOS DE ADOLFO, Y TRISTEZAS DE LUIS

GRACIAS á Dios que se ha ido ese posma de Luis! decía para sus adentros Adolfo. Ya no se pasará el santo día metido en casa de D. Cristóbal, husmeándolo todo y haciéndose el interesante! ¡Vaya con sus humos! Antes era complaciente, franco y expansivo; lo que se llama un buen amigo, á quien verdaderamente quería. Pero ahora... el demonio que lo aguante! Con una cara lacrimosa y unos aires de fiscal que en todo cree encontrar faltas... Digo... y ¿sus salidas de tono? ¿Conque no he de poder galantear á su prima? Ahí le duele; pues... duro y á la cabeza. La chica es bonita como unas perlas; y el muy bruto hasta me amenaza para impedirme que se lo diga. Pero no le valdrá, porque ahora soy yo quien manda; ahora no hay quien me tosa, y haré mi santísima voluntad; ¿lo oye usted, señor don Cafre?

Lo que él hubiera querido es que no fuese á las fiestas...; pues fastidiarse, hijo; iré, y con mucho gusto, al lado de la remonísima Marieta, y en el mismo coche que él nos proporcione.

No es mala jugarreta la que le ha hecho D. Cristóbal. Me libra á mí del quehacer del carruaje y á él le hace traerlo para llevarme con más comodidad. Já... já! El lance tiene chiste. El, que se imaginaria que iba á ser héroe y protagonista de la fiesta, reducido á ser mi cochero! Contaba de seguro con aprovechar el tiempo para interesar el corazoncito de su prima, y va á encontrarse con que me lo he llevado yo, y que las fiestas nos sabrán á nosotros á miel y á él á rejalgar..! Y Adolfo soltó otra carcajada.

Porque ni duda tiene que entre él, que se ha vuelto tan adusto, con ese aspecto ceñudo y regañón, y yo, á quien se me bailan los ojos en viendo á la muchacha, la elección no es dudosa. Y eso es lo que le pica; ver que su prima se divierte conmigo y charla y ríe, mientras él se esconde ó se pasea sombrío y taciturno...

¡Vivan el humor y la alegría! Que se meta él en un rincón; y yo á jalear á mi chiquilla, y á derretirme con su gracia, que me tiene trastornado, y á ver cuándo me traigo el título de médico para que nos echen la bendición... y la gloria!

Y como lo pensaba, lo hizo.

Deseoso de agradar á D. Cristóbal y su hija se desvivía por complacerles; él era quien animaba la casa, y deleitaba á los tertulianos con su inagotable facundia.

Como, fuera de sus libros, no tenía otra ocupación, le quedaba tiempo para enterarse de cuanto ocurría dentro y fuera del pueblo; así es que era la gaceta de la tertulia. A él podía acudir seguro de que lo que no supiese era que no había pasado. Y ya se sabía: relato suyo constituía una representación viva de la escena, porque remedaba admirablemente la voz, gestos y actitudes de los personajes; lo que hacía á todos desternillarse de risa.

Y sin que su jovialidad y donaire hubieran disminuido, notábase que se contraía á lo inofensivo, huyendo de murmuraciones y burlas á que antes era algo inclinado.

Nada de bromas en materia religiosa, ni de pullas mortificantes. Entretenía á todos con sus exageraciones y buen humor, pero sin ridiculizar á nadie: sino en un caso á sí propio; así es que D. Cristóbal le recibía con más gusto.

Marieta le agradecía también sus atenciones; y se abstenia de manifestar un deseo, pues por lejos que estuviera de su ánimo verlo realizado, no sabía cómo Adolfo se las componía para que enseguida quedara satisfecho.

Se hablaba un día de codornices:

—No hay una, ni para un remedio, dijo el cura.

—¡Qué lástima! se le escapó decir á la joven. Tanto como me gustan...

Pues bastó esto para que á la mañana siguiente Adolfo le enviara dos hermosos pares.

—Pero ¿cómo las has logrado? le preguntó después María.

—Si no me ha costado trabajo! le contestó. He salido con la escopeta por si tenía la suerte de dar con alguna, y ellas han venido á buscarme...

Pero lo cierto era, y bien lo supo Marieta, que Adolfo, sacudiendo su habitual pereza, había salido antes de la aurora, y campo por aquí, campo por allá, había vuelto al pueblo á mediodía, sofocado y sudoroso, hasta conseguir las cuatro piezas, para lo que había tenido que recorrer toda la jurisdicción.

Otro día, al salir de misa, elogió Marieta un bonito pañuelo de seda que lucía al cuello su amiga Asunción Reinosá.

—Te gusta? le preguntó ésta.

—Es precioso, le contestó María del Puy.

—Dispensa que no lo ponga á tu disposición. Es un regalo...

—Aunque no lo fuera: no faltaba más sino que te privases de él, cuando tan bien te sienta: pero no lo habías usado; al menos no te lo había visto.

—Como que ayer lo recibí. Ya sabes que tengo un tío en Estella, comerciante en sedas, que suele hacerme algún regalito; y ayer me envió el pañuelo con el conductor del correo diciéndome que acababa de llegarle una remesa de género, en la que había una partida de pañuelos, de entre los que elegía éste.

—Y estuvo acertado, porque te sienta admirablemente.

Poco después, Adolfo, que había ido á pasar un rato á casa de Asunción, le repetía que el pañuelo era de mucho gusto, y ponderaba lo bien que le caía.

—Habrá que creerlo, le dijo Asunción; y le contó lo que acababa de decirle Marieta.

Unas horas después recibía María del Puy un pañuelo igual, del mismo dibujo, pero con distinto fondo, que armonizaba mejor con el color de la joven.

—¡Qué casualidad! pensó esta. A la mañana me ha chocado el que llevaba Asunción; y mire usted por donde le ocurre á Adolfo regalarme otro igual.

Su padre, á quien de todo enteraba, se sorprendió de la coincidencia.

—No deja de ser raro, y muy raro; en fin. Adolfo te lo explicará.

Adolfo no fué muy explícito. Se limitó á decirle que había ido á Estella y al pasar por un comercio vió en el escaparate unos pañuelos que le parecieron bonitos, y le ocurrió regalarle uno.

—Lo extraordinario es que esta misma mañana, á la salida de la iglesia, llevaba otro igual Asunción, y hemos

estado hablando de su novedad y elegancia; de manera que me has adivinado el pensamiento. Y á todo esto ¿cómo no nos dijiste anoche que pensabas ir á Estella? ¿Acaso porque temieras que te diésemos muchos encargos?

—Si por eso fuera, con gusto le quitaría el puesto al balijero, que es el que los hace; pero mal pude anunciároslo anoche, cuando no pensaba en tal viaje. Ha sido cosa de hoy á la mañana.

—Y mira qué bien me ha venido, para resultar yo la favorecida. Es un gusto tener amigos tan obsequiosos y agradables...

—No prosigas, que me vuelvo jalea de oirme alabar por esa boquita, que es un capullo de rosa; con esa voz, que es el arpa de un serafín; mirado por esos ojos salerosos y retrecheros...

—Anda, anda. Cuando te disparas no hay quien te contenga. Lo que es si á dadivoso pocos te ganan, á guasón y adulador no hay quien te aventaje.

—Los demás lo piensan y yo lo digo: ellos lo sienten y se lo guardan; pero á mí no me cabe dentro y por eso me hago lenguas de tu hermosura; pero es la pura verdad, y me quedo corto...

—Jesús ¡cuánto incienso! El sacristán te lo pagaría á buen precio.

—Lo reservo para tí, como honor merecido á tu belleza.

—Y ¿qué hay de nuevo por la ciudad?, preguntó Marieta cambiando de conversación.

—Hasta ahora poca cosa: pero en el comercio me han dicho que esperan que las fiestas estén muy concurridas; las tiendas ya preparan sus surtidos y el Ayuntamiento las diversiones.

Y le refirió lo que se disponía, presagiándole lo que en ellas habían de disfrutar.

La primera vez que Marieta vió á Asunción le relató lo del pañuelo.

—¿Sabes que en el mismo día que hablábamos del tuyo le ocurrió á Adolfo traerme de Estella uno idéntico?

—¡Toma! Pues eso es por lo que yo le conté de que te había gustado mucho.

—Pues él no me ha dicho nada de haber hablado contigo.

—Sin embargo; así es la verdad. Como es tan andaluz y lisonjero, cuando elogió la prenda y lo bien que casaba con mi rostro, le dije que no le haría caso sino fuera porque tú me lo habías dicho también.

—Y ¿cuándo fué eso?

—Luego que á la salida de la iglesia me separé de tí: no habría pasado media hora cuando Adolfo vino á casa.

María sacó mentalmente la cuenta, y comprendió que el joven había tenido que ponerse en camino incontinenti y no perder un instante en la travesía.

A la hora de la tertulia, Adolfo, que era el más puntual, llegó el primero, saludó como de costumbre á don Cristóbal y su hija, pero ésta, sin responderle, le dijo:

—Venga usted acá, hipócrita, embustero, perillán...

—Ave María Purísima, ¡qué aguacero!, replicó Adolfo.

—Aguacero... y sin paraguas, le dijo la joven. De consiguiente, aguanta el chaparrón ya que te ha pillado en descubierto; porque ahora no te valdrán tus tretas para sacarte del renuncio en que te he cogido: tengo pruebas...

—¡Qué pruebas ni qué renuncio! Te aseguro que no entiendo una palabra.

—Ya se irá poniendo en claro. Vamos á ver; ¿no me dijiste que en el repentino viaje que has hecho á Estella viste en el escaparate de un comercio unos pañuelos y te ocurrió comprarme el que me has regalado?

—Sí por cierto.

—¿Y no tienes más que decirme?

—Pues ¿qué quieres que te diga?

—Miren el disimulado. Para que una sea franca con quien de ese modo engaña á las gentes. Fíate de tales amigos, que cuando así ocultan las cosas, digo ¡y cómo esconderán las intenciones!

—*Qui male agit odit lucem*, dijo á este tiempo el Párroco, que entraba en la habitación. Buenas noches, señores.

—Buenas nos las dé Dios, contestaron todos.

—Cáspita! pues no son muy buenas para mí las que me trae cuando me saluda con ese latinazo, interrumpió Adolfo.

—Ah! es que el señor Cura te conoce, dijo Marieta. Yo no sé lo que eso significa, pero apostaríá á que era decirte falso y engañador. ¿No es verdad, D. Antonio?

—Si no es eso precisamente, puede serlo. Pero conste que yo no me meto en nada: como al entrar he oído algo de tapujos y de ocultar intenciones he recordado el adagio que dice que el que se oculta por algo lo hace...

—Eso, eso digo yo; insistió la joven. Que explique Adolfo á qué vienen los misterios que guarda...

—Pues señor, sigo sin entender palabra; y volviendo al asunto probaré que es la pura verdad cuanto te manifesté. ¿Quiéren que traiga aquí mañana mismo al que me preparó el caballo, á los peones camineros, al comerciante y los mancebos, y si es menester que traiga la tienda misma para ver si se convencen ustedes de mi ida á Estrella y de que yo mismo compré el pañuelo?

—Si no he dudado de eso... dijo Marieta.

—Pues entonces cada vez lo entiendo menos; porque no sé á qué viene lo de hipócrita, embustero y demás lindezas...

—Y ¿no es una hipocresía ó un embuste suponer que el viaje fué cosa casual, y que casualmente pasabas por el comercio, y compraste el pañuelo que por casualidad era lo mismo que el que tiene Asunción y que tanto me había gustado?

—Yo no he dicho nada de eso. Dije y repito que no te pude avisar la noche antes, porque entonces no contaba ir á Estella; pero que al otro día fui, y al pasar por el comercio compré el pañuelo. Ni más ni menos; y así sucedió.

—Pues no sucedió del todo así. Porque la misma Asunción me ha contado que te enteró de lo que el pañuelo me agradaba; y resulta que tu te marchaste enseguida á Estella, pero tan de prisa hiciste el viaje que no te pudo quedar tiempo más que para ir al comercio y regresar sin dilación.

—Y aunque así fuese ¿qué hay de incierto en lo que yo he dicho?

—De manera que confieras que es verdad lo que te digo.; contesta claramente.

—Es todo verdad; pero insisto en que en nada he mentado.

—Pues yo digo que sí, porque me engañabas.

—Con la verdad á nadie se engaña; y la verdad te dije.

—Menos lo que callabas.

—Pero no mentía.

—Que lo diga el señor Cura. ¿Verdad, D. Antonio, que yo tengo razón?

—Seguramente, hija mía: ya sabe Adolfo que hay mentiras por subrepción y por obrepción: que no solo se falta á la verdad diciendo cosas contrarias á ella, sino cuando se callan las que le son propias, y con cuya supresión se desfiguran los hechos.

Marieta batió palmas.

—Poco á poco, observó Adolfo. Admito la doctrina pero niego su aplicación al caso; porque nadie está obligado á referir todas las circunstancias, aun las más nimias; que sí á eso fuéramos, habría que contar las cosas con todos sus pelos y señales, y sería el cuento de nunca acabar; basta con decir las cosas en sustancia, como yo lo hice; mucho más cuando este punto se tocó por incidencia: y en segundo lugar no hay pecado sin intención, ni mentira sino cuando existe ánimo de faltar de un modo ú otro á la verdad.

—Vaya! habrá que absolverlo por falta de intención, contestó Marieta. Pero entonces explica á qué obedeció tu silencio sobre esos extremos.

—Puesto que me ponen en este caso y aunque se ofenda mi modestia..., dijo riendo Adolfo, lo contaré todo, porque así lo requiere mi justificación.

Cuando supe que tanto te había gustado el pañuelo me asaltó la idea de no privarte de ese gusto y proporcionártelo en seguida. Por eso y para eso fui á Estella, nada más; pero como la cosa, repito, era tan natural, no quise que le dieras una importancia que no tenía, y que creyeras que había sido fatiga para mí, lo que fué placer, que saboreaba de antemano pensando en la sorpresa que recibirías: por eso te dije sencillamente que había ido á Estella, y ocurridome comprar en un comercio el pañuelo que te traje.

—Y ahora veo que tiene mucho más mérito; porque á su valor propio se junta el sacrificio que te ha costado y la delicadeza con que se ha ofrecido...

—Me ruborizo...!

—Trazas tienes! Pero conste que te agradezco todo como

es debido; y que solo echo en falta que no seas siempre enteramente franco y sincero conmigo.

—Te prometo serlo, aunque alguna vez tenga que alabarme.

—Cualquiera diría, repuso D. Antonio, que eres capaz de quedar en mal lugar antes que ponerte en el caso de un elogio. Aunque no tienes abuela, no te hace falta.

—Y usted, D. Cristóbal, lo cree también así?

—¿Qué quieres que te diga? No me atrevo á formar juicio.

—Y ¿qué piensas tú, Marieta?

—Yo, que ya sabe el señor Cura cuánto respeto sus opiniones, que siempre me parecen mejor que las mías.

—Eso; justicia y no por mi casa. ¿Con que hace poco era yo el hipócrita y reservado, por no haber contado con todos sus pelos y señales la historia del pañuelo, y cuando te pregunto una cosa, que tan de cerca me atañe, me quedo sin saber lo que piensas de mí?

—Ya te he contestado...

—¡Buen modo de contestar! Aun no sé si tu opinión es la del señor Cura, ó si es que no quieres, por respeto, contradecirle, por más que pienses de distinto modo que él. Con que vamos á ver; ¿me tienes por vanidoso y presumido, sí ó nó?

—Qué he de tenerte! Si creo que eres más bueno que el pan; sencillo, candoroso, incapaz de conocer tus méritos...

—Eso digo yo, añadió D. Cristóbal; te tengo por la inocencia misma...

—Lo que se llama un angelito, agregó D. Antonio. Sin un repliegue, ni una concha...

—Lo que no pueden negar, replicó Adolfo, es que no hallarán más santo varón que yo, que todo lo aguanto como un bendito. A fe que el día que no me tengan me

han de echar bien en falta, aunque no sea más que por no tener con quien divertirse.

.
Mientras en Eulate las cosas llevaban la plácida marcha que queda referida, no sucedía lo propio en Zudaire.

Cuando Luis llegó, su madre se sorprendió de verle tan demudado:

—¿Qué tienes? ¿has estado enfermo?

—Nó.

—Si vienes tan pálido y ojeroso..!

—Aprensiones de usted, madre.

—No son aprensiones, que bien hermosos colores tenías cuando te fuiste, y bien llenas esas mejillas, que tan rebajadas traes ahora. ¿Has tenido algo?

—¡No le digo que nó!, repuso Luis malhumorado. Ni he tenido nada, ni estoy malo, ni Dios que lo fundó. Sino que cuando ustedes se empeñan...

Calló D.^a Mercedes, no acostumbrada á la displicencia con que su hijo recibía sus preocupaciones; pero no se convenció. ¡Si sabría ella cómo era su Luis! Aquel cerco lívido de sus ojos, nunca lo había tenido; la expresión de fatiga de su rostro, no era habitual en él; sus miradas no tenían el brillo y viveza ordinarios; había una como sombra que las empañaba; algo que claramente le decía que su hijo no volvía como se fué.

Este había entrado en sus funciones de director de las faenas, y daba órdenes y se enteraba de lo acontecido en su ausencia; pero D.^a Mercedes no le perdía de vista.

Aunque aparentaba no mirarle, no se le escapaba nada. Y ¡vaya que si allí pasaba algo! ¡Que no le dijeran á ella!

¿A qué venía, si nó, aquel hablar solo, y detenerse ensimismado, y romper de pronto á andar cuando creía que nadie lo veía? Pues ella bien lo había visto; los mis-

mos criados lo encontraban cambiado: los trataba con igual afecto, pero sin entretenerse con ellos como solía. Y hasta Pinto se quedaba contemplando á ratos á su amo como diciéndole: «ya no se acuerda usted de mí, ni de la escopeta, ni de los paseos por el monte, ni de nada.» Y si alguna vez la mano de Luis acariciaba la cabeza del noble animal, que se deshacía en halagos, pronto lo olvidaba, y Pinto seguía con la cabeza baja las pisadas de su amo, como si confirmara la idea de D.^a Mercedes: «algo le pasa al señorito.»

No desatendía Luis sus ocupaciones, y en el pueblo no reparaban que hubiera más mudanza en él que la de haber enflaquecido algo, pero sin darle importancia. El propio D. Santiago estaba tranquilo, creyendo que su palidez sería efecto del calor; pero doña Mercedes no se resignaba; y á puro de hacer notar á su marido los mil pequeños datos que ella recogía, acabó por que participase de su preocupación.

—Pero ¿qué le vamos á hacer? observaba D. Santiago. No es cosa de llamar al médico, porque no está enfermo; y tu misma dices que le incomoda que le pregunten...

—Sí, pero ¿y así nos hemos de estar?

—Y ¿qué quieres que hagamos? No me ocurre manera de hacerle hablar, cuando él quiere ocultarlo: ya te dijo que no tenía nada, que no le pasaba nada; y no he de irle yo con la misma pregunta para que me salga con la misma canción.

—Y mientras tanto, se nos irá quedando como una espina, y cuando queramos poner remedio tal vez no lo haya.

—No seas tan fatídica, mujer: no siempre está uno del mismo humor, y esas murrias lo mismo que vienen se van...

Callaba doña Mercedes, volviendo á sus observaciones; y tan constante fué su atisbo, que acabó Luis por reparar en él y huirlo en cuanto podía.

Una tarde que estaba en su cuarto había cogido un libro; doña Mercedes observó por la rendija de la puerta entreabierta que, aunque lo tenía en la mano, no leía: pasó y repasó en silencio por delante de la misma convencién dose cada vez más. Luis acabó por alargar el brazo dejando el libro abierto sobre la mesa cercana, y se recostó en el sillón con la mirada perdida en el techo.

No pudo resistir D.^a Mercedes y empujando la puerta entró en la habitación.

Luis cogió con rapidez el libro, aparentando que leía, pero no llegó á tiempo; y á la confusión de verse descubierto se juntó el disgusto de que su madre no le dejara en paz.

—¿Qué le ocurre á usted, madre?

—Nada: venía á buscar una llave...

—¿Y aquí quería usted que estuviese? Ya sabe usted que en mi cuarto no están nunca las llaves que usted usa.

—Podía haberse confundido con las que tú tienes.

—Pues no señora: lo que es aquí no está.

—La buscaremos en otro sitio. No te digo que me ayudes, porque como andas tan retraído...

—¿Por qué dice usted eso?

—¿Por qué lo he decir, sino porque te metes en tu cuarto y á lo mejor te pasas en él horas enteras? Si parece que huyes de las gentes...

—Me entretengo en leer como de costumbre; ahora mismo estaba muy distraído con este libro.

—Nadie lo diría, pues yo te he visto mirando al techo, sin acordarte del libro que tenías sobre la mesa...

—Me incomoda, contestó Luis con viveza, eso de que me espíe usted como si cometiera alguna mala acción. ¿A qué viene ese atisbar y husmearlo todo? Crea usted, madre, que da rabia que no se pueda uno creer ni un momento solo.

—¿Tanto te disgusta mi cariño?

—Bien sabe usted que no. Pero me molesta que sea usted mi sombra; que sienta siempre sus pisadas tras de mí y sus ojos clavados en donde yo estoy. Me falta la libertad que tenía, y no sé á qué atribuir este cambio, porque antes no era usted así...

—Ay! Luis. Tú sí que estás mudado; y eso es lo que me apura, y lo que me hace pensar en tí constantemente. Te veo inquieto, caviloso..., comprendo que ocultas alguna pena, y no sé cómo librarte de ella...

—¿Qué pena he de tener? Ninguna. Estoy como siempre, sino que á usted se le ha metido en la cabeza esa idea, y todo lo convierte en sustancia. Ahora mismo se ha forjado usted no sé qué quimeras sólo porque había dejado un poco el libro sobre la mesa, descansando de la lectura; y con todo pasa lo mismo.

—¡Quieralo Dios! Pero el corazón me dice otra cosa. En fin, no te molesto más; y voy á ver si doy con esa dichosa llave.

—¿Quiere usted que yo la busque?, insinuó el joven con más suave acento, queriendo borrar el efecto de sus palabras anteriores.

—No hace falta.

—Como usted quiera; y vaya usted tranquila, que nada me sucede.

Quedóse Luis meditabundo y descontento de sí propio. Quería entrañablemente á su madre y la affigía á su

pesar. Debía ser franco, y le negaba su confianza; pero ¿á qué descubrirle sus angustias, si ella no las podía remediar, y solo habían de servir para apenarla?

Y luego; eran de tal naturaleza; tan íntimas, tan personales, que revelarlas era como una profanación! Ni ¿qué iba á decir? ¿Que estaba enamorado de su prima, y quejoso de que ella quisiera á otro, cuando él no le había revelado nunca su cariño? ¿Que ya no tenía con él las familiaridades y abandonos de otros tiempos? ¿Que á veces parecía que su prima concentraba en él todo su interés, y que otras se complacía en torturar sin piedad su corazón? No: era ridículo que hablase.

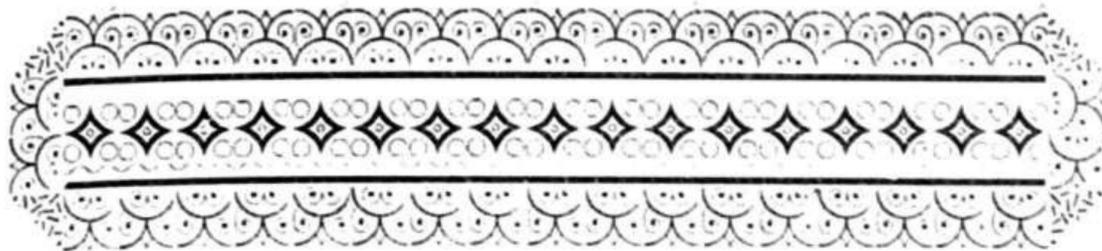
Menos aún había de referirle los galanteos de Adolfo y el encono que en su corazón se iba despertando al observar la asiduidad de los obsequios de su antiguo amigo hacia su prima. Con esto nada iba á remediarse, ni lograría más que alarmar á D.^a Mercedes, y ponerse él más al descubierto.

Debía sepultar en el fondo de su alma, lo mismo sus remotas esperanzas que sus crueles tormentos; pero tenía razón su buena madre en que estaba huraño y era lo cierto que él la apesadumbraba, él, que la quería con delirio, que la quería más que á nadie..., es decir, más que á nadie precisamente no sabría decirlo, porque en su línea ninguno se antepone al de su prima; era con otra especie de cariño, quizás más santo, con otro afecto menos inquieto, pero no menos profundo, y que en su clase tampoco cedía á ningún otro; con la diferencia en su favor de que le pesaba y maldecía á veces de su cariño á Marieta, y nunca podía dolerle el amor á su madre; y entre uno y otro, si preciso fuera, decía con exaltación, guardaría el de mi bendita madre y arrancaría de mis entrañas el que tengo á mi prima. Y se ratificaba en

esta idea, y sentía que si en su mano estuviese no vacilaría en tal resolución; pero comprendiendo al mismo tiempo que para conseguirlo tendría que hacer añicos su corazón.

Pero lo que sí puedo, continuaba pensando, es esforzarme en borrar las fundadas preocupaciones de mi madre y haré lo posible para lograrlo; ó por lo menos le demostraré á todas horas cuánto agradezco su cariño, y cuán de veras le correspondo.





XVIII

APUROS DE D. CIRILO

POR su parte D.^a Mercedes se había confirmado en que algún pesar oculto minaba el sosiego y la salud de Luis, y con su clarividencia maternal sospechaba que alguna mujer había de por medio; pero ¿cuál, si nunca había notado en su hijo inclinación más que á su prima, y ésta veía por los ojos de Luis, siendo ambos una pareja tan acorde y encantadora que se buscaban siempre, y estando juntos charlaban y reían como dos chiquillos?

En fin, ella lo descubriría; pero no había que pensar en preguntarle á su hijo. De repente le asaltó un pensamiento; ¡si el señor cura le sonsacara algo! Porque su hijo respetaba mucho al Párroco, y era incapaz de engañarle; y el señor cura quería ciegamente á su Luis...

Nada, nada: era lo mejor. Y sin detenerse más que á tomar la mantilla se encaminó á casa del Vicario, á quien enteró de todo, hasta de los más insignificantes pormenores, incluso de sus sospechas, por más que no sabía en qué fundarlas; y le rogó que tuviese una conferencia con su hijo y pusiese todo en claro.

—Pero señora ¿qué me voy yo á meter en esas escabrosidades? ¿Cómo quiere usted que le obligue á una confesión, á la que usted misma dice que no está dispuesto?

—No había de encontrar mejor confesor que usted.—Lo que usted no consiga no lo consigue nadie.

—Pero venga usted acá, mi buena D.^a Mercedes. Si usted propia dice que no le ha podido arrancar una palabra ¿quiere usted que se vaya á expontanear conmigo?

—Y ¿qué se pierde con probar? Si le aprieta, yo creo que á usted se lo cuenta todo...

—Y ¿le parece bien que me entrometa en cuestiones de faldas, ni que él me venga con relaciones de amoríos? Además ¿qué entiendo de eso?—Usted podrá descubrirlo mejor; yo, lo reconozco, de nada sirvo.

—¿Quiere decir que se niega á prestarme este singular favor, que vengo encarecidamente á suplicarle? No lo esperaba, D. Cirilo. Veo que me he equivocado... y me retiro. Dispense á una madre desolada que le haya venido á molestar con sus cuitas; ya comprendo que he estado importuna.

—De sobra sabe, D.^a Mercedes, que usted no lo es nunca; y menos con este pobre viejo, que debe á usted y á los suyos tantas atenciones.

—De todos modos, con su permiso me vuelvo á casa.

—Y ¿sería usted capaz de ejecutarlo?

—Nada tengo que hacer aquí, desde el momento que usted me desahucia, dijo levantándose D.^a Mercedes.

D. Cirilo se había levantado á su vez exclamando:

—No señora, nó: usted no puede irse de este modo. Ea, se acabó: hablaré con Luis; haré todo lo posible por averiguar lo que le pase, y Dios nos ayudará. No puede ser más inútil el instrumento de que va á valerse, pero lo pondremos en sus santas manos, y Él nos abrirá camino.

D.^a Mercedes le estrechó con efusión las manos dándole las gracias por su condescendencia.

—Quite de ahí, le replicó D. Cirilo. Nada me debe usted: no faltaba más sino que una persona de sus circunstancias, y un mozo como nuestro Luis, padecieran por mi culpa. Haré todo lo que pueda, sí señora: descubriremos lo que haya en el asunto, se pondrá el remedio conveniente, y todos contentos. Ya lo verá usted.

El calor con que el Párroco pronunció estas palabras á impulso de su corazón generoso, se fué apagando rápidamente luego que se marchó D.^a Mercedes; y sentado en su sillón de baqueta recapacitaba sobre lo sucedido, hasta que dándose un golpe en la frente, prorrumpió en un:

—Buena la hemos hecho, buena, buena...!, que resumía sus pensamientos. No puede ser uno condescendiente... caramba! ¡abusan de su bondad, y lo comprometen..., lo jeringan, sí señor; caramba si me jeringan!

Y que no es mal nene el Señorito: vaya usted á sacarle lo que le pasa: ni á tres tirones lo suelta: cuando él se lo reserva, por algo será, que no es mozo caprichoso y voluble que obre sin fundamento, y haga ahora una cosa y después otra.

Por vida de D.^a Mercedes! Aquí la quisiera coger para decirle: ahora, diga usted cómo me las compongo para arrancarle lo que tenga dentro. Pero que si quieres: ella bien se ha dado maña para comprometerme; y después, ahí te quedas, y manéjate como puedas. Es fuerte cosa que siempre me ha de tocar roer el hueso..., caramba.

Ya es el hijo el que me envía á su madre con una embajada como la de marras, que se la regalo al más pintado; ya es la madre la que me viene con una comisión de esta naturaleza; y yo he de ser la pelota que vaya de unos á

otros, siendo ellos los que juegan y yo el que he de andar por los aires sufriendo todos los golpes.

Pues no, señor: yo no soy un correvédile á quien manejen á su antojo: yo no me meto en averiguar vidas ajenas, y curiosear donde no me llaman: no me expongo á que sospechen de mis intenciones y se imaginen que trato de husmear lo que no me va ni me viene; lo que no es propio de mi carácter sacerdotal, ni de mis años, ni de mi gusto. Pues bonito genio tengo para eso! Digo que nó, y que nó, y que nó...!, repetía acompañando cada negativa de un solemne puñetazo en el brazo del sillón; y si á D.^a Mercedes le pica saber los enredos ó belenes de su hijo, que los indague ella, caramba!; que los indague ella; pero lo que es conmigo que no cuente...

El caso es..., seguía al cabo de un rato, que le he dado palabra formal; y, ¡cómo me vuelvo atrás!

¡Bruto de mí, que le he asegurado que lo pondría todo en claro, y que todo se remediaría...!; pero tambien le dije que no contase conmigo; que esos no eran asuntos para un cura, y que ella se los manejara como quisiera...; sino que eso fué al principio; y después ¡caramba! después lo eché todo á perder con mi blandura; pero, ya se vé, lo comprometen á uno de un modo que no hay manera de soltarse.

Si me hubiera sostenido en mis trece, ahora estaría libre de caidados. Lo que es otra vez, caramba! á este rato me pilla usted, mi señora D.^a Mercedes. No le ha de valer su cara compungida, ni su lastimero acento, ni que haga ademán de irse, ni que use de todas esas tretas y enredos que parece que el demonio enseña á las mujeres. Y qué bien los aprenden las condenadas! ¡Cómo se cuelan por el menor resquicio! Pero á este rato que otra vez me engatuse; no señora, no me ablandaré; y no se cause

usted en porfiar, porque digo que nó, que nó y que nó; (todo acompañado de sendos puñetazos).

Bien mirado... continuaba después, no cabe decir que haya estado porfiada y machacona; al contrario. Se ha conformado luego, y ya me dejaba en paz: el débil he sido yo. Vamos, que no tengo perdón, caramba! Me he metido de cabeza en este berengenal y estoy cogido hasta las cachas por majadero, sí señor, por majadero; pues púrgalo, hijo, y desenrédate como puedas. Parece mentira que con mis años y experiencia no tenga más seso que un mosquito; aunque tampoco; no está el mal aquí, (llevándose la mano á la frente), sino aquí, (señalando al corazón). Éste, éste es el que tiene la culpa; el débil, el cobarde, el bobalicón...

Y ¡cómo me lo conocen! Así hacen de mí lo que quieren; pero lo que es en adelante, ya están frescos si creen que me han de llevar á su antojo. La cabeza manda, y el corazón, chitón y á obedecer: y si intenta rebelarse haciendo alguna de las suyas, se le pone una mordaza y se le encierra bajo doble vuelta de llave..... y que le entren moscas.

No me vería en estos apuros, caramba!;.. por más que, bien considerado todo, no sé que sería peor. Porque, vamos á cuentas: supongamos que dejo marcharse á doña Mercedes, resentida y llorosa...; lo menos que diría de mí era que no tenía piedad, ni entrañas, ni misericordia, cuando me negaba á un favor que á ella le parece tan sencillo;... y luego ¿con qué cara me presentaba en su casa, y qué dirían en el pueblo, si veían interrumpidas nuestras antiguas relaciones, y se corría el motivo, exagerándolo quizás? Casi seguro que D.^a Mercedes se lo diría á su marido, y de unos en otros iría abultándose, recayendo la odiosidad sobre mí, obligado á dar buen ejemplo; y quién sabe si tomarían pié de ello para hablar mal de la

clase...!; á todo trance era preciso evitar ese escándalo.

De otro lado está Luis, que vale más que pesa, y á quien tampoco puedo abandonar...; en fin, que le ponen á uno entre la espada y la pared. Mal si se mueve, mal si se está quieto; imprudente y escabroso meterse en honduras de amoríos; despiadado y falto de caridad negarse; y ahora, arregle usted ese chiquillo. Pero Señor, ¿qué pecados he cometido, caramba, para que los conflictos caigan sobre mí y que siempre me toque pagar los vidrios rotos?

Y ¿á quién acudo para salir airoso de este atolladero? ¿Cómo me las voy á manejar? Porque no hay remedio; tengo que hablar con Luis; y el caso es que no me ocurre por dónde hincarle el diente, y cómo cumplo mi palabra, sin violencia para Luis, sin menoscabo de mi dignidad de Sacerdote y dejando complacida á su madre.

En fin, allá veremos; lo pondremos en manos de Dios, y Él que vé mis buenas intenciones, me sacará adelante. Es lo mejor: con poner yo lo que esté de mi parte, he concluido; lo demás es cuenta suya; y puesto que dispone las cosas de este modo, á Él le toca desenredarlas de la manera que más convenga; que yo en mi casa me estaba sin buscar estos belenes, y ya que Él los permite, á Él corresponde la parte principal; porque esto es de toda justicia, caramba!, vaya si lo es!

Quedóse más tranquilo con estas reflexiones, y decidió salir cuanto antes de su compromiso; pero unas veces porque no le parecía la ocasión propicia, otras porque había gente delante, pasaron dos días sin hablar á Luis; y eso que las dos noches se había acostado diciéndose...: de mañana no pasa.

Al tercer día encontró á D.^a Mercedes y trataron del asunto, poniéndole ésta en los pormenores de lo que había observado é imaginaba.

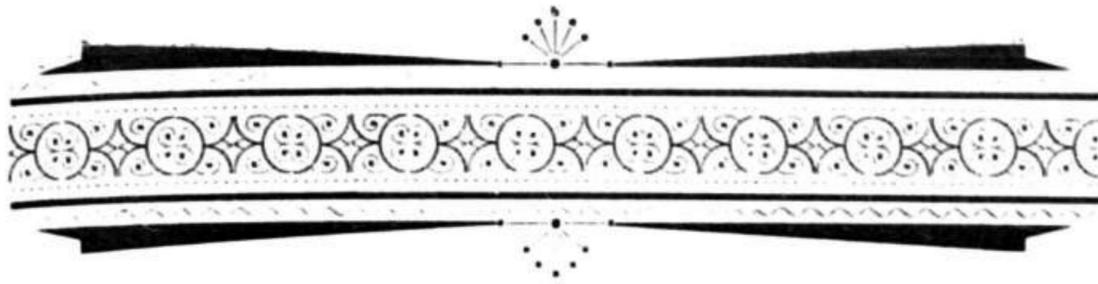
—Lo mejor será, le indicó el Párroco, que me envíe usted á Luis con cualquier pretexto. En casa no nos incomodarán y á nuestras solas podré sacar más partido.

D.^a Mercedes, que ardía de impaciencia, se lo prometió; y poco después encargaba á su hijo que pidiese á D. Cirilo un libro piadoso que deseaba leer.

—Vale más que vayas tu, porque las muchachas, en vez del P. Nieremberg, dirán cualquier otro nombre, y sólo serviría para confusiones.

—Voy en seguida.





XIX

DESPEJÓSE LA INCÓGNITA

LUIS no tardó, en efecto, en dirigirse á casa del Párroco.

—En su cuarto está, le contestó la sirviente desde lo alto de la escalera. No necesita usted que le acompañe, porque ya sabe las andadas y tiene franqueza...

—No hace falta que baje usted.—Voy á buscarle.

—*In tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi,* decía á este tiempo D. Cirilo, que había conocido la voz de Luis.

—¿Se puede entrar?, preguntó este, golpeando en la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Levantó el picaporte y entró en la habitación, saludando con un: «Alabado sea Dios;» seguido de un: «Por siempre sea alabado,» con que contestó el Párroco, añadiendo éste:

—Ya saben mis feligreses que siempre tienen abiertas las puertas de esta casa, y mucho más siendo persona tan querida como tu. Pero siéntate, y hazme un ratito de

compañía, que casi no nos hemos visto en la temporada última. Bien es verdad que como has estado fuera. .!; y te echaba en falta, porque los viejos necesitamos de la alegría de la juventud, que nos hace olvidar nuestras miserias. ¡Cuidado si eres caro de visitas!

—Tiene usted razón; pero no es por falta de voluntad. Después del tiempo que he pasado en Eulate había muchas cosas atrasadas, y quería dejarlas al corriente antes de ir á Estella.

—¿Estamos de viaje, eh?

—Quedé con el tío Cristóbal y mi prima en que iríamos á las fiestas.

—¡Hola! ¡Hola! Con que á fiestas? Vaya que guardadito lo tenías! Pues en castigo me vas á enterar de todo.

—Poco tengo que contarle: el tío había prometido á una familia de Estella llevar á las fiestas á Marieta, y quiso que yo la acompañara también, porque á él le cansarían las diversiones....

—Y tu aceptarías de muy buena gana: es natural, yendo á pasar unos días de entretenimiento y en tan buena compañía. Pero algo más habrá...

—Absolutamente nada; digo, si es que usted no sabe alguna otra cosa; yo al menos no estoy enterado de más.

—No, hijo; nada sé, ni tenía siquiera noticia de tal viaje; pero como algo he oído de boda, la verdad, me ha ocurrido que el viaje pudiera servir también para que os hicierais las galas.....

Encendiéronse las mejillas de Luis, que bajó los ojos queriendo ocultar su turbación; y comprendiendo el Párroco que había puesto el dedo en la llaga, trató de sacar el partido posible:

—Perdona si he sido indiscreto; pero nada de particu-

lar tiene que os queráis y trateis de casaros como Dios manda...

—Pero si no hay tales carneros..., contestó Luis que, aunque conmovido interiormente, había procurado serenarse.

—¡ Hombre! no digo que la cosa esté para hacerse mañana; pero bien puede ser para plazo no largo.

—Ni para mañana, ni para después, ni para nunca..., repuso Luis con un acento indefinible.

—¿Tan repulsiva te es tu prima? Pues nadie lo hubiera creído, porque siempre estabais como dos tortolillos.

—No es eso: quiero decir que ni de cerca ni de lejos hay nada de casamiento, ni cosa que lo valga.

—Aunque así sea; de eso á decir que *nunca*, recalcó el Párroco, hay mucha distancia; y no he de negarte que me sorprende oírte hablar así. Conozco bien á María del Puy, que bien merece la fama que disfruta por su angelical corazón y las virtudes que la adornan; y con ser esto lo fundamental no le faltan otros accesorios; antes los reúne todos; discreción, talento, posición, hermosura, que realzan su sencillez y modestia: en fin, que estoy seguro que ha de hacer la felicidad de su marido. Y como yo, piensan todos; así es que me choca en alto grado que tú, que tan bien debías conocerla, seas el único que no comprendas su valía, y hasta parezcas tenerle tal aversión que no admitas ni la posibilidad de casarte un día con ella...

—Nada le quito á mi prima: he sido siempre el primero en proclamar su mérito...

—Pues si ella ejerce sobre tí el mismo atractivo que sobre todos, no me explico lo de que nunca te casarás con ella.....

Hubo una pausa, durante la que el párroco siguió con la mirada la creciente turbación del joven.

—No quiero que me reveles nada, si no me juzgas merecedor de tu confianza.

El joven hizo con la cabeza un ademán negativo.

—No es una pueril curiosidad la que me hace interesarme; es mi propio cariño, el cariño que te tengo á tí, sobre quien he derramado el agua en la pila bautismal; es el afecto que guardo á Marieta; es el aprecio y consideración que me merecen las familias de ambos. Conste así; y conste también que no pretendo descubrir lo que se me quiera ocultar, ni obtener confianzas de que se me repite indigno.....

—Usted no es nunca indigno de ellas, interrumpió Luis.

—Bueno; y conste, en fin, que yo no me he inventado lo de la boda. Así lo he oido como lo habrás oido tú; y la encontré tan verosímil que no no creí que pudiera molestarte hablándote de ella.

—Le repito, D. Cirilo, que no puede molestarme; estoy agradecidísimo al interés que siempre ha demostrado por mí y que me demuestra ahora mismo. En prueba de ello le diré que yo también he oido hablar del matrimonio de mi prima, y de si se espera para pronto: pero lo que puedo asegurarle es que esa boda no es conmigo.

—Caramba! Esa sí que es buena! ¿Pues con quién se ha de casar si no contigo? ¿Quién puede aspirar á ella en el valle si no eres tú? ¿Dónde hay dos familias más amigas que las vuestras, ni dos jóvenes más unidos que vosotros, que puede decirse que habeis hecho una vida común? Tú dirás lo que quieras; pero á mí no me entra lo que cuentas. Nó: de ninguna manera; lo natural y debido era que el matrimonio viniera á sellar vuestros destinos, cuando parecíais formados el uno para el otro...

No pudo resistir más tiempo Luis, que saltó con vehemencia.

—¿Verdad que sí? ¿No es verdad que yo tenía derecho á su corazón, á su vida entera, á cambio de la mía que le había consagrado? ¿No es cierto que es inicuo, que es infame y horrible despedazar mi alma y dejarme solo y abandonado en medio del vacío de mi existencia, para rendir á otro su corazón? ¿No es cierto que tenía derecho, perfecto derecho, á que no rompiese despiadadamente los lazos que nos ligaban desde que nacimos? ¿Qué importa que nuestros labios no se hubieran jurado una fe que arrancaba de lo más íntimo de nuestro ser, y de que daban testimonio todos los actos de nuestra vida y hasta el último latido de nuestros corazones?

Usted lo ha dicho, D. Cirilo: Dios nos había formado uno para otro; y ella, ¡es horrible!, ella me sacrifica sin compasión, y se complace y ríe con mis acerbos tormentos.....

—Cálmate, Luis; y deposita en el pecho de este viejo amigo tus penas, en que la imaginación debe tener gran parte. Es imposible que Marieta obre como dices: no cabe en su corazón proceder con esa crueldad.

—Usted mismo juzgará; porque voy á referirle cuanto he sufrido desde el aciago día en que fuí á Eulate...

—Te escucho, le contestó bondadosamente D. Cirilo.

Luis le hizo minuciosa relación; y á medida que su memoria evocaba los detalles de los días pasados en Eulate, su rostro reflejaba las impresiones de dolor, de estupefacción, de celos, de rabia, de desaliento por fin, deteniéndose en pintar la ingratitude de su prima.

Y ahora que todo lo sabe usted, concluyó, comprenderá si tengo motivos sobrados para dolerme de mi infortunio: que no hay tormento más desgarrador que llevar la muerte en el alma y fingir una tranquilidad imposible.

—La cosa no es para tanto, repuso D. Cirilo; y casi

me atrevo á decirte que todo es obra de una mala inteligencia. Apostaría cualquier cosa á que es producto de tu fantasía y precipitación.

—Pero ¿usted no se hecho cargo del mortificante desvío con que me trataba; de sus bromas y risas con Adolfo, de su desdén, ¿qué digo desdén?, de su crueldad para conmigo?

—Si así fuera, no te hubiera recibido con tanta satisfacción: tu mismo dices que, cuando llegaste, estuvo gozosa de que fueres á su casa; señal de que no estorbabas; y si no estorbabas, es indudable que no hay lo que suponías...

—¿A qué vienen, pues, los expresivos obsequios de Adolfo á mi prima; á qué vienen su serenata y cantares, y sus entretenidos coloquios, reveladores de la inteligencia que entre ellos reina?

—Es que todo lo conviertes en sustancia. Nada tiene de particular, en el carácter de Adolfo, que obsequie á tu prima, y la requiebre como hace con todas; ni es cosa nueva que vaya á la casa y converse con ella. No había de darle María del Puy con la puerta en las narices...

—Desengañese usted, D. Cirilo. Todo el pueblo lo sabe, todo el pueblo lo dice. Usted mismo me hablaba hace un momento de la boda de mi prima; de modo que aquí, como en todas partes, se comprende que el casamiento está muy próximo, y ciertamente que no es conmigo.

—Pero ¿estás cierto de que Adolfo se ha declarado á tu prima? ¿de que esta le corresponde? ¿de que D. Cristóbal aprueba las relaciones? Porque sinó, todo es hablar sin fundamento; y mucho me sorprenderá que las cosas vayan por ese camino.

—Ay! si no lo fuesen! Daría un ojo de la cara porque sucediera así..., pero nó. Tenga usted por indudable que

Adolfo declaró su amor á Marieta; y, aparte de otras veces en que haya podido hacerlo, es evidente que su serenata y cantares fueron una expresiva declaración, que Marieta aceptó en el hecho de haber continuado cada vez más cariñosa con Adolfo, á quien bien se le conocía la satisfacción que le rebosaba; y en cuanto al tío Cristóbal ningún obstáculo les ponía, ni ha contrariado nunca la voluntad de su hija. Además de que lo confirman mil detalles, mil pequeñas cosas, de insignificante valor consideradas aisladamente, pero convincentes y abrumadoras en su conjunto.

—Válgame Dios, y cómo el amor trastorna el seso de los más juiciosos! Porque, en resumidas cuentas, hasta ahora nada se descubre de positivo en tus cavilaciones. Pase que Adolfo se haya enamorado de tu prima, porque ésta bien puede despertar el cariño de cuantos la conocen; doy por supuesto que esté apasionadamente perdido por ella; concedamos que los tales cantares fueran una embalzada declaración de amor; pero ¿tu sabes si los oyó Marieta?; y, aún oídos, ¿de dónde sacas que los tomó como tal declaración?; y sobre todo ¿de qué te consta que ella ha aceptado y correspondido á tal homenaje; que ha admitido el cariño de Adolfo y concedídole el suyo, con el beneplácito de su padre? Pues mientras esto no tengamos todo lo demás son forzadas conjeturas, ilusiones, preocupaciones, nada en suma. Dices que hay mil detalles que vienen en apoyo de tu opinión; pues yo te digo que hay muchas cosas que la contradicen, y por las que me atrevo á asegurarte que no está comprometida. Lo prueba el disgusto de Adolfo por verte en Eulate, lo cual poco le importaría si hubiera estado cierto del cariño de Marieta; que no es mujer que una vez que haya dado su palabra sea capaz de faltar á ella...

—En eso tiene usted razón, interrumpió Luis.

—En eso y en todo. Lo prueba, como te decía antes, la franca y cordial satisfacción con que te recibió tu prima, y que acredita que ni le eres indiferente, ni tu estancia allí era estorbo sino alegría para ella: tú mismo reconoces que acogió la cruz que le diste con más contento que ningún otro regalo; y á buen seguro que, de haber estado en relaciones con Adolfo, no habría ido á recompensar tu dádiva con la prenda para ella más querida, y que, por ser procedente de su madre, llevaba siempre al pecho; y su turbación, su sobresalto cuando creyó que hubieras sido víctima del desenfrenado escape de tu caballo, su gozo cuando te vió á salvo, su vivo interés por tí, con tan inequívocas palabras demostrado, convencen al más lerdo de que esos desvíos, desdenes y casi odio que en ella creías hallar, no están mas que en tu imaginación. ¿Qué no pensaras si hubieses visto que Adolfo obtenía tal afecto y distinciones de parte de tu prima? ¿Qué no habrías supuesto? Pues, caramba, aplícate el cuento. Y vamos..., que aquí todos nos conocemos, y sabemos de que pie cojea cada uno; y sin quitarle á Adolfo lo que de bueno tiene, ni desconocer tus defectillos (entre los que asoma la cabeza y ha crecido extraordinariamente el de caviloso), estoy seguro de que entre tú y él la balanza se había de inclinar conocidamente por tí; y te lo digo porque entre tus faltas no se encuentra la de soberbio ó presumido; además de que conozco á Marieta, me sé de memoria á D. Cristóbal, y te digo, caramba, que las cosas no van por ese camino; ni había para que fuesen, caramba...

—De modo que usted me cree visionario...

—En mucha parte, sí. Admito que Adolfo esté todo lo enamorado que quieras de tu prima, y que su conducta y las palabras que se haya dejado decir hayan dado lugar

á sospechar en el pueblo que esté en relaciones con ella; pero niego que Marieta y su padre entren en el ajo, ni que tu te veas aborrecido, ni mucho menos.

—Dios le oiga!, pero no puedo desechar mi angustia y temores. ¿Qué me aconseja usted, D. Cirilo? ¿Qué cree que debo hacer?

—Pues cumplir con la santa doctrina. No creer en agüeros y supersticiones; no levantar falsos testimonios á nadie; honrar padre y madre, procurando darles gusto y no pesadumbres; estando con todos, y con ellos más, servicial, afable, activo, cariñoso; desechar necios escrúpulos y falsos temores; volver por completo á tu antiguo modo de ser; obrar noblemente siempre, sin ocultar tus sentimientos; y ponerlo todo en manos de Dios, que en mejores no las podrías poner...

—Y ¿cree usted que María no me rechazará?

—Y ¿porqué había de rechazarte? Yo no he de obrar con la ligereza que tu, metiéndome á predecir lo porvenir; pero, en lo que la pobre razón humana puede conjeturar, todo hace suponer que, de casarse María, sea contigo; y lo que me atrevo á asegurarte es que la ofendes suponiéndola que se complace en tu mal; y que todo eso de que ha entregado su cariño á Adolfo, y que ella se goza en humillarte, y en martirizarte, etc., son todo ilusiones, niñerías, bobadas.

Luis tomó con viveza una de las manos del Sr. Cura y se la besó con efusión, al propio tiempo que le decía:

—Bendito sea usted, D. Cirilo, por el bien que me hace con sus palabras. No disipan por completo mis temores, porque lo que he visto ó he creído ver, se ha metido tan adentro de mí, que no puede salir con facilidad; pero comprendo que he ido muy lejos en mis juicios; que la cosa no está perdida del todo; que aún puede tener reme-

dio, y esto me da la vida. Sí; seguiré sus consejos, sanos como siempre; y le prometo, ya que no recobrar toda mi calma, que eso es imposible, hacer cuanto pueda para ello, y procurar portarme como usted desea. No es poca la que usted me ha dado: vine muerto, y me voy con vida. Que Dios se lo pague...

—Anda con Él, hijo mío, y no olvides que no hemos de entregarnos ciegamente al amor de las criaturas, por estimables que sean; que *in ipsum et per ipsum* debemos amarlas, si no hemos de caer en una idolatría irracional; que en todo debemos guardar el orden debido, sin olvidarnos de Dios, que ha de ocupar el primer puesto; porque quien á Dios olvida, se atrae su olvido; y quien á Dios acude, á Dios encuentra...

—Sí, padre, sí: confieso que, sumergido como estaba mi corazón en un océano de amargura, no lo he elevado á Él como debía; pero le rogaré con fervor, y no dudo que usted también pedirá por mí.

—Te lo prometo. Conque á lo dicho.

Levantóse Luis y se despidió del Párroco; pero cuando ya había llegado á la puerta, se volvió diciendo:

—Ay, qué cabeza tengo..! ¿Pues no me iba sin hacer el encargo que había traído? Me ha dicho mi madre que hiciera usted el favor de dejarle el libro del P. Nieremberg.

Sin pronunciar palabra, tomólo D. Cirilo de un armario, y lo entregó á Luis diciéndole:

—Dí á D.^{na} Mercedes que lo tenga cuanto quiera; que no lo necesito. Y no estará de más que á ratos lo leas también tu, para que comprendas cuáles son las *verdaderas tribulaciones* y el modo de vencerlas.

Marchóse el joven, y una vez solo D. Cirilo lanzó un suspiro de satisfacción:

—Caramba! se decía; no esperaba haber logrado tanto

y tan bueno. Y que no se va á ver contenta D.^a Mercedes cuando le cuente la conferencia! La verdad es que la cosa ha salido á pedir de boca. Y el muchacho parecía otro cuando se ha ido: iba más derecho, más firme, con más luz en los ojos, con más calma en su corazón. Si lo he dejado como nuevo, caramba, como nuevo...

Deteniéndose de pronto á impulso de un súbito pensamiento, añadió:

—No faltaba más si no que á Marieta le hubiera dado por encapricharse del trasto del mediquillo, que podrá no tener mucho juicio, pero lo que es labia para fascinarlas no le falta. Y... fíese usted de las mujeres; en estas cosas la mejor le da un chasco al más pintado. Pues si se ha enamorado de Adolfo, buena la hemos hecho, caramba, buena, pero buena! Y vaya usted á saberlo! Si estará en lo cierto Luis! La verdad es que yo no sé una palabra de lo que sucede, y él, que ha visto las cosas de cerca y que es observador y discreto, estaba convencido de lo que afirmaba...

Pero yo ¿qué necesidad tenía de asegurarle que no había tales carneros y salir garante de su prima? Vamos, que soy un chiquillo, caramba, y sin sentirlo ni quererlo, me estoy metiendo cada vez en más honduras.

Lo de siempre: éste, éste (descargando recias manotadas sobre su corazón) es el que tiene la culpa. Se necesitaría ser de estuco para no conmoverse viendo la aflicción de ese muchacho, que se iba quedando en los huesos. ¿Qué iba á hacer yo? ¿Dejarle que se consumiera de pena, y que arrastrara en pos de sí á sus buenos padres, que se miran en él?—Porque no hay que darle vueltas: de seguir así, él era muy capaz de morirse, y tras él se va su madre, y el padre no resiste, y yo, que me creería en buena

parte responsable, tampoco aguanto, y el pueblo se bambolea, y el mundo se viene abajo, caramba..!

Cierto que llevado de mi cariño y conmiseración á Luis he ido más lejos de lo que debía, y el remedio puede ser peor que la enfermedad; porque si luego resulta que las esperanzas que le he hecho concebir son infundadas, y que la chica se ha chiflado por el otro, y se nos casan... ¡válgame Dios la que aquí se arma! Pero, Señor, ¿qué precisión había de meterme á mí en estos belenes, caramba? ¿Por qué no me han de dejar en paz con mis obligaciones, que no son flojas ni pequeñas, para que me echen encima estas que no son de mi cargo? Ni San Alfonso de Ligorio, ni Santo Tomás, ni el P. Suarez, ni Almeyda se ocupan de estos líos; pero váyale usted á D.^a Mercedes con tales excusas. Me dirá que ella me había encargado que procurase sondear á su hijo, y nó que lo engañase, para hacerle más horrible el despertar...

—Pues nó señora: poco á poco con eso de engañarle: yo no le he dicho más que lo que sentía, y llevado de la mejor intención. Ni soy yo el que ha enamorado á Marieta, sino el demonio que todo lo enreda; ni tengo la culpa de que Luis esté ciego por ella, ni dispongo del corazón de su prima, ni tengo arte ni parte en lo que sucede. Caramba! Pues no faltaba más sino que hubiera de cargar con las consecuencias de lo que otros hacen..!

Yo me he limitado á exponerle mi criterio, mi opinión. Creía firmemente que Marieta no habría rendido su albedrío á Adolfo, y como lo pensaba lo dije. En ello no hay falta. Ahora, si el enemigo malo ha armado esta trampa y la tonta de la chicuela se ha dejado engatusar por el estudiante, á mí ¿qué responsabilidad me alcanza?—Aunque haya asegurado lo contrario, ni soy infalible, caramba, ni cabía tomar mis palabras más que á beneficio de

inventario. Eso se cae de su peso. Si Luis las toma como artículo de fe, allá se las haya, que ni yo definía *ex Cathedra*, ni me creo asistido del Espíritu Santo...

Detúvose el Cura, y al cabo de breve rato de meditación, sacudió la cabeza como quien desecha malos pensamientos, y se dijo:

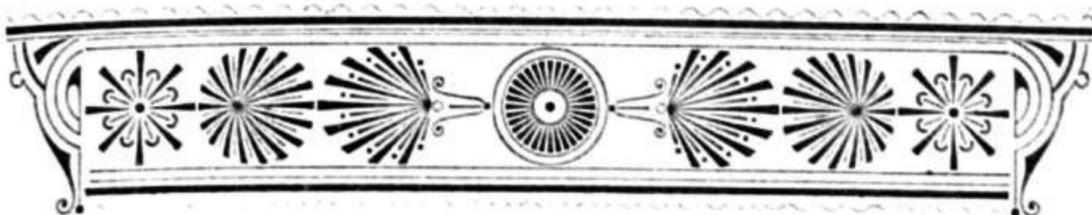
—Bien dicen que un loco hace ciento. ¿Pues no me había dado también á cavilar si Marieta desprezará el amor de su primo por el de ese mocoso de Adolfo, que no vale ni para descalzarle el zapato á Luis? ¡Vaya unas aprensiones sin fundamento! Marieta ha tenido siempre inclinación á su primo; no digo que esté enamorado de él, pero lo que es que tenga relaciones con Adolfo, sin noticia ni permiso de su padre, eso sí que imposible; y en cuanto á D. Cristóbal, seguro estoy de que no las hubiera aprobado. Muchos días habían de pasar, y muchas pruebas de cordura había de dar Adolfo, para que D. Cristóbal se decidiera á confiar el porvenir y la felicidad de su hija al loco del mediquillo. No hay quien ignore en el país lo atolondrado y ligero de cascos que viene siendo Adolfo: la poca confianza que pueden inspirar sus galanteos, pues no sé cuantas son las novias que ha tenido en los años que lleva de carrera; y harto reflexivo es D. Cristóbal para descansar tranquilo en los afectos del médico, que es más mudable que las veletas... Con que así, nada de cavilidades; dejemos correr las cosas, que ellas naturalmente han de suceder como es lógico. Mañana mismo visitaré á D.^{na} Mercedes, y me parece, caramba!, que podrá quedar satisfecha del celo y tacto con que me he conducido en la delicada misión diplomática que se sirvió confiarme.

En efecto; al día siguiente pasó D. Cirilo á casa de doña Mercedes, relatándole punto por punto la conversación.

La buena señora no sabía cómo darle las gracias, pues ya había advertido la mudanza sobrevenida en Luis.

No estaba todavía radicalmente curado de sus ensimismamientos y tristezas, pero sí en vías de curación; y como el mal era conocido, el remedio seguro, y la medicina fácil de alcanzar en opinión de D.^a Mercedes, la victoria no era dudosa...





XX

ESPERANDO AL COCHE

DOS días más tarde recibía Luis el siguiente billete: «Querido Luis: Papá me dá el encargo, que gustosa desempeño, de decirte que se alegraría salir para Estella el miércoles próximo á las seis de la mañana, y que á ese fin convendrá que el coche esté en Eulate desde la tarde anterior. Cuando pasemos por ahí montarás, si es que no prefieres acompañarnos desde este pueblo. Acuérdate que Adolfo ha de venir con nosotros.

Nada te digo para mis queridos tíos, porque pronto espero abrazarlos, y por la misma razón omito contaros nada de nosotros, que continuamos sin novedad, y os saludamos con el mayor cariño. Tu prima: María.»

Inmediatamente escribió Luis otra esquila encargando á Estella el coche mejor que se hallase; y mandó á un criado con la carta, dándole orden de que no volviera sin la respuesta.

A la tarde regresó el criado con la contestación: no había disponible coche cerrado, pero le daban seguridades

de que el martes estaría en Eulate una americana muy cómoda, cuya capota les resguardaría del sol y de la lluvia.

Sin perder tiempo lo comunicó á su prima; y al enterarse D. Cristóbal, dijo á ésta:

—Luis no tiene precio; es la actividad en persona. Capaz habrá sido de montar á caballo é irse á Estella para servirnos. La verdad es que ni por el aire se hacen antes las cosas: esta mañana le has enviado la carta, y ya tenemos contestación de estar todo arreglado. Prepárate, pues, y á las seis en punto del miércoles, en marcha. Yo se lo participaré á Adolfo, pues no veo manera decorosa de librarnos del compromiso que contrajimos con él.

Luis entre tanto consideraba los términos del billete de su prima, y aunque nada tenía de particular, creía descubrir en él muestras de la disposición de Marieta.

—Otras veces era más extensa, pensaba. Me refería las cosas de que se ocupaba, las novedades que ocurrían, las flores que se habían abierto, las nuevas parejas que tenía el palomar; ó bien me daba broma por mi torpeza en no apoderarme del zorro que había perseguido en vano, ó por la barba que me había dejado crecer. Nunca le faltaba materia, porque proseguía por escrito nuestras familiaridades, confianzas y llanezas: mientras que ahora me ha enviado cuatro líneas, que no digo que sean secas, pero en las que falta aquella naturalidad, aquel dulce abandono de otros tiempos.

Cierto que tiene por excusa, y ya lo dice, el que muy pronto vamos á vernos; pero no es lo mismo; nó.

«Acuérdate de que Adolfo ha de venir con nosotros.» Para esto sí que ha tenido tiempo. Es lo mismo que si me dijera: sobre todo que no le falte asiento: mi ilusión es que nos acompañe, y si nos envías coche en que él no

quepa, adiós mi satisfacción. Acuérdate de que ha de venir.

¡Que me acuerde! Ójala que no me acordara tanto! De día y noche me asedia su aborrecida imagen, que parece interponerse entre ella y yo; que me roba su cariño, y se lleva sus pensamientos.

Está tranquila, que no le faltará sitio en el coche, como lo tiene preferente en tu corazón: te recrearás en contemplarlo, en que vuestros alientos se confundan, en que se crucen vuestras miradas, y me quede el amargo papel de contemplar cómo os embriagais en vuestra dicha...

Pero que ande con cuidado Adolfo, porque, si quiere abusar de su posición, dispuesto estoy, vive Dios! á desahogar en él mi saña.

Dice la carta que desempeñaba gustosa la comisión que le daba su padre: pero gustosa ¿por quién? Por el placer de escribirme? Por el de advertir que no careciese de plaza Adolfo?

Dirá que también cuenta conmigo, y que indirectamente hasta me invita á que vaya á Eulate, para hacer juntos todo el viaje. En otro tiempo lo habría hecho así; pero ahora, ¡han cambiado tanto las cosas, Dios mío!

Y sin embargo, tiene razón D. Cirilo. Su padre nunca se mostró muy favorable á Adolfo, al que ha censurado con frecuencia, y Marieta es incapaz de disgustar á su padre: pero aunque no sostenga relaciones oficiales con él ¿qué quita esto para que en silencio le consagre su corazón, y me olvide á mí, que por ella daría mil vidas que tuviese?

Hay que aguardar; observar con disimulo; no perder ni un gesto, ni una palabra, ni una mirada, y saber por fin cuál ha de ser mi destino.

Pero no iré á Eulate; los esperaré en el camino; donde ellos menos lo imaginen.

Y como lo pensó, lo hizo. A las 6 de la mañana dispuso que un criado tomase su maleta, y salió por el camino alto de Zudaire al encuentro de la carretera: allí dijo al criado que aguardase, y él siguió carretera arriba é internándose un poco en el robledal se sentó detrás de un árbol, en sitio desde donde divisaba largo trecho de la vía, pero en que se hallaba oculto por el helecho y ramaje.

La mañana era hermosa: una frescura intensa se elevaba del monte, en que miriadas de insectos se arrastraban por el suelo, voltejaban las mariposas, y el zumbido de las abejas se mezclaba al alegre pír de los pájaros, y al son de las esquilas de las vacas y caballos que en plena libertad se extendían por parte de la ladera.

El cielo, cubierto á trechos de blancas nubes, lanzaba por entre los claros sus rayos que iluminaban por turno los pueblos del valle: tan pronto caían sobre Ecala, bañándola en luz, como quedaba en sombra, y refulgían Baríndano, ó Artaza, ó los cuadrados lienzos y redondos tambores del abandonado castillo de Gollano.

Los montes de Urra, como toda la sierra de Urbasa y su prolongación hasta Munarriz, estaban coronados de niebla, que se agarraba también á la cumbre de Santiago de Lóquiz, que el joven tenía frente á él. Aquellos blanquísimos vapores, que ya subían dejando al descubierto las hayas y encinas de la ladera, como un flotante albornoz que se recogiese, ya descendían de nuevo, como si quisieran ocultar á toda profana mirada las peñas y la vegetación de sus flancos, permanecían firmemente adheridos á las cimas, de las que se exhalaban en nívicas brumas, que se perdían en la atmósfera, como nubes de incienso con que la montaña bendijese á su Dios. El cerro de S. Cosme,

que se yergue sobre lo alto de la sierra de Lóquiz á la manera de un fuerte avanzado que se pusiera al habla con San Esteban de Monjardín y Montejurra, estaba enteramente oculto; pero se comprendía que, en la lucha entablada entre la niebla y el sol, este había de vencer. Resistíase Urbasa á despojarse de aquella corona de nubes, que la ceñían como una diadema, y de la que indudablemente provenía su nombre eúskaro de Urbasa (brumas de agua); pero en aquellas alternativas la cordillera iba dejando cada vez más al descubierto sus flancos, por los que resbalaban las nubes, ora deslizándose pausada y magestuosamente, ora atropellándose en precipitada carrera, subiendo más arriba, más arriba cada vez, hasta quedar flotando en el espacio, como desgarrados girones de candida vestidura.

En esto, sintióse acompasado tintineo de cascabeles, y poco después el ruido del carruaje que bajaba la cuesta, y que asomó, todavía lejano, en un recodo de la carretera. Desapareció en seguida, pero en los oídos y en el corazón de Luis resonaban los cascabeles, y en sus ojos quedaba la visión de la doncella, que, con su sombrero de paja y vestido claro, resaltaba sobre el fondo oscuro del coche y sobre los tonos apagados de los trajes de su padre, que la llevaba á su izquierda, y de Adolfo, sentado frente á ambos en el testero de delante.

Volvió luego á aparecer el vehículo, que seguía una larga tirada al descubierto. Los caballos continuaban á un trote sostenido, y la distancia se acortaba rápidamente: Luis se volvía todo ojos, y hubiera deseado no perder una palabra de lo que hablaban. Adolfo era quien llevaba la voz; se conocía por la acción y los ademanes; y el relato debía ser muy jocoso, porque la joven reía alegremente, y el mismo D. Cristóbal soltaba alguna carcajada.

A Luis en cambio le hacía tan poca gracia la escena que de buena gana hubiera echado á rodar á Adolfo por el flanco de la montaña.

Una vuelta más y el coche llegaba al sitio. Luis hizo un esfuerzo, proponiéndose aparecer jovial para que no traslucieran sus impresiones; y de pronto se levantó.

—*Ecco il fantasma*, declamó Adolfo al divisarlo.

—*Il fantasma vengatore*, le contestó Luis en igual tono.

—¡Luis! ¡Luis!—Casi á la par sonó por duplicado este nombre, proferido por D. Cristóbal y su hija.

—¡Presente! respondió el joven.

El coche había parado, y en dos saltos bajó Luis á la carretera. La portezuela por la que le tocaba montar era la correspondiente al lado de María del Puy; y como no era cosa de pasar por encima, Adolfo, aunque de mala gana, hubo de correrse al lado opuesto, viniendo á ocupar el sitio frente á D. Cristóbal, y Luis tomó asiento frente á su prima.

—Has aparecido por escotillón, le dijo Marieta. Al pronto no te he conocido; me parecías más grande, más alto; una especie de gigante de la selva...

—El *Basajaun*..., apuntó Adolfo.

—Lo que queráis, repuso Luis. Sentiría haberos asustado, interrumpiendo vuestra alegre charla. Por mí, no la suspendáis.

—Lo que es yo, no he sentido susto, le dijo su prima.

—Pues yo, me he quedado absorto, como si de pronto se enderezara un tronco y tomase figura humana, porque hubiera asegurado que te desgajabas de un roble...

—Has brotado como por arte de magia, le dijo don Cristóbal.

—Pues ya se sabe cuál es la maga; y por cierto que viene hechicera, indicó Luis mirando á Marieta.

—¿Te parezco bien? No quisiera que en Estella me encontrasen hecha una facha.

—Una facha?, saltó Adolfo. En Estella se quedan bizcos cuando vean á la perla de nuestro valle, con ese trajecito de mañana, que tan bien le sienta, y ese gracioso sombrerillo, por el que se escapan los rizos de la cabellera. ¡Quién fuera viento para jugar con ellos, como la brisa que los agita!

Luis lanzó tal mirada sobre Adolfo, que este se estremeció.

—¡Cáspita, y qué genio trae el mozo!, pensó para sus adentros... Si pudiera, me pulverizaría. Vamos, que es un bicho de mala intención, y habrá que andar con cuidado...

—¿De veras no me encuentras mal? insistió Marieta con Luis.

—Siempre estás bien, como quiera que vistas; y ,aunque no entiendo de modas, me atrevo á asegurar que quien tenga gusto te hallará irreprochable.

Ese sencillo traje de muselina, sujeto por el diminuto cinturón de cuero crudo, de igual tono que los zapatos; y el sombrero adornado con una simple cinta y esas pocas florecillas silvestres, armonizan perfectamente con tu persona, con la estación y con todo. No habrá quien no lo reconozca.

—No sabes cuánto me alegro.

—Vaya con la vanidosilla, interrumpió su padre. Pues á mí no me parece bien que te preocupes tanto de acicalarte...

—Acicalarme! Pues si precisamente no me he puesto nada! Ya sabe usted que una de las cosas que me encantan en el pueblo es que puedo ir como quiera, sin llamar la atención. Pero en la ciudad no es lo mismo: no me gustaría que me encontrasen ridícula; y aun más que por

mí lo sentiría por las de Pomares, á las que no haría gracia habernos invitado para que fuéramos á hacer un mal papel.

—Los ridículos serán quienes no rindan vasallaje al gusto y la elegancia de nuestra bella paisana, exclamó Adolfo. ¡Hombre! Tendría que ver! Y si alguien no prestara tributo á la hermosura y gentileza que atesoras, mordería el polvo al rudo empuje de mi membrudo brazo, dispuesto á sostener en tu honor ese paso, más honroso que el de Suero de Quiñones...

Luis lanzó otra fulminante mirada á Adolfo, que no pudo sostenerla por más que quiso. Eran dos dardos flameantes, en los que claramente leyó el médico: «Si no fuera por quienes están presentes, ya te hubiera hundido las palabras en la garganta.»

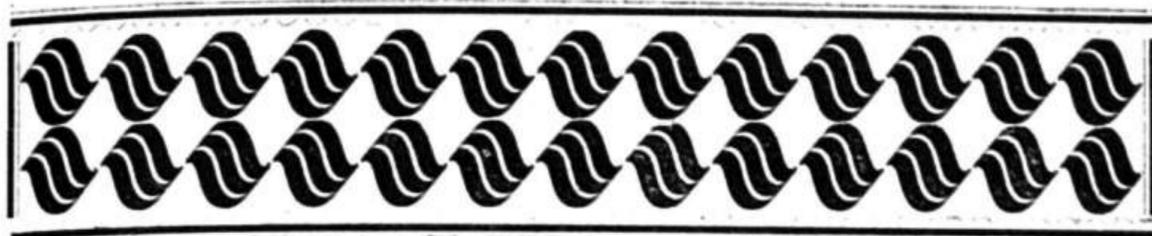
—Jesús, qué bruto! reflexionaba Adolfo en su interior. No va uno ni á poder hablar delante de este feroz Otelo. Ya me desquitaré cuando se me presente ocasión.

No había pasado desapercibido aquel incidente para María, que se propuso conllevar la situación, procurando estar amable con ambos, y ver si cesaba aquella enemistad, que cada día tomaba más cuerpo.

D. Cristóbal, que estaba distraído mirando al campo, no se dió cuenta de nada. Sólo dijo:

—Ahí está tu muchacho con la maleta.





XXI

CAMINO DE ESTELLA

COLOCARON la maleta en la trasera del coche, acomodándola como pudieron con la de Adolfo y el baul-mundo de la joven.

—Ni que fuéramos á dar la vuelta al globo!, exclamó D. Cristóbal.

¡Con un lío de ropa sobraba, y no que traeis cada cual un crecido bulto. Y no digo mi hija, que lleva ese baul fenomenal! En mis tiempos no necesitábamos esa impedimenta, de que protestarán de seguro los pobres caballos.

—Pero observe usted, tío, que en su tiempo no había carretera, y naturalmente se reducían á lo que cupiera en el maletín que llevaban á la grupa del caballo. Todavía lo uso yo á veces, cuando voy á la ciudad, por más que generalmente solo llevo lo puesto. Pero ahora me sucede algo de lo que á mi prima. Vamos á fiestas: todos irán vestidos, y no quiero presentarme mal.

—Con un traje y un par de camisas, salias del paso.

—No se trata solo de mí. Tendré que acompañar á

Marieta, como usted me dijo; y no quiero que se avergüence...

—Lo que yo veo es que á todos os ha entrado el demonio del lujo y vanidad, que tiene perdidas las familias, y unos con otros os vais excusando. Mi hija lleva yo no sé cuantos vestidos...

—Tres nada más, papá...

—Tres ó trescientos, que todo cabe en ese armatoste.....

—Está casi vacío, sino que ahí van cada uno en su bandeja, sin arrugarse lo más mínimo.

—Corriente. Lo que resulta es que tu no lo haces por tí, sino por las de Pomares: y Luis tampoco lo hace por él, sino por tí; y Adolfo, sin duda para no ser menos que Luis. Y yo, para no desdecir, tendré que ponerme también de tiros largos...

—Usted está dispensado, papá: además de que hasta elegante resulta con ese traje severo, que le cae á maravilla. Nadie va mejor que usted.—Por de pronto estrena usted hoy el chaquet negro; y el pantalón de rayas oscuras sobre fondo ceniza, bien pocas veces se lo ha puesto. Y que verdaderamente es de gusto.—Lo único que lleva usted *á la negligé* y medio deshecho es el lazo de la corbata. Venga usted acá, que se lo voy á arreglar.

D. Cristóbal se dejó hacer; pero en un movimiento de cabeza rozó con el bigote una mejilla de la joven.

—Esté usted quieto, que no me va á dejar hacer bien el nudo con esos pelos que me cosquillean por la cara.

—Pero en vez de retirar el semblante, D. Cristóbal lo aproximó más y besó en la frente á su hija.

—Ajajá! Ahora sí que está usted hecho un *dandy*, y en la Corte que se presentara no tendrían reparo que oponerle...

—Y mi corbata ¿qué tal la llevo? preguntó Adolfo. Me

parece que no debe andar muy compuesta; y si esos dedos de hada se dignasen arreglarla...

—Miren el atrevido! Su corbata no necesita mis cuidados, porque su dueño ya se cuida de ponerla como Dios manda; ni yo me meto en componer más que la de mi señor padre...

—Siempre resultaría con todos una obra de misericordia, y cuantas más se hagan, más méritos...

—No señala el Catecismo entre tales obras la de anudar corbatas...

—Concretamente, nó; pero sí genéricamente. Bien claro lo dice: vestir al desnudo...

—Pues cuando no tenga ropas con que cubrirse veríamos de facilitárselas; pero ahora no estamos en ese caso.

—¡Cómo ha de ser! Me resignaré á llevar la corbata como Dios quiera; pero si alguno reprocha lo mal que esté, podré decirle: «Marieta es la responsable ¿sabe usted?»

Con tan expresivo guiño de ojos pronunció estas palabras, que D. Cristóbal y su hija se echaron á reír.

Luis permaneció serio.

Habían pasado Zudaire, y bajaban la cuesta de Baríndano, en cuyo pueblo tocaban á misa.

Al cruzar por el puente, Adolfo señaló las puras, fresquísimas y transparentes aguas del río:

—¿No les parece á ustedes que es un sitio excelente para almorzar? Este airecillo matinal despierta el apetito, y ya tengo ganas de hacer la crítica de lo que contiene la cesta.

—Más adelante, contestó D. Cristóbal.

—Entonces, podríamos hacerlo en los no menos cristalinos manantiales del Chaco, que están próximos.

—Tendríamos que atravesar el río.

—Bah! Sitios hay en que el agua no nos llegaría al tobillo.

—¡Qué hambrón!, exclamó Marieta. A cambio de despachar las provisiones no vacilaría en hacernos tomar un baño...

—¡Simples pediluvios, tónicos, refrigerantes y estimulantes!

—Nada de estimulantes, que aun sin ellos estamos amenazados de que cuando llegue el caso nos dejes sin ración.

—No nos han de faltar sitios á propósito y agua corriente; manifestó D. Cristóbal. Después de todo, el camino sigue siempre el curso del río, único paso abierto en estas montañas.

Dejad á mi cuidado la designación del lugar.

—¡Qué sitio tan agreste!, indicó Marieta. Vamos encajonados entre montes altísimos, y para nivelar el pequeño espacio de la carretera ha habido que hacer saltar las peñas. Miren ustedes las señales de los barrenos. Si no fuera por el humo de las carboneras encendidas, y por las esquilas de los rebaños, que indican estar habitados estos lugares, serían imponentes; hasta la luz es aquí más escasa.

—Y la temperatura también, dijo D. Cristóbal, abrochándose el chaquet.

—Arriba sí que hará frío, cuando la nieve cubra el monte y sople el cierzo...

—Que te lo diga Luis, que muchas veces ha recorrido estos sitios con la escopeta al hombro. ¿Ves aquella peña que se eleva como una tosca columna, allá arriba, en el monte de la derecha? Es la *peña de los jabalíes*.

—Y ¿porqué la llaman así?

—Porque en las batidas que se dan es uno de los pasos

obligados para esos animales. Más de uno he muerto en ese sitio: contestó Luis.

—Tengo entendido que son peligrosos...

—Cuando se les obstruye el camino, sí: en lo demás, van huyendo y lo que desean es substraerse á la persecución. Claro que si se ven acosados, ó heridos, ó tienen que defender á sus crías, hacen frente á todos, y son terribles en su furor. Los pobres perros son los que más lo pagan, porque rara es la vez en que no despanzurran á alguno de una colmillada.

—Y ¿atacan también á los hombres?

—Atacarles propiamente, nó. El jabalí, lanzado de su guarida y obligado por los perros, emprende la carrera, abriéndose con los colmillos paso por el matorral, pareciendo mentira que de una dentellada corte ramas más gruesas que mi brazo. Además de los ladridos de los perros se conoce su marcha por el movimiento de las ramas y el ruido que produce en su veloz huida. El cazador, apostado convenientemente, aprovecha un claro para disparar sobre él; pero, herido y todo, sigue su marcha y se defiende mientras tiene fuerzas. Algunas desgracias ocurren, aunque muy raras, y debidas casi siempre á descuidos ó falta de serenidad.

¿Ves aquella gran mata de boj, (dijo volviéndose y señalándola con el dedo) que vamos dejando á nuestra espalda?

—Muchas veo; le contestó Marieta.

—Aquella un poco saliente, á la mitad del monte, próxima al acantilado que se descubre á la izquierda del Chaco...

—Sí, sí, ya la veo.

—Pues allí estaba apostado un guarda: el jabalí, que había bajado de este monte subía por aquel; y fuera por-

que el guarda se turbó ó por lo que fuese, el animal al subir le destrozó la pierna de una colmillada, que le cortó la arteria femoral, y para cuando quiso auxiliársele, se había desangrado y era ya cadáver. Pero con la misma escopeta del guarda, de que se apoderó un pastor que salió en persecución del jabalí, logró darle muerte...

—Y á eso llamais diversión.

—Para el cazador, toda caza tiene sus encantos, que no siempre comprende quien no se dedica á ella. De otro lado, es conveniente la extinción de esos animales, que tantos daños causan en los maizales y sembrados de los pobres labradores. Así es que cuando se advierte la presencia de algunos en las inmediaciones, se disponen batidas, gracias á las cuales es muy reducido su número.

—Pues por mí, aunque no quede ninguno poco me importa..

—Ni por mí, añadió Adolfo. Prefiero al jabalí doméstico, al cochino, dicho sea con perdón, que no hace más que gruñir; pero que todo lo que tiene de sucio y grosero en vida, tiene de apetitoso después de muerto. De seguro que alguna cosa suya vendrá en ese *sancta sanctorum* que llevamos en la trasera del coche. Me parece sentir un delicioso olorcillo á jamón con trufas...

—Ya lo verás cuando se destape la cesta. Ahora hay que comprimirse.

—Pues hija, más comprimido de lo que estoy. Si llevo el estómago como un pellejo vacío.

—Y aguardas inflarlo como una gaita zamorana, eh?, le dijo D. Cristóbal.

—Si no me socorren ustedes, me voy á quedar tan seco y chupado como la *vieja de Echávarri*.

—Allí la tienes, repuso la joven, señalando la peña así denominada. Mucho ojo con ofenderla, que ya sabes que

su cólera es temible, cuando congrega las nubes, las conjura y lanza vomitando granizo y rayos sobre la región que incurre en su saña.

—¿Qué mayor saña que la que tienen conmigo haciéndome pasar hambre tan horrorosa? ¿No le parece á usted, D. Cristóbal, que podríamos destapar la cesta?

—Aquí? ¿En la cuesta de Artavía?

—Me río yo del suplicio de Tántalo. Porque ya lo estoy viendo. Cuando bajemos la cuesta dirán que no son sitio á propósito las carboneras; y otra vez nos alejaremos del río en la subida de Echávarri, y de uno en otro vamos á llegar á Estella sin probar bocado.

—Más te valdría contemplar el hermoso paisaje de Valdellin: ¡cuántos pueblecitos van apareciendo!

—El que tenemos más cerca es Artavía, dijo Luis. Aquel otro, junto al río, Larrión. Allí asoma la torre de Eulz. Estos que parecen pujar por quién sube más arriba, son Galdeano, Mureta, Aramendía, Ganuza, Ollobarren, Ollogoyen.—Metauten se queda más abajo, como un rezagado que se tiende á descansar. A este otro lado están Echávarri y Amillano. Esas peñas escalonadas, cuyo frente está cortado verticalmente, como si fueran peldaños dispuestos para un gigante colosal, son las célebres peñas de San Fausto, sobre las que está Eraul, que no lo vemos...

—Encima y debajo de ellas se ha derramado mucha sangre en estas ímpías guerras de hermanos, que Dios maldice.

Arriba, en Eraul, siguió diciendo D. Cristóbal, tuvo lugar la acción del coronel Navarro en la última guerra civil: y abajo, en el camino que hemos de seguir, se verificó en la guerra anterior la sorpresa de la brigada del Barón de Carondelet. Afortunadamente nosotros no hemos de derramar más sangre que la que se vierta de

las botellas, pues me parece que la plazoleta de las peñas, junto á la cascada de la regata, es sitio á propósito. ¿Estais conformes?

—Aprobado, dijeron todos á una.

—Cochero!, arree usted, exclamó Adolfo. Con permiso de estos señores, le ofrezco doble ración si nos lleva pronto.

—No tardaremos, contestó el cochero.

Habían subido, en efecto, la última cuesta de importancia, y desde allí todo era camino abajo.

Doblaron el recodo de la tejería y divisaron el molino de las peñas. Dos enormes perros los recibieron con ladridos y corrieron en pos del coche vociferando. No sin trabajo el molinero los recogió, y, apeándose los viajeros, subieron la cuesta de la plazoleta, que se hallaba en sombra, protegida por las altas paredes que la cierran por todas partes, dejando libre únicamente el boquete de entrada.

Un chorro de agua caía de lo alto y formaba profunda balsa de la que salía en forma de arroyuelo que, serpenteando, bajaba á la alcantarilla de la carretera é iba á perderse en el río, juntándose con el desagüe del molino.

Pusieron las botellas á refrescar, y después de un almuerzo opíparo, en que no escasearon los plácemes á la dueña, los hombres encendieron cada cual su puro, y se acomodaron de nuevo en el coche, que se puso en movimiento.

—Las carboneras ya se han acabado; pero cualquiera diría que el carruaje era una de ellas, al ver lo que humea; indicó María del Puy.

—Esto es gozar, contestó Adolfo. No me cambiaría por el Czar de Rusia, ni por el mismo Emperador de China, con ser el Hijo del Cielo.

—Ahora sí que vamos á llegar á Estella, apuntó Luis.

Los mismos caballos se animan, contando con la proximidad del pesebre.

El carruaje, en efecto, avanzaba con rapidez: en poco rato, la huerta de Bellín quedó atrás; pasaron la presa redonda, donde toma sus aguas la acequia que abastece á la ciudad, y en breve dejaron á la espalda el puente de San Felipe y Santiago, junto al que mezclan su caudal los ríos de la Berrueza y de la Améscoa, constituyendo el Ega.

Desde allí, la carretera, bordeada de árboles, va junto al regadío, distribuído en suertes esmeradamente cultivadas. Las colinas, en que alternan á fajas el viñedo y el olivar, distribuídos en bancales sostenidos por tapias, ostentan el verde oscuro del olivo, y el claro de la vid, deleitando la vista. Huertas y quintas salpican la vega, y en frente se alza Montejurra, que, contemplado desde allí, aparece con toda su majestad.

—Para mi gusto, exclamó María, esta es la entrada más bonita de Estella, que, como una perla escondida en su concha, no se deja ver por ninguna parte hasta que se la está tocando.

—Mírala, le dijo su padre señalando al barrio de Lizarra.

La joven elevó su mirada de Lizarra á la cima de la colina en que se asienta la Basílica de Nuestra Señora del Puy, Patrona de la ciudad, y se santiguó devotamente.

La Iglesia y Convento de Recoletas, con el portal de Santiago, á un lado el puente de San Juan, con la presa y molino al otro, eran los primeros edificios: un recodo más y se encontraron en el largo y recto andén, con las casas á la izquierda, disponiendo cada una de estrecha y prolongada huerta, cerrada con verja: á la derecha, el hermoso llano del regadío, (en que se elevan los conventos de Clarisas y Dominicas, y el colegio de padres Escolapios),

rodeado en forma de herradura por el magnífico paseo de los llanos, cuyo contorno van besando las aguas del Ega, aprisionadas entre él y las colinas que lo circundan. Frente por frente del andén, en una pequeña eminencia, las pintorescas ruinas del gótico monasterio de Santo Domingo, que parece puesto allí de propósito por la soñadora mente de un artista; y los altos de la Cruz de los Castillos, en el lugar donde se alzaba la inexpugnable fortaleza y alcázar real, de que todavía quedan algunos lienzos de muralla.

—¡Qué bonito es todo esto! repetía la joven.

—Pero ¿en qué diantres piensan, indicaba Adolfo, que no se oyen cohetes, ni las campanas lanzadas á vuelo? Ya debían salir comisiones á darnos la bienvenida. ¿Es este un recibimiento digno de nosotros? Pues sepan ustedes que, modestia aparte, la Améscoa es lo mejorcito de la montaña; y nosotros lo mejorcito de la Améscoa, y esta beldad, la flor, la espuma y canela de los que venimos... Y aquí ¡tan sosegados y tranquilos, como si nada ocurriese! Ah descorteses vasallos, que así desamparais á vuestra reina y su corte!

—Pero hombre ¿vas á callar? le replicó D. Cristóbal. ¡No te han entrado pocos humos y entusiasmos después de almorzar!

—Con su permiso, digo y diré que esto es incomprendible, incalificable y severamente punible. Esto es faltar á todas las conveniencias. ¡Ah pueblo impasible, que no sabes distinguir de rangos y categorías, y nos recibes con la indiferencia que al último trajinante! Merecerías que diéramos la vuelta y quedaras privado de nuestra presencia, que ha de ser el lustre y esplendor de las fiestas, el orgullo de la Ciudad, el *summum*, la cúspide y pináculo de la distinción, de la elegancia y hermosura..!

—Para sacamuelas no tendría precio, insinuó Luis publicando en voz alta su pensamiento. La Comisión de festejos podría utilizar sus aptitudes en la plaza pública, completando el programa con un número interesante.

Adolfo miró con saña á Luis, á la vez que hacía un gesto desdeñoso.

La joven se apresuró á intervenir.

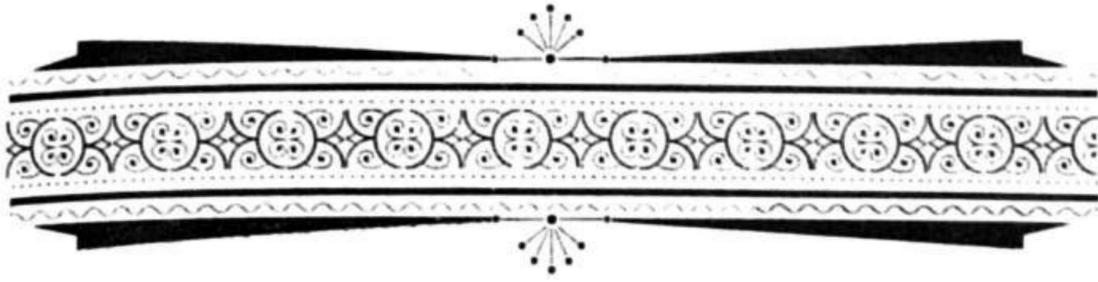
—Nosotros tenemos la culpa por no haber anunciado la hora. Pero vean ustedes cómo se asoman al ruido de nuestro coche, y nos saludan desde el balcón. Allí está Rosario, que nos ha conocido.

—Ahora se retira. Indudablemente vá á avisar á la familia.

En efecto; cuando el coche se detuvo ya estaban en la puerta Rosario y Nicanora, y momentos después bajaban sus padres D. Julian y D.^a Lamberta que se deshacían en saludos.

D. Cristóbal y María del Puy subieron á la casa; y Luis y Adolfo, alegando que eran muchos para estar allí, declinaron la invitación de hospedarse en casa de los señores de Pomares; por lo que, bajado el equipaje de don Cristóbal y su hija, continuaron ellos en el coche á la fonda de la plaza.





XXII

PRINCIPIAN LAS FIESTAS

EL día siguiente transcurrió entre visitas y cumplimientos. Las muchas familias conocidas de D. Cristóbal y los íntimos de los señores de Pomares se apresuraron á darles la bienvenida, brindándoles sus casas respectivas, ya para que asistiesen á los festejos, ya para que presenciasen la entrada de las baquillas, ó el paso de la procesión, ponderando cada cual las excelencias de sus sitios respectivos, ya invitándoles á un refresco.

Todo se volvía obsequios, y los de Pomares se esmeraban en atenderlos, demostrando la complacencia que sentían.

Nicanora y Rosario habían puesto á María del Puy al corriente de los antecedentes, episodios y circunstancias de todas las ellas y ellos que acudían á las fiestas.

Su arsenal de noticias era inagotable: las descripciones y relatos eran hoja de filiación, fotografía, historia clínica, genealógica, chismográfica y financiera. Nada se les escapaba; puntualizando hasta los gustos, inclinaciones y

tendencias de cada uno, con sus caracteres físicos, intelectuales y morales. El capítulo de afectos amorosos declarados, incipientes, presuntos ú ocultos, ocupaba preferente lugar en la biografía, no faltando rasgos epigramáticos que provocaban sonoras risas.

María del Puy acabó por conocer á todos como si siempre hubiera vivido entre ellos. En la municiosa revista que sus amigas pasaban, no faltaban ni los trajes, cintas y adornos que usaban ellas, ni los hábitos, estudios y singularidades de ellos. Se enteró de quién era la que lograba reducir para la calle su cintura á la mitad de la que usaba en su domicilio; quién el que ostentaba rubio bigote, á pesar de que, según datos fidedignos, era de un gris ceniciento por las canas que crecían en él: quién el que, anunciando que tenía ya para terminar la carrera, estaba á menos de su mitad, contando tres suspensos seguidos en una misma asignatura; quién la que ocultamente reformaba sus sombreros, suponiendo que en cada estación se los remitían de Madrid, habiendo ocasión en que á falta de otra cosa los había engalanado con auténticas espigas; quién el que se había jugado en las últimas ferias la renta de dos años; quién la que procuraba igualar con una alta hombrera el desnivel de sus omóplatos; la que llevaba moño postizo, ó dientes artificiales, y hasta las joyas, pulseras y aderezos legítimos é emitados...

Contribuía á este cabal conocimiento la facilidad, acrecentada por la circunstancia de las fiestas y de los forasteros, con que en paseo, á la salida de la iglesia y en todas partes, se formaban grupos y hacían presentaciones, con un revoloteo de unas á otras, una charla ligera y animada, frecuentes risas, golpecitos en los hombros, citas para más tarde, flotando en la atmósfera un ambiente de algazara y alegría.

No se descuidaban ellos tampoco en orientarse sobre el personal; y se transmitían las noticias con tal rapidez que, á las pocas horas de llegada una muchacha, todos sabían sus circunstancias, tendencias y condiciones.

Nicanora y Rosario Pomares veían con buenos ojos á los acompañantes de María del Puy. La gallarda apostura de Luis, su firme actitud que denotaba el vigor y agilidad de un organismo sano; su hermosa cabeza, cuya convexa y serena frente era indicio de no vulgar inteligencia; su palabra, fácil para expresar el pensamiento, pero de la que no abusaba, por gustarle más oír que hablar; la bondad, que se traslucía en todos sus actos, y que no era más que el reflejo de la hermosura de su corazón, despertaban simpatías. Lo hallaban un poco serio: y no porque pudieran reprocharle sequedad ó desatención: al contrario, siempre estaba dispuesto á complacer á todos, con natural agrado y no fingida cortesía; pero hubieran querido ver más animados aquellos ojos, tan expresivos cuando algún afecto vibraba en su alma, y que de ordinario estaban como dormidos: miraban más adentro que afuera.

Adolfo era en esta parte el reverso de la medalla. Su conversación lijera, festiva y juguetona, saltaba de un asunto á otro, salpicándola de flores á las muchachas; pero de ella nada quedaba después, sino eran los alfilerazos con que sus cómicas frases zaherían á uno ú otro.

De la boca de Luis jamás salía palabra mordaz para nadie; su generosidad hallaba siempre una atenuación, una disculpa, aun para defectos visibles; y más de una vez había contenido hablillas, ó rebatido pullas, que se permitía Adolfo á costa de otros.

—A tí te han nombrado procurador de pobres, le contestó Adolfo en una ocasión.

—Nó por cierto. Veo que se critica sin motivo, y salgo á la defensa de la verdad.

—Pues yo no me he inventado lo que contaba de Ricardo de la Puente.

—No digo lo contrario; pero me consta que no es cierto lo que con poco piadosa intención ha echado alguno á volar. No es exacto que viniera del pueblo en un rocín de mala muerte.

—Bah! ¿Querrás negar que poco antes del portal de San Nicolás se bajó del burro para que no lo viesen en él? Pues no falta quien lo ha observado; y el caso es que á pié entró en Estella, aparentando haber venido antes, y como si entonces volviera de un paseo por los alrededores.

—Pues quien eso inventa es un calumniador, y unos crédulos quienes acogen con tanta facilidad tal paparrucha sin tomarse el trabajo de averiguar lo que haya de cierto.

La Puente vino en un caballo tan bueno y probablemente mejor que el que hayan podido traer los despiadados críticos que, á cambio de burlarse del prójimo, no vacilan en afrentar á un ausente.

—Y tú ¿qué sabes cual de las versiones es la exacta?

—Me consta, repito, que no es verdad la que parece que te empeñas en sostener; y tu y todos podeis cercioraros, yendo á la posada, de que no se trataba de ningún escualido rucio.

—Se conoce que la Puente te interesa mucho. No sabía que fueseis tan amigos...

—Aunque solo de vista lo conozco, cumplo un deber saliendo á la defensa de la verdad. Mañana pueden decir de nosotros cualquier otra impostura, y nos alegraremos de que haya quien la desmienta, pudiendo hacerlo. Pues ahora me tocaba á mí, y por eso he hablado.

—Tiene razón, dijeron las de Pomares. Todos hemos de procurar que se rectifique esa especie.

—Y más que nadie Adolfo, que es quien nos ha venido con el cuento, añadió María del Puy.

—¿A que resulta que yo soy el culpable de todo? Pues nada, hijas, dadle de firme en este fraile. Los males podrán otros hacerlos; pero lo que es las penitencias, ya es sabido: todas han de caer sobre mis costillas.

—¿Qué penitencia ni qué niño muerto, repuso Luis? Nadie debe excusarse de procurar que se repare el honor del prójimo injustamente maltratado.

—Y sobre todo, el que haya contribuido a propalar la mentira, insistió Marieta.

—Quede asentado que ha sido sin mala intención.

—Por eso se le dispensa, que sino, no tendría disculpa. Pero en adelante habrá que poner en cuarentena las noticias de Adolfo...

—Bueno, hombre, bueno. Vaya con los palmetazos. ¡Parece mentira que unas manos tan bonitas sacudan así el zurriago! Desde este momento voy á ser una estatua: ni palabra he de chistar.

—Reventarías.

Adolfo se cogió con el índice y pulgar los labios, apretándolos.

—Veremos cuanto dura el silencio, indicó Rosario. De nuestra cuenta corre levantarlo.

—Pero no vale olvidarse, y que me tengan así todas las fiestas, hecho una estantigua...

—Valiente manera de cumplir la consigna, dijo riendo Rosario. Confíe usted en nosotras, que no le haremos intolerable la situación.

Adolfo se había vuelto á apretar los labios, significando con un guiño de ojos la conformidad.

—Ahora nos toca marcar la duración del castigo, propuso Marieta.

¿Os parece que un par de días?

Adolfo se agitó como un energúmeno.

—En atención á sus circunstancias, terció Rosario, propongo que se reduzca á 24 horas.

Adolfo protestó, haciendo signos negativos con el dedo y la cabeza.

—Guarde orden el reo. El tribunal está deliberando y no consentirá ser objeto de influencias bastardas.

—Jesús, y qué represa de palabras habrá mañana á estas horas!, decía María del Puy. Qué torrente se escapará de esa boca, cuando se suelte la veda. Habrá que tomar precauciones para que la inundación no cause muchos estragos. ¿No te parece, Nicanora? Pero tú nada dices, y falta saber tu opinión...

Disimuladamente le hizo un gesto para que siguiese la broma.

—Comprendo que le serían muy provechosos siquiera tres días de abstinencia verbal...

La cara de Adolfo, con los ojos enteramente en blanco, pintaba el asombro y terror más cómicos.

—Pero ya que se confía á la indulgencia de los jueces, prosiguió mirando á Adolfo, que empezó á desarrugar el entrecejo, rebajaré de la condena; y que no sea ni la que ha fijado María, ni la que pensaba Rosario: tomaremos un término prudente, y que se quede en día y medio...

La protesta de Adolfo creció desmesuradamente, y hasta con los piés significaba estrepitosamente su oposición.

—Orden y compostura. El derecho de pataleo no se niega á nadie, pero no es de buen tono.

¡Que si quieres! El otro continuaba en crescendo su

golpeteo sobre las tablas del pavimento, que vibraba como un redoblante.

Al ruido se asomó D. Julian Pomares, que, al contemplar aquel singular espectáculo, y más al ver que Adolfo prorrumpía en unos sonidos inarticulados, á manera de ahogados mugidos, y que con el dedo iba señalando á cada una de las jóvenes, preguntó con extrañeza:

—Pero ¿qué es esto? ¿Os habeis vuelto locas?

Reían á más y mejor las muchachas, que empezaban á dar explicaciones, sin poder concluir las por el acceso de hilaridad que les acometía cada vez que Adolfo soltaba un nuevo mugido.

Por fin lograron poner á D. Julian al corriente de todo; y el buen señor se retiró diciendo:

—Allá os las compongais, que no es cosa de torcer los fallos de tribunal tan respetable. Pero me constituyo en tribunal de apelación, y ya sabe el reo que puede acudir en alzada, si reputare injusta y gravosa la sentencia.

Adolfo asintió bajando suavemente la cabeza y con un gruñido moderado.

El reloj de la habitación daba en aquel momento las doce.

—Justo y cabal va á venir el tiempo. Son las doce en punto, prosiguió Nicanora; de manera que hasta mañana á media noche no se permite ni una palabra. Si algo necesita ó quiere decir, ha de ser por escrito.

—Advirtiéndolo, añadió María del Puy, que el condenado queda en la estrecha obligación de hacer la vida que todos. De consiguiente vendrá á paseo, asistirá á las funciones y demás. El tribunal se encarga de participar á las amigas el fallo recaído; y sin dispensa de alguno de sus vocales, que no se concederá sino en circunstancias extraordinarias, queda terminantemente prohibido faltar á la

pena, bajo apercibimiento de agravación de sentencia.

En aquel instante sonó en los aires uno á modo de cañonazo, seguido á breves intervalos de otros, que por largo rato zumbaban en la atmósfera.

Al primero de ellos había saltado Adolfo de la silla, y dando brincos de gozo, gritaba:

—Al diablo con la sentencia, y vivan las fiestas de Estella, y los chupines y sus cañonazos. ¡Ya estamos en fiestas, y cada uno hablará, y cantará y bailará cuanto le diere la gana.

Esta tarde á los gigantes, y á las seis á la salve.

—Pues es verdad, dijo de pronto Marieta. No me acordaba que hoy era la salve de la Virgen, á la que nadie falta. ¿Subiremos todos al Puy, verdad?

—Ya lo creo, repuso Luis. Ahora iremos á comer, pero antes de la salve vendremos á acompañaros.

—Yo estoy dispuesto á subir, aunque sea vestido de cabezudo; manifestó Adolfo.

—Ande usted, mala pécora; infractor de la sentencia...

—Pero ¿no se quedan á comer con nosotros? preguntó Rosario á los muchachos.

—Otro día será, contestó Luis. Hemos dado palabra de hacerlo en la fonda con unos amigos.

—Siendo así, no les insto; pero los papás sentirán que no nos acompañen. Respetando su compromiso de hoy, ya saben que para mañana lo contraen con nosotros.

—Corriente; y hasta la tarde.

—Hasta la tarde.

Marcháronse los jóvenes, que unas horas después volvieron para acompañarles.

—¿Están ustedes dispuestas? les preguntó Adolfo.

—Por nosotras sí; pero esperamos á una amiga, que nos ha enviado recado de que vendría.

—El caso es que se acerca la hora.

—Podíamos ir á buscarla.

—Lo mejor será que vayamos todos a la plaza, manifestó D.^a Lamberta. Justina ha de pasar por ella, y para nosotros es camino del Puy.

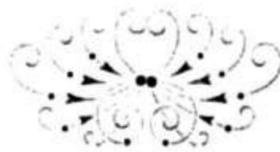
—¿Es Justina Villanueva la que ha de venir?, preguntó Luis.

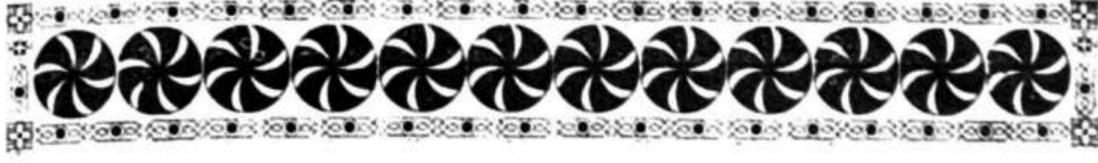
—La misma: una polla muy agradable, le contestó Rosario.

—Ciertamente que es muy simpática.

—Y remonísima, continuó Adolfo. Tiene una boquita como un capullo, y un paso rápido y breve, que me lo quedo mirando: parece que no anda y vuela.

—No perdamos tiempo, y en marcha dijo D.^a Lamberta.





XXIII

SUBIDA Á LA BASÍLICA

SALIERON todos, incluso D. Cristóbal y D. Julián que se encaminaron directamente á la Basílica, quedándose los demás paseando en la plaza.

Las campanas del Santuario llamaban á los fieles, que, aisladamente ó en grupos, desembocaban en todas direcciones, obedientes al llamamiento. La música municipal aguardaba á la puerta de la Casa Ayuntamiento: un enjambre de chiquillos, corriendo desaforadamente perseguidos por los cabezudos y los *caballicos Chepe*, precedían á la doble pareja de reyes moros y blancos, cuyas cabezas llegaban á los balcones, asustando á los pequeñuelos asomados á ellos. Los gaiteros con el tamborilero á la izquierda iban delante, tocando una sonata, á cuyo compás se movían cadenciosamente los reyes, llevados con gran desenvoltura por sus conductores que los bailaban á la perfección. Al dar la vuelta, se hinchaba con el viento la flotante vestidura de su manto, que describía enorme círculo en el aire.

—Ay que feo! apuntó Adolfo señalando al rey negro. Se conoce que con la vejez ha aumentado en fealdad. De chico no me parecían tan horrorosos.

—Como que no son los mismos, dijo D.^a Lamberta: los antiguos estaban muy deteriorados, y construyeron cabezas nuevas.

—Pues ya podían haberlas hecho mejor.

—Las otras eran de cartón, que se moldea bien; y estas de mimbre pintado. Ellas serán feas, pero tienen su mérito.

—Como no sea el de que resisten mejor las caídas, cuando alguna vez ocurre...

Los que son los mismos, los reconozco, son los cetros de los monarcas, y los abanicos y arracadas de las reinas. ¡Vaya un juguetito de abanico! Será más de una vara de largo.—¡Calle! ¿Qué le pasa á la reina blanca? Pues no se le ha subido un pecho lo menos un palmo de su sitio?

—¡Que reparón es este Adolfo!, insinuó Marieta. En todo encuentra falta...

Sin acabar la frase, se refugiaron como pudieron en un portal, porque una nube de chiquillos, perseguidos por un cabezudo, pasaba á la carrera por entre ellos.

—Creí que me derribaban, dijo Nicanora.

—No me ha dado mal pisotón uno de esos diablejos, indicó Marieta.

—Yo he salido con un codazo, expresó Rosario.

—Todo eso es tortas y pan pintado para el cabezazo que he recibido en la tripa, murmuró D.^a Lamberta. El chicuelo quiso abrirse paso con la cabeza, pero tan ciego venía que en vez de meterla por el hueco entre Marieta y yo, me ha dado un topetazo en pleno vientre. Mírale cómo corre. ¡Lástima de botarguinazo!—Ya le alcanza el cabezudo: me alegro.

—Pues gracias á que Luis y Adolfo guardaban los flancos y han podido desviar la corriente, que sinó, nos arrollan.

—¡Vayan benditos de Dios, y que no vuelvan! exclamó D.^a Lamberta. Anda, anda, ya los tenemos encima otra vez. No hay que salir del portal.

En efecto; los muchachos perseguidos por el cabezudo habían corrido por una calle adyacente, pero al ir á doblar la esquina dieron de manos á boca con un *caballito de Chepe* que les había tomado la vuelta, y se encontraron cogidos entre dos fuegos.

Menudeaban los golpes de las botarguinas en el remolino que se produjo entre los muchachos, que se despararraron en todos sentidos; pero la mayor parte volvía hacia la plaza como una tromba, acosados por el cabezudo y el caballito, que aprovechaban la ocasión de regresar al lado de los gigantes.

Pasaban los muchachos con las mejillas encendidas, los ojos brillantes, en vertiginoso escape los de atrás, con más calma los de delante, que provocaban á los perseguidores con muecas y gestos, y con un atronador griterío de a...quí, a...quí, quiriquirequí.

Parecía imposible que al desembocar en la plaza no se estrellaran con las columnas de los portales; pero los chucuelos eran de mimbre, de goma, de azogue, al ver cómo hurtaban el cuerpo, y se deslizaban veloces, jadeantes, pero sonrientes y gozosos, sin causarse el menor contratiempo.

Alguno que otro, más tímido ó poco acostumbrado, llevaba pintado el miedo en el semblante; pero los demás se burlaban de los cabezudos, sin temor á los golpes de las vejigas, que resonaban estrepitosamente.

—¡Qué envidia me dan!, exclamó Luis. Da gozo ver-

les; ¡cuidado que disfrutan! Y el cuadro es animado, pintoresco, sinceramente simpático...

—Para visto de lejos, repuso D.^a Lamberta aplicándose la mano al vientre, que aún le dolía. Gracias á Dios que han entrado en sosiego.

En efecto: había quedado tácitamente convenida una tregua: cabezudos y muchachos estaban derrengados por las últimas corridas, y necesitaban reponer las fuerzas para las que pronto emprenderían.

El descanso duró poco; el M. I. Ayuntamiento estaba ya reunido en el salón, por cuyos balcones asomaba de vez en cuando algún concejal, con la venera de oro prendida al pecho.

Sonó el clarín; rompieron la marcha los gigantes al eco de la gaita; la banda municipal llenó los aires con sus acordes (un poco incorrectos, pero demasiado hacía con el escaso personal y el poco tiempo de ensayos) y la corporación apareció solemnemente en la plaza, yendo en dos filas sus individuos, vistiendo de frac, sombrero de copa y guante blanco de piel ó algodón.

Allí había de todo: fracs que se amoldaban al cuerpo y otros que huían de él; chisteras flamantes y anticuadas; hábito de usar aquellas prendas y el estorbo consiguiente al poco uso; quiénes que marchaban con natural desembarazo y quiénes que no sabían que hacer de los brazos y las manos; pero el conjunto resultaba severo y grave, sintiéndolo así los circunstantes, que saludaban respetuosamente al paso del Ayuntamiento, representante de la ciudad.

Adolfo, que siempre andaba á caza de algo con que bromear, revistaba á los miembros de la Corporación; y fijándose en uno saltó:

—Ave María y qué colmena lleva ese en la cabeza! Lo

menos es de cinco pisos con entresuelo. Y está casi nuevo el artefacto: hace usted bien en lucirlo, sí señor... Pues no digo nada del que viene atrás; miren ustedes los fal-dones del frac qué airosamete se balancean; como que el empuje arranca de los hombros, que se mueven acompa-sadamente uno sí y otro nó; vean cómo corre el meneo á lo largo de la prenda. Y Adolfo se puso á remedar el aire de marcha del concejal.

—Lo que yo digo, repuso D.^a Lamberta, es que si aguardamos más tiempo no vamos á llegar á la Salve. Ya no se oyen casi las gaitas.

—Como que van por la calle de la Estrella, pero no están lejos, significó su hija Nicanora.

—Aquí está Justina, dijo entonces Luis, que fué el pri-mero en divisarla.

La joven venía atropelladamente, acompañada de una sirviente.

—¿Les he hecho esperar, verdad? Ya lo siento, pero no he podido evitarlo.

—Llegas á tiempo, replicó Rosario. Si tomamos el ca-mino de enmedio subiremos antes que el Ayuntamiento, que ha de dar el largo rodeo de la carretera.

—Sí, sí, exclamó Adolfo. No quisiera perder la entrada del Ayuntamiento en el patio de la Basílica. Ya verás lo que es bueno, dijo dirigiéndose á María del Puy.

—Corriente, contestó D.^a Lamberta: pero no me lleveis atropellada, que no tengo vuestras piernas.

No obstante la recomendación emprendieron una mar-cha bastante acelerada, que al principio resistió la buena señora, á pesar de su humanidad; pero llegados al barrio de Lizarra, desde donde la cuesta sube recta y muy pen-diente, se detuvo abanicándose furiosamente.

—No puedo más. Estoy sin aliento y hecha un río de

sudor. Adelantáos vosotras que subís como corzas; yo no puedo con mi alma.

—Que vayan ellas delante, indicó Luis. Yo acompañaré á usted.

Dióle D.^a Lamberta las gracias con una sonrisa, porque había empezado á andar, y sus largos resuellos no le permitían articular palabra.

Las muchachas subían con intrepidez, adelantando á los grupos del camino. Cada vez se distanciaban más, y no había llegado D.^a Lamberta á mitad de la cuesta, cuando ellas terminaban el recodo, que conduce á las escalerillas.

D.^a Lamberta sacaba fuerzas de flaqueza, y poco antes del recodo se detuvo unos instantes:

—¡Cómo le molesto á usted!

—De ninguna manera, D.^a Lamberta. No tenemos para qué apresurarnos: debíamos ir más despacio

—Es usted muy amable; pero deseo también llegar. Ya habrán pasado ellas de la Virgen del Camino.

—Déjelas que corran sin necesidad: á nosotros nos sobra tiempo. Por la parte á que se oye la música creo que vamos á subir antes que el Ayuntamiento; y, después de todo, poco importa que sea antes ó después.

—Daremos otro empujoncito, contestó D.^a Lamberta, que rompió á andar.

Cuando desembocaron al pie de la escalinata, vieron á los chiquillos que formaban el enjambre de avanzada, y algo más lejos al Ayuntamiento, custodiado por los cabezudos, libres ya de atender á los gigantes, que habían quedado abajo de la cuesta, esperando el regreso.

—Vale más que ya no nos detengamos, apuntó Luis.

—Vamos allá, contestó suspirando D.^a Lamberta. apo-

yándose en el brazo que galantemente le ofrecía su compañero.

Gracias á esta ayuda, de la que usó y abusó la fatigada señora, subieron con regular prontitud la primera sección de las gradas.

D.^a Lamberta se santiguó y se detuvo á rezar según costumbre delante de la pequeña Capilla de la Virgen del Camino, que marca el sitio en que la Virgen del Puy se hizo inmóvil, al intentarse su traslado desde el próximo lugar de su aparición á la Ciudad.

—Adelante, que sinó nos coge la avalancha, exclamó Luis, que se llevó á remolque á la señora. Ya rezaremos á la bajada.

Así y todo penetraron por el portal de la Basílica con la turba de muchachos.

Formando un grupo junto á una de las columnas del peristilo, de pie sobre la última grada, y dominando el patio, estaban María del Puy, Rosario, Nicanora, Justina y Adolfo, que les hicieron signos de que fueran á allí.

Reuniéronse en efecto sin decir palabra, que hubiera sido inútil por el ruido ensordecedor de las campanas de la Basílica, lanzadas á vuelo, que con sus vibraciones sonoras llenaban el recinto del patio, cerrado por detrás por la iglesia, por delante con la tapia en que se abría el portal de entrada, y á los costados por dos cuerpos salientes del edificio anejo al Santuario, cuyas ventanas estaban llenas de curiosos.

A continuación de los muchachos, que se distribuyeron por entre los grupos, penetraron el clarinero que comenzó su sonata; los gaiteros, lanzando los agudos sonidos de sus instrumentos, acompañados del redoble del tamboril; la banda municipal, soplando con todos sus pulmones; detonaron los chupines, disparados desde el *alto redondo*, á

pocos metros de distancia; y las campanas voltea que voltea, produciéndose la algarabía más heterogénea, más original y monstruosa de que puede formarse idea. Instintivamente se llevaba cada cual las manos á los oídos, cuyo tímpano parecía dispuesto á desgarrarse.

—¿Han visto ustedes cosa semejante?, preguntó Adolfo una vez que, entrado el Ayuntamiento en la Basílica, cesó aquel infernal estrépito.

—Si yo mandara, contestó D.^a Lamberta, suprimiría pitos y flautas, y chupines, y cabezudos y chiquillos...

—Por Dios, mamá, le dijo una de las hijas; no seas exagerada.

—Esto sí que es exageración y gorda; no se como tenéis gusto en asistir á semejante alboroto, que pone los pelos de punta. Lo que es yo, prometo la ausencia.

—Todo es según se mire, añadió Luis. Como concierto, tiene razón D.^a Lamberta, es horripilante; pero raro, original, tan *sui generis*, que bien merece conservarse, aunque no sea mas que por lo *bizarro*, como dicen los franceses.

—Pues á los franceses se lo regalo. En fin, acerquémonos á la iglesia. Nos quedaremos en la puerta porque dentro ya no cabemos.

Ocasiones hay en que parece elástica la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos; y entonces fué una de ellas.

Una masa compacta llenaba la basílica, en la que no cabía un alfiler; pero el empuje de los que deseaban entrar, aumentado por los rezagados que formaban cola, era un ariete que estrechaba las falanges próximas, las comprimía, y aunque lentamente, á menos que pulgadas, la masa iba ganando terreno, encontrándose D.^a Lamberta y demás con que, sin pretenderlo, habían salvado el dintel, y tenían delante el altar mayor, brillante de luces,

refulgente por el dorado de la talla y los reflejos del bruñido metal; cuajado de flores; enriquecido con los mejores utensilios y ornamentos; y en cuyo lugar preferente estaba la bendita imagen, patrona de la Ciudad y protectora de la comarca, á la que todos los corazones rendían vasallaje y todos los labios enviaban una oración. Su diadema de pedrería lanzaba chispas, y la gótica silla en que estaba sentada como en un trono de amor, reflejaba en la plata, de que lo mismo que la milagrosa imagen estaba recubierta el centelleo de las luces, constituyendo un foco deslumbrador.

Cantóse la salve con gran solemnidad, y en seguida emprendieron el descenso, porque el calor en la iglesia era excesivo.

En cambio la temperatura exterior era deliciosa: soplaban de la sierra una brisa fresca, (que solía comenzar á la caída de la tarde y duraba hasta bien entrada la mañana) y la aspiraban con avidez. El sol estaba próximo á ocultarse, á pesar de la hora, porque los montes que rodean á Estella lo cubren mucho antes que en los terrenos llanos. Sus rayos bañaban á Lóquiz y Urbasa que asomaban la cabeza por encima de las colinas inmediatas.

Luis y María del Puy se encontraron mirando á la vez aquellas cumbres tan conocidas de ellos.

—Allí está nuestro valle, dijo Luis.

—En él pensaba, contestó la joven.

Y continuaron sin decir más: su imaginación los transportaba al mismo objeto, y bien podía asegurarse que les embargaba igual sentimiento de afecto al valle nativo.

Rezaron todos á la Virgen del Camino, y al volverse para continuar la bajada, Justina dijo señalando al terreno que tenían en frente.

—¡Qué precioso panorama! Miren ustedes el monasterio

de Irache, reclinado en la falda de Montejurra, y los campos que siguen en descenso hasta el río. Estella se descubre perfectamente desde aquí: la tenemos materialmente á nuestros pies.

—La plaza de San Juan se ve en gran parte, añadió Rosario; sino que las gentes parecen mucho más pequeñas.

—Y el semicírculo del paseo de los Llanos se dibuja perfectamente, indicó María del Puy.

—La que se ve muy bien, es la Iglesia de San Pedro, repuso Adolfo.

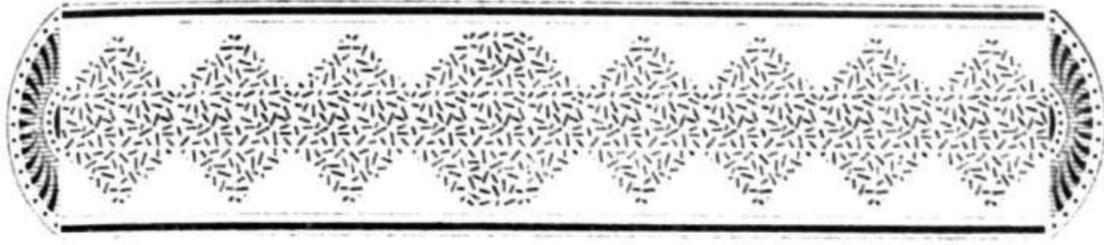
—Verdaderamente que es hermosa vista, repitió Nicanora.

—Pero nuestro país es más grandioso, le dijo á media voz Luis á Marieta.

Esta asintió con una leve inclinación de cabeza.

De regreso á la Ciudad, dieron unas vueltas en el paseo del anden, aguardando la hora de la cena, despidiéndose después hasta la función que al día siguiente se hacía á la Virgen.





XXIV

REPARTO DE PREMIOS

Celebróse la misa á las ocho de la mañana, con no menor concurrencia que la que había asistido á la salve, pero yendo las pollas mucho más vestidas, á fin de presenciar luego el reparto de premios escolares, que se verificaba á las diez de la mañana en el Teatro,

Consistía este en una sala rectangular, en cuya parte posterior, y á la mitad de altura, había un segundo cuerpo con gradería destinada al público, que tenía subida independiente. El escenario disponía, además de la comunicación interior, de escaleras laterales á las que se habrían dos tribunas descubiertas, que solían ocupar personas de viso. En el escenario, una larga mesa cubierta de libros, juguetes, diplomas y regalos: á lo largo de ella y en sus flancos, asientos para las Autoridades y Junta local de instrucción.

En los pasillos y cuartos interiores pululaban los niños y niñas, ataviados con sus mejores vestidos, al rededor de sus maestros, que aguardaban el turno de presentación.

Se entraba en la sala con papeleta, pero se hacía algo la vista gorda con las personas de cierta categoría.

En breve quedó lleno el local y dió principio el acto.

Los niños se acercaban á la mesa, hacían una inclinación de cabeza, ensayada de antemano; recibían el premio de manos del Sr. Alcalde, contestando con el sacramental «mil gracias» se retiraban unos pasos yendo de espaldas, otra inclinación de cabeza, y por la escalerilla de la izquierda bajaban á reunirse con sus madres y parientes, que los habían seguido atentamente en el desfile, riendo ó sonrojándose, según los temperamentos, si habían estado poco felices en el saludo; y denotando su gozo cuando habían salido airosos de tal empeño.

¡Y ahí era nada la ceremonia! Desprenderse de entre los bastidores del grupo de la escuela al proclamarse su nombre, y avanzar sintiendo que cientos de ojos le seguían desde la sala, y que al otro lado todos aquellos señores le aguardaban á él, á él solo, era para poner espanto en el ánimo mejor templado. Se notaba en muchos un momento de indecisión, cual si la luz que de lleno los hería, la multitud de semblantes, y aquella mesa cubierta de juguetes, los deslumbrara; pero la vista del compañero que se retiraba, ó la voz del maestro que suavemente le decía «la cabezada,» los volvía á la realidad, y avanzaban intrépidos saliendo lucidamente de la prueba.

¡Cosa extraña! Las niñas más tímidas por naturaleza, eran las más seguras de sí mismas; las que saludaban con más gracia y aplomo, y se retiraban con más orden y acierto. Los muchachos eran más atolondrados é irreflexivos; pero por lo general cumplían bien su cometido.

Alguna vez uno ú otro daban la cabezada al público, repitiéndola ante las Autoridades; y sinó, la daban estas por recibida; ó impresionados por el espectáculo se les iba

el santo al cielo, y en vez de la inclinación de cabeza se santiguaban ó hacían una genuflexión; ó quién daba los pasos atrás tan excesivos que llegaba al borde del escenario, á peligro de caer; ó quién, al recoger el bonito caballo que le había correspondido en premio, maldito si se acordaba de las *gracias*, y apretándolo bajo el brazo echaba á correr entre las risas de los espectadores.

Sucedíanse las «mil gracias,» con el melodioso timbre de voz de los niños, y el argentino de las niñas; hasta que un pequeñuelo, desde un lado del escenario y asistido de su maestro (oculto á la vista del público, pero dispuesto á ayudarle si se cortaba), recitaba con adecuados ademanes alguna tierna poesía, premiada siempre con calurosa salva de aplausos.

Y así se sucedían las escuelas, ofreciendo un espectáculo á que, dentro de su monotonía, daban incesante variedad las actitudes de los niños y la expresión de sus simpáticos semblantes. ¡Qué aposturas tan naturalmente gallardas; qué ojillos diáfanos, sonrientes, luminosos, á que se asomaban aquellas almas llenas de candor; qué alegría cuando el objeto que se les entregaba llenaba sus deseos; qué efusión arrojarle en brazos de sus madres, que los cubrían de besos, y verse saludados por amigos y vecinos, á quienes enseñaban con orgullo el bonito estuche de costura, la linda caja de juguetes, el elegante libro de preciosas estampas, ó el rompecabezas de los recortados mapas! Pero ¡qué decepción, qué tristeza la del que sólo había obtenido la sencilla pelota ó el simple acerico; y qué envidia les daban los más afortunados!

María del Puy se esforzaba en consolar á los que estaban en tal caso.

—Pues si es precioso el acerico! Ya verás cuando en él claves las agujas qué buen efecto hace!

Y desprendiéndose de la mejor, la dejaba prendida en el mullido, dando un beso á la niña, que sentía aminorada su pena al ver que una señorita tan elegante elogiaba su pobre obsequio.

—No puede haber para todos, repetía á otro niño. Pero ya verás el año que viene qué premio tendrás como te apliques. Porque vas á estudiar mucho y á portarte muy bien, verdad?

—Si ya he estudiado este año...!

—Pero en el que viene has de trabajar más todavía, y esforzarte en pasar á tus compañeros; ¿me lo prometes?

—Si señora.

—Pues vé á mi casa, y yo te daré por adelantado el premio: pero cuidadito con faltar á la palabra, que tengo un pájaro que todo me lo cuenta.

—¿Iré en seguida?

—No, hijo mío; no vayas hasta mañana, que aun tengo que comprar el juego de bolos con que quiero obsequiarte.

Y el niño, loco de contento, se colgaba de su cuello, escapándose después á contar á sus hermanos la feliz aventura.

Luis, que no quitaba ojo de la joven, se sentía conmovido.

¡Qué corazón tan hermoso, pensaba, y cuánta ternura encierra! Con todos es magnánima y generosa; solo para mi infortunio no tiene compasión. Solo yo soy desgraciado..., murmuraba entre dientes.

—¿Decías algo?, le preguntó Marieta, que escuchó conlusionamente su acento.

Y Luis, aproximándose á su oído, le contestó:

—Yo daría la mitad de mi ser por verme consolado como ese niño; pero la compasión no llega á mí...

—Tan desgraciado eres?

—Mucho.

—No sé por qué; pero no ignoras que tú y todos podeis contar conmigo en lo que esté de mi parte.

—Lo sé. Puedo esperar la compasión que todos; la que no se niega al infortunio del más desconocido, del más indiferente.

—No es eso. Quiero decir que si á todos les favoreciera, con mucho más motivo á tí, con quien me unen lazos tan estrechos. Pero ni atino con tu mal, ni es fácil remediarlo, no sabiendo en qué consiste. Aun está pendiente la explicación de tus enigmáticas palabras en el balcón de mi casa, en que quiero creer que no sabías lo que decías.

—Pues yo te la prometo; te abriré hasta el último pliegue de mi corazón; y ¡quiera Dios que de ella no resulte mi completa ruina!

—Jesús, qué exageraciones!, se limitó á contestar la joven, que se quedó pensativa.

Adolfo, que estaba al otro lado del banco, al lado de Justina Echarri, no había logrado pescar una sílaba de este aparte, que lo tenía en ascuas. No se engañaba en sus temores de que trataban de algo íntimo y personalísimo.

—No hay tiempo que perder, se decía. Hay que aprovechar las fiestas para obtener el sí de Marieta. Luis es mal enemigo y es preciso adelantarse. Y el muy posma no la deja á sol ni sombra, prevaliéndose de su parentesco y de la delegación de su padre. Y luego, las de Pomares, las amigas de la casa, que estorban toda coyuntura... Pues hay que buscarla, y pronto.

La fiesta escolar tocaba á su término.

Un vocal de la Junta pronunció sencillo discurso enaltecendo las ventajas de la educación, animando á los niños á perseverar en el estudio, y excitando á las familias á

que secundaran los esfuerzos de los celosos profesores á quienes estaba encomendada la bienhechora tarea de moralizar é instruir á la infancia.

Un coro de niños, á los acordes de la música, entonó el himno de despedida, y el Alcalde se levantó de su asiento, moviéndose en tropel los que llenaban la sala.

Aprovechando Adolfo aquella confusión se acercó á María del Puy, y deslizó á su oído estas palabras:

—Me es preciso hablarte en la primera ocasión: te lo pido de rodillas.

Y sin esperar respuesta se confundió entre los grupos.

Quedóse turbada Marieta. De sobra comprendía ella de qué querían hablarla Adolfo y Luis: de sobra comprendía sus mutuos recelos, y la nube de odio que había venido á turbar la amistad de ambos jóvenes; era preciso evitar que aquella nube estallara: pero ¿cómo, Dios mío?

En otra ocasión le hubiera halagado sentirse amada; porque no había duda; los dos la habían hecho objeto de su afecto, pero le aterraba que sobreviniera la explosión. Sabía la vehemencia de Adolfo; la firme energía de Luis; y cualquier imprudencia, una palabra poco meditada, podía hacer saltar la chispa, que produjese la conflagración que venía preparándose.

Y si esta ocurría, sobrevendría el escándalo; la reyerta, quizás el desafío, acaso acaso la muerte de alguno. A todo trance había que impedirlo, y para ello lo mejor era huir toda ocasión de confesiones. Después, Dios diría. Malo había de ser que no se encontrara remedio.

El caso era que Adolfo estaba decidido á abordarla. Ya se lo había anunciado, y capaz sería de atropellar por todo hasta hacerse oír.

Y Luis? Le había prometido escuchar su explicación; ella misma le había excitado á darla.

¡Qué compromiso, Virgen Santa! ¿Qué ocurrencia tan fatal les había dado á los dos de fijarse en ella? Y ¿cómo salía de esta situación sin herir al uno ó al otro, y sin poderlo temer todo de la sombría tristeza de Luis ó de la fogsidad de Adolfo?

Sumida en estas reflexiones, apenas se daba cuenta del concurrido paseo que á la salida de los premios se había formado en uno de los andenes de la plaza, y al que maquinalmente asistía.

Tomando parte escasa en las conversaciones respondía con monosílabos á las preguntas, llamando la atención de sus amigas.

—¿Qué te pasa que estás tan ensimismada? le interrogó Rosario.

La joven se estremeció; temió que hubieran leído en su frente los pensamientos y congojas que le asaltaban, y procurando disimularlos, contestó:

—Dispensad, pero ya sabéis mi pasión por la música, y la pieza que están tocando es de muy melódico efecto.

—Me parece que eran otras melodías las que tú escuchabas, y sin quererlo te he sobresaltado... le replicó Rosario, para quien no había pasado desapercibida la impresión de la otra.

Ruborizose Marieta, que desplegó su abanico cubriendo disimuladamente su cara, y replicó:

—Sobresaltos tú? Nunca me causas mas que placer al oír tu voz...

—Muchas gracias; pero no nos prives de la tuya, que es mucho mejor.

Y por sus adentros se decía: no me engañas: lo voy moros por la costa, y poco he de poder ó he de descubrir lo que pasa por ahí dentro.

María del Puy había hecho un esfuerzo, y cuidó desde

entonces de seguir la conversación, no dando lugar á nuevas advertencias.

Bien podía decirse que el todo Estella elegante estaba allí, llenando el portal en el que se habían formado dos filas que daban la vuelta en sentido inverso; de modo que era una revista multiplicada.

En estos encuentros se desprendía á lo mejor una pareja de jóvenes que venían á abrazar á sus amigas, ó uno ú otro pollo que se acercaba sombrero en mano á saludarlas, y dar alguna vuelta en su compañía.

No era nuestro grupo de los menos visitados, siendo la pollita amescoana objeto de continuos agasajos, que acreditaban las muchas simpatías que despertaba.

—No te quejarás de que no te echan flores, le indicó maliciosamente Rosario. Nos desbancas, hija; pero me alegro. Los estellesees acreditan su buen gusto.

—Bah! Los desocupados se entretienen en decir frases á todas; pero ese culto constante y á una misma, es natural que lo tengais vosotras. Las forasteras no estamos más que de paso, y por eso mismo nos dedican con preferencia sus galanterías.

Por ahí se empieza, y en todo hay sus grados. ¿No es verdad, Justina?

—Ya lo creo, contestó la interpelada. Si esto es un jubileo en obsequio á María del Puy; pero algo nos toca.

—Vamos, que tu no tienes que quejarte, le replicó Rosario. ¡Bien rendido y acaramelado tienes á Crespo!

—Pues ¿y tú con Juanito, que es tu sombra? Míralo cómo te contempla, desde esa columna. Sácalo de penas, mujer: házle siquiera una seña.

—¡Hola, hola! repuso Marieta; y qué guardadito lo tenías. Ya barruntaba yo algo, al ver lo que rondaba la casa.

—¿Quién sabe por quién será?, replicó Rosario, que no se dió por disgustada de la suposición.

—Vamos, házte de nuevas; insistió Justina. Como si no supiéramos que el muchacho te sigue á donde quiera que vas. Yo soy más franca, y no niego lo que siento.

—Es que tu estás para casarte. De ver sería que fueses á negar relaciones tan formales; pero yo no tengo compromiso alguno: puedes creerlo.

—Y Marieta? Me figuro que ya estará interesada por alguno: sinó, ocasión tiene de escoger.

—Ya ha escogido, insinuó Rosario.

—¡Qué invenciones! le replicó la joven.

—¡Como si no lo hubiera conocido! Si esas cosas no se pueden ocultar!: bien segura estoy de lo que digo.

—Pues sabes más que yo. Conque así, cuenta, que me conviene estar enterada.

¿Cómo es mi novio? ¿Es alto? ¿Rubio ó moreno?

—Prefiero que lo digas tú: así tendrá el mérito de la sinceridad.

—Pero si no tengo relaciones con nadie ¿cómo voy á declararlo? Por eso deseaba saber tus conjeturas...

—No son conjeturas sino realidades, y no tardaré en satisfacerte.

—Quedamos en ello.

En aquel momento se acercó Luis, que les anunció que en la pieza próxima tocaría la gaita á una con la música.

—Verás como te gusta. Estas señoritas serán también de mi opinión.

—Es cierto: hace muy buen efecto.

Y así era: la gaita, tocada con gran afinación y limpieza, se destacaba, vibrante y clara, pero de un modo muy agradable. No era el instrumento penetrante y chillón que vulgarmente se conoce: había en él efectos, dul-

zuras, matices y tonalidades que no se hubieran sospechado, y que la habilidad del profesor arrancaba de él.

Pero al llegar el solo, en que aquellas rapidísimas notas hendían el espacio, encadenándose sin confundirse, resonando con precisión admirable y maravilloso gusto, quedóse suspensa la joven. Después, la gaita, como si pudorosamente se ocultara, callaba, asociándose brevemente á los acordes de la música; y cuando, después de algunos compases, volvía el solo, la gaita lo atacaba con valentía, repitiéndolo con igual delicadeza.

Un entusiasta aplauso, premió la esmerada ejecución del gaitero, y María del Puy prorrumpió también en un sonoro bravo.

—Ya sabía que te había de gustar, le indicó Luis. En las fiestas de Pamplona este mismo gaitero tocó en la plaza de toros con una música militar, y hubo que repetir la pieza para escuchar los solos de la gaita, que había sido una revelación para muchos.

—Tú lo has dicho: una verdadera revelación, como lo es para mí. Nunca hubiera creído que de ella se pudieran obtener tales efectos.

—¿Pues qué dirías si la oyese en un salón?

—¿La gaita como música *di camera*? Permíteme que no lo crea. Necesita el aire libre, el espacio, la plaza; y aun es más propia de las montañas, lanzando sus agudas notas en plena atmósfera, para extenderse por valles y cañadas, despertando los ecos de los montes.

—Así lo creía; pero persona inteligente, que ha tenido ocasión de oír al gaitero en su casa, tocando con una boquilla especial, por él mismo construida, me ha asegurado que es entonces un instrumento suavísimo y de unos matices inusitados. Me recomendó que no dejase de oírlo si se me presentaba ocasión.

—Con otra boquilla, tal vez, porque todo puede creerse de la habilidad de estos músicos; pero no lo hubiera sospechado.

—Ahí veréis si también en Estella tenemos cosas buenas, terció Nicanora. Y aguarda, que aun no lo has visto todo.

—Ya lo creo. En algo se ha de conocer la ciudad, como decimos en nuestros pueblos. Los aldeanos siempre venimos á aprender y admirar.

—Vaya con la aldeana, que da quince y raya á las señoritas de mejor tono. Si todas las aldeanas fueran como tú y tus acompañantes, la ciudad se quedaría muy atrás de las aldeas.

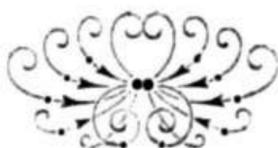
—De Adolfo no digo, porque es un madrileño acostumbrado á la Corte: pero yo, que no salgo de mi pueblo, estoy muy poco al corriente de los usos, y más de una vez necesitaré de vuestra caritativa ayuda.

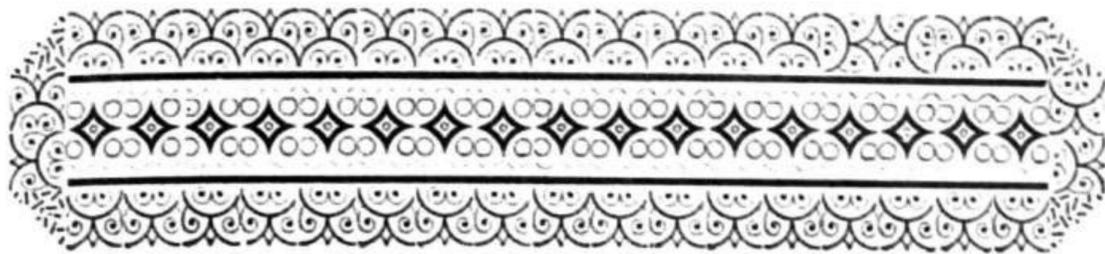
—Lo mismo digo, añadió Luis. Cuento con su consejo cuando me haga falta, porque allí en Zudaire ni tenemos reuniones, ni sociedad alguna.

—Queda convenido; pero apostaría cualquier cosa á que una y otro podrían dar lecciones de buen tono y corrección.

—Niñas! gritó entonces D.^a Lamberta que con Adolfo y Justina venían detrás. No nos hagamos esperar; son las doce, y D. Cristóbal y vuestro padre nos estarán aguardando.

—Vamos allá. Y despidiéndose de lejos con la mano, de las demás familias, tomaron la dirección de su casa.





XXV

PASEO CONCURRIDO

LUIS y Adolfo estaban invitados; y como doña Lamberta había hecho algún extraordinario, tenía prisa de dar una vuelta por la cocina, con tiempo á remediar cualquier torpeza que hubieran podido cometer las criadas.

—Si me habrán asado bien los capones! No les he encargado otra cosa. ¡Quiera Dios que no hayan estropeado la salsa mayonesa! Estaba en brasas; pero ya se ve, una no puede acudir á todas partes; y estas niñas no se cansan de dar vueltas y más vueltas; y todo para qué? Para oír cuatro piporrazos. Pero ¿cómo las abandonaba? Había que morir al palo. En fin; veremos lo que sale, y cómo nos sirven con tantos convidados.

A este monólogo de D.^a Lamberta, correspondía otro muy distinto por parte de María del Puy, agitada por las ideas que le atormentaban; y á su vez Luis tenía también su soliloquio, en que la imaginación se le iba por otros caminos.

—Es inútil que quiera competir con Adolfo, pensaba.

El tiene soltura, elegancia y buen humor, que á mí me faltan. Siempre encuentra algo con que entretener á las jóvenes, que naturalmente apetecen su compañía; mientras que yo me violento para seguir sus conversaciones, y no puedo ofrecerles más que esta tristeza avasalladora, infiltrada hasta la médula de mis huesos. Y es claro, en la comparación salgo muy mal librado. Lo reconozco; él tiene atractivos de que yo ¡pobre de mí! carezco en absoluto; y es justo, sí, es justo que las muchachas se cansen de mi compañía y apetezcan la suya. Pero Marieta es otra cosa: ella no debía fijarse en superficialidades; estaba en el caso de distinguir el metal brillante, pero falso, del oro fino, por empañado que esté; y comprender que mi cariño es de oro puro, oro de ley, ya lo creo; mientras que el de Adolfo se queda á cien leguas.

Pero ellas no pueden estar dentro de cada uno, y juzgando por el exterior me lleva Adolfo gran ventaja. El se luce y cautiva á todos: yo no puedo menos de enojarles, haciéndome cargante y antipático. Ah ¡las fiestas, las fiestas! ¿Para que habremos venido? Con razón temía que habían de ser motivo, de que él brillára, y yo me eclipsase más y más...

Afortunadamente para D.^a Lamberta, los guisos estaban á punto, y la comida no se sirvió mal. Por otra parte los convidados no fueron exigentes: el más difícil de contentar era D. Julián, que tenía sus puntas y ribetes de gastrónomo, gustándole comer bien; pero D.^a Lamberta, que sabía su flaco, lo había previsto, poniendo abundantes postres de leche, para que no gruñese.

Sirvieron el café las hijas en una habitación inmediata que con los cigarros, pronto se llenó de humo. En vano buscó entre tanto Adolfo una ocasión propicia para hablar

con María del Puy. Esta la evitaba cuidadosamente, y Adolfo maldecía su mala estrella.

Breves instantes se quedó sola asomada al balcón donde estaba con Rosario, que había entrado un momento en la habitación llamada por su padre. Aprovechando aquel corto intervalo, Adolfo se dirigió al balcón, y apoyándose en la barandilla le repitió su súplica, encareciéndole lo urgente y preciso que le era hablarle.

—Constantemente estamos reunidos, repuso la joven; así es que no me explico el capricho.

—Necesito hablarte á solas. Aquí es imposible, como vés.

En efecto; Rosario volvía al balcón, entablándose una conversación indiferente.

—Ya marchan los gigantes, gritaron á los que estaban dentro.

—Eso es señal de que el Ayuntamiento acude á la iglesia de San Pedro, para asistir á las visperas de San Andrés; indicó D. Julián. ¿Quiere usted que vayamos don Cristóbal? No nos vendrá mal despejar un poquito la cabeza.

—Hombre ¡Hará mucho calor. Son las tres y el sol caerá á plomo.

—Todo es cuestión de sufrirlo un poco al pasar el puente del azucarero; pero, en lo demás, la calle Mayor, está en sombra, y los plátanos de la plaza de S. Martín, y los muros de la subida de San Pedro, nos la proporcionarán. Y lo que es en la iglesia estaremos más frescos que en ningún lado.

—No respondo de dar alguna cabezada; insinuó don Cristóbal.

—Por eso no se apure usted, que no le faltarán acom-

pañantes. Nos sentaremos en un rincón debajo del coro; y en todo caso nadie lo notará.

—Pues vamos allá: desentumeceremos las piernas.

—¿Quereis venir vosotras?

—No, papá. Estamos citadas á casa de Justina, donde nos reuniremos con otras amigas, para ir juntas á los Llanos.

—Corriente. Ahí os quedais. ¿Vamos, D. Cristóbal?

María del Puy entregaba el bastón y sombrero á su padre.

—No tardes, papaito. Y haciéndole una caricia, añadió: No me encuentro sin tí. No sabes la falta que me haces...

Algo extrañaron á D. Cristóbal estas palabras, pero no les dió gran importancia; y se marchó con su amigo.

Las jóvenes se entretuvieron en hojear álbunes de retratos.

Después fueron á vestirse, y Adolfo y Luis al Casino, quedando en que acudirían á los Llanos á la hora del paseo.

Cuando María del Puy y sus amigas se preparaban á ir á casa de Justina llegaron D. Cristóbal y D. Julián.

—A tiempo vienen ustedes para que nos acompañen. ¿Qué tal lo han pasado? ¿Ya se han concluido las vísperas?

—Ahora mismo, y no han sido poco solemnes, manifestó D. Cristóbal. El organista se ha lucido en las improvisaciones de los versículos. Se conoce que quería que el Ayuntamiento y el Cabildo se dieran cuenta de sus caprichosas fantasías, que ha variado hasta el infinito.

—Y ¡qué bien se dormía con ellas! repuso D. Julián.

—No lo ha hecho usted mal. Buenos ronquidos daba, acompañando al órgano.

—¡Qué vergüenza, papá!, exclamó Nicanora.

—Y yo ¿qué culpa tengo? Ya procuraba estar despierto!

pero los ojos se me cerraban, y la cabeza me pesaba como si fuera de plomo. Sudaba el quilo por sostenerla en su sitio; pero ¡qué si quieres! Se iba por un lado, y cuando lograba enderezarla, caía por el otro, y en esta brega, ella ha podido más...

—La brega con lo que la tenías era con el capón, y los chipirones, y las natillas de que llevabas atiborrado el estómago, le increpó D.^a Lamberta.

—No digo que nó, porque me subían unos vapores que me enturbiaban la vista; pero no es mía la culpa. Después de todo, hemos cumplido como buenos rezándole á San Andrés.

—Pues mira, si te has despejado, podías acompañar á estas á casa de Justina, y yo me quedaría cuidando de la nuestra.

—Yo también voy, indicó D. Cristóbal.

Al pasar por la plaza se encontraron con el baile de los gigantes que al son de la gaita se verificaba delante de la Casa Consistorial, y se detuvieron á presenciarlo.

Aquello si que era jota: las parejas de reyes se habían puesto en facha una frente á otra, y llevaban el compás admirablemente, midiendo las distancias y ajustándose á las reglas y al más puro estilo de la jota navarra. Claro que faltaba la agil sacudida de piés y el airoso meneo de brazos; pero en lo demás era una jota en toda regla, con unas vueltas precisas, y tan bien medidas las distancias que, al concluirla, guardaban los cuatro las que tenían al principiar el baile.

—Consumados danzantes tienen que ser los conductores de esos figurones, dijo D. Cristóbal.

—Ya lo creo, contestó D. Julián. En mis tiempos también me las hubiera apostado con el mejor bailarín; pero

aquello se acabó, amigo mío. Ya solo le quedan á uno alifafes y goteras.

—No es tan difícil moverse con desembarazo; lo peliagudo es llevar sobre los hombros ese armatoste, y bailarlo con soltura y compás. Se requieren fuerza y agilidad combinadas.

—Y buen oído, repuso D. Julián. Mire V. á los bailarines; ya salen por bajo de las faldas de los gigantes.

—Si son unos muchachos!

Pero esto se ha terminado; vamos á dejar las pollas en casa de su amiga.

Con Justina Echarri estaban otras; la de Benitez, una morena bien formada, que arrastraba las *eses* al hablar; las remilgadas señoritas de Arroyo con su hermano Ramiro, estudiante de leyes, que charlaba por los codos. No faltaba más que una prima de Justina, hija de un comerciante en lanas, llamada Juanita Pinillos, que había de ir con otra forastera de Puente la Reina, Carmen Ansuarez, muchacha muy animada y dispuesta siempre á seguir una broma.

Llegaron por fin, y después, de tomar un refresco, fueron todos al paseo de los Llanos, en unión de D.^a Remedios, madre de Justina; una señora alta, seca, huesuda, como de unos 50 años, de gesto avinagrado, con una enorme berruga junto al ojo derecho, que contribuía á darle aspecto de displicencia y desagrado.

El paseo estaba concurridísimo y elegante: mucho sombrero, muchos trajes nuevos y no menor afán de exhibirlos.

Adolfo, Luis y Juanito Gomez, novio de Rosario, se acercaron al grupo.

—¡Cuánto han tardado ustedes!, indicó Adolfo. Todo era mirar, y nunca asomaban.

—Pero llegamos á tiempo, porque el paseo está en todo su esplendor.

—Lo ha recibido al llegar ustedes, dijo melosamente Juanito Gomez, que había logrado colocarse al lado de su novia.

—Gracias por la lisonja. Sinó por la clase, lo que es por el número es buen refuerzo el que hemos traído, manifestó Nicanora.

—Por el número, por la distinción y la hermosura, repuso inclinándose Ramiro Arroyo.

—Esto se entiende con la debida salvedad, dijo Adolfo por lo bajo á Nicanora, que estaba junto á él; porque supongo que D.^a Remedios no entrará en la cuenta.

Doña Remedios, que pescó su nombre, aunque sin entender bien lo que decía el joven, le preguntó con cierta escama:

—¿Qué decía usted de mí?

—Decía á Nicanora, se apresuró el joven á contestar, que debe usted sentirse orgullosa de tener una hija tan bella, y es muy justa la satisfacción que ha de sentir al presentarla.

—Favor que usted le hace.

—No señora; justicia imparcial.

Y reanudando Adolfo su conversación con Nicanora, volvió á decirle por lo bajo:

—Pero ¿ya es seguro que Justina es hija de D.^a Remedios?

—Pues, hombre ¿de quién ha de ser?

—Hum ¡para mí, esa rama no ha brotado de tal tronco.

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Si le oyera D.^a Remedios!

—No puede oirme: pero vamos, yo no estaría muy seguro de tal maternidad. No he visto nunca que salgan ruisseñores del nido de una lechuza...

La joven se puso seria, haciendo un gesto de desagrado.

Comprendiendo Adolfo que se había excedido, añadió:

—No lo digo por faltar en nada á D.^a Remedios ¡libre-me Dios! Si no que no deja de ser extraño que una señora que, hablando en plata, es la estampa de la fealdad, haya dado á luz una niña tan bonita. Se han dado casos de sustituciones; de amas que han cambiado una criatura por otra.

—D.^a Remedios crió por si misma á su hija, replicó severamente Nicanora.

—Pues no se hable más; pero es una suerte para Justina tener tal madre, que será la misma perfección moral, pero en lo físico no es ninguna Venus; y así resulta mayor el contraste.

En aquel momento acercóse Crespo, el novio de Justina, y como eran muchos, se fraccionaron en grupos.

D. Cristóbal y D. Julián fueron á sentarse á un banco, anunciando que se marcharían después que la música tocase una pieza.

D.^a Remedios, su hija y Rosario, los novios de estas y la de Benitez formaron una sección.

María del Puy, Nicanora, Ramiro Arroyo, Adolfo y Luis, formaban otra, de la que podían considerarse un apéndice las señoritas de Arroyo y Carmen Ansures, que seguían detrás, tomando á veces parte en la conversación.

Hablaban de las fiestas, y de lo que se preparaba.

—Mañana no faltará usted á la entrada, le dijo Nicanora á Ramiro. Siempre ha tenido usted afición á los cuernos.

—Distingo, repuso Ramiro. No todos me entusiasman. Las corridas de toros, si son buenas, no las perdería por nada de este mundo. En Madrid no dejo una; pero las

vaquillas no me resultan. Como no hay otra cosa, es preciso apechugar con ellas; y en esta parte de las fiestas, la entrada es lo más interesante.

—Y ¿piensa usted correr en la entrada?

—Como todos los años; más ó menos, raro es el joven que deja de hacerlo. ¿Vendrán ustedes? preguntó á Luis y Adolfo.

Adolfo prometió asistir. Luis se encogió de hombros limitándose á un:

—No lo sé: tal vez vaya á dar una vuelta.

—El caso es correr ante las vacas, recalcó Ramiro; allí se acreditan las piernas y el arrojo.

—No veo la necesidad. En fin, si cuando esté en la calle entran las vacas, correré; si para entonces he terminado mi vuelta, las veré pasar desde un balcón.

—El balcón para las señoras; el arroyo para los hombres, dijo Adolfo con arrogancia.

—¡Bravo!, terció Carmen Ansurez, mezclándose en la conversación.

—¡Qué! ¿Cree usted que no correré delante de las vacas? Pues usted lo verá.

—Si precisamente celebraba su arrojo! Lo ha dicho usted con un coraje, con un fuego...

—Me parece, Carmencita, que se está usted burlando de mí...

—Nó; de ninguna manera.

—O por lo menos, que pone en duda mi valor; pero á los hechos me remito; mañana verá usted mis proezas.

—¿Hay peligro para los corredores? preguntó María del Puy.

—Peligro serio, peligro inminente, nó; contestó Ramiro. La exposición mayor está en caer; no solo por temor á un derrote de las vacas, sino por ser pisoteado y magullado

por ellas, y por los que corren detrás hostigándolas. Fuera de esto, los animales van tan atropellados, que casi no se fijan en quiénes están quietos; y se da el caso de que alguno, rendido de correr y sin fuerzas para seguir adelante, se ha quedado en el quicio de una puerta, y las vacas han pasado sin herirle ni mirarle siquiera.

—Y si alguna llega á fijarse en él y le acomete?

—Es probable que lo pasara mal, pero no acontece. Además hay muchas puertas abiertas que sirven de refugio.

—Cuenta usted con la nuestra, Adolfo, dijo Carmen Ansurez.

—Y con la nuestra, repitió Nicanora.

—Muchas gracias por el ofrecimiento.

—Sobre todo, cuidado con no caer...

—Para eso, lo mejor son alpargatas, repuso Ramiro; yo siempre las uso en las entradas.

—Lo que es por preparativos no se queda corto Ramiro, observó una de sus hermanas. La noche antes hace que le pongamos en su alcoba la gorra y alpargatas, y hasta nos pide un cinturón para ceñirse la americana.

—Hace bien, dijo María del Puy. Más vale prever que remediar.

—Nunca ocurren desgracias en la entrada...

—No hay que fiarse, indicó Nicanora. Al fin se trata de vacas bravas, acostumbradas á la lidia, y lo cierto es que raras son las fiestas que terminan sin heridos que pasen al hospital, y á veces ha resultado algún muerto.

—Y ¿á qué hora es la entrada? preguntó Marieta.

—Temprano: á las siete. Desde nuestra casa se ve muy bien, porque como hace esquina, coge gran parte de la Calle Mayor, y toda la que conduce hasta la plaza. ¡Si V. quiere venir, Carmen, ya sabe el gusto que tendríamos!

—Muchas gracias; pero como estoy en casa de Benitez, que está también en la carrera, extrañarían que los abandonase.

—Y esta noche ¿desde dónde vais á ver los fuegos? preguntó Ramiro Arroyo.

—Ha alquilado papá un balcón en la plaza; de modo que también allí habrá sitio, y lo mismo para las corridas.

—¿Pues no ibais otras veces á casa de Laguna?

—Sí; pero como este año esperábamos á María del Puy con su papá, el nuestro creyó lo mejor disponer de un balcón, para estar con desahogo.

—¡Cuántas molestias os traemos!, observó Marieta. No sé cómo pagaros vuestras atenciones.

—Miren quién habla. ¡Y cuando estuvimos en Eulate se desvivía en proporcionarnos comodidades. Y que lo pasamos en grande!

A todo esto, D.^{na} Remedios, Rosario y Justina, con Gómez y Crespo, habían venido á juntarse con los demás.

—Ya es hora de cenar, si hemos de asistir á los fuegos.

—Todavía está animado el paseo, observó Juanito Gómez á quien dolía separarse de Rosario.

—Nó, dijo D.^a Remedios. Van desfilando algunas familias, y quiero dejar á estas pollas en sus respectivas casas.

Así lo hicieron, despidiéndose unas de otras con un «hasta luego.»





XXVI

SIGUEN LAS FIESTAS

LA colección de fuegos artificiales no fué superior, presentando un doble aspecto; lluvia de chispas, abajo, y densa columna de humo, arriba. Había seis piezas con infinidad de cohetes; y, como refirió Adolfo en Eulate, no faltó su figura de movimiento; esta vez fué un amolador dale que dale á la rueda, cuyas doradas luces de bengala describían una circunferencia luminosa que parecía un aro de fuego, y otras bengalas azules trazaban la silueta del afilador, cuya pierna derecha subía y bajaba sin cesar. Ni se olvidó en el artificio final la pintada imagen de la Virgen del Puy, que se desenrolló en el momento preciso de encenderse todos aquellos canutos, de cada uno de los que brotaba un chorro de fuego, y que terminaban con un cañoneo estruendoso, cual de baterías que hiciesen salvas en honor de la Reina de los Ángeles. Hubo también, como remate de otra de las piezas, una potente bengala de larga duración y con cambios de colores, que iluminó toda la plaza, como si el sol hubiera aparecido de repente; pero un sol

fantástico, tan pronto de encendida grana, que hermoseaba á los espectadores, como de un verde que les hacía tomar tinte cadavérico; y que al apagarse dejó la plaza sumida en oscuridad impenetrable, hasta que la vista se repuso.

Una ronda de mozalbetes, entre los que se mezclaba algún hombre hecho y derecho, con las blusas arrolladas al cuello, solía dar vueltas bajo el árbol de la pieza, recibiendo los millares de chispas que caían en forma de surtidor.

En fin, que los fuegos, sinó superiores, eran variados, y no cabía pedir más por la pequeña cantidad que el Ayuntamiento les destinaba.

Los vecinos tomaban también parte en el espectáculo lanzando docenas y docenas de cohetes, que salían de balcones de cafés, casinos y casas particulares; y que, con los que se disparaban desde la del Ayuntamiento y por el pitotécnico desde la plaza, se entrecruzaban en todas direcciones, dejando una estela luminosa y estallando en lluvia de chispas, en luces multicolores que bajaban pausadamente, ó se dividían en brazos que se extinguían con fuerte detonación. Unos cohetes subían rectos; otros serpeaban por los aires; cuáles apagaban su fuego para reaparecer de súbito á larga distancia; cuáles otros silbaban al tiempo de ascender; y no faltaba alguno, de imperfecta construcción ó lanzado por torpe mano, que caía del balcón á la plaza, estallando en ella, ó chocaba en las casas de enfrente, á peligro de saltar un ojo al que menos lo pensara.

La familia de Pomares, en unión de Marieta, Luis y Adolfo, acupaba el balcón alquilado en la plaza, y aprovechando Adolfo el rato de oscuridad que siguió á la exhibición de la bengala, deslizó en el bolsillo de María del Puy un billete que á prevención llevaba escrito.

Más tarde, en una de las vueltas que dieron en la plaza mientras tocaba la gaita, pudo decirle:

—Perdona que haya tenido que dejar caer una esquila en tu bolsillo: no podía resistir más.

La joven introdujo la mano en él y se quedó confusa al sentir la carta entre sus dedos: una llamarada de rubor, al considerar la libertad que se había tomado Adolfo, encendió su rostro. Su primer impulso fué devolvérsela, pero no se atrevió delante de gentes, y se propuso aprovechar una coyuntura en que pudiera hacerlo sin llamar la atención.

Todo el paseo estuvo preocupada, sin hacer caso de las parejas que bailaban con entusiasmo los aires de la gaita.

—¡Qué resistencia tienen estas muchachas! observó D.^a Lamberta. Llevan desde ayer bailando todo el día y así continuarán hasta el último, y todavía querrían continuar. No se cómo hay piés, que resistan ni cuerpos que no esten derrengados. En mis tiempos no era menor la afición, pero había otras costumbres: no bailaban tan agarrados como ahora, sino los cuadros y bonitas figuras de la gaita; pero esto se ha perdido, y ya no quedan ni restos del baile clásico, tradicional, tan interesante como respetuoso.

—Pues es lástima, significó Luis, que se cambien las costumbres propias, lo que dá fisonomía peculiar á un pueblo, por novedades exóticas y menos bellas. Sin el culto de la tradición las razas decaen, porque quien no conserva los usos de sus mayores acaba por perder sus rasgos distintivos, confundiéndose con los demás.

—No puede condenarse á un pueblo á perpetuo estancamiento: las petrificaciones en la historia como en la naturaleza son la muerte; arguyó Adolfo.

—No me opongo al progreso, al comercio con los

demás, ni á la mejora y desenvolvimiento de las cosas, pero aliándolo con la índole de nuestro pueblo, con el espíritu de sus leyes y costumbres, con el hermoso carácter de nuestra raza, Es un dolor ver cómo se ha olvidado nuestra lengua quedando como extranjeros en nuestra propia casa: los nombres de nuestros términos, ríos, montes y heredades; los de nuestras poblaciones; nuestros mismos apellidos, tan expresivos en vascuence, han perdido para nosotros su significado: son nuestros mayores que nos hablan por su conducto, condensando en una palabra feliz, la historia de las cosas ó su descripción, pero nosotros ya no los entendemos, y esto debiera avergonzarnos. No sé qué daría por ver restaurado nuestro idioma, que en todas partes sería el signo de nuestro pueblo y el lazo más fuerte de unión entre todos; pero no se lo ha cultivado, no se lo ha protegido, y abandonado miserablemente por nosotros mismos, que debíamos haber puesto tanto tesón en defenderlo como afán se tenía en desterrarlo de nuestros hogares, se ha refugiado, adulterado é impuro, en un rincón de nuestros valles. Todos debiéramos saber el euskaro y el castellano; y ¿cuántos son los que hablan la lengua de nuestros abuelos? Un número escasísimo, y al paso á que vamos dentro de poco habrá desaparecido para siempre de Navarra. Nuestros trajes tan pintorescos, tan adecuados en su variedad al distinto género de vida de las zonas de la región, llevan el mismo camino: todavía queda bastante de ellos, pero en vez de fomentarlos, nos esforzamos en seguir los caprichos de volubles y costosas modas, confundiéndonos en una estéril uniformidad. Y lo mismo digo de nuestros bailes y juntas: las Autoridades deberían restaurarlos, ayudando todos á su conservación.

—Si ya no los saben más que unos cuantos viejos!

—Pues yo reuniría á esos ancianos, y les rogaría que, en obsequio á la Ciudad, repitieran sus figuras á presencia de las Autoridades; y excitaría á los jóvenes á aprenderlos, premiando á los que más se distinguieran, y reservando un lugar en cada fiesta para las danzas populares.

—¡Qué apegado es Luis á nuestras cosas!

—Y me ufano de ello. Tenemos un tesoro envidiable de tradiciones y costumbres; timbres de gloria en nuestro pasado, menos conocido de lo que debiera serlo; varones ilustres en santidad, heroísmo y ciencias, que la envidia cuida de dejar en la sombra, cuando no es la mala fe la que pretende arrebatarlos; cantos que recuerdan inmortales epopeyas; garantías en nuestras leyes y principios políticos en nuestras Cortes, que superan á los de naciones que pasan por adelantadas; una fe firme, un sentido práctico, una laboriosidad constante hermanada con frugal sencillez, una honradez á toda prueba, un amor ardiente á nuestra comarca han sido siempre notas distintivas de nuestro pueblo. ¿Qué es lo que á cambio de ellas hemos recibido? El aire exterior nos ha venido emponzoñado y la corrupción de fuera pretende ganar nuestro territorio. ¿A qué darles entrada, si tenemos aquí aire más sano y fortificante, y usos más puros y sencillos? Tomemos lo poco bueno de fuera; trabajemos por engrandecer nuestra región favoreciendo sus adelantos; pero esforcémonos á toda costa en conservar nuestras costumbres, nuestras antiguas virtudes morales, que son el sello de nuestra grandeza, el más alto blasón de este heroico pueblo, tan humilde y tan varonil á la par.

—Tiene razón Luis, exclamó D.^{na} Lamberta. Si todos pensaran como él, otra cosa sería.

—Con más ó menos reflexión todos sentimos lo mismo;

lo malo es que no lo ponemos en práctica...; pero dejemos esto, que con razón podrán decir las pollas que nos hemos metido en honduras impropias de la ocasión.

—¿Qué le parece á V., que nosotras no tenemos también nuestro corazoncito? le dijo donosamente Rosario. Pues yo soy tan navarra como la primera.

—Y yo.

—Y yo; exclamaron á un tiempo Nicanora y María del Puy. Con que ya vé que no nos contrariaba al ensalzar nuestro país. Nosotras no sabremos razonar nuestro sentimiento, pero no cedemos á nadie en amor á la tierra, y siempre hallan eco en nuestro corazón las palabras de quienes la defienden y realzan.

—Pues mientras eso suceda; mientras en el pecho de nuestras madres, de nuestras esposas, de nuestras hermanas, permanezca encendida la llama sagrada del culto al país, no hay que temer. Navarra volverá á ser grande, y sus hijos triunfarán con ella, ó por ella sabrán morir con honor.

Reuniose entonces al grupo D. Julián, que iba en busca de su familia, y enterado de lo que se venía hablando, exclamó:

—Todo eso está muy bien; pero el caso es que cada vez estamos más divididos.

—Divididos en lo accidental; unánimes en lo que es de esencia. Nos divide la maldita política que tiene desgarrada y envilecida á España; pero á nosotros ¿qué nos vá ni nos viene con Cánovas ó Sagasta? Navarros y nada más que navarros, debía ser nuestro lema, dejándonos de banderías políticas, que para nada bueno han servido y menos en nuestra tierra. Si yo fuera la Diputación le diría al Gobierno: «No te cuides de Navarra, que yo te garantizo su tranquilidad y obediencia, con la sola con-

dición de que respetes nuestra fé, nuestros derechos, nuestros pactos, como Navarra los cumplirá lealmente. Y si, á pesar de nuestras protestas, el gobierno persistía en ultrajarnos, en burlarse de nuestros derechos é imponerse por la fuerza, defendernos como un solo hombre.

—No podemos prescindir de tomar parte en la gobernación del Estado; tenemos que enviar á las Cortes nuestros diputados y senadores, que naturalmente han de estar afiliados en un partido ú otro.

—Nosotros debemos elegirlos independientemente de sus ideas particulares, atendiendo sólo á sus condiciones de amor y arraigo en el país, á su probidad, ilustración y entereza, y sernos lo demás indiferente ó punto menos; y nuestros representantes deben limitarse á influir en favor de los intereses generales y de las leyes que afecten á todo el territorio, absteniéndose en las que no nos importan, dejando que los demás arreglen su casa como quieran, y recabando la libertad necesaria para arreglar la nuestra del modo mejor, sin odiosas ingerencias en asuntos que son propios nuestros, exclusivamente nuestros,

—Buena falta hace que cuidemos de ellos, atendiendo á una administración local en que todos sean medidos por el mismo rasero...

—Si señor, pero la cosa no es tan difícil: una compilación breve de las disposiciones administrativas vigentes, sometiéndola á unidad de criterio; una tramitación sencilla y rápida para la que no faltan precedentes, y obligación en el Negociado responsable de su informe, de citar en él el artículo á que se ajuste, ó el principio en que se inspire, bastarían para informar la jurisprudencia; pero todo esto vendría, con solo desterrar la política, y procurar que fuesen al palacio provincial, hombres que no sólo atendieran á lo grande, sino que descendieran á cuidar de las

cosas pequeñas y triviales que forman la vida de los pueblos; que además de recaudar lo necesario para la Provincia, vigilaran solícitamente el manejo é inversión de los fondos de los pueblos, reprimiendo sin contemplaciones todo exceso.

—Mucho quehacer es ese para quienes harto hacen en dejar sus casas, sin más que el honor de regir Navarra con una suma de facultades que en ningún país se encuentra.

—Ni nuestro régimen ha sido nunca ese, ni debe serlo. El gobierno, á pretexto de implantar la unidad constitucional, hizo mangas y capirotos de nuestras instituciones, que han quedado acéfalas, creando una situación que acusa la perfidia ó ineptitud de los gobernantes. Navarra, dentro de la unidad de la patria común española, que aquí nadie ha pensado en atacar, tiene derecho á que su autonómica administración sea perfecta, y á que sus Diputados rindan cuentas de su gestión ante una representación de la Provincia, llamada á establecer los cánones fundamentales de nuestra vida administrativa, que la Diputación no debe hacer más que desenvolver y aplicar.

Así y todo; con la actual organización, absurda y deficiente, y con los daños inherentes á ella y á las debilidades de los hombres, Navarra acredita virtudes excepcionales. Pongan ustedes en otras provincias siete hombres que manejen sus fondos con entera independendencia, que puedan emitir todo el papel que gusten, que á nadie rindan cuentas, y díganme si á los tres meses no se habrían comido la provincia entera. Más de medio siglo llevamos en Navarra de este sistema, sin igual en el mundo entero, y no han ocurrido tales abusos; antes al contrario, los mismos diputados, inspirándose en el deseo unánime de la opinión, suplen en parte esas faltas y crean, ya que no censores, consejeros para su obra. Y cuenta que nuestros

diputados no cobran dietas, de modo que el cargo resulta costoso á quien lo desempeña dignamente, viéndose privadas de aspirar á él personas de excelentes prendas, pero que sobre abandonar sus ocupaciones, se verían obligadas á desembolsos no compatibles con sus medios de fortuna; punto sobre el cual debiéramos fijar nuestra atención.

—No creo que va usted descaminado, terminó D. Julián; pero cosas son estas para meditadas despacio; y como ya es hora de recogernos, las consultaremos con la almohada. Conque, buenas noches, señores, dijo despidiéndose de Adolfo y Luis, que á su vez lo hicieron de los demás, retirándose á la fonda.

Cuando María del Puy se vió sola en su habitación, sacó el billete. El sobre estaba en blanco.

—¿Qué dirá? ¿Qué cosa tan grave ó urgente le obliga á recurrir á este medio? Tal vez fuera lo mejor devolvérselo; pero ¿quién sabe si contiene algún aviso, que más tarde me arrepienta de no haber leído? La impaciencia me consume, y... tengo miedo á la vez.

Después de algunas vacilaciones, rompió con rápido movimiento la fragil cubierta, desdobló el pliego y leyó:

«No puedo más. La pasión que me inspiras rebosa de mi corazón, y antes que estalle acudo á la pluma, ya que mi lengua no puede decirte el amor profundo, avasallador, inmenso, que tus ojos han prendido en mí. Si no lo hiciese acabaría por salir como un loco por las calles, gritando: es mi tesoro, mi ilusión, mi alegría: ¡ay del que pretenda arrebatármela!

Estoy muy lejos de merecerte, lo reconozco; pero más lejos está el pajarillo del sol que lo vivifica, y no es obstáculo para que, ciego de amor, le dedique sus ardientes trinos, sin cuidarse de la distancia que le separa: tu eres también, mi sol, mi astro, mi gloria; déjame enviarte mi

himno de adoración, y correspóndeme con un rayo de tus ojos, con un poco de calor, que no se niega ni al más pobre pajarillo.—ADOLFO. »

María del Puy se quedó meditabunda; y al cabo de un rato releyó pausadamente el billete; lo acercó después á la bujía, le prendió fuego conservándolo cuidadosamente en su mano, y lo soltó cuando la llama, ávida de consumirlo todo, llegaba ya á sus dedos en busca del pequeño pedazo oculto entre ellos, que ardió en el aire.

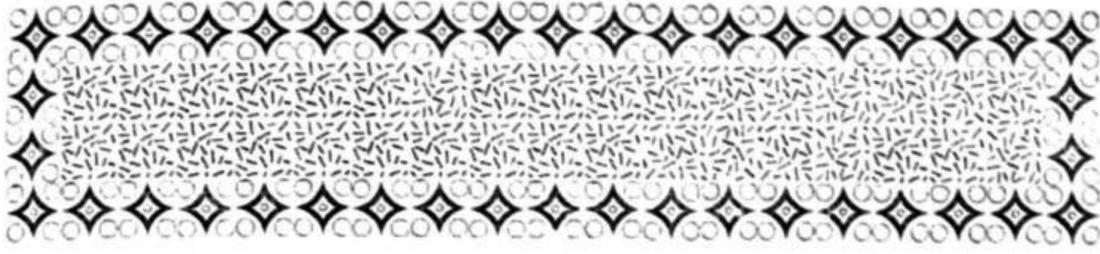
—¡Ojalá que su amor se consumiera como ese papel!, balbuceó la joven. Me da miedo la fiebre que se trasluce en sus renglones. Me gustaría un amor firme, nó los arrebatos de una pasión que en su propia violencia se aniquila.

Esto pasará, como otros amores de Adolfo; pero entre tanto ¿quién responde de que no haga alguna locura? ¿quién me dice que no me ponga en compromisos? De poco ha servido el cuidado con que he huído toda ocasión de confidencias; pero al menos, no es mía la culpa.

¡Si le hubiera devuelto su carta sin abrir! Pero nó; se habría exaltado; habría roto por todo. Vale más que haya tenido este desahogo, y ver de contenerlo sin irritarlo. La Virgen me iluminará.

Acostóse; pero un tropel de ideas acudía á su mente, privándole del sueño; y entre todas, aquella amenaza: «¡Ay del que pretenda arrebatármela!, » pasaba y repasaba por su imaginación sobreexcitada. ¿Era una frase genérica? ¿Iba dirigida contra alguien en particular? En tal caso tenía que ser contra Luis. ¿Habría ocurrido algo entre ellos? ¿Sería esta la causa determinante de su esquila? ¿Hasta dónde podría llegar esa amenaza?

La pobre joven daba mil vueltas á estos problemas, que la fatigaron despierta y la marearon dormida con incoherentes visiones, y horrendas pesadillas.



XXVII

LA ENTRADA DE LAS VACAS

LAS alegres notas de las gaitas tocando la alborada, sacaron de su lecho á la mayor parte de los estellese; y no fué de los más perezosos Ramiro Arroyo, que, calzando sus alpargatas, encasquetándose la gorrita y cifiéndose la americana, acudió á la fonda á llamar á Adolfo, según habían convenido la víspera. Este renegaba en su interior de la dichosa función, pero no había manera de retroceder. Tenía prometido correr en la entrada, y era preciso cumplir su promesa.

No olvidaba los accidentes que, como había dicho Nicanora la tarde anterior, ocurrían siempre en las fiestas, y le estremecía pensar que él pudiera contarse en el número de los heridos, ó de los muertos, que también alguna vez habían ocurrido. En cuanto al peligro más real de que le habló Ramiro, (el de un resbalón en la calle) ya se había provisto de alpargatas, siguiendo su consejo.

Aunque todavía no eran más que las seis y media Ramiro le daba prisa; y cuando se hubo arreglado le indicó si avisarían también á Luis.

—Más vale que lo dejemos, contestó Adolfo, que no quería rivales; acaso le violentáramos llamándole.

Ya había animación en la calle.

Cuadrillas de jóvenes, con alpargatas nuevas, ya enteramente blancas, ya bordadas con estrellas, ramos y arabescos de hilos de color; camisas de vivo tinte recién salidas de la tienda; y pañuelo de seda anudado al cuello, dejándolo caer sobre la espalda, caminaban alegres cubriendo su cabeza con la común boina, otros con gorras, y algunos con viejos sombreros, y aun chismes raros que ostentaban por broma y diversión: aldeanos que venían de sus pueblos; personas que iban á misa; grupos de muchachas cogidas de la mano, que á lo mejor daban una corrida, entre gritos y algazara; mozalbetes, de los que algunos llevaban cencerros ocultos para simular la proximidad del ganado, ocupaban la calle, marchando casi siempre en dirección al portal de San Agustín, sito en la carretera de Pamplona, por la que habían de venir las vacas. En los balcones poca gente todavía: de vez en cuando se asomaban algunos, daban un vistazo, y se retiraban al interior.

A medida que se aproximaba la hora, los balcones se llenaban de personas en trajes de mañana, soñolientas algunas, no faltando pollas que, al oír alboroto, se asomaban con disimulo, no queriendo ser vistas con su cabellera todavía sin peinar.

Adolfo y Ramiro habían recorrido largo trecho de la calle Mayor saludando á los conocidos, mirando á los balcones, y entreteniéndose en contemplar los apuros de los obesos y de algunas mujeres, que sudaban la gota gorda para pasar entre los maderos que, colocados horizontalmente sobre travesaños fijos en otros maderos hincados en tierra, obstruían las bocacalles.

Al encontrarse las cuadrillas de jóvenes se oía:

—¿Dónde están?

—En la venta del Moro.

—En la lonja tercera.

—¿Qué han de estar? Aún andan por Noveleta.

—Vaya usted á saber; dicen que se han escapado.

—¿Hablan de las vacas?, preguntó Adolfo.

—Sí, le contestó Ramiro; pero no se puede sacar nada en limpio. Vamos al portal, á ver si allí hay noticias más seguras.

Mientras tanto Luis, vestido como de costumbre, se había lanzado á la calle.

Al pasar por casa de las de Pomares, saludó á Rosario que estaba en un balconcillo del entresuelo.

—¿También usted se anima?, le interpeló la joven. Me ha dicho la muchacha que ya hace rato que Adolfo y Ramiro andan por ahí.

—No los he visto; salgo ahora, y voy á dar una vuelta.

—No se descuide usted, que ya es la hora; por más que cuentan que estan todavía lejos.

—Voy á enterarme.

Y siguió adelante.

La animación era entonces mayor que nunca.

Alguna vez un par de muchachos, corrían agitando cencerros; no faltaban quiénes, real ó fingidamente, suponían venir las vacas y echaban á correr; corrían las muchachas lanzando gritos; corrían los demás; se asomaban las gentes á los balcones, y luego todo volvía á quedar en paz, hasta que una nueva falsa alarma ponía en conmoción á los que se entretenían con tal espectáculo.

Luis, seguro de sus piernas, avanzaba tranquilamente, resuelto á no correr hasta divisar las vacas.

En el portal de San Agustín encontró á Adolfo y Ramiro.

También allí había noticias contradictorias: era cierto que dos vacas se habían escapado y que las demás venían por la carretera; pero mientras unos las suponían muy próximas, otros afirmaban que estaban á media legua larga.

La mañana era fresca y agradable, y Luis anunció á sus compañeros que iba á dar un paseo, invitándoles á acompañarle, como lo hicieron un rato.

En el camino iban y venían grupos de hombres, chiquillos y muchachas que allí, como en todas partes, alborotaban.

De la lonja primera en adelante eran más los que volvían, y á la altura de San Lázaro unos chiquillos les dijeron que el ganado venía detrás; que ellos ya lo habían visto.

Ramiro y Adolfo decidieron volver. Luis siguió adelante; pasó el Campo Santo, y oyó el ruido de los cencerros; esta vez era verdad: y todos los que encontraba en el camino le decían lo propio: «ya están ahí.»

En efecto; las vacas habían bajado la cuesta del moro, y avanzaban pausadamente por la carretera. Delante iba un grupo de personas; detrás varios ginetes, un pastor y un guarda de campo; otros pastores se adelantaban para apostarse en las sendas y pasos de la carretera, á fin de contener en ella al ganado; seguía la vacada en compacta falange, y detrás el dueño, á caballo, con varios dependientes y otros curiosos.

Luis llegó hasta el guarda y fué un rato en su compañía, examinando el ganado, limpio y bien criado. Al pasar por la lonja tercera, á cuya ventana asomaban sus moradores, una de las vacas intentó bajar al prado del

tendedor; pero los ademanes del pastor allí apostado, que blandía un palo, la asustaron y siguió con la manada.

Desde el Campo Santo Luis apretó el paso y se adelantó: poco después dos de los ginetes, separándose de la vacada, se dirigieron á trote largo á la ciudad, y desaparecieron por la senda que conduce á los cordeleros, provocando gran corrida de los que estaban en el portal, la que se prolongó por casi toda la calle.

Luis penetró en la población, y al llegar al *Pildorite* se arrinó á la pared, dejando pasar el turbión de gente que corría desaforadamente; luego las filas se aclaraban, y al fin quedaba un espacio libre en que corrían algunos jóvenes seguidos de las vacas encajonadas dentro de la calle, sobre las que descargaban palos los que venían detrás.

Luis corrió entre los últimos, saltando á veces cuando una vaca se le aproximaba, y ocasión hubo en que les tocó los cuernos. Agil y sereno conservó en toda la calle la corta distancia que le separaba de los animales, pero al doblar la esquina de la casa de Pomares, las vacas le ganaron terreno y llegaron casi á echársele encima.

Una porción de gargantas prorrumpieron entonces en gritos, distinguiendo él entre aquellas voces una conocidísima y simpática, que sonaba con acento de angustia. Era la de Marieta, que se cubrió los ojos con las manos creyéndole cogido.

Pero Luis, con un rápido escape, adelantó unos metros á las vacas; se detuvo un momento, saludó sonriente con el sombrero mirando á María del Puy, y en un nuevo arranque penetró el último en la plaza, saltando á la barrera. Pocos pulmones hubieran resistido carrera semejante.

María del Puy había recogido aquella mirada profunda, elocuentísima, que equivalía á decirle: «no hay nada que me imponga, nada que logre apartarme de tí, nada

que por tí no arrostre con la sonrisa en los labios.»

—¡Qué temeridad! murmuró Marieta.

—¡Qué valiente! dijo Rosario. ¡Qué figura tan hermosa y arrogante cuando ha descubierto su erguida cabeza..!

—Parece mentira que haya logrado ponerse á salvo, expresó Nicanora. Debe tener músculos de acero.

—De todos modos, es una imprudencia; es tentar á Dios..., repuso Marieta todavía turbada.

—Pero ha sido un rasgo de intrepidez, replicaba Rosario que conservaba en la retina la gallarda actitud del mancebo, que le había impresionado.

En aquel momento se presentaron, todavía jadeantes, Adolfo y Ramiro que habían corrido mezclados con el tropel, metiéndose en casa de Pomares cuando llegaron á ella. Esperaban verse elogiados, y fué grande su decepción: no se hablaba más que de Luis; de su valor, de su firmeza, de su pasmosa serenidad.

Adolfo se consumía oyendo tales elogios.

—Pero ¿qué ha sido?, preguntó Ramiro.

Rosario refirió viva y pintorescamente el lance, no escaseando frases de admiración.

—Bah!, repuso Adolfo que rebosaba de envidia; vaya un mérito! Se habrá puesto á correr en la esquina...

—No por cierto: corría desde lejos.

—No habrá sido mucho: nosotros no le hemos visto, y eso que hemos dado buen escape; ¡como que venimos desde enfrente de la calle del Comercio!

—¿Qué lo habían de encontrar ustedes, si él venía mucho más atrás, tocando materialmente á los cuernos..?

El tiro le salía á Adolfo por la culata.

Más tarde llegó Luis, al que riñeron y felicitaron á la vez.

María del Puy no desplegó los labios; pero en su semblante se advertían huellas del susto que había pasado.

—Se ha expuesto usted demasiado, le dijo cariñosamente D.^a Lamberta. Nos ha dado usted un mal rato.

—Mucho lo siento, señora; de haberlo sabido no habría bajado; pero no había peligro: corría más que las vacas.

—Sí, fíese usted. Nos ha tenido con el alma en un hilo, y aquí enfrente no ha faltado nada para que le pillasen.

—Porque seguía al mismo paso, y las vacas han ganado terreno en la vuelta; pero he apretado, y ya han visto ustedes cómo las he dejado atrás. Así es que estaba muy tranquilo: lo que siento es haber alarmado á ustedes; pero no había motivo, pueden creerlo.

—No diga usted que no había peligro, indicó Nicanora.

—El verdadero riesgo estaba en ir con aquella turba, que corría azorada á larga distancia, creyéndose enganchada por las vacas ó punto menos; allí sí que se podían temer pisotones, codazos ó que lo derribaran á uno; pero después se iba tan á las anchas que daba gusto.

—Como que atrás sólo quedaban unos pocos temerarios, repuso D.^a Lamberta. Han hecho ustedes bien, (dirigiéndose á Ramiro y Adolfo,) en no quedarse de los últimos y meterse en casa.

Adolfo se mordió los labios de despecho.

La buena señora, sin darse cuenta terminó diciendo:

—Tenía razón María del Puy. Lo que ha hecho Luis es tentar á Dios.

—Vaya, no correré más. Pero repito que me encontraba tan seguro, ya que no tan satisfecho, como si hubiera estado aquí.

—Y ¿sí le hubieran faltado las fuerzas?, observó Rosario, ¿Qué hacía entonces?

—Me hubiera acogido á un portal, ó resguardado con una columna; pero aún me quedaban alientos.

—¿Desde dónde ha corrido usted?

—Desde el pildorite.

—¿Desde el pildorite? repitió Adolfo riendo. Luis quiere abultar las cosas, pero yo no comulgo con ruedas de molino.

—Es la pura verdad, y te lo podrán decir cincuenta, Crespo entre otros, por que con él estaba hablando en aquel sitio cuando vimos las vacas.

Adolfo hizo un signo de incredulidad.

—No tengo empeño en que lo creas, repuso Luis; pero puedes convencerte de una manera muy sencilla. Vente mañana conmigo y repetiremos la corrida si estas señoritas lo consienten.

—Nó, nó, dijeron á una.

—Lo que es yo, francamente, no me atrevo á darla en esas condiciones, dijo Ramiro. Es más de lo que parece.

Adolfo calló; pero por dentro se agitaba en él un nido de víboras. La envidia, la confusión y la rabia le torturaban sin compasión.

D. Cristóbal se presentó entónces, y dijo á Luis:

—Quieres acompañarme á la prueba? Se corren ahora dos ó tres vaquillas.

—Estoy á sus órdenes, contestó el joven levantándose.

—También yo soy de la partida, agregó Ramiro consecuente con su afición á los cuernos.

—No se olviden de la misa, les indicó D.^a Lamberta. Después se anda mal con la procesión. Yo ya la he oído.

—Luego volveré para ir con mi hija á la iglesia.

Y se marcharon los tres.

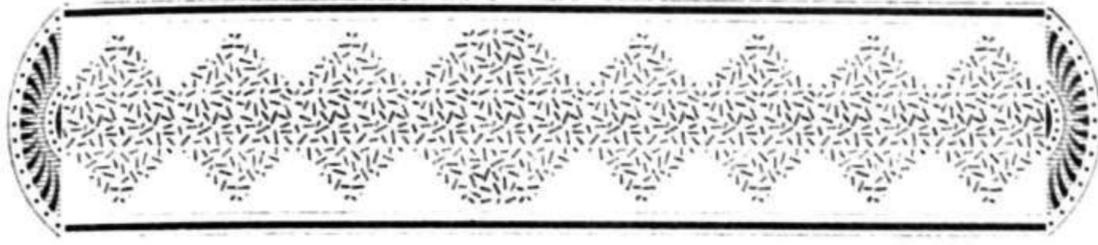
Un rato después Nicanora y Rosario se pusieron apresuradamente las mantillas al oír tocar.

—¿No vienes?, dijeron á María del Puy.

—No me atrevo: papá ha dicho que le aguarde.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.



XXVIII

COMPLICACIONES

QUEDARON D.^a Lamberta, María del Puy y Adolfo, y como este suponía no tardó en hallarse á solas con la joven, pues D.^a Lamberta salía con frecuencia á dar una vuelta por la casa.

Aprovechando su primer salida, Adolfo prorrumpió.

—No tengo que decirte lo que te amo; pendiente de tus labios está mi ventura ó mi desgracia; ¿qué me contestas?

La joven se esforzó por sonreír.

—¿Qué he de decirte? le respondió. Lei tu billete que es una broma ó una locura...

—Locura podrá ser porque loco estoy; sí; pero loco de amor, de celos...

—Celos... ¿de quién?

—Del aire que respiras, de la flor que besas, del sol que te ilumina, de cuantos están á tu lado; porque quisiera que fueses mía, solo mía...

Y á los ojos de Adolfo asomó la pasión.

—Me dás miedo, respondió Marieta: padeces una ofus-

cación y tus palabras me atormentan. Déjame vivir en mi dulce quietud y sigamos siendo buenos amigos como siempre.

—La calma sólo tú puedes restituírmela; una palabra-tuya puede hacerme el más feliz de los mortales.

—¡Qué porfía! Ese es un capricho que pasará. ¿Para qué agitarte con una ilusión que no tiene fundamento? Yo soy una sencilla lugareña que no merece fijar tus miradas. Concluirás tu carrera y en el mundo hallarás otras más dignas, más propias de tí, que unirán con orgullo su suerte á la tuya. Yo, apegada á mis montañas, suspiraría por ellas, y te esclavizaría obligándote á vivir oscurecido en nuestro valle, ó te seguiría con el dolor de dejarlo.

—Mi mundo sería para mí el lugar en que estuvieses. ¿Preferías vivir en Eulate? Pues en Eulate viviríamos. ¿Qué me importa de todo lo demás? Tu cariño y un rincón en que ocultar mi dicha: con esto me basta.

—Hablas bajo el imperio de la imaginación; pero bajo el influjo de la realidad no tardarías en comprender que era yo un estorbo para que desplegas tus alas ejerciendo tu carrera allí donde más horizonte se te abriese; entonces lamentarías haber unido tu suerte con la mía: no pienses en ello.

—Dí más bien que me desprecias por otro que, más afortunado que yo, ha interesado tu corazón, repuso Adolfo. Dí que insensible á mis acentos nada te importan mis ansias; pero no me vengas con la frialdad de estériles razones, que solo prueban que tu corazón es de hielo para conmigo.

—Eres injusto y me haces sufrir. Te quiero como te he querido siempre; como á un buen amigo; como á un antiguo compañero, cuya presencia me era grata. Culpa tuya será si llegas á hacérmela penosa con tu obstinación.

Deja que las cosas sigan como siempre, sin violentar nuestra buena amistad y afecto; sin achacarme desprecios que no siento ni relaciones amorosas que no tengo...

—¡Ah! Si mis sospechas se convirtieran en certidumbre! Si la odiosa sombra de mi rival preferido se interpusiese entre tú y yo!, exclamó con furor.

La joven tomó entonces un aspecto de altivez.

—Por el aprecio que te tengo, le dijo, y en gracia al pasado te he escuchado con interés, esforzándome en conservarte el título de amiga; pero si sigues por ese camino me pondrás en la necesidad de olvidarlo. Ni tú tienes derecho á dirigirme amenazas, ni yo por qué soportarlas. Libre soy y á nadie, fuera de mi padre y de Dios, tengo que dar cuenta de mis afectos; pero el amor se inspira, no se impone; se conquista, mas no á la fuerza. Te he dicho y repito, porque es la pura verdad, que nadie puede jactarse de poseer mi corazón, que á nadie he entregado; pero ten seguridad de que ninguno llegará á él por el rumbo que marcaban tus últimas palabras.

Sintiéronse los pasos de D.^a Lamberta que tomó asiento junto á los jóvenes y la conversación rodó sobre asuntos indiferentes.

—Señora: entró de pronto la muchacha; que si quiere usted truchas.

—¿Son buenas?

—Traen una pieza hermosa, asalmonada, que da gozo verla.

—¡Con tal que sea fresca!; ¡voy á verla!

Adolfo se apresuró á reanudar el diálogo.

—Perdóname le dijo con tristeza. No he querido ofenderte: el amor, los celos, la incertidumbre, me vuelven loco.

Marieta le tendió las manos sonriendo con dulzura.

—Quedan hechas las paces, pero con una condición; que no reincidas. Tus últimas frases se han borrado de mi memoria, que solo guarda gratitud por el afecto que me ofreces, y respecto del que nada te puedo decir. Mi corazón esta dormido, satisfecho con tu amistad y con la tranquila vida á que está acostumbrado. No le turbes con tus violentas palabras, porque con tales sacudidas le lastimarías. No lo olvides.

—Procuraré refrenar los impulsos del mío; pero déjale que alguna vez se desahogue en la efusión de sus afectos, de sus ilusiones, de sus ensueños...

—Ni una palabra. Lejos de ganar mi cariño, perderías mi amistad.

—Pero entonces ¿cómo voy á saber mi destino? ¿cómo lo que pase en tu corazón?

—Yo te hablaría en caso necesario.

—Y en pago de este silencio ¿qué puedo esperar?

—Mi leal amistad por de pronto.

—Y ¿después?

—¿Quién lo sabe?

—Pero ¿no me das una palabra de consuelo, un átomo siquiera de esperanza? Me sometería á todas las pruebas, aceptaría gustoso todos los sacrificios si los endulzaba la confianza del porvenir...

—El porvenir es de Dios. El dispondrá de nuestros destinos, que nosotros, pobres criaturas, no podemos predecir; solo nos toca aceptar lo que su soberana voluntad tenga dispuesto, que siempre será para nuestro bien.

—¡Mira, mira qué pieza! entró á este tiempo D.^a Lamberta mostrando en la fuente una soberbia trucha. Aun está coleando; repara en las encarnadas branquias, en ese ojo todavía tan claro y vivo.

Adolfo se levantó malhumorado por la interrupción:

—El demonio cargue con la vieja, decía para sus adentros; no sirve más que de estorbo.

Y disimulando su contrariedad se despidió, no sin verse antes precisado á elogiar á regañadientes el pescado, cuyas escamas despedían plateados y metálicos reflejos.

Cuando se halló á solas dió rienda suelta á su despecho.

Soy un estúpido. Me he dejado vencer como un niño; me he entregado; y héme aquí sujeto á callar hasta que á ella le plazca, so pena de ver irremisiblemente perdida mi causa; ella se queda en completa libertad, y yo sin una prenda, ni siquiera una esperanza remota. Vamos que soy un solemne majadero. Entre tanto Luis gana terreno; la fatalidad hace que á él siempre le toque la mejor parte; y ya se ve, como no hacen más que elogiarle, crece en la estimación de todos. Pero no me dejaré arrebatar su cariño; y si lo consigue, peor para él.

Entregado á los más siniestros pensamientos siguió su camino.

D. Cristóbal volvió con Luis para buscar á Marieta, oyendo misa en la iglesia parroquial de San Juan, manifestando después la joven deseos de acudir á la función que con asistencia del Ayuntamiento se celebraba en San Pedro la Rúa en honor de San Andrés, compatrono de Estella.

—Te acompañaremos, le dijo su padre.

—Se ván á cansar ustedes.

—Te dejaremos en la iglesia, después de rezar al Santo; y volveremos por tí al fin de la función.

—Y ¿qué van á hacer ustedes entre tanto?

—No te preocupes, que no nos faltará entretenimiento visitando los alrededores.

Y así fué, porque aun les faltó tiempo á D. Cristóbal y Luis que, sin salir de San Pedro y aparte de la capilla

y riquísimas alhajas del Apostol San Andrés tuvieron ocasión de contemplar la antigua arquitectura de la iglesia, su puro ábside románico, y los restos del claustro, que el celoso párroco se esforzaba en conservar y restituir á su primer estado malamente echado á perder en otros tiempos con anti-estéticas reformas.

La casa de Fray Diego de San Cristóbal; otra antigua casa nobiliaria convertida hoy en fábrica de curtidos; la riquísima portada de la iglesia del Santo Sepulcro; los vetustos escudos de muchos edificios que, despues de haber albergado generaciones de nobles, se derrumbaban sin que nadie se cuidara de levantarlos, atestiguando así lo efímero de las grandezas humanas; el solar de la destruida Sinagoga que en el siglo XIV fué testigo de una horrible matanza de judíos; la fachada de piedra de la antigua Casa de Ayuntamiento, y el notabilísimo palacio de los Duques de Granada de Ega, reducido actualmente á Juzgado de 1.^a instancia y presidio correccional, los entretuvieron largo rato sin salir de la misma calle.

—¡Qué aspecto tan diferente ofrecería esto, indicó don Cristóbal, cuando esas murallas de que aun se conservan paredones, cerrasen el triple recinto; y el inexpugnable castillo de Estella, alcazar magnífico de nuestros Reyes se alzara sobre esas cumbres, viniendo con sus lienzos y torreones á encerrar esta plaza de San Martín!

—Pasaron esos tiempos, le contestó Luis; y nuevas costumbres, nuevas necesidades y circunstancias han hecho que la Ciudad ocupe de preferencia el otro lado del río, no quedando á este más que ruinas consumadas, edificios que se cuarteán y que amenazan á su vez convertirse en ruinas...

En efecto; avanzaban por la calle de San Nicolás, rica y floreciente en otro tiempo, y hoy casi despoblada.

Insensiblemente atravesaron el portal del mismo nombre deteniéndose junto al histórico Santuario de Nuestra Señora de Rocamador, mencionado ya en los Fueros de Navarra, cuando Luis consultó el reloj:

—No tenemos tiempo que perder: la misa ha de estar acabando.

Y emprendieron la vuelta llegando á tiempo de que el Sacerdote daba la bendición á los fieles.

Mientras las gentes salían, organizóse la procesión.

Marieta aguardó á que la iglesia se desocupara, y salió con su padre y Luis, llevando el camino que había de seguir la procesión, que iba en pos de ellos.

Cuando entraron en la plaza de San Juan, los gigantes y cabezudos, que rompían marcha, estaban casi encima.

—Detengámonos aquí, dijo D. Cristóbal. Desde estos portales la veremos.

—De ningún sitio la hemos de contemplar mejor, indicó su hija.

—Y sobre todo desde estos portales, que están en sombra y junto á los que ha de pasar, manifestó Luis.

La procesión avanzaba majestuosamente entre el voltear de las campanas, los ecos de las gaitas y de la lejana banda municipal. Alguno que otro cohete hendía los aires; pero cuando apareció sobre las andas, conducidas por jóvenes sacerdotes, el magnífico templete de plata filigranada que como un gran relicario guardaba un omóplato de San Andrés, traído por el obispo de Patrás en su peregrinación á Santiago de Compostela, los cohetes se sucedieron sin interrupción; las campanas volteaban más de prisa; los fieles se arrodillaban, y todas las miradas se convertían á la sagrada reliquia milagrosamente descubierta sobre el pecho del cadáver del citado Obispo, sepultado en el claustro de san Pedro, que D. Cristóbal y Luis

acababan de visitar. Pasaron el suntuoso palio, propiedad del Ayuntamiento; las Autoridades eclesiástica y civil; la música, la comitiva final de mujeres; y padre, hija y sobrino se dirigieron á casa de Pomares, donde hallaron la mesa ya dispuesta.

A la tarde asistieron á la corrida de vacas. El espectáculo se hizo á María del Puy monótono y pesado. Los improvisados toreros carecían de arte: había algunos de verdadero arrojo, y aun de gracia y soltura en los quiebros, pero en general miraban por su piel, y al animal lo citaban de lejos con la chaqueta, con la arpillera, con un trapo cualquiera. No faltaban los que agarrándose unos á otros formaban fila en la que el primero llevaba cogido un gran cesto, relleno de larga paja ó de virutas, que le cubría del cuello á las rodillas, y que presentaba siempre á las acometidas del animal; pero éste, convencido de que nada lograba con hincar sus cuernos en aquel objeto inerte, que sostenía su acometida por la resistencia que le oponían los de atrás, acababa por desistir; ó buscaba á los de la cola, que huían el bulto y se dispersaban al verse amenazados de cerca. Otras veces era un muñeco vestido de hombre y relleno de trapos, al que aplicaban por detrás un palo para que se sostuviese, cuyo muñeco era volteado y deshecho por la vaca; ó un gran bote, en cuyo fondo iba sujeto un peso merced al que el bote se levantaba y recobraba por sí la vertical cada vez que era derribado. El animal lo embestia, pero el bote cedía sin agujerarse, y se enderezaba; embestíalo otra vez, y otra, sucediendo lo propio, hasta que cansada la vaca lo despreciaba; y agotados estos recursos, no quedaban más que los monótonos pases y corridas; los capotazos sin objeto, las llamadas de lejos, echando á correr tan luego como la res hacía ademán de arrancar.

El gentío era considerable; los balcones estaban atestados; una porción de tinglados levantados sobre piés derechos llegaban hasta la valla, contando con el suyo cada uno de los casinos de la plaza, que por un pasadizo comunicaban con él; y otros, construídos con fines de lucro, los ocupaba el público por módica retribución.

Los que preferían no pagar llevaban sillas, bancos de carpintero, cajones vacíos, que ponían junto á la valla; y los que ni aun esta comodidad se proporcionaban limitábanse á sostenerse sobre los travesaños exteriores de la barrera á la que se agarraban por fuera, mientras que por dentro los que estaban en el redondel se cogían á ella, descansando en los travesaños interiores; y era de ver cuando la vaca daba una vuelta por la barrera, cómo los de dentro se agarraban á los de fuera, suspendiéndose de sus cuellos, y alzando las piernas para que la res pasase por debajo.

Una parte de la función fué la única que entretuvo á la joven; el *novillo de los chicos*. Se había corrido buen número de vacas cuando penetraron en el redondel varios dependientes de la autoridad que separaron á los hombres, dejando en plaza solamente á niños y mozalbetes. Sonó el clarín, y apareció un pequeño novillo que, asustado, corría por todas partes, seguido de los chicos que con gran algazara lo asediaban. El novillo, deseoso de huir, rompía aquél círculo, tropezando á lo mejor con los muchachos, derribando á este, asustando con sus mugidos al otro, hasta que fatigado, volvía á verse rodeado por una nube de jovenzuelos, que lo tenían como prisionero. En aquel momento soltaron sin previo aviso otro novillito, compañero del precedente, que salió corredor, dando bramidos. Verlo los muchachos y dispersarse, todo fué uno: aquello fué un ¡sálvese quien pueda!; y en el pá-

nico del primer momento los chicos se atropellaban, caía uno, tropezaban otros con él y á su vez caían, formando en un instante una bola, que con igual rapidez se deshacía.

Poco á poco perdían el miedo los muchachos; y tras de los de los primeros que salían á perseguir al novillo se lanzaba un tropel, que lo fatigaba y mareaba, hasta que el novillo se rendía, y juntándose con su compañero mugían en demanda del encierro, en el que se metían tan pronto como hallaban abierta la puerta.

Y después, vuelta á las fatigosas vacas, y á los chillidos de las mujeres, no bien la res se aproximaba en su carrera á alguno.

Afortunadamente no hubo mas que un herido leve de un puntazo, y contusiones sin consecuencias.

María del Puy, aunque aburrída, no se atrevió á significar su deseo de dejar el espectáculo, y se entretenía conversando con sus amigas y con los jóvenes que subían, las acompañaban un rato, é iban después á cumplimentar á otras pollas y familias.

Por el balcón de las de Pomares desfilaron todos los conocidos; Gómez, Crespo, Ramiro Arroyo que pasó con sus hermanas; y por supuesto Adolfo y Luis, que hicieron la presentación de otros pollos, que deseaban saludar á la forastera, cuyo partido aumentaba más cada vez.

Con la familiaridad que se establecía durante las fiestas, y el concurrir siempre á los mismos lugares, los muchachos iban de unas en otras, sosteniendo bromas, cambiando sonrisas y saludos, llevando noticias, y tejiendo entre todos una red en que más de un corazón había de quedar prendido, ó en que se anudaban más y más los lazos formados ya de antes.

En el paseo de la noche, durante el baile público en que alternativamente tocaron la gaita y la música, se

advirtió la mayor comunicación que se había establecido entre todos; aquello era un revoloteo continuo de unos á otras, oyéndose frases que en voz alta se dirigían al encontrarse, alusiones á materias de que habían hablado, pullas de buena ley, y un tiroteo de palabras sueltas que, con la cháchara de las conversaciones, formaban como el zumbido de una gran colmena.

Algunas pollas se quejaron de no anunciarse ningún baile, y nació entre los jóvenes el propósito de organizarlo.

Las muchachas aplaudieron la idea; no somos exigentes, les dijeron. Con que haya un local donde se reúnan personas de buena educación, con un mal piano basta: no necesitamos adornos ni ambigú.

—Un baile de confianza entre los conocidos.

—Eso, eso.

—Pues se dará, Dios mediante.

Algunos forasteros alegaron no tener traje á propósito.

—No importa. Que cada cual vaya con lo que tenga; en presentándose con decencia no se pide más, contestaron las muchachas: nosotras iremos también con los trajes usuales.

Una comisión de jóvenes fué en seguida á hablar con el Presidente del «Casino de Estella», y le expusieron su pretensión.

—Por mi no hay inconveniente, les contestó. Mañana mismo hablaré con los compañeros, y de antemano les aseguro que no habrá dificultad, porque todos estamos identificados; pero ya saben que el piano es viejo y la sala no grande.

—Lo cual no quita para que siempre hayan resultado brillantes los bailes que se han dado.

—Pues la Junta tendrá mucho placer en contribuir á la

diversión de las señoritas.

Los jóvenes volvieron con la grata noticia, que se divulgó con rapidez. Todas dieron por hecho el baile, que desde entonces fué el tema obligado de las conversaciones.

Al día siguiente, todo se volvía pedir ó dar noticias del baile.

Las fiestas continuaban con las consabidas alborada por la gaita, entrada del ganado, corrida de vacas, baile en la plaza, y un concierto en el Teatro por un sexteto de la sociedad de profesores de Santa Cecilia, que había venido de Pamplona.

Desde muy temprano los jóvenes acudieron al Presidente.

Este se sonrió al verlos.

—Feliz edad, les dijo, que no sueña más que en disfrutar de la vida! ¡Cómo envidio su afán! ¡Pero ya ven ustedes que no es hora para hablar con los compañeros:

Alguno de los jóvenes hizo un gesto de impaciencia.

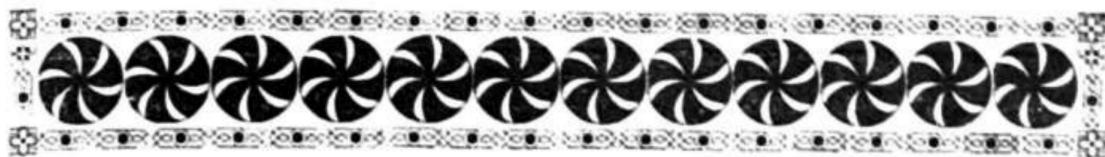
—Mi padre ha dicho, interrumpió Ramiro Arroyo, que sí.

—Y también el mío.

—Y el mío, dijeron otros hijos de socios.

—Y todos estarán conformes, como les manifesté, repuso el Presidente. Pronto hablaré con los individuos de Junta, para guardarles la debida atención, pero respondo de su conformidad. Así es que les autorizo para que desde ahora vayan disponiendo las cosas.

Hubo una aclamación entusiasta al Presidente; y sin perder momento comenzaron los jóvenes sus preparativos, acordando que el baile se diera aquella misma noche, y adoptaron entre otras determinaciones la de contratar al sexteto de profesores de Santa Cecilia.



XXIX

EN EL BAILE

SUSURRÁBASE por la Ciudad que el baile iba á celebrarse, y corrían mil noticias, unas verdaderas, otras anticipadas, exageradas ó falsas; pero á la salida del concierto, que había estado brillante, se tuvieron datos ciertos y auténticos.

El baile era aquella noche, á las diez. La Junta aprobaba su celebración, y disponía refrescos por su cuenta. El sexteto se había comprometido á tocar. Asistirían al baile las familias de los socios, y cuantos forasteros fuesen presentados por alguno de ellos.

Estas noticias circulaban con rapidez extraordinaria, y eran objeto de los más animados comentarios.

Las pollas que habían de asistir pensaban en sus vestidos, y á toda prisa los repasaban en sus casas. Algunas, que ya suponían que las fiestas no terminarían sin baile, se habían hecho trajes, que pensaban estrenar, y gozaban pensando en lo que llamarían la atención: otras, cuyos padres no pertenecían al Casino, ahogaban su pena por

no poder asistir, y criticaban la fiesta, augurando que estaría muy desanimada.

Las de Pomares combinaban corpiños, gasas y faldas.

Marieta decidió llevar el traje claro que había traído para el camino, sin más variación que sustituir el cuerpo con otro de seda ligeramente descotado, adornando su cuello con el cordón de oro del que pendía la cruz que Luis le había regalado. Recogió sus cabellos en forma de diadema, prendió una flor en ellos, un ramito en el pecho, y dió por concluido su tocado, colgando de una cinta un abanico de nacar y encaje.

—Estás divina, le dijo Rosario.

—Zalamera ¡Tu sí que estás preciosa.

Los muchachos se habían vestido también, y antes de las diez estaban en sus puestos los comisionados para recibir á las señoras: los demás fueron llegando sin tardar, y recorrían la vacía sala, sin más muebles que los espejos de las paredes, los divanes y sillas alineadas en la pared, y el piano en un testero.

En una pieza contigua cuyas vidrieras se hallaban abiertas de par en par, estaban los músicos.

Los balcones de la sala comunicaban con una galería, que daba al jardín.

El salón de lectura, podía considerarse como prolongación de la sala y su mesa se había trasladado á otro sitio, para dejar mayor espacio á las parejas. Dicho salón tenía también acceso á la galería, y lo mismo que el cuarto de los músicos disponía de una puertecita reservada, por la que se podía entrar y salir sin pasar por la sala. La habitación del billar estaba preparada para los que quisiesen tomar alguna cosa. Un pequeño cuerpo adyacente, con vidrieras cubiertas por cortinillas rosa, y un gran portier al exterior, servía de tocador para las señoras; y bien se

notaba que una mano femenina había presidido á su instalación, por el gusto con que estaba puesto y la previsión que acreditaba: allí no faltaba nada que pudiera necesitarse para remediar una avería en el vestido, refrescar y hermostrar el rostro, ó reparar el peinado.

La iluminación era abundantísima en todas partes.

Lo que faltaban eran muchachas. No había ni una. ¡Si tendrían razón las que pronosticaban un fracaso! Pero ¡cómo! si habían prometido asistir, y aquella misma tarde andaban tan afanosas en los preparativos!

Dieron las diez y cuarto; las diez y media, y todo seguía lo mismo.

Alguna doncella entraba como si fuera á llevar un recado; algún hermano asomaba la cabeza, y también desaparecía como por encanto.

Los jóvenes empezaban á preocuparse y hablaban de ir á buscarlas, cuando uno de la comisión receptora subió precipitadamente y reclamó auxilio:

—Vamos luego; vienen la mar!

—Alabado sea Dios!

Y bajaron á recibirlas.

Era un numeroso grupo que se había puesto de acuerdo. La de Benitez; la de Pinillos, con Carmen Ansurez; las de Arroyo; las de Pomares, con sus respectivas mamás, escoltadas por algunos de nuestros conocidos. María del Puy venía con ellas.

Minutos después llegaban otras muchas, como si solo aguardasen á no ser las primeras; y el baile comenzó, no con animación, con verdadero furor. Las muchachas estaban hambrientas de bailar; y los pollos iban lanzándose, incluso algunos tímidos, que contemplaban con envidia la elegancia de Adolfo.

Este era sin disputa quien mejor bailaba; y como ade-

más tenía conversación amena, todas las muchachas deseaban que las sacase.

Su primer baile fué con Marieta, que se dejó llevar, sabiendo que su compañero marcaba el compás admirablemente.

—Todas las miradas se fijan en tí, le decía Adolfo, y todos piensan lo mismo; que estás hermosísima y encantadora.

—A tí te lo parecen todas.

—Ninguna como tú. ¡Quién me diera, continuó bajando la voz, tenerte siempre cerca de mí á ver si prendían en tu pecho estas llamas de amor que enciende en el mío tu presencia!

—Cuidadito, que estamos faltando á lo pactado.

—Ya callo, repuso el mancebo suspirando. Pero no me está prohibido decirte la verdad: que eres la reina de la fiesta, y yo en este momento el mortal más afortunado.

—Lo que sí eres el más diestro bailarín.

—Por tí lo celebraré, y dispuesto estoy á no bailar con nadie más que contigo.

—Eso no estaría bien; ni yo debo rechazar las invitaciones de otros.

—Pero al menos ¿me concederás el siguiente?

—Sea.

—¡Qué felicidad! exclamó Adolfo, oprimiendo suavemente el talle de la joven.

Luis bailaba con Nicanora, y cuando terminó, invitó á su prima.

—No puede ser, contestó Adolfo que paseaba por la sala del brazo con María.

Está comprometida conmigo.

—Ya lo oyes, le dijo Marieta.

—Entonces, será el inmediato.

—Concedido.

Otros jóvenes se aproximaron á Marieta, que no sabía cómo atender á todos, y que inscribía en su *carnet* los compromisos.

Cuando llegó su turno á Luis, Adolfo se la entregó con repugnancia.

Tocaban una mazurka, y Luis dijo á su prima:

—Me alegro, porque así hablaremos con más comodidad. Te he prometido una explicación de mi conducta y voy á dártela.

La joven se estremeció.

—No quisiera ser indiscreta, le contestó. Acaso te creas obligado á dármele por mis irreflexivas excitaciones, pero no la exijo.

—Soy yo quien necesito dártela.

—Pues como quieras.

—Recordarás cuando fuí la última vez á tu casa. Iba á ella como siempre; como á la mía propia. ¿No has sido una hermana para mí, y no he encontrado en el tuyo un padre cariñoso? Hasta el Tordillo con sus relinchos, y Pinto con sus alegres ladridos, parecían participar de mi contento.

Y mis primeras horas en tu casa fueron de gozo, de cariñosas querellas, de confiada charla, que han hecho mi delicia desde mi primera edad.

Yo, nunca me había parado á analizar los sentimientos que me inspirabas. ¿No eras mi hermana? Pues ¿qué cosa más natural que quererte con toda mi alma? Viérate contenta, bromeando conmigo; conservárase la dulce efusión á que nuestras almas estaban acostumbradas, y nada me importaba lo demás: al menos lo creía así.

No estaba en lo cierto. Supe en el pueblo que Adolfo estaba enamorado de tí; supe que estabas en relaciones con él... y no sabré explicarte lo que por mí pasó; pero es

imposible en lo humano sentir dolor semejante al de aquel cruel desgarramiento de mi corazón.

—Pero ¿quién te ha dicho..., interrumpió la joven.

—Permíteme que acabe. El cielo que se hubiera desplomado sobre mi cabeza no me habría aplastado más que aquella noticia. Me dejó inmóvil, aturdido, atolondrado; y pretextando una urgencia huí al campo...; á donde nadie me viese.

—Pues ¿donde estabas?

—En casa de Asunción Reinoso, que me dió la noticia cual cosa de todos sabida en el pueblo.

Como te decía, me refugié en la soledad de un bosque, y allí pude darme cuenta, por el acerbísimo dolor que sentí, de que el nombre de hermana que te daba era el disfraz que escondía un amor inmenso, inextinguible, que arrojaba la máscara en el momento mismo de averiguar que era irrealizable.

Juzga de mi desesperación. Volví á tu casa llevando la muerte en el alma, y me encerré en mi habitación sin atreverme á hablarte.

—Ya se cuándo: aquella mañana en que me dejaste plantada en el corredor, sin contestar siquiera á mi saludo.

—No podía. ¡Harto hice con sobrellevar mi sacrificio y soportar la presencia de Adolfo que me robaba la dicha.

Momentos hubo en que perdí la cabeza y ansié la muerte; la apetecí como un alivio, la busqué...

—No digas eso, le interrumpió su prima: me dá horror pensarlo. Eso no era propio de tí...

—Hace tiempo que yo no soy yo... le contestó Luis con acento de infinita amargura. Todo se había mudado á mis ojos: lo que antes me apetecía me causaba hastío: las faenas de la casa, los libros, la caza, el trato con los demás, me eran insoportables. Únicamente en la soledad

hallaba alivio: ¡triste alivio el de remover hasta su fondo la amargura de mi alma!

No tenía á quien volverme y donde depositar una parte siquiera de mis tormentos, y enflaquecí, me quedé en los huesos.

—Pobre amigo mío....!

—Tentaciones me dieron de hablarte; pero ¿á qué? Nunca te había confesado mi amor que, con llenar mi ser, yo mismo ignoraba: no tenía una promesa, una palabra tuya que invocar; y después de todo, tu felicidad es lo primero, y si para que la halles es preciso el martirio de mi existencia y la sangre de mis venas, pronto estoy á darla.

Pero me dolía que tu felicidad exigiese que yo fuera desgraciado, y en ocasiones te culpaba. Me creía con más derecho que nadie á tu amor, porque ninguna relación más antigua que la nuestra, ninguna unión más firme, ningún amor tan grande como el mío.

Torturas como las que he pasado no es posible imaginarlas, y de ellas era reflejo mi conducta en tu casa, el aparente desvío y frialdad con que huía de tí.

Crisis hubo en que creí que mi corazón iba á estallar; y una sobre todo, cuando al regresar después del escape del caballo, te encontré acongojada y volviste á ser lo que siempre habías sido para mí. Hallé en tus ojos huellas de reciente llanto, en tus palabras acentos de ternura, y me así á la vida, como se ase el náugrafo á la tabla salvadora. ¿Sería posible aun mi dicha? Aquel afecto que hallaba en tu corazón; aquella ansiedad por verme en salvo ¿podrían convertirse en amor? ¿Cabría que aun luciesen para mí días de ventura?

A ratos abrigaba confianza; á ratos el desaliento me invadía; y en estas alternativas he pasado la última época,

aferrándome á la vida por ese rayo de esperanza: cuando él se disipe, solo me restará morir.

Y ahora, ya lo sabes todo: piensa que has escuchado la sincera confesión de un hombre que oscila entre la vida y la muerte. Habla con igual lealtad que yo, y sepa de una vez mi sentencia.

Marieta se apresuró á decirle:

—¡Morir! Ni tienes derecho á ello, ni fundamento para que te asalte pensamiento tan aterrador.

—No nos hagamos ilusiones, Marieta. Aunque no atente contra mi vida, sé que ésta es imposible viéndote en brazos de otro. No tengo fuerzas para verte casada con Adolfo; para contemplar vuestro amor.

—¿De dónde sacas que yo ame á Adolfo? ¿De dónde que esté en relaciones con él?

Un relámpago de gozo transfiguró el semblante de Luis.

¿Es eso cierto? Repítemelo, porque dudo de lo que oigo, y mi corazón está sediento de esas palabras, que caen sobre él como rocío bienhechor.

—Jamás he mentado, no lo ignoras. Pues bien: solemnemente te aseguro que nada hay concertado entre Adolfo y yo.

—Pero entonces ¿cómo lo asegura todo el pueblo? ¿cómo aceptas sus serenatas? ¿cómo admites sus canciones?

—En el pueblo dirán lo que quieran; pero lo cierto es lo que te digo, y nadie puede afirmar lo contrario.

—Es que yo mismo lo he visto.

—Y ¿qué has visto?

—He visto las atenciones de Adolfo contigo; sus obsequios y galanterías que bien á las claras demostraban su cariño; he leído la dicha en sus ojos; te he visto aguardarle

con afán, y me he sentido tanto más olvidado, cuanto más te consagrabas á él.

—Ilusiones!

—Ilusiones? Ojalá lo fueran! pero en vuestra embriaguez no sabíais ocultarlo, y aparecía patente á los ojos de todos, incluso de los míos. El propio Adolfo no se recataba de elogiarte y confesar el cariño que le inspirabas. No negarás que fué á proclamarlo á la faz del pueblo al pié de tus ventanas.

—No tengo por qué negarlo. Demos por supuesto que esté tan enamorado de mí como dices; que lo haya declarado en público; que las gentes hayan creído que le correspondía. ¿Qué prueba todo eso sino la credulidad del vulgo? Yo no podía impedir que me diese serenata; la oí, pero no me asomé; y aun admitiendo que sus cantares fuesen alusivos á mí, mi abstención y silencio debieran dar lugar á pensar que no los aceptaba, más bien que á imaginar lo contrario. Y en cuanto á sus obsequios, no son cosa nueva ni tienen el significado que les das.

—Todas las noches os las pasabais hablando, y apenas tenías una palabra para mí.

—Y ¿qué querías que hiciese? No había de cometer la grosería de no seguir la conversación; pero cuando esta no era general, como acontecía casi siempre, la sosteníamos en voz alta, porque nada secreto había entre ambos.

A este tiempo la música cesó de tocar, y los jóvenes fueron á conducir á sus asientos á las señoritas, mientras algunas parejas seguían paseando en el salón.

Luis ofreció el brazo á su prima, diciéndole:

—Paseemos un poco por la galería, donde hay menos personas. Tus palabras me dan la vida, pero aun necesito que me aclares algunos puntos.

—No quisiera llamar la atención, respondió la joven.

—No somos los únicos, y la cosa es bastante importante para que me concedas unos minutos.

—Corriente, pues que así lo quieres; pero despacha pronto, porque el baile inmediato lo tengo comprometido con Arturo, y solo nos queda este intervalo.

Adolfo, que había bailado con Carmen Ansúrez, y que estaba receloso del animado diálogo que sostenían Luis y María del Puy, se puso en áscuas al ver que lo continuaban, y de vez en cuando daban una vuelta por la galería, donde nuestros jóvenes paseaban. Algo le decía á Adolfo que aquella larga conversación era peligrosísima para él.

Luis proseguía entre tanto:

—Y ¿en qué consiste que á él le prodigabas tus atenciones sin reservar una frase dulce para mí?

—¿Quién era el que se alejaba? ¿Tú ó yo? Haz memoria, y recuerda que el desvío, el reconcentrado silencio estaban de tu parte. ¿Cómo había de hablarte, si rehuías hasta mirarme? Más de una vez me sentí ofendida de tu inexplicable conducta, rayana en la descortesía.

Luis bajó la cabeza. Su conciencia le reprochaba su proceder, y al propio tiempo sentía dulzura inexplicable al oír la verdad que brotaba de los labios de la joven.

—Así son los juicios del mundo, añadió Marieta. Juzga la fé que merecerán, cuando tú propio tienes que confesar que has estado viendo visiones.

—Ay! no dirás que fué también ilusión la escena del jardín. Yo fuí á buscar el libro, acuérdate, y desde la ventana de mi cuarto ví como llevabas una flor á tus labios y la prendías luego en la americana de Adolfo. Aquello fué una puñalada para mí, y ese puñal lo llevo clavado desde entonces. No pretendas explicarlo, porque solo una explicación tiene la joven que besa una flor para entregarla á su preferido.

—¿Tú has visto eso, tú...?

—Yo mismo, María; y prefiriera haber cegado antes de contemplarlo.

—Un tinte de carmín coloreó las mejillas de la doncella, que repuso con calor:

—¿Te atreverías á jurarlo? ¿Hay quien tenga la osadía de atribuirme tan calumniosa especie, ajando mi honestidad?

Luis vaciló.

—Si á mis ojos hubiera de dar crédito, sí. Yo lo ví, ó creí verlo; pero lo niegas y tengo más fé en tí, que en mí mismo.

—Es que soy yo quien tengo ahora empeño en aclararlo; en que ni la más leve sombra oscurezca mi reputación. Recuerdo la ocasión perfectamente; Adolfo me regaló un ramo que había formado, y le dije que eligiese la flor que le gustase, pues no era bien que él, tan aficionado á flores, me las diese todas y se quedase sin ninguna. Me pidió que yo misma se la prendiese, y la sujeté con los dientes, entre tanto que buscaba en mi vestido un alfiler con que asegurarla. Ni más ni menos; pero es falso, completamente falso, que la besara y se la entregase.

El cielo se abrió para Luis.

—Eso debió ser, y por la distancia confundí lo sucedido.

—Es que quiero que quede bien en claro, y ahora mismo vamos á llamar á Adolfo para que diga lo que pasó.

—Bendita seas, le contestó el mancebo. Sé que eres incapaz de mentir, y no necesito de nadie. Tus palabras han vuelto la tranquilidad á mi corazón, y por vez primera desde hace tanto tiempo respira con desahogo. No me falta más que saber que no te soy indiferente.

—¿Lo dudas acaso? ¿Puedo olvidar que eres mi primo,

casi mi hermano, el compañero de mis juegos infantiles? Tu pasado evoca el mío; tu porvenir no puede tampoco serme indiferente.

—Es que quisiera más: quisiera que tu suerte se confundiera en adelante con la mía, aun más íntimamente de lo que lo está nuestro pasado; que tu corazón correspondiese al mío, latiendo amor por mí...

—Déjame: bastante hemos hablado, y los músicos se reúnen ya. Conténtate con saber que á nadie lo he entregado; que sigo siendo tu hermana, y feliz con mi vida no he pretendido alterarla. Yo misma no sé si mi corazón se abrirá á nuevos afectos, y responderá ó nó á tus aspiraciones. Dame tiempo para consultarle, sin que tus palabras lo turben. ¿Me prometes no decirme nada en un par de meses? ¿Me prometes respetar mi silencio entre tanto?

—Te lo prometo.

—Pues yo estudiaré mi corazón, lo sondearé, y te daré respuesta cuando sepa qué decirte; pero ni conmigo ni con nadie, faltes á la reserva convenida, si quieres seguir siendo digno de mi estimación. Y; nada de visiones ni de románticas apelaciones á la muerte, que están pasadas de moda, (le dijo con encantadora sonrisa), y que, lo repito, no tienen fundamento.

—He empeñado mi palabra, y no tengo más que una, terminó Luis que la llevó á su sitio; y rebosando de gozo el pecho se fué á espaciarse en la galería, dando gracias á Dios, á las estrellas que brillaban en el firmamento, á los árboles del jardín, á la creación entera, á la que deseaba hacer partícipe de su ventura, ¡Qué peso se le había quitado de encima!

Sus pulmones aspiraban á boca llena la brisa que venía de la montaña; abría sus ojos de par en par á la luz que brotaba del salón; sentía comezón de abrazar á todos,

de charlar, y reír y cantar; y á no contenerse habría salido como un loco, dando brineos en el aire.

Entre tanto Adolfo, con la versatilidad y vehemencia propias de su carácter, había pasado de la alegría que sintió después de su primer baile con Marieta, á la más sombría inquietud. Recelaba de Luis; leía en sus ojos la satisfacción que le embargaba; la relacionaba con el largo diálogo que acababa de terminar, y por su corazón pasaban oleadas de odio.

Un incidente vino á acrecentar su furor.

Sabedores varios jóvenes de que Marieta cantaba, le rogaron que dejase oír su voz.

Resistióse alegando que le daba vergüenza, y además no tenía las partituras; pero en el músico había varias, entre ellas *Aida*, que Nicanora y Rosario aseguraron que en Eulate se la habían oído; y no tuvo más remedio que complacer á la reunión.

Eligió la invocación con que comienza el acto tercero, y en medio de un religioso silencio se elevó su voz fresca, melodiosa, como una plegaria que se alzase á los cielos.

«Oh, tu che sei d' Osiri
de madre immortale esposa,
Diva che é casti palpiti
desti agli umani in cor,
Soccorri, soccorri á noi.....»

Una tempestad de aplausos acogió la estrofa; á tiempo que Luis, de pié junto al piano, estaba dispuesto á pasar las hojas, le decía mostrándole el cielo por el entreabierto balcón:

—Mira la luna, qué cara tan gozosa y llena pone al oírse llamar por tí.

Animada la joven, cantó con mayor brío y con dulcísimo acento, las siguientes estrofas, que le eran muy simpáticas.

«O cieli azzurri,
o dolci aure native.....
oh patria mia, oh patria mia,
mai piú ti rivedrò.

—
Le fresche valli....., etc.»

—Bravo! le decía Luis por lo bajo animándola. Anda sin miedo. Admirable!

Adolfo lo hubiera confundido con sus miradas.

Al concluir Marieta, aquello fué el delirio. Todos los corazones estaban electrizados; el hechizo de su voz tenía el don de ganar las almas. La ovación fué larguísima; y Marieta reconocida sin disputa como la reina de la fiesta. Adolfo había salido profeta.

También á este invitaron á que cantase.

—¿Qué voy á hacerlo después de lo que hemos escuchado? respondió con rudeza.

—Cada uno debe hacer lo que pueda, le contestaron. No es cosa de que usted se haga más de rogar.

¡Valientes ganas tenía él de cantar! De rugir si acaso.

Puesto en el trance, cogió la partitura y la recorrió, pasando las hojas á manotadas. Sus ojos se fijaron en la escena del juicio, entre Amneris, Ramfis y el Coro, en el cuarto acto; y dijo para su interior:

—Nada más á propósito; la cantaré con rábía y estara en carácter.

Y de repente, con ojos chispeantes y reconcentrada ira, prorrumpió:

«Oh! gl' infami!, né di sangue
son paghi giammai.....

é si chiaman Ministri del Ciel!

Sacerdoti: compistí un delitto!

Tígri infami di sangue assetate..... etc :

No podía negarse que la voz llena, robusta y potente con que lanzaba aquéllas frases insultantes; sus ademanes enérgicos, su trágica entonación, interpretaban admirablemente la escena; y no escasearon los elogios.

—Has estado inspirado, le dijo María del Puy. Nunca te la había oído cantar así.

—Es que el infierno ruge dentro de mí, le contestó por lo bajo. Es que temo que estoy yo también sentenciado.

Y aprovechando poco después el rato en que servían los refrescos, ofreció á la joven un helado, y sentándose junto á ella le dijo:

—Nécios! Me han aplaudido creyendo que había cantado con arte, cuando era el furor el que me inspiraba. ¿Qué te ha dicho Luis? ¿Qué le has contestado, que le ha producido tanto júbilo? No es preciso que me lo digas; ya lo adivino, y llevo un infierno en mi interior. Harto veo la diferencia! A mi amor nada respondes; al suyo, bien que contestas.

—Vas á hacer imposible que te escuche, Adolfo. No solo faltas á lo pactado, sino que me faltas á mí, con ridículos celos que se forja tu calenturienta imaginación. Por última vez te repito que ni á él ni á nadie he dado mi corazón, que no tiene señor, y que libre será de rendirse á quien le plazca, nó á quien lo torture. Ya lo sabes; y vive advertido de que si vuelves á las andadas, en el acto me apartaré de tí, donde quiera que me encuentre.

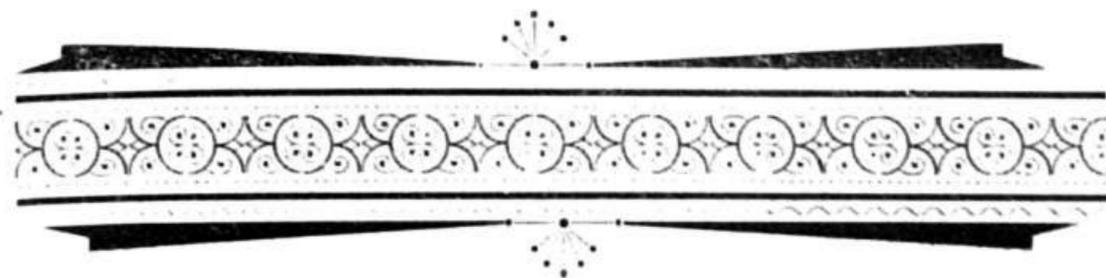
—Dispensa Marieta; pero mi cerebro es un torbellino; estoy loco.

—Pues á los locos se les aparta de los cuerdos, una vez confirmada su locura: no dés lugar á ello.

Y apurando el refresco, la joven se levantó, reuniéndose con sus amigas.

A las tres de la mañana se retiraron D.^a Lamberta con sus hijas, María y otros: el baile se prolongó hasta cerca de las cuatro.





XXX

COLOQUIO DE PADRE É HIJA. —LOS AUROROS

COMO era de suponer las jóvenes se levantaron tarde. No así D. Cristóbal que estaba vestido desde muy temprano, y que luego que su hija se hubo arreglado se fué con ella al paseo de los Llanos.

—Ya me han dicho, picarilla, el furor que anoche hiciste, y lo muy obsequiada que estás.

—Ciertamente que me distinguen más de lo que merezco. No perdí un baile, y aun faltó tiempo para complacer á todos.

—Y ¿qué tal los jóvenes? ¿Te agradaron?

—Hubo de todo. Unos simpáticos; otros que no lo eran tanto: quiénes que tenían buena conversación; alguno que era un pavo.

—Pero entre ellos, no faltaría quien te hiciese más tilín que los demás, ¿no es cierto?

—Mire usted el curioso, y con qué preguntitas se viene. Pues así, en concreto, no sabría contestarle; pero genéricamente, sí señor. Naturalmente estaba más á gusto con

los de finos modales y buena presencia; vamos, con los de mejor corte.

—Anda, hija, escarba un poquito, y apostaría cualquier cosa á que sale uno más guapo que todos, más distinguido que los demás, mas cariñoso y rendido que ninguno.

—Si esas ventajas están distribuidas entre ellos! Mire usted; Adolfo baila mejor que nadie; Luis es el más bueno de todos; Ramiro tiene el pelo más bonito y ensortijado; en fin, que Dios tiene repartidas con tino las cosas, para que no se lleve uno todo lo hermoso, y solo queden fealdades para los demás.

—Convenido; pero no es eso lo que quería decir; sino que habrá alguno quizás que haya hallado el camino de ese corazoncito; cuya voz te parezca más insinuante, sus ojos más luminosos, su gracia más seductora.

—Tambien usted! Jesús, qué trabajo que no le dejen á una sin que le acosen con averiguaciones! Usted es otra cosa; pero lo que es á Adolfo y á Luis ya les he prohibido que me vengan con solfas.

—Hola, hola! Con que ellos también se interesan por lo que haya ahí dentro. ¡Qué calladito lo tenías!

—¡Como que ha sido cosa de estas fiestas! Anoche mismo vinieron á la carga; pero los tengo á raya: y no crea usted; mi trabajo me ha costado, sobre todo con Adolfo que, no contento con su billete, todavía apretaba de palabra.

—¡Con que billetitos! Y ¿qué decía, se puede saber?

—Ya lo creo que puede usted saberlo; como que estaba deseando una ocasión en que contarle todo.

Y la jóven le refirió lo ocurrido.

D. Cristóbal escuchó con viva atención, queriendo leer en los ojos de su hija los pensamientos que en ella evocara su narración, pero sin dejar traslucir sus ideas. Cuando acabó le preguntó Marieta.

—¿Qué opina V. papá?

—Para resolver un problema es preciso saber todos sus términos, y aquí falta el más esencial, que es conocer tus inclinaciones, tu propia disposición.

—Pero si no sé qué juicio formar...

—Pues yo te ayudaré; vamos á ver si entre los dos logramos poner algo en claro.

Para simplificar la tarea descartemos otros nombres, que no están tan adelantados en sus confesiones, y pensemos que el problema está planteado sólo con Luis y Adolfo, á quienes con más urgencia necesitas dar una contestación..

Luis es más reflexivo, más formal, más abnegado; Adolfo más impetuoso, más jovial, más bullicioso:

Marieta asintió con la cabeza.

—Uno y otro parecen quererte de veras. Adolfo, á trueque de llegar á tu persona, salta por todo; dispuesto á atropellar las conveniencias si es preciso, antes que renunciar á tí. Se exalta á la idea de un rival que pueda ser preferido; relampaguea de odio, se crispan sus nervios, y es á la manera de esas tempestades de verano que rápidamente se forman, descargan, ya en benéfica lluvia, ya en destructor granizo, y se deshacen con igual rapidez.

Luis, temiendo que tu corazón esté interesado por otro, se repliega en sí mismo; sufre en silencio; languidece y, aunque la angustia le ahogue, respeta la elección que supone has hecho.

La joven callaba.

—Deduzco de aquí que el cariño del uno es más egoísta; más generoso el del otro. Diríase que Adolfo apetece más su dicha que la tuya; y Luis piensa más en la tuya que en la de él. Adolfo sacrificaría á los demás para ser feliz: Luis se sacrificaría por lograr tu felicidad.

María era quien seguía ahora atentamente las explicaciones de su padre, que le parecían como un rayo de luz que iba disipando las sombras que envolvían su mente.

—¿Y no podría ser que Luis se resignase, por ser su cariño más débil y acomodaticio? ¿No cabría que por eso mismo se aviniese á ceder el campo á un rival, que Adolfo no consiente en manera alguna?

—Todo puede ser; y para desentrañar este aspecto de la cuestión establezcamos una hipótesis. Hemos partido de la especie de que Luis, que nada te había dicho de su afecto, estaba convencido de que Adolfo ha logrado interesar tu corazón y se resigna con su suerte. Pero supongamos que no sucede así; sinó que averigua que es él el elegido de tu alma; ó que sin llegar á tanto, está tu decisión por pronunciar; pero su rival que no ceja, se halla dispuesto á todo antes que ceder el campo; ¿crees que Luis lo abandonaría por no sostener la lucha?

—De ninguna manera, contestó la hija. No es ese el carácter de Luis, que pruebas tiene dadas de afrontar los mayores peligros por cosas de menos interés para él.

—Pues siendo así, hay que convenir en que aquella tu suposición no era acertada. Admitamos que el cariño de uno y otro sean de igual intensidad, aunque revistan formas tan diferentes. ¿Cuál de ellos crees que podría ser mejor marido?

—Me pone usted en unos aprietos! A mí me parece que Luis. Pero también dicen que los atolondrados, los calaveras, son muchas veces los maridos modelo, en cuyo caso mejor podría serlo Adolfo.

—Ya ocurre alguna vez, pero no es seguro. Cuando un joven corrido siente el hastío de esos amores convencionales, que la vanidad y la coquetería conciertan á menudo; cuando francachelas, tan ruidosas por fuera

como vacías por dentro, aumentan el aburrimiento de su alma; cuando fáciles aventuras galantes en que creyó hallar delicias dejan en sus labios un sabor empalagoso, repugnante quizá, grosero siempre; si entonces sus ojos descubren una doncella casta, pura, sincera, que le abre su corazón, no es extraño que rinda el suyo de verdad y que descansa feliz en aquel oasis de ventura, tanto más apetecible cuanto que lo compara con los áridos eriales que atravesó en su peregrinación. Pero hay, que cerciorarse á fondo; porque si aquella inocente doncella no es para él mas que una flor que encuentra en su camino, que su pasión apetece, y que arroja luego como otras que antes cogió, ¡desgraciada de la esposa abandonada, cuya vida no será en adelante mas que un martirio!

—¿Y no habria modo de saber de antemano...

—¿Lo futuro, hija mía? Por averiguarlo, por ponértelo á la vista, daría el tiempo que me queda de vida. Desgraciadamente nos está reservado, y solo disponemos de una razón, falible de suyo, para conjeturarlo con alguna probabilidad. Hay que meditarlo bien; llegar hasta donde alcance la previsión humana, para aventurar lo menos posible en ese albur, que, una vez jugado, es irremediable.

La joven se estremeció. Imaginó que ese caso llegaba para ella; que se veía llevada al pié de los altares para pronunciar la irrevocable decisión de que le hablaba su padre, y retrocedió asustada.

—No me atrevería, nunca papá.

—No es para tanto, hija mía: la elección de estado tiene siempre algo de azar; pero cuando se estudian bien las cosas y se conocen á fondo las personas, la cuestión se simplifica mucho. El caso es no proceder irreflexiva y aturdidamente como algunos, dejándose llevar de una

impresión momentánea y falaz; y tú tienes un buen juicio, y aquí me tienes además para aconsejarte, para sostenerte, para defender tu dicha con el brío con que el león defiende sus cachorros.

—Yo no necesito mudar de estado: soy feliz en el mío, al lado de usted. ¿Para qué cambiarlo?

—Recuerda, hija mía, lo que en otra ocasión te dije. Ha llegado para tí el tiempo de unir tu suerte á un árbol más fuerte que al que hasta ahora te ha dado sombra. Yo no soy más que un tronco viejo; que poco puede resistir; antes de que caiga del todo carcomido, es preciso que otro te sostenga. Ánimo, pues, hija mía; y unidos ambos verás como resolvemos felizmente el problema; pero falta el dato más principal, que eres tú: ¿qué dice ese corazoncito?

—Tan turbado está, que si algo dice no sabría por ahora descifrarlo.

—Pues lo dejaremos que se repose, y volvámonos á casa; pero te voy á proponer un último problema.

Figúrate que el baile de anoche no se daba en el Casino, si no en un buque que se hunde en las aguas, y que tú dispones de un esquife en que solo puedes salvar á algunos. ¿A quiénes querías salvar?

—¿Qué duda tiene? A mis más íntimos; á los de Pomares, á mis amigos; á Ramiro, á Adolfo, á Luis.

—Concretémonos á estos. Pues bien: supón que en tu esquife solo uno puedes recibir; que de consiguiente solo uno puede salvarse ¿á quién salvarías de preferencia, á Luis ó á Adolfo?

Marieta se detuvo breve rato:

—A Luis, dijo; al fin es mi primo. Pero me violenta imaginar tales catástrofes. No quiero pensar en ellas.

D. Cristóbal, que había contenido la respiración aguardando la respuesta, alentó con desahogo, y le contestó.

—Tienes razón; no se hable más. Quedamos en que á tus solas pensarás en lo de que hemos tratado; y que aquí está este pobre viejo para ayudarte con todos los recursos que le sugieran su celo y experiencia, y sobre todo su entrañable amor á tí.

La joven lo miró con ternura.

—Sí, papá.

Y emprendieron la vuelta.

Al poco rato, D. Cristóbal le indicó que las fiestas podían darse por concluídas, y era tiempo de volver.

—Por mí, cuando usted quiera. Después de todo, ya tengo ganas de visitar á los tíos de Zudaire, que se quedaron aguardándonos.

—Y les cumpliré lo ofrecido, dejándote con ellos una temporada.

—Lo malo es que usted no estará siempre.

—Como si estuviese; iré á veros con frecuencia; ya ves que ambos pueblos están á un paso. Ahora anunciaremos á los de Pomares nuestra próxima partida.

La familia de Pomares les instó á prolongar su estancia, decidiéndose por fin verificar la salida el próximo jueves.

Aunque habían determinado marchar á las seis de la mañana, á cuya hora en efecto aguardaba el coche á la puerta, eran ya las siete cuando partieron; obedeciendo el retraso á la visita de despedida que hicieron á Nuestra Señora del Puy en su Basílica.

Cuando subían al Santuario comenzaba la plaza á adornarse de toldos y puestos de venta, porque, como jueves, era día de mercado.

Unos llevaban desarmados los piés de los puestos y otros los travesaños y la cuadrada tela blanca que había de sujetarse á ellos, para resguardar del sol á los vende-

dores; algún carro llegaba conduciendo fruta; caballerías cargadas de brillante loza que reflejaba el barniz de la adelantada cerámica estellesa; mesas que se instalaban; aldeanas que traían gallinas, huevos, conejos, patos, empezaban á animar el espacioso recinto, pero cuando bajaron de la Basílica entonces sí que hallaron transformada la plaza, cuyo centro estaba cuajado de los expresados tinglados ó cobertizos, cuyas lonas parecían sábanas de nieve, entre las que se advertían caprichosas callejuelas por las que circulaban dueñas y criadas, forasteros y aldeanas, chiquillos y traficantes, produciendo un sordo murmullo del que se destacaban las voces de vendedores y compradores que tenían que hacer su ajuste casi á gritos.

Los andenes de la plaza, los portales, hasta las paredes de la iglesia de San Juan Bautista, que ocupa el ángulo S. E. del recinto, estaban cubiertos de multitud de objetos destinados á la venta: las puertas y tiendas exhibían sus géneros en mayor abundancia que de ordinario; á los balcones de los edificios se asomaban algunos moradores, que apoyados sobre el antepecho contemplaban aquel ir y venir de gentes, y la animación y algazara del centro, con el que corrían parejas los portales.

—¡Qué movimiento! observó María del Puy. Nadie diría que en tan poco tiempo se hubieran podido reunir tantas cosas. ¿Quiere usted que demos una vuelta, papá?

—Cójete de mi brazo y recorreremos los portales; pero no nos entretengamos mucho, que ya es hora de partir.

¡Jesús, y qué de cosas había en aquella plaza! Millares de aves y cuadrúpedos domésticos, sostenidos por las aldeanas que sentadas á un lado y otro de los portales, aguardaban quién los comprase; ó que vigilaban las cestas y utensilios por cuyos descubiertos tapes asomaban

las inquietas cabezas y rojas crestas de pollos y gallos, el erguido cuello de los gansos, las níveas alas de las palomas, el hocico de los conejos haciendo muecas; con una de graznidos, arrullos, cacareos y chillidos, que era cosa de cubrirse las orejas: fajos de lino, abarcas, estambres y lanas; cántaros, orzas, tinajas, pucheros y cacerolas, chocolateras, alcancías ú ollaciegas, juguetes, y vasijas de barro de todas formas y tamaños para mesa, cocina y cama: horcas, palas, yugos, podaderas, y utensilios de labor; mesas cubiertas de mil chismes de reluciente hojalata; otras con útiles de hierro y cerrajería de oscuro tono; sacos entreabiertos de granos y simientes; telas y cintas tendidas sobre el suelo del andén; cestos con agujas, horquillas, hilos, espejitos de mano y multitud de cachivaches; puestos de carne y despojos; fogones portátiles guiando al aire libre; prendas, enseres de casa y hierros viejos, suspendidos de cuerdas clavadas en la pared; mundos, baules, bancos, cómodas y muebles de madera; pieles, correas, cuerdas y serones amontonados; calzado de todas clases; cestos de sal, é infinidad de objetos y baratijas formaban el cerco del centro de la plaza llena de frutas, legumbres y verduras, y tenían por orla á su vez las abiertas confiterías, bazares, quincallas y tiendas de las casas.

D. Cristóbal y su hija apenas podían abrirse paso entre la multitud que lo invadía todo. Luis, Adolfo y las hijas de Pomares que los seguían detrás se quedaron á alguna distancia, detenidos por los grupos.

Mientras los esperaban, Marieta pasaba revista con los ojos á todos los rincones.

—La verdad es, que es un cuadro muy animado, y de una confusión deliciosa.

—Pues el desorden es aparente nada más. Cada cosa

tiene su sitio, y cada cual sabe dónde ha de encontrar el objeto que le haga falta. Como esto se repite todas las semanas, vecinos y forasteros conocen perfectamente á dónde han de acudir.

—Lo que no me hace gracia, decía la joven, es el chisporroteo del aceite en que fríen el pescado, y el humo y olor de la grasa de las costillas asadas: yo suprimiría los fogones...

—Tampoco ocupan más que un extremo: están relegados al *cantón*, y son de gran utilidad para los aldeanos que vienen sin provisiones, y que por una friolera encuentran comida sana.

—Los llevaría á otro sitio, lo mismo que los puestos de venta de carnes frescas: poco les costaba á los aldeanos ir al edificio del mercado, que está tan arregladito y bien dispuesto.

—Así no hay que perder tiempo: todo lo encuentran aquí.

—Cataplún! Rodó el canasto. Anda, anda, qué prisa se dan los chicos á ayudar á la apurada portadora, y á recoger las peras del suelo, escondiendo alguna que otra dentro de la camisa. Ya se ha llevado el más listo un pescozón: bien merecido se lo tiene.

Observe usted aquel borrico, que quieren que pase por la calleja y vá tropezando con la carga en los tenderetes, que casi ha derribado. No se ha armado mal barullo con las vendedoras que increpan al conductor. Y él ¡con qué flema y cachaza lo oye! Si esto es lo más entretenido...

—Pues yo me consumo de impaciencia. ¡Gracias á Dios que habeis llegado! dijo á este punto D. Cristóbal á Luis y los demás. Creí que no ibais á venir nunca.

—Si casi no se podía andar!, replicó Luis.

—Como que hoy es un buen mercado: la plaza está muy animada, indicó Nicanora Pomares.

—Esa es la cantinela de mi hija; pero entre unas y otras cosas hace más de una hora que aguarda el coche. Ayer mucho con que se madrugaría, y hoy todo es emperezar.

—Pues lo que es yo, desde bien temprano estaba dispuesto, manifestó Adolfo.

—Ya serían las seis de la mañana.

—No por cierto: antes de las cuatro estaba despierto.

—Tú!, repuso D. Cristóbal. Lo habrás soñado.

—No señor: despierto y muy despierto; como que he saltado de la cama refunfuñando; y les puedo dar pruebas.

—Cuenta usted, Adolfo; le dijo Rosario.

—Pero que lo cuente andando, repuso D. Cristóbal.

—Pues nada. Me había costado mucho conciliar el sueño; y cuando por fin me dormí oí confusamente un talán, talán, de que al pronto no me dí cuenta: un ratito de silencio, y otro talán, talán, que me fué despertando; á luego el talán, talán, cada vez más cerca, que me desveló por completo: de pronto una voz que rasga los aires, otras que se conciertan con ella en una especie de salmodia...

—Los *auroros*, interrumpió Rosario.

—Y ¿qué es eso? preguntó María del Puy.

—Los que todos los días suben á cantar la aurora. Pero siga usted, Adolfo; y dispense que le haya interrumpido.

—Figúrense ustedes el efecto que me causarían aquellas voces que subían y bajaban, como olas que llegan y se retiran. Salté de la cama, y miré por el ventanillo. En medio de la plaza había tres hombres; uno con un gran farol encendido; otro con una desmesurada campana, y el tercero con las manos vacías, cantando los tres que se las pelaban: á corta distancia un grupo de mujeres, al que venía en silencio á juntarse alguna que otra persona.

Acabó el cántico; sonó el talán, talan de la campana, y los hombres se pusieron en movimiento, seguidos de las mujeres; dejándome á mi en ayunas, y sin saber qué hacer, porque á todo esto ni barruntos había de que clarease el alba.

Decidí volverme á la cama, y ya empezaba á traspormerme al cabo de largo rato, cuando oigo otra vez la malhadada campana, y rezos en alta voz. No pude resistir más, y salté del lecho, resuelto á vestirme, como lo hice. Aún pude ver el rosario, con sus estandartes, y largas hileras de hombres y en especial de mujeres, que entraban en San Juan rezando Ave-Marías.

—Pues ya no hubiera usted vuelto á sentir más ruidos, aunque se hubiese acostado; le dijo Nicanora.

—¿Qué nó? Tan pronto como hubiera ido á cerrar los párpados habría empezado á sonar la dichosa campanilla que me ponía los nervios de punta; y sinó, hubiera soñado que la oía y hubiera sido igual. Nada, nada; habrá que dar la noche por perdida y me vestí en un santiamén.

—Y ¿qué hiciste á aquellas horas? le interrogó María del Puy.

—¿Qué había de hacer? Lo que todos: fuí á la iglesia, y estuve en la misa de alba, en la que los fantasmas, *auroros* ó lo que fuesen, de rodillas en las gradas del presbiterio acabaron el rosario, rezaron un sin fin de oraciones contestadas por el pueblo; hicieron la estación con los brazos en cruz, como muchos de los circunstantes...

—¿Usted también puso los brazos en cruz? le dijo sonriendo Rosario Pomares.

—Tentado estuve; pero como no sabía si detrás vendría el darse de azotes ó cosa parecida, aguardé á ver en qué paraba aquello; para una vez enterado, poderlo repetir si se me presentaba ocasión.

—Y ¿en qué paró? preguntó de nuevo Marieta, que se interesaba en el relato.

—En que concluyó la misa; se fueron todos y yo con ellos, que al ver la claridad del crepúsculo que avanzaba, di una vuelta por las calles, y me volví á la Fonda á esperar la hora.

—Pues perdió usted el sueño, observó Nicanora; en cambio ganó una misa; que si la oyó con devoción y sin refunfuñar por la contrariedad, no tendrá poco mérito. Pero para mérito el de los *auroros*...

—Ya lo creo. ¡Como que no dejan dormir á bicho viviente..!

—Todavía le dura á usted el escozorcillo...

—Aparte de ello ¿le parece á usted que en su género tiene poco mérito que tres hombres nada más metan tanto estrépito á horas desusadas, y hagan tanto mal en tan poco rato?

—Usted lo vé todo feo porque lo mira por el prisma de su mal humor; pero hay que hacer justicia á esos hombres que, sin deber alguno, llevados de la devoción á la Virgen, saltan del lecho antes de rayar el día, recorren toda la ciudad llamando á sus moradores para que se unan con ellos á cantar las glorias de la Reina de los ángeles, elevan á Dios sus oraciones durante la misa, y satisfechos de sus humildes obsequios emprenden los trabajos del nuevo día. Y esto en todas las estaciones y tiempos, con lluvias y con vendabales; con bonanza ó con frío; con hielos ó con escarchas. Si usted los acompañara alguna madrugada, al compás del agua que cae y penetra las ropas y llega á la carne; si en pleno invierno atravesase como ellos el puente del azucarero, tiritando de frío á las ráfagas de un cierzo helador, comprendería el mérito que tiene esa campanilia sonando en la oscuridad de la no-

che, en primavera como en otoño, en verano como en invierno. Segura estoy de que la Virgen cuenta sus pasos, recoge los ecos de esa campana, recibe amorosa sus canciones y saetas, y estrechará en su regazo cuando mueran á quienes tanto la amaron en vida.

—Bien por Nicanora, exclamó Marieta.

—Tiene razón, dijeron todos.

—Yo también estoy conforme, repuso Adolfo, aunque á decir verdad no había parado mientes en el sacrificio que supone ese obsequio diario á la Virgen, que es lástima, después de todo, que no logren llevarlo á cabo sin sacar del sueño y á veces de sus casillas, á los que tranquilamente duermen. Pero dice usted que atraviesan el puente; ¿qué tienen que hacer allí?

—¿No le he dicho que recorren toda la ciudad? Empiezan por los barrios del otro lado del río; por el Matadero, el Sepulcro, San Pedro; cruzan de nuevo el puente acompañados de algunos devotos, y siguen por las calles de este otro lado, recogiendo nuevos fieles, para terminar en la iglesia de San Juan, todavía cerrada, á la que entre tanto han ido acudiendo otros, que aguardaban en la verja del templo. Mientras el Sacristan abre, los *auroros* se desayunan con una copita de aguardiente; y empuñando luego los estandartes sale el rosario por las calles, y al regresar á la iglesia comienza la misa á que usted ha asistido hoy.

—Veo que está usted bien enterada. Se conoce que más de una vez lo ha presenciado.

—Ya lo creo; y me encanta el celo de esas buenas gentes. Si usted estuviese aquí, alguna vez le tocaría oír esa misa, y creo que le agradaría cada vez más.

—¿Quién sabe si también se metería á *auroro*?, dijo Rosario riendo.

—Más fácil sería que entrase en la cofradía de los tranochadores, contestó D. Cristóbal. Eso de madrugar no le ha agradado nunca á Adolfo; ¿no es verdad?

—Pues miré usted; cada vez soy menos perezoso; y con el tiempo, si viviera aquí, nadie sabe lo que podría suceder, pero me atrevo á afirmar que si me metía á auroro había de ser un auroro modelo; lo que es como cogiese la campanilla hasta los sordos me habían de oír.

Riéronse los demás, y María del Puy le dijo en broma:

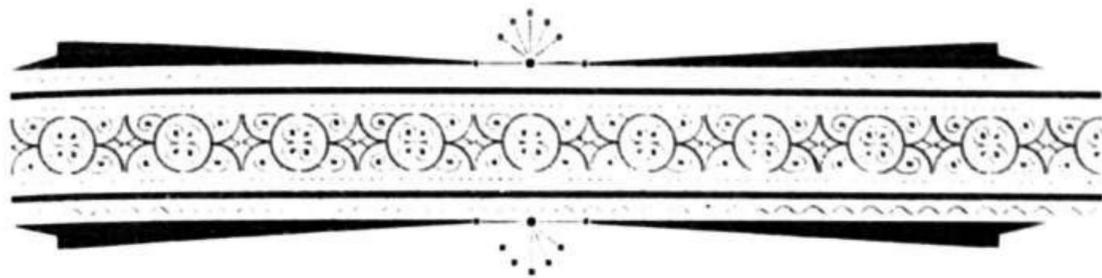
—¡Qué rencoroso!

Nada contestó Adolfo, porque habían llegado á casa de Pomares, y comenzado las despedidas, y el poner en el coche las cosas de última hora.

Por fin acabaron los besos de las señoras, los apretones de manos de los hombres, los encargos y saludos, y marcharon.

En el camino rodó la conversación sobre cosas indiferentes.





XXXI

EN ZUDAIRE

LUIS y Marieta eran quienes principalmente hacían el gasto. D. Cristóbal parecía distraído; y Adolfo que, á medida que avanzaban en la carretera se reconcentraba más en sí, al llegar á Zudaire tenía un semblante torvo, que denotaba su contrariedad.

Cada vez que escuchaba alguna alusión de Luis á lo bien que lo pasarían en el pueblo, ó que Marieta manifestaba su afición á aquellos lugares, el rostro de Adolfo se oscurecía más.

Ellos juntos, pensaba, y yo en otro pueblo; ellos proyectando recreos y distracciones, y yo, ausente. ¡Podían tener siquiera el pudor de disimularlo! Y su frente se arrugaba, y al recapacitar en las ocasiones que Luis tendría de hablar á solas con su prima y aprovecharse de su ausencia para triunfar de él, los puños se le crispaban.

No hay que decir el alborozo con que fueron recibidos en casa de D. Santiago. A D.^a Mercedes le bastó una ojeada para convencerse de que su hijo volvía mejor de lo que se fué. Los días pasados en Estella le habían sen-

tado bien: el aire de la mañana le había animado, y la perspectiva de la temporada que su tío y prima iban á pasar en Zudaire le llenaba de contento.

Satisfecha bajo este aspecto redobló sus atenciones con todos, instando también á Adolfo para que los acompañara.

—Muchas gracias, contestó este. Ya vendré á verles alguna vez; pero si me quedara se quejaría mi madre de que la dejaba sola; y tengo también que prepararme para la Licenciatura. D.^a Mercedes comprendió la razón que asistía al joven.

—No insisto; pero agradeceremos sus visitas, que no le han de privar de consagrar á mi buena D.^a Joaquina y á los libros el tiempo que deba usted dedicarles.

Antes de marchar, aún halló Adolfo ocasión para decir á María del Puy, al cruzarse con ella en un pasillo:

—Me voy; pero mi corazón aquí se queda: no le maltrates.

Marieta hizo un gesto indescifrable, con que salió del apuro. No sabía como contestar.

Quedaron solas, pues, las dos familias; y, como era lógico, D. Santiago y D. Cristóbal formaban una pareja, á la que se asociaba con frecuencia D. Cirilo. D.^a Mercedes y Marieta formaban otra; y mientras los hombres hablaban de sus cosas y negocios llegándose á las eras, ellas recorrían la casa y los corrales, visitaban la cocina y despensa, y charlaban de los quehaceres domésticos.

Luis quedaba libre, y acudía á los unos ó á las otras; pero daba la pícara casualidad de que no pasaba una hora sin que por cualquier motivo tuviera que encontrarse con ellas.

No se le escapaba á su madre el motivo de tal asiduidad, pero no le disgustaba tampoco. Al contrario, daba

gracias á Dios de que su hijo se moviera, se interesase y las buscara, en vez de encerrarse en su cuarto con aquellas murrias y tristezas que solo de recordarlas le daban miedo.

—¿Qué tal Luis? dijo un día D. Cirilo á doña Mercedes. Ahora ya estará usted contenta.

—Sí que lo estoy, señor Cura. Aun no ha vuelto á sus carnes, pero ya es otra cosa. Siquiera habla, y se anima.

—Que lo volví del revés, caramba! Si no es por mi arte y mi muleta en aquella espinosa conferencia, me parece que á estas horas no tenemos hombre. Pero le fui sacando, sacando el veneno del cuerpo. Ello me costó trabajo; ¡vaya si me costó, caramba!, pero lo echó del todo; y ahí lo tiene usted tan alegre y rozagante.

—Otro Santo me parece que ha hecho el milagro...

—¡Cómo que otro Santo! Pues si no fuera por mí ¿cómo estaríamos para estas fechas?

—Nunca podré pagarle el bien que entonces nos hizo usted; pero desengáñese. Usted solo preparar el terreno, admirablemente eso sí; pero la semilla *otro* la ha depositado.

—Pues no acierto...

—Su prima...

—Esa es *otra*, y por ahí había de venir el remedio. ¿De manera que se entienden?

—No diré tanto; pero sí que las cosas marchan por buen camino. Ella está contenta de verse aquí; y á él se le ván los ojos tras de su prima, sin que haya aquellas meditaciones y suspiros y súbitas paradas. En fin, que no podemos quejarnos.

—¡Sí lo decía yo! ¡Si no podía ser otra cosa! Pero el toque estaba en apartar el obstáculo; en desvanecer con discreción y tacto la mutua preocupación que los alejaba

uno de otro. Sin ello, todo era perdido; y esto lo consiguió mi afecto á Luis, y ¿por qué no decirlo, caramba? y... mi diplomacia.

—Para diplomacia la que tienen las muchachas.

¡Pues tiene gracia, se decía después á solas D. Cirilo! ¡Caramba con D.^a Mercedes! Cuando la cosa apuraba, mucho de: «sólo usted puede salvarlo, Señor Cura: háblele usted; averígüelo todo; ponga usted remedio;» y cuando uno lo hace, y con tan brillante éxito, caramba!, le regatean el mérito y se lo atribuyen al primero que pasa con sus manos lavadas.

Y D. Cirilo agitaba furiosamente los cordones del manteo, y proseguía: Pues si tan fácil era el asunto ¿por qué no lo desempeñó usted, mi señora doña Mercedes? usted, con muchos más medios, fracasó en la empresa; y este pobre viejo, en una sola entrevista, volvió de arriba abajo al mancebo. Si esto no es tener chirúmen, habilidad, perspicacia, tino y caletre, que venga Dios y lo vea. Pues nó señor; yo no hice más que preparar el terreno, nada como quien dice, porque la semilla otra la puso, y de ella proviene el fruto. Pues de uno y de otra se necesita, caramba!, y lo que es usted, D.^a Mercedes, ni puso la semilla ni preparó el terreno.

Y como si confirmase su razonamiento, sacudía los cordones á guisa de disciplinas sobre la palma de la mano.

Esa, esa es la madre del cordero, continuaba después. Instintivamente le duele á D.^a Mercedes que fuese yo, y no ella, quien lograra aquel triunfo tan rápido y completo; y por eso le quiere quitar mérito. No digo que lo haga de propósito, ni que deje de estarme reconocida; eso nó, porque ella es más buena que el pan; pero á mí que no me digan. En lo hondo del corazón, oculto en sus profundidades, hay siempre un poquillo de envidia y propia esti-

mación que sigilosamente asoma la cabeza cuando menos se piensa; y aquí no solo la asoma, caramba, sino que la saca por entero, aunque usted no se percate de ello, mi señora D.^a Mercedes...

De pronto quedóse meditabundo, dejó caer los cordones, y pasándose la mano por la frente elevó los ojos al cielo, á la vez que murmuraba:

—*Cor mundum crea in me, Dómine. et spíritum rectum innora in viscéribus meis.*

¿Apostamos cualquier cosa, caramba, á que es el demonio de la vanidad y del orgullo el que me inspiraba esos poco piadosos pensamientos? Achacaba á D.^a Mercedes que el amor propio hablaba por su boca, y no caía en cuenta de que era el mío el que me envolvía en sus redes, y se enroscaba cautelosamente á mi cerebro y se deslizaba hasta mis labios. ¡Caramba, si hay que estar alerta en todos los momentos? Pero ya te he conocido, mala pécora, y abomino y abrenuncio de tí. No te han de valer tus tretas, porque me arrepiento de todo lo que he discurrido, imaginado y proferido; y reconozco mi soberbia, y me confundo en mi bajeza, desde la que vuelvo los ojos á mi Dios, que me tenderá su mano, porque ha prometido no despreciar al corazón contrito y humillado; *cor contritum et humiliatum Deus non despicies*. Si Señora, sí: soy un mentecato, que nada hice, ni siquiera escarbar el terreno, porque es Dios quien lo prepara y abona; ni valdría de nada la semilla, si el Señor no la hiciese fecunda; ni somos todos más que unos fátuos, presumidos ignorantes. Y ahora, que rabie el demonio, caramba!

Luis y María se hallaban reunidos casi constantemente, pero rara vez á solas, porque ella apenas se apartaba de D.^a Mercedes: pero esto no impedía que en ciertas ocasiones pudiese Luis hablarle sin testigos. Lo que había era

que la joven no daba pié para entrar en el terreno de las intimidades. Estaba, sí, cariñosa con su primo; admitía de buen grado sus familiaridades, y sostenía sus bromas, pero no con aquel grado de abandono y plena confianza de otros tiempos.

No podía quejarse Luis; pero acibaraba su gozo, eso de que cuando estaban en familia era cuando Marieta daba más rienda suelta á su charla con él, y le hacía sus jugarettas, que daban motivo á risas y jocosas disputas, que le dejaban la dulzura de una golosina; mas nunca lograba saborearla á solas con ella.

No pierdo terreno, decía, pero no sé tampoco si lo gano; y aquí el no avanzar es retroceder, porque el tiempo pasa; mi prima volverá á Eulate, y ya no estará bajo mi influencia, sino bajo la de Adolfo. Decidióse, pues, á abordar el problema, y en la primera ocasión que se le presentó, le dijo:

—¿Sabes que he consultado mi destino?

—¿De veras? ¿Y qué te ha dicho el oráculo?

—Como acostumbran, me ha dado una contestación enigmática, y agradecería que me ayudases á descifrarla.

—Si yo puedo...; explícame el caso.

—Es muy sencillo. En uno de mis libros hay pintada una rueda de la fortuna, con casillas numeradas á que corresponden otras tantas respuestas. Yo he preguntado: «¿me amará?» Y la respuesta ha sido: «quizás.» Pero no acabo de desentrañar su sentido, y vengo á ver si me auxilias. ¿Qué crees tu que significa ese *quizás*?

—La cosa me parece clara; que puede ser que sí, y pue-
ser que nó.

—Pero eso es no decir nada.

—Yo creo que ya es decir algo.

—Sí; que puede estar rabioso, y puede no lo estar, como

cantan los Doctores en la zarzuela; con lo cual nada se saca en limpio.

—Vén acá, y no seas tan atropellado. Si la contestación hubiera sido un *nó* rotundo, podrías lamentarte.

—Es que lo que yo buscaba era un categórico *sí*, grande como un templo.

—Ya, ya lo comprendo; pero el oráculo, aunque no haya podido decirte tanto, no te desahucia: te asegura que es posible que llegue á amarte esa persona, lo cual ya es algo, y aun mucho; pero se conoce que hay alguna cosa por medio, alguna condición por cumplir, y de la cual dependa que ese amor nazca ó se frustré. Yo al menos así entiendo ese *quizás*...

—¿Qué condición es esa? ¿Qué es lo que tengo que hacer? Sépalo yo, y aunque necesitara levantar piedra á piedra una montaña con mis hombros; aunque necesitara escalar el cielo, lo escalaría.

—No es de suponer que se te exija tanto; pero eso sí que no puedo decírtelo: tendrás que volver á consultar á la rueda de la fortuna, por más que á mí me inspiran poca fé esos pasatiempos.

—Por piedad, María...

—Pero, hijo, ¿qué más quisiera que poderte revelar esos arcanos? Tu me has tomado por alguna sibila ó pitonisa de los antiguos tiempos, cuando no soy más que una pobre muchacha.

—De sobra sabes que lo eres todo para mí, que en tí cifro mi amor, y mi vida pende de tus labios...

—Eso sí que es faltar á lo convenido; y ¡quién sabe si el oráculo te diría que ese es el camino de impedir que naciese el amor que pretendes, ó de frustrarlo caso de haber nacido!

—Ten compasión, Marieta. ¡Si vieses qué cruel es la incertidumbre! ¡Si supieras cuán dolorosas son las horas en que se lucha entre la esperanza y el desaliento, sin saber nunca de qué lado se inclinará la balanza, ansiando la dicha y temiéndolo todo á la vez! ¿No es tiempo de que pongas fin á mis tormentos? ¿No merece lo que he sufrido que dejes caer una gota de bálsamo sobre mi sediento corazón?

—No me atrevo á contestarte; es que no puedo; que no estoy cierta; que no lo sé. Sólo puedo decirte que esta casa me parece una prolongación de la de Eulate; que quiero y considero á tus padres como si lo fueran míos; que aquí me hallo bien. Deja correr las horas que se deslizan tranquilas y gratas: disfrutemos de ellas sin turbarlas con precipitaciones y congojas, y aguarda á que mi corazón hable sin apremios ni presiones. Cuando sea tiempo él se manifestará: respétalo, como yo propia lo respeto. Esto es lo convenido.

—Pero quedamos en que le consultarías...

—Y ¿quién te dice que no lo hago?

—Pues entonces, acaba de una vez ¿qué te responde?

—Habla en un lenguaje tan bajo, tan bajito, que no llego á percibir sus expresiones; sólo me parece adivinar que dice también como el oráculo: *quizás*.

—Pero...

—Chitón, ni una palabra más, que hartas se han pronunciado. Deja que su voz tome fuerza: cuando la oiga bien, romperé mi silencio. Quedamos, en que me recuerdas, que yo le consultaría, y no lo he olvidado; pero quedamos también en que no me preguntarias nada de nuevo, hasta que yo hablase. Cumplamos fielmente nuestro compromiso cada cual; porque quien rompe un pacto no tiene derecho á exigir que el otro lo observe.

Luis no pudo sacar más en limpio, y hubo de resignarse á esperar. Traslucía de la conversación que la joven advertía cierta inclinación á él. ¡Si de ello estuviera seguro pensaba, aguardaría más tranquilo; pero eso de que de fijo no sepa uno á qué atenerse, ni cómo andan las cosas por dentro de ese corazoncito!

Tampoco Adolfo las tenía todas consigo, ni mucho menos; preocupado con lo que podría pasar en Zudaire fué dos veces al pueblo haciendo una larga visita á la familia de D. Santiago; pero se volvió como había ido. Bien recibido, bien tratado y despedido con toda política, pero nada más. Luis, á pretexto de acompañarle, se constituyó en su guardian y espía. Marieta esquivó todo encuentro á solas, y ni en los pasillos logró darle alcance. Era cosa de desesperar.

A falta de otro recurso dejó hablar á sus ojos; pero María del Puy afectaba no cuidarse de sus expresivas miradas, y sostenía la conversación con naturalidad, atendiendo á las palabras y prescindiendo de los ojos.

Sólo una esperanza le quedaba. D. Cristóbal, (que después de haber estado unos días con sus parientes, había regresado á Eulate donde se aburría de hallarse solo) iba de vez en cuando á comer á Zudaire, y en la última de sus visitas anunció el propósito de llevarse á su hija.

—Déjanosla algo más, insinuó D.^a Mercedes.

—Pero mujer, si lleva cerca de un mes en esta casa, y la mía está como edificio sin dueño. Buena falta hace que vaya á ponerlo en orden; y sobre todo, no me encuentro sin su compañía.

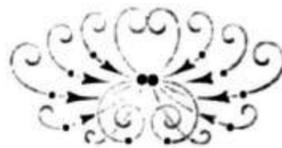
—Pues vente aquí y todo se arregla.

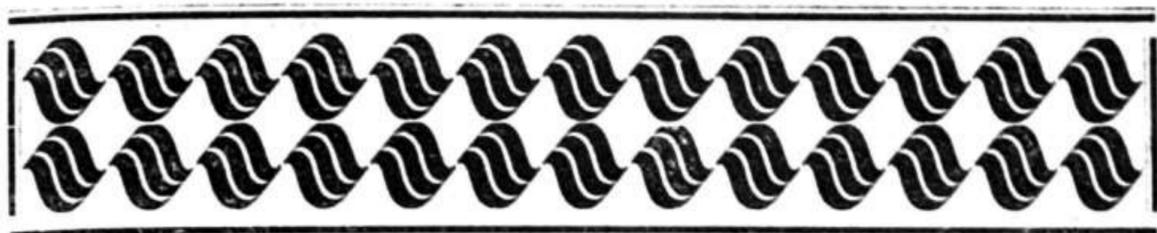
—Dices bien si pudiera abandonar aquello; pero como no puede ser, hay que preparar la partida.

Dispúsose esta para mediados de setiembre, y decidie-

ron solemnizar la despedida con una excursión al *nacadero*, ó sea al nacimiento del Urederra; á la que D.^a Mercedes invitó también á Adolfo.

Este aceptó, á pesar de corresponder á los días críticos en que había de marchar á Madrid para su Licenciatura; y ese día de campo era la única esperanza con que contaba para despejar la situación. En el campo podré aprovechar para hablarle, pensaba, coyunturas que no es fácil encontrar en esta casa.





XXXII

EL NACIMIENTO DEL UREDERRA

LLEGÓ la fecha señalada, y Adolfo concurrió con toda puntualidad.

—Les dedico mi último día, les dijo. He retrasado mi viaje á Madrid por pasarlo con ustedes.—Hoy comeré aquí; dormiré en mi casa, y mañana temprano saldré para la Corte.

—Y luego te veremos médico, le dijo D. Santiago.

—Así lo espero.

Pronto se organizó la expedición.

D. Cristóbal, que ya había pernoctado en Zudaire, montó en un caballo, que Luis había puesto á su disposición, y llevó en ancas á D.^a Mercedes; y como D. Santiago rehusase montar el Tordillo diciendo que tenía gana de estirar las piernas, cabalgó en él María del Puy.

Los demás fueron á pié. El guarda Nicanor iba con ellos. Ruperto les había precedido conduciendo las provisiones en un borriquillo, con encargo de que los aguardase con el almuerzo caliente, á orilla del río, en un sitio

en que el lecho de roca se levanta formando una pequeña presa natural.

Tenían propósito de recorrer las cascadas, y comer en uno de los pozos superiores.

El día estaba muy agradable: soplaban un vientecillo norte que les libraba del calor que en otro caso habrían sentido en el inmenso anfiteatro á que se dirigían. Se conservaba algún resto de la frescura de la noche, pero el sol la disipaba rápidamente. Seguían el camino carretil que por entre las heredades conduce al monte, y hasta que no atravesaron las piezas no cesaron los saludos de los campesinos.

Mariceta gozaba de verse en pleno campo, rodeada de los suyos, y sentía gana de correr. Había aflojado las riendas del noble animal, que caminaba con gallardía, como si estuviera ufano de su carga. Pinto iba de los unos á los otros, moviendo el rabo, y olfateándolo todo á la querencia de la caza.

—Mira qué satisfecho vá el Tordillo, le dijo Luis, lueca el cuello y agita la cabeza como diciendo: ahora sí que voy bien empleado!

—Dí más bien que goza por salir de la cuadra, comprendiendo que luego pastará en el monte con toda libertad.

—No lo creas. Ha tenido pienso de sobra. Es lo que te digo: como sabe el cariño que su amo te profesa te demuestra también su estimación y contento.

—Con que sí? Pues mira, no me convenzo. Los resoplidos que da, lo que significan, son el fresco pasto del bosque que le aguarda.

—Son de satisfacción.

—Bueno, bueno. Lo que me parece es que tiene ganas de correr, y yo lo estoy descando. Pero si lo digo no me

dejarán porque desde aquel escape que dió contigo temen verlo galopar; sin embargo, á mí no me da miedo; ¿verdad que puedo correr?

—Ya lo creo! Montas como una amazona, y el Tordillo es noble y leal. Obedecerá á solo tu voz: pero podrían asustarse si te vieran galopar: pónlo al trote.

Marieta animó al caballo que rompió al trote vivo.

—Eh! Eh! gritó D. Cristóbal al ver correr á su hija.

Pero esta no oyó ó se hizo la desentendida.

María! volvió á gritar. Pero esa muchacha! Si fuera sólo le daría alcance, pero no me atrevo llevando á la grupa á Mercedes.

—Déjela usted, le indicó Luis. Va segura, y el caballo es de confianza.

—Menos cuando le da el vértigo como en Eulate. Y á lo mejor llegará á la empalizada... vamos, que no estoy tranquilo.

—Pues tranquilícese, que ahora mismo se detendrá.

Y Luis dió un silbido largo y penetrante, que repitió momentos después.

El Tordillo levantó la cabeza, y de pronto se detuvo.

—Precioso animal, exclamó D. Cristóbal. ¡Qué pronto te ha comprendido!

—Si lo volviera á llamar vendría á escape.

—No hace falta: ya le ha dado la vuelta el diablillo de mi hija, que viene aun más de prisa de lo que se fué.

—¿A dónde vás de ese modo? le gritó su padre cuando se aproximaba. Refrénalo.

—¡Como habían llamado ustedes!

—Dí que tenías ganas de dar una corrida.

—También.

—Pues nó; vayamos todos en amor y compañía...

Quedaron á la cabeza María y Luis que siguieron dia-

logando; Adolfo que estaba más atrás apretó el paso para incorporarse á ellos.

—No sé si estorbo, dijo al reunirse.

—María del Puy, que adivinó las nubes que los celos levantaban en el corazón de Adolfo, trató de desarmarle; y con insinuante voz le dijo:

—Estorbar! Quita de ahí! Si estoy tan á gusto viéndome con todos... Al contrario, me agrada que vengas, y la conversación será más entretenida...

—Poca falta hacia para eso, pues bien animada la llevabais...

—Me preguntaba Luis si había oído las voces de mi padre, y le contestaba que sí, pero que me había hecho la desentendida, por el placer que me daba correr por la campiña. Pero esto se queda entre nosotros, eh? Ya comprendo que es una picardía haberme adelantado sin permiso, pero es más fea mi desobediencia, y vale más que la ignore mi padre. Con que así, reserva; reserva; aunque haya de pasar á vuestros ojos plaza de hipócrita.

—Eres... adorable, replicó Adolfo con vehemencia.

Luis se mordió los labios. Le dolía que Adolfo participase de aquellas dulces confianzas, pero no había medio de impedirlo, cuando era la misma Marieta la que las extendía á su amigo y lo retenía á su lado.

En breve atravesaron la empalizada, penetrando en el monte, cubierto de hermosos árboles.

Ruperto los aguardaba en el sitio designado, y almorzaron á la orilla del agua en que Marieta mojó sus manos más de una vez.

—No me cansaría de tocar esta agua tan pura, tan límpida y fresca! Este río es un encanto. Sea por lo que junto á él he corrido de niña, sea por lo que sus bellezas me cautivan, no encuentro ningún otro que le sea com-

parable. ¿Te acuerdas, Luis, cuando veníamos con los demás muchachos á cojer pececillos?

—Y á trepar á las encinas, para apoderarnos de sus bellotas!

—¡Hombre! Vosotros erais los que subíais; eso en mí no estaba bien.

—Bastante te importaba, ni se cuidaba nadie de ello. El caso era atrapar el fruto.

Adolfo no podía tomar parte en estos recuerdos, que complacían á los jóvenes y que devolvieron á Luis su buen humor.

Terminado el almuerzo continuaron todos á pié su excursión, siguiendo la pequeña senda de la orilla.

Resguardados del sol por las hayas, robles, encinas, avellanos, manzanos silvestres y las mil clases de árboles que se desarrollaban en plena libertad; pisando la suave alfombra de hierbas y flores, se recreaban contemplando la infinita variedad del río, cuyas transparentes aguas, ora blancas, ora azuladas ó verdosas, tomaban diversos tintes según su profundidad, la manera como las hería la luz y la vegetación de las orillas. Ya quietas en los remansos y lagos, cuya inmóvil superficie parecía un bruñido espejo que con la mayor pureza reflejaba las imágenes de los jóvenes, confundidas con las de las nubes; ya bulliciosas y rápidas, formando remolinos entre las piedras; ya rumorosas al deslizarse entre las peñas; ya cubiertas de blanca espuma al saltar con estruendo en las caprichosas cascadas de su curso, ofrecían constante variedad, recreándose á la par la vista, el olfato y el oído.

La decoración era espléndida: estaban en un gigantesco anfiteatro, por cuyo fondo corría el Urederra que brotaba á un tercio de altura de la montaña, y como chiquillo que escapa de la prisión huía dando brincos y saltos, hasta

llegar á abajo, desde donde caminaba, con presteza sí, pero con más regularidad. Los flancos de la sierra estaban vestidos de árboles, por entre los que se oían los cencerros de las ocultas vacas, que pastaban la hierba, y de las trepadoras cabras; alguna columna de humo y el sordo rumor del hacha que hería á los árboles, denotaban la industria de carboneros, cuya presencia no se hubiera adivinado á no ser por tales señales; á la mitad de altura de la montaña desaparecían los árboles, y quedaba la masa enorme de rocas, cortadas verticalmente, y en cuyos huecos anidaban las águilas que se cernían en la atmósfera. Allá arriba, en lo más alto, algunos arbustos retorcidos se agarraban á la peña, como si explorasen desde la cumbre la profundidad de aquel abismo.

A medida que los excursionistas remontaban el río, las cascadas eran más frecuentes, más altas, más caprichosas cada vez; y Marieta que las reconocía, prorrumpía en aplausos cuando se le presentaba de súbito alguna más interesante.

—Son todas á cual más bellas, decía satisfecha, como si ella hubiera creado aquellas maravillas.

—Esto es precioso, le contestaba D.^a Mercedes, pero hay que verlo despacio. Tú corres como un gamo, sin acordarte de que los viejos no tenemos tu ligereza; y luego este sendero tan pronto sube como baja, y fatiga más por lo resbaladizo de la hierba.

—En pasando el pozo de Carlos V descansaremos, manifestó D. Santiago.

—¿También desean reposo tus piernas; eh?, le indicó D. Cristóbal.

—Hombre, no les vendrá mal; sin que por eso deje de hallarme dispuesto á otro tanto.

—Pues á mí me tienes más fresco y templado que nunca.

—Ya lo creo! Como que has venido á caballo: miren que gracia!

—Lo mismo sería. Es cuestión de fibra, de la calidad de la madera...

—Lo que es á eso no me ganas.

—Quita de ahí; si vás con la lengua fuera...

—Pues así y todo ¿cuanto va á que no me dejas atrás?

—Lo que es á resistencia no me vences; y si no, á la prueba.

—Vaya un par de jactanciosos, saltó á este punto doña Mercedes. No os hagais los valientes que el que más y el que menos estará suspirando por el asiento, como me pasa á mí. Lo peor es que nunca llegamos á ese dichoso pozo.

—Mírelo usted, exclamó Ruperto con el brazo tendido señalando un lugar próximo. Cuatro *pasicos* más y ya estamos.

—Pues vamos á allá.

Entre tanto los jóvenes habían fraguado un proyecto.

Entusiasmada Marieta con *su río* quería ir á sorprenderlo en su mismo origen, y más al saber que allí estaban las mayores cascadas. No le arredró lo fatigosa que en algunos sitios era la ascensión, según le advirtió Luis; antes sirvieron tales obstáculos de acicate á su capricho.

—Todo esto lo conozco, contestaba; de aquí á arriba entra lo desconocido, lo más bonito, lo más interesante sin duda; y ¿había de quedarme sin verlo? ¡Vaya usted á saber cuando se me presentará otra ocasión como esta!

—No creas que las dificultades sean invencibles ni mucho menos. Una buena parte del camino se puede subir á caballo.

—La señorita podía montar en el borrico, indicó el

guarda. Cuanto más chica sea la bestia, mejor; así se libraré de las ramas.

—Lo difícil será que quieran los señores, apuntó Adolfo.

—Ayudadme vosotros, y los convenceremos, contestó Marieta.

En efecto; luego que descansaron un rato expusieron su proyecto; y tantas fueron las instancias de los jóvenes que acabaron por ceder.

—¡Qué placer! exclamó Marieta abrazando á su tía.

—Ah picaruela! Con cuatro caricias y carantoñas haces de nosotros lo que quieres; pero mucho cuidado, eh?

—No tenga usted miedo: si no hay ningún peligro.....

Luis, Nicanor y Ruperto lo confirmaron así.

—Yo también soy de la partida, prorrumpió D. Cristóbal.

—Pues yo no soy menos, dijo D. Santiago con arrogancia.

—Nada..., seríais capaces de dejarme sola, observó doña Mercedes; porque lo que es conmigo no conteis. No está una para andar por vericuetos. Y aunque la echeis de valientes, me parece que más os convendría renunciar á esas aventuras.

—Si lo deseas, á tu lado me quedo, le dijo galantemente D. Cristóbal: pero si me autorizas tendría gusto en visitar el nacimiento del Urederra. Santiago, que lo tendrá visto y revisto, te puede acompañar mientras nosotros bajamos.

Años hace que no he ido por allí; lo menos treinta: como no es camino para ninguna parte...

Pero quedamos en que tú permanecerás aquí.

—Conste, repuso D. Santiago, que no desisto por falta

de fuerzas: y que si no fuera por Mercedes, subiría tan animoso como el primero.

Y sin necesitar de burro..., añadió al ver que Ruperto cogía del ramal al rúcio.

—No es para mí, contestó D. Cristóbal.

—Para alguien será. Con que, lo dicho.

Excepto D.^a Mercedes y su marido, marcharon todos los demás, con ánimo de regresar lo antes posible.

Emprendida la ruta, María del Puy se quejó de que la habían engañado.

—Adiós saltos y cascadas, exclamaba en tono de reproche. ¿Cómo hemos de verlas si cada vez nos apartamos más del río?

—Luego volveremos á él, señorita, respondía Ruperto. Tenemos que dar este rodeo para ganarles la *güelta* á las peñas que *paecen* cortadas á cuchillo: de frente no hay quien las suba.

—La cuesta iba siendo más penosa, y al advertirlo Marieta saltó del borrico, que ya había ofrecido antes á su padre.

—Monte usted, papá: me canso de ir sentada.

D. Cristóbal rehusó.

—Ande usted, deme ese gusto.

Volvióse su padre á mirar atrás; cercioróse de que no lo veía D. Santiago, y montó refunfuñando un:

—Cuando os empeñais....!

Pero otra le quedaba por dentro. La verdad es que la cabalgadura le venía de perlas.

Como había dicho Ruperto, no tardaron en volver al río, y á descubrir las cascadas que resonaban con mil variados rumores, y que generalmente se partían en brazos, á cada cual más caprichosos y pintorescos.

María del Puy gozaba lo indecible. Agil y valiente, re-

husó el brazo que á porfía le ofrecieron Luis y Adolfo, y con las mejillas encendidas era la primera en animar á todos.

Llegaron á una cuesta en que había un corrimiento de piedrecillas sueltas, formando una capa de más de veinte centímetros de espesor; y allí fueron las fatigas. Se subían unos pasos y de pronto se resbalaban otros tantos, arrastrando un montón de piedras: vuelta á empezar, y vuelta á descender más ó menos. El trecho no era largo, pero la gimnasia era molestísima.

No hay que decir que D. Cristóbal había echado pie á tierra; y, gracias á la ayuda de Nicanor, logró llegar á arriba, después de no pocos esfuerzos.

Marieta se apoyó en Ruperto.

Luis y Adolfo, que habían subido los primeros, los esperaban en lo alto.

—Ya se ha pasado lo malo, dijo Nicanor. Desde aquí todo es fácil.

—Sí; pero ¿y la bajada? replicó D. Cristóbal.

—Poco trabajo ha de costar: ya verá usted. No hay más que tenerse tieso y dejarse llevar: las mismas piedras le arrastran á uno.

—No son las arrastraduras el mejor procedimiento, observaba el escamado D. Cristóbal.

—¡Cuando yo se lo digo! *Pus* si lo *hi* hecho más veces que pelos tengo en la cabeza.....

—Más vale así. Ahora adelante.

Sentíase el estruendo de una caída de agua, y una columna de vapor acuoso se levantaba del fondo.

—Esa sí que debe ser grandiosa, significó María del Puy, que mostró deseos de ir á buscarla.

—Déjela usted, señorita. Ya veremos algo de ella desde más arriba, advirtió Ruperto. Es peligroso asomarse.

—Pues si el terreno es tan llano hacia ese lado...

—Pero hay que llegar á la cortadura, y si se le vá la vista...

—Vaya, vaya! Al *nacedero*, que bastantes saltos hemos contemplado, repuso D. Cristóbal.

Prosiguieron la ascensión, y desde cierta altura se volvió Ruperto y señaló á la joven la cascada, de la que solo se veía un trecho.

Todo el río junto, encajonado dentro del angosto cauce que las mismas aguas habían labrado en la peña, se precipitaba en un salto de muchos metros.

—No me resulta, dijo la joven. Esto es poner la miel en los labios y no dejarla gustar.

—Poco después llegaban al nacimiento del Urederra, que brotaba copiosamente por entre las junturas de las rocas, cuya plana superficie formaba como un gran enlosado irregular.

El agua salía de todas las hendiduras, y en una distancia de pocos metros constituía un caudal considerable, que marchaba mansamente por la lijera pendiente enlosada, y llegado al borde, comenzaba la serie de saltos, creciendo cada vez con las aguas que manaban más abajo, y escapando en dirección al Sur por el único anchuroso portillo de aquel anfiteatro.

Nicanor señaló unos pequeños bultos en la pradera.

—Ahí están D. Santiago y D.^a Mercedes.

—Llámalos, le indicó Marieta.

El guarda lanzó unos gritos, que denotaban la robusta garganta del montañés.

Al propio tiempo agitaron los pañuelos; correspondiendo los de abajo con iguales demostraciones.

—Ya saben que hemos llegado bien, indicó D. Cristóbal. Descansaremos un poco y emprenderemos la bajada.

—¡Qué lástima que no hayamos traído nada! Tengo verdadero apetito; expresó Marieta.

—Te hubiera quitado la gana de comer, repuso su padre.

—Pues lo que es sin beber el agua no me voy. Y recogéndola en el hueco de la mano bebió un sorbo.

—¡Hielo puro!, exclamó. Meta usted la mano, papá.

—No hay quien resista, dijo éste, que había introducido los dedos.

Todos hicieron la prueba, convenciéndose de su glacial temperatura.

—¡Qué bien se está aquí! seguía Marieta; pero me daría miedo esta soledad. ¿Han observado ustedes la ausencia de pájaros? No he visto uno. En cambio no faltan esos pajarracos que vuelan sobre nuestras cabezas.

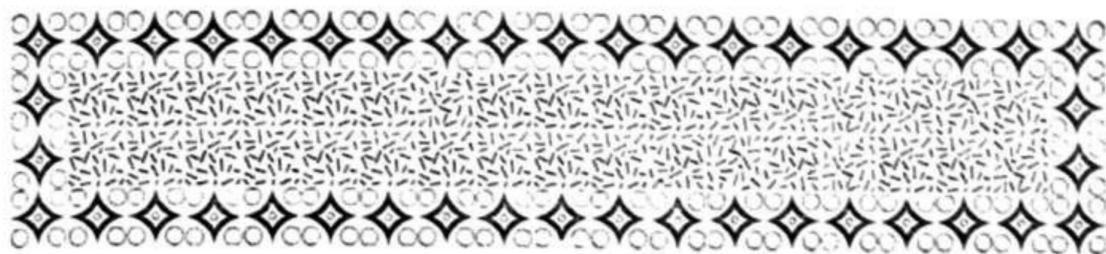
—Y á buena altura, añadió Luis. Se necesitaría bala forzada para que llegase á ellos. Son los reyes del aire.

—Muy Señores míos: no deseo que descendan de su trono. Me gustaría más ver á los humildes, á los simples pajarillos revoloteando por entre las ramas.

—Pues vamos á ver si los hallamos abajo, que lo que es aquí no se encuentran.

Y D. Cristóbal se levantó, imitándole todos, y emprendieron la bajada después de saludar de nuevo á D. Santiago y su señora.





XXXIII

CAIDA DE MARIETA

COMO habían anunciado Nicanor y Ruperto el descenso era más cómodo, y adelantaban mucho.

Adolfo expiaba el momento de estar un ratito á solas con Marieta; y se deshumoraba de no poderlo conseguir.

—Y me voy mañana!, reflexionaba. Cueste lo que cueste tengo que aprovechar la tarde de hoy. Es la única que me queda, y no quiero marchar á Madrid sin aclarar las cosas.

Llegaron al rellano desde el que se oía el estruendo de la cascada grande...

—Papá, no pasemos sin verla; le suplicó su hija que tenía comezón de contemplarla.

—Es una imprudencia...

—¿Verdad que nó? dijo la joven volviéndose al guarda...

—Peligro propiamente no le hay agarrándose con *ca-diao* al árbol de la orilla; pero un descuido sería fatal.

—Ya lo oye usted, papá.

Este vacilaba entre el temor y el deseo de complacer á su hija.

—Ande usted; no sea tan difícil.

—Voy á verlo por mí mismo, indicó D. Cristóbal.

Y acompañado de Nicanor llegó con precaución al borde, y cogido al árbol que crecía allí examinó la cascada.

—Puede darte un vértigo, le dijo cuando volvió. No es prudente, vamos, no es prudente.

Marieta, aunque contrariada, se calló.

El caso fué que todos se iban asomando al precipicio. Nicanor y Ruperto, familiarizados con las alturas y seguros de sí mismos, lo hicieron con desembarazo. Luis, como buen cazador, tenía igual firmeza; y Adolfo, que no quiso ser menos, volvió también sin el menor accidente.

—¡Qué graciosos! exclamó á este tiempo Marieta. Justicia y no por mi casa. Ustedes bien se han dado un atracón de cascada; y solo yo me quedo sin darle un vistazo; ¡pobres mujeres!

D. Cristóbal, confiado en que todos habían salido bien de la prueba, se apiadó:

—Vaya! un vistazo y nada más. Nicanor te llevará del brazo como á mí hasta que te agarres al árbol; y vuelves enseguida.

Así lo hicieron.

Marieta se cogió al árbol; pero fué á hacer algún leve movimiento, y sus piés resbalaron en la yerba; no pudo su brazo sostener la sacudida del cuerpo, y cayó con rapidez sin dar tiempo á Nicanor para impedirlo.

Adolfo cubrióse la cara con las manos; D. Cristóbal lanzó un grito desgarrador y precipitadamente se dirigió al árbol, pero llegó antes Luis que, anheloso y palpitante, sostenido por una rama que había cogido con su mano derecha, inclinado sobre el abismo, lo registraba

con la vista. Un momento después viósele erguirse, y lanzarse de un salto en él.

La escena, acompañada de nuevos gritos de horror de los que estaban arriba, pasó con la rapidez del relámpago.

D. Cristóbal había llegado al árbol á tiempo que Nicenor decía:

—Aun pueden salvarse. Que Dios los ampare.

En efecto. Al resbalar María del Puy cayó por junto á la cortina de piedra, amortiguando su caída las ramas que brotaban de las hendiduras de las rocas, y que se rompieron al peso de su cuerpo, pero el instinto de conservación le había hecho agarrarse á un arbusto en que se había enredado, y permanecía á unos tres metros de distancia de sus compañeros, suspendida sobre el abismo.

¿Resistirá el arbusto? Esto era lo esencial por el momento; pero bien se comprendía que aquella situación no podía prolongarse. Sus fuerzas se habían de agotar; y el ruido de la cascada, que miraba con espantados ojos, el vapor acuoso que la envolvía, el bramir de las espumosas aguas que allí en lo hondo reclamaban su presa, aceleraban el trágico fin.

Luis lo adivinó; y aunque con inminente riesgo de sacrificar su vida buscó con los ojos un sitio cerca de su prima en donde posar su planta; divisó un pequeño saliente de la roca humedecida, y ajeno al miedo, viendo tan solo que la joven perecía sin su auxilio, saltó con la resolución de los momentos supremos, y con tal precisión que vino á caer sobre el pequeño espacio que se proponía, agarrándose incontinenti á unas raíces.

—Ánimo, María, fueron sus primeras palabras.

Se aseguró en el sitio; aferróse firmemente con la mano izquierda á la raíz más resistente; y al ver que crujían las ramas del arbusto que sostenía á Marieta, inclinó su cuerpo

hacia ella, y logró llegar con la mano derecha á su cintura, contribuyendo á sostenerla.

—Una cuerda, gritó á los de arriba.

Nicanor tuvo una inspiración.

—El ramal y la cincha del borrico, exclamó.

Ruperto partió como una exhalación para traerlos.

—Van por ellos, gritó Nicanor. Agárrense bien.

No necesitaba Luis tal recomendación. Por él, podía resistir; pero ¿y María? Con los ojos despavoridos, muda y como sin conciencia de lo que pasaba, sus crispadas manos conservaban todavía las ramas que encontró al caer, pero su cuerpo semi-inerte colgaba sobre el vacío, y gracias al robusto brazo de Luis no se había ya precipitado.

—Valor, María, le repetía el joven. Un esfuerzo; uno nada más...; no temas...; aquí estoy yo...

—Luis..! fué lo único que contestó: parecía que en aquella sola palabra condensaba todo su consuelo, todas sus esperanzas.

—Resiste...; un poco de firmeza y estás salvada.

No fueron perdidas las palabras de aliento del generoso mancebo. María del Puy se agarraba con más energía y su cuerpo pesaba menos sobre el brazo de Luis.

Este vió un hueco en la roca, donde Marieta podía introducir el pié.

—¡Si lograra meterlo en él (pensaba) estaría tranquilo. Pero si ella no lo vé... Y esa cuerda que no viene nunca!

Y volviendo á su primera idea, reflexionaba:

—El caso es que el agujero está tocando...; yo le metería el pié, ¿pero cómo me atrevo á soltarla?

De repente se resolvió.

—María! ¿Te atreves á sostenerte un momento por tí sola? Un momento nada más.

—Lo intentaré.

—Haz la prueba sin cuidado. Voy á retirar un poco la mano, pero no la quito: si veo que hace falta la pondré en seguida.

María se sostuvo; y Luis volvió á prestarle apoyo.

—Perfectamente, le dijo. Ahora lo vamos á repetir: es cuestión de un instante. Yo llevaré tu pié á un hueco de la peña, y verás como descansas. ¿Estamos?

—Sí.

Luis empujó el pié de la joven en la dirección conveniente. Esta sintió que había penetrado en la cavidad; su planta se apoyó en terreno firme y notó indecible alivio.

—Gracias, Luis. Si no fuera por tí....!

Alabado sea Dios!, dijo este que había recobrado su posición, y que se pasaba la mano por la frente de la que le caían gruesas gotas de sudor. Ahora respiro: siquiera podremos aguardar.

No se descuidaban los de arriba. Ruperto materialmente había volado á buscar el ramal y cincha: descendió á escape por el sitio de las piedras, arrastrando enorme montón de ellas; descinchó al borrico, le quitó la cabezada y subía con la mayor rapidez posible, ayudándose de manos y piés; pero era inevitable que perdiera algun tiempo.

Adolfo había ido á buscar *parrocheras*, especie de lianas trepadoras con que sustituir en lo posible á las cuerdas, si estas no llegaban pronto.

D. Cristóbal estaba incapaz de nada: se apretaba la cabeza con las manos en una actitud de alelamiento.

Nicanor no abandonaba el árbol que era su observatorio, y desde el que vigilaba á D. Cristóbal temeroso de algún acceso de desesperación.

Ruperto llegó por fin jadeante, y anudó firmemente y de prisa el ronzal y la cincha. Con ellos había bastante.

Nicanor anunció á Luis y Marieta que les iban á echar un cabo, después de sujetar bien el otro al árbol.

— ¡Cuanto habeis tardado!, murmuró Luis.

El ronzal descendió.

Luis volvió á apoyar con su mano derecha la cintura de Marieta, que se sostenía sobre el pié y contaba además con la ayuda de su primo.

—Coje el cabo de la cuerda, le dijo este; pásalo bajo tus brazos al rededor del cuerpo y anúdalo bien. No te importe soltar las manos: yo te sostengo.

Hízolo así María del Puy no sin grandes dificultades; agarrotadas sus manos de tanto apretar se negaban á obedecerla; pero al fin lo consiguió.

--No está muy fuerte el nudo, pensaba Luis; pero resistirá: lo apretará el mismo peso del cuerpo.

—Arriba! gritó.

Nicanor y Ruperto comenzaron á tirar. Como Luis había previsto el nudo, se apretó por si mismo.

—Ya está salvada, exclamó con indefinible acento.

Por primera vez entonces se dió cuenta clara de su posición. La mano izquierda la tenía convulsa, pero la raíz á que se agarraba seguía firme: dolíale el dedo pulgar del pié derecho, que había recibido lo más fuerte del golpe al saltar sobre el saliente de la peña; y el río de agua que, salpicándole con sus gotas, caía á su lado, le llenó de terror.

Parecióle que no estaba seguro y se cogió con las dos manos á las raíces.

Mientras tanto Marieta había sido izada y cayó en los brazos de su padre, que la cubría de lágrimas y besos.

De nuevo descendió la cuerda, en cuya extremidad había tenido Ruperto la precaución de hacer un nudo.

Luis se agarró nerviosamente á ella con ambas manos, y otra vez gritó:

—Arriba!; llegando felizmente á la cumbre.

No hay que decir la escena que se desarrollaría.

María del Puy se había desmayado. A su resistencia durante el peligro sucedió la postración al desaparecer la excitación nerviosa que le había dado una fuerza ficticia.

—No hay que alarmarse, expresó Adolfo que le había tomado el pulso. Esto pasará enseguida. Aflójele algo el corsé, D. Cristóbal; y dejar que circule el aire.

En efecto; poco rato después volvía en sí, quejándose de frío.

—Claro, reflexionaba Adolfo. La humedad le ha penetrado; y el caso es que no tenemos con qué cubrirla.

Nicanor alargó su chaqueta.

—A mí no me hace falta.

Arroparon con ella á María del Puy que, apoyada en su padre y Nicanor, se puso en marcha, y bajó trabajosamente por la capa de las piedrecillas sueltas; luego, la montaron en el borrico, yendo Nicanor á su cuidado.

Luis bajó por su pié, pero cada vez le dolía más el dedo gordo.

—No sé lo que tengo, indicó: esta bota me hace mucho daño.

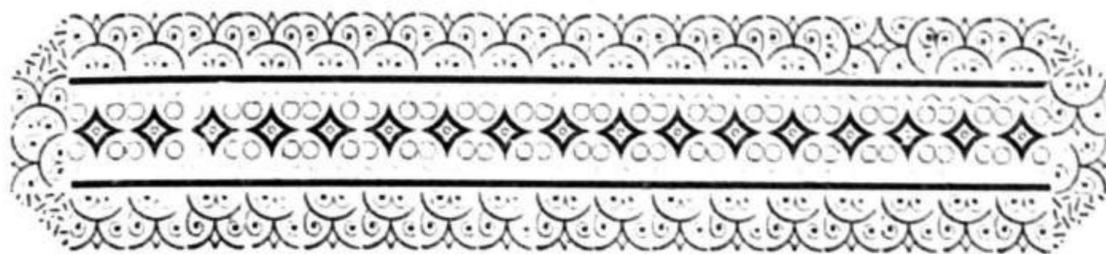
Intentó sacarla, pero la piel se había contraído con la mojadura, y desistió por el dolor que sentía.

—Algún golpazo..., apuntó Ruperto.

—No sé; pero casi no puedo andar.

D. Cristóbal dispuso que Ruperto fuera á buscar uno de los caballos, y lo trajese sin dejarse ver de D. Santiago y D.^a Mercedes.

—Más vale que nos vean á todos juntos... Si ellos sospecharan lo sucedido!



XXXIV

CONFIDENCIAS

RUPERTO desempeñó con prontitud su comisión presentándose con el Tordillo, en que montó Luis.

—Así voy bien, decía este; como que ahora no siento nada; pero cada vez que posaba el pié sentía un dolor tan raro...

—Alguna fuerte contusión.

La senda no permitía caminar más que á la deshilada. Adolfo se incorporó á Marieta y le tomó el pulso.

—Tienes un poquito de fiebre, le dijo. Es natural, la reaccíon que había de venir.

Cuando se incorporaron á D. Santiago y D^a Mercedes, la fiebre iba en aumento.

No hay que decir que ni hubo comida, ni cosa semejante; emprendiendo en seguida el regreso á Zudaire.

Al primer campesino que encontraron cultivando una heredad con sus caballerías le rogaron que montase en una y pasara á San Martín á avisar al médico D. Alberto Durán que hiciera el favor de llegarse sin pérdida de

tiempo á casa de D. Santiago; encargo que el buen labriego se prestó á desempeñar en el acto.

Durante el regreso á la casa, D. Santiago y su mujer acosaron á todos á preguntas; poco á poco les fueron enterando del gravísimo peligro corrido, y de los lances pasados, que ponían los pelos de punta á los pobres viejos.

Adolfo entre tanto se había quedado el último, y caminaba con la cabeza baja, sumergido en sus meditaciones.

—El infierno se ha desencadenado contra mí, pensaba. Hélo aquí con la aureola de libertador, de magnánimo, de héroe... Y por mucho que me duela hay que convenir que su acto ha sido grandioso: un acto ciego, irreflexivo, imprudente después de todo, porque de cien había noventa y nueve probabilidades de que ocurrieran dos desgracias en vez de una; pero el demonio ha querido salvarlo y que la salvara...

Valiera más, (se decía allá en su interior), que el y ella hubieran perecido; y aun mejor que hubiera muerto yo... Sí; vale más morirse cien veces que presenciar su triunfo...

Porque no hay que hacerse ilusiones. Cuando ella recapacite verá en Luis su salvador, su genio tutelar, su Dios; y le consagrará todo su cariño, y hasta el último latido de su corazón...

¡Suerte fatal la mía! Todo se conjura en mi daño...; pero mientras me quede un aliento de vida lucharé con mi suerte, y defenderé mi dicha, que yo también tengo derecho á ella, cueste lo que cueste...

Y me voy mañana...; mañana... sin poderle hablar, frustrándoseme este último recurso. Hasta la fiebre complica las cosas para que ella no pueda volver hoy á Eulate; y seguirán juntos en Zudaire, y vendrá la efusión de sus corazones y el confundir sus vidas en un solo amor..., sin que yo lo pueda impedir. ¡Maldita sea mi estrella!

Y el turbado joven se clavaba las uñas en el pecho.

Como suponía, no pudo cambiar ni una palabra con María del Puy.

La calentura seguía, y luego que la joven llegó á la casa la hicieron acostar, aguardando la venida del médico.

Cuando este se presentó comprobó la existencia de la fiebre, pero sin atreverse á predecir nada.

—Mañana veremos, repuso: es de esperar que esto pase pronto. Ya se vé, la emoción ha sido muy intensa... y luego el enfriamiento; pero malo será que sobrevenga nada grave. Ahora reposo; abrigo suficiente para que resude, pero sin exceso; alguna tacita de caldo, y mañana Dios dirá.

—Vea usted á Luis, le indicó D.^a Mercedes.

—¿Qué tiene mi heróico amigo?

—Se queja de dolor en el dedo gordo del pié derecho.

Luis, ayudado por D. Alberto, se quitó la bota, confirmando el daño que sentía.

El médico, que había reconocido el pié, advirtió en seguida la dislocación de una de las falanjes.

—Ya podía hacerte daño; como que lo tienes dislocado: pero esta es operación muy sencilla, que ahora mismo voy á practicar: cuanto antes se haga, mejor.

D. Alberto le cogió el pié, y antes de emplear ningún esfuerzo le advirtió:

—Te haré algun mal, pero acabaremos en seguida.

—Haga usted lo que convenga, contestó Luis.

D. Alberto trabajó un ratito, oyéndose el ruido que hacía el hueso al ocupar su sitio.

—Ajajá ¡exclamó. Durillo estaba, pero no le ha valido. Luis no profirió la menor queja.

—Voy á aplicarte una venda para que comprima el

dedo. Deja que los tendones se consoliden, y no abuses en andar. Por lo demás, nada hay que advertir; y con tu permiso, me despido hasta mañana.

Adolfo anunció que se marchaba con él; pero aún tardó un rato, porque D.^a Mercedes no consintió que partiera sin tomar algo.

—No faltaba más sino que te pusieras en camino sin comer un bocado. Con estas cosas no hemos pensado en nada, y la comida ha vuelto intacta.

Adolfo no tuvo más remedio que prestarse al deseo de D.^a Mercedes.

—Veneno había de ser para reventar de una vez, pensaba para sus adentros.

Despidióse de la familia; encargó que le despidieran de María del Puy y regresó al pueblo.

A la otra mañana partió temprano para Madrid, y al pasar por Zudaire entró á preguntar por la enferma.

—Ha tenido mala noche, le dijeron: ahora parece que descansa algo.

Con tales noticias, hubo de renunciar á verla, encargando mucho que le comunicaran á Madrid el curso de la enfermedad; encargo que ya había dado á su madre, recomendándole que le enterase de todo, todo, cuanto se dijese de María del Puy.

Poco después de partir Adolfo llegaba D. Alberto, que la encontró con bastante fiebre.

—Veremos á la tarde: si sigue así, habrá que administrarle alguna dosis de quinina.

Pero á la tarde la remisión era casi completa: 37°, 4. El pulso se había regularizado; el calor era igual, y la enferma se sentía bien, y con apetito.

—Pasó el chubasco, dijo D. Alberto. Por precaución que no tome más que unas sopas caldosas y un par de

huevos pasados por agua; poco hechos, ya saben... Mañana estará como si tal cosa.

Y así fué; hasta el punto de que le permitió levantarse.

A pretexto de que el médico había dicho á Luis que no anduviere mucho, este no se apartaba de la joven; y la primera vez que se quedaron solos, Marieta tomó las manos de su primo, y en un arranque de gratitud, le dijo:

—Te debo la vida; de hoy más para siempre es tuya.

Transfiguróse de gozo el semblante de Luis, que depositó un beso en aquellas manos que se entrelazaban con las suyas, y sólo pudo contestar:

—Feliz accidente, que me trae la dicha! É imprimiendo un nuevo ósculo en las manos, que retenía, de la doncella, exclamó: ¡Deja que mi corazón desahogue un poco el júbilo que desborda en él... Si vieras cuánto ansiaba este instante...; si supieras cuánto he sufrido...; pero la recompensa excede á todos mis tormentos; porque me amarás siempre...; sólo á mí...

—Te amaré... como te he amado siempre, le contestó con enloquecedora sonrisa.

—¿Es eso cierto? Repítelo porque es una música divina que me embriaga.

—Solo á tí he querido; solo á tí he de querer. Serás, como lo has sido, mi primero y único amor.

El joven se llevó las manos al pecho como si fuera á estallar; pero de pronto le dijo con cierta tristeza.

—Dejemos el pasado, y contentémonos con el porvenir. Yo sí que no he querido á nadie en el mundo más que á tí, y si posible fuera abrir mi corazón verías en él grabada á fuego tu imágen; la tuya únicamente, que aún después de muerto, allí quedará. Tu no puedes decir tanto; pero lo repito, me doy por satisfecho dejando el pasado á cambio del futuro.

—Incrédulo! Si mi pasado lo llenas tú, tú solo; como has de llenar lo venidero...

—¿Por qué, pues, no me lo decías? ¿Por qué me dejabas sufrir tan acerbos penas?

—Porque ni yo misma lo sabía entonces; pero después... después lo he visto claro. No creas que esto es de ayer: ya hace tiempo que me convencí de ello. Mi corazón era tuyo antes de que volviéramos de Estella; antes de la excursión al *nacedero*... ¿qué digo? Era tuyo, sin yo saberlo, desde que tengo uso de razón.

Cuando me hablaste; cuando Adolfo me habló también, quedé turbada, sin saber qué pasaba dentro de mí. Me bastaba verme con mi buen padre y con vosotros; querida de todos como hija y hermana, y como hermana é hija os quería: pero cuando me obligasteis á analizar mis sentimientos; cuando imaginé la posibilidad de que Dios cortara el hilo de tu vida ó de la de Adolfo, de tal modo protestó mi corazón de lo primero que comprendí que te amaba. Lo sucedido el otro día; tu generoso sacrificio, mi existencia salvada, son nuevos lazos indestructibles que me ligan á tí, pero que no aumentan mi cariño, porque este no puede crecer. Aguardaba á que Adolfo marchase á Madrid para decírtelo; pero, después de lo acontecido, no lo habría podido retener más tiempo.

Luis bebía con ansia aquellas confidencias, que reanudaban tan pronto como se veían solos.

Aconteció lo que tenía que pasar. Entregados á la dulce expansión de sus almas no siempre advertían el lijero paso de D.^a Mercedes que, yendo y viniendo con los cuidados domésticos, cruzaba por delante de la entornada puerta. Detúvose una de las veces al oír á los amantes y escuchó sus confianzas y sueños de ventura.

Tiempo le faltó para comunicarlo á su marido y á don Cristóbal.

Los tres convinieron en que esa era la mayor dicha que podían alcanzar.

—¿Estás segura? le dijo D. Santiago. Nada más natural que el que así suceda; pero no partamos de lijero.

—Ya lo creo que estoy segura...

—Para mí, ni duda tiene, repuso D. Cristóbal; pero de mi cuenta corre esclarecerlo; dejadme solo con mi hija, cuando por cualquier motivo haya salido Luis.

Así lo hicieron; y D. Cristóbal llevó la conversación al terreno que buscaba.

—Gracias á Dios, le dijo, que estás completamente restablecida. No me pasa á mí lo propio, que cada día tengo más alifafes; sin que pueda quejarme, eso nó; porque harta salud me concede Dios para mis años. Pero no hay que fiarse.

Y á propósito ¿has ido pensando en lo que te dije? ¿has resuelto ya de qué lado cae ese corazoncito; si del de Luis ó de Adolfo? Me parece que no habrás tenido grandes quebraderos de cabeza; y menos después de lo ocurrido el otro día.

Marieta se lo confesó todo y acabó diciéndole: perdone que se lo haya dicho á él antes que á usted.

—No me quejo, hija mía. La acción de Luis lo merece todo; y jamás olvidaré que sino por él estaría sin hija, sin mi hija idolatrada. Nadie con más derecho para ser el elegido de tu corazón.

No tardó la joven en contar la escena á su primo, quien se apresuró por su parte á noticiar á sus padres lo que ocurría.

En la casa todo era contento; y convinieron los señores

en que el primero á quien debían participarlo era á don Cirilo.

—Bah! Cuándo ustedes ván, ya estoy de vuelta, les contestó el párroco. Pues, caramba, ¿quién sino yo es el que ha hecho la cosa? Gracias á mi maña el asunto se ha arreglado en un santiamén. No digo que no hubiera sucedido siempre, porque la cosa se cae de su peso, caramba; pero habría tardado más; vamos, que hubiera tardado.

—Pues ya que usted la arregló en su principio, le dijo D. Santiago, es justo que la termine. Contamos con que usted los ha de casar; y ya puede pedir las dispensas, y empezar los preparativos.

—Con el alma y la vida, D. Santiago. Supongo que mi compañero de Eulate no se negará á concederme la autorización precisa.

—¿Quién, D. Antonio? Pues no faltaba más! Y en caso preciso el casamiento se haría en Zudaire. Usted, y sólo usted, ha de ser el que lo bendiga.

—Y lo agradezco á ustedes; porque la verdad, caramba, me hubiera llegado al alma no ser yo el encargado: como que esos mocosos me tienen robado el corazón.

Para evitar que se hablase demasiado de la boda, que había de ser un acontecimiento en los valles, convinieron reservarla hasta que se hubiera recibido la dispensa.

Así es que al principio nada se decía; pero empezó luego á susurrarse, y más tarde se extendió por toda la comarca, recibiendo miles de felicitaciones ambas familias, que las aceptaban agradecidas.

D.^a Joaquina Carranza participaba á su hijo la mejoría de Marieta, su restablecimiento y por fin su traslación á Eulate con su padre.

Adolfo le encargaba siempre que le hablase extensa-

mente de Luis y de María; y á su vez le contaba la proximidad de su Licenciatura.

Llegó el momento saliendo Adolfo airoso de sus ejercicios.

—Ya soy médico, escribía á su madre. Dentro de unos días abrazaré á usted. Voy ahora á despedirme de mis conocidos, y á comprar instrumentos para el ejercicio de la profesión.

D.^a Joaquina le contestaba á vuelta de correo con el orgullo de una madre que ve triunfante á su hijo; y en una posdata le decía: «Está convenida la boda de Luis y María: se ha pedido la dispensa, y luego que se reciba serán las proclamas.»

Esta posdata fué una puñalada para Adolfo, que recogiendo de prisa sus cosas tomó el primer tren, sorprendiendo á su madre con la llegada.

—Pero ¿cómo tan pronto? le decía esta abrazándole.

—Estaba deseando venir; y como había adquirido lo más indispensable, y hecho las visitas de rigor, tomé el tren.

No faltaban parabienes al nuevo médico; pero este no tenía oídos más que para la próxima boda. Parecía como si se complaciera en remover aquel dardo que llevaba clavado en su pecho. Preguntaba á todos por el proyectado casamiento; y naturalmente las contestaciones eran afirmativas, pudiendo observar el gozo con que el enlace era recibido en la comarca, y la esplendidez, abultada por la imaginación del pueblo, con que se iba á celebrar.

D. Cristóbal pasó á darle la enhorabuena; y Adolfo le dijo que ya iría á su casa á saludar á Marieta: que le excusase entre tanto, por estar algo ocupado.

—Vé cuando quieras, le contestó D. Cristóbal, á quien no se le ocultó el motivo de la tardanza.

Resistíasele á Adolfo ver á María del Puy. Temía no ser dueño de sí, y dar salida al volcán que hervía en su pecho.

Encerrábase en su cuarto, desahogando á solas su furia, sin hacer caso de sus antiguos entretenimientos.

Su amigo Doroteo Salillas no sabía á qué atribuir su murria; y para sacarle de ella le anunció que había con-
tado con él para una caza de jabalíes, que dos días des-
pués iba á verificarse.

—Verás cómo te diviertes. Es seguro que hemos de
levantar la pieza; porque está bien comprobada su presen-
cia en Santiago de Lóquiz.

—No me interesa.

—El caso es que conțamos contigo; y tomarían á desaire
que no fueras.

—No tengo ni municiones dispuestas.

—Las prepararemos mañana; y de todos modos no te
faltarán escopeta ni cartuchos.

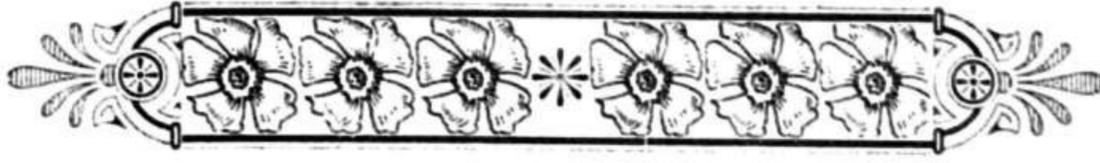
Por no contrariarle, Adolfo prometió ir.

—Yo vendré á buscarte pasado mañana de madrugada.

—Corriente.

Y se separaron sin que Adolfo preguntara siquiera el
nombre de sus compañeros, que no supo hasta dos días
después, cuando con la escopeta al hombro caminaba en
dirección á Lóquiz, acompañado de Doroteo.





XXXV

INCIDENTE INESPERADO

QUINTERÓSE entonces de que, además de ellos (y aparte de los resacadores) irían como escopeteros Luis, Juan Luna, y el tío Zorreras, de Urra, que era el jefe de la expedición, como más práctico y entendido.

No era tiempo de retroceder; pero á Adolfo le disgustó sobre manera haber de encontrarse con Luis.

Disimuló sin embargo, y preguntó:

—Pero ¿y los perros?

—Los llevan los resacadores; nos hemos dado cita en el bojedal: allí nos encontraremos.

En efecto: hacía poco rato que habían llegado los expedicionarios de Zudaire y Urra, que aguardaban en el lugar convenido.

Cambiados los saludos, continuaron juntos la subida.

—Ni de propósito podíamos haber elegido día más excelente, observó el tío Zorreras. Lo que es los perros no tendrán disculpa si no levantan pronto la pieza. Veremos qué tal te portas, Leal, dijo acariciando la hermosa cabeza de un perrazo que le seguía.

Llegados al terreno, el tío Zorreras envió á los ojeadores con la jauría para que empezasen la batida, y fué distribuyendo á los cazadores.

—El mejor sitio lo reservo á ustedes, dijo á Luis y Adolfo. La cabeza me jugaría á que el jabalí viene por la senda de la peña, usted se queda aquí, señorito Luis; y usted aquí, señorito Adolfo. Malo ha de ser que entre los dos no cobren al animal. Juan y yo nos apostaremos en la senda de encima, desde la que vigilaremos también el barranco, por si le ocurre tirarse hacia el lado de Artavia. Y sobre todo, silencio absoluto; ya lo saben.

Todos se situaron en los lugares señalados, y esperaron con el oído atento.

Al cabo de una hora oyéronse los ladridos de los perros, que resonaban ya hacia un lado, ya hacia otro. Indudablemente llevaban al jabalí, que marchaba y contramarchaba; pero que acabó por tomar el camino de la peña que guardaban Luis y Adolfo. El tío Zorreras había acertado.

Los ladridos oíanse más cerca cada vez. No cabía duda: la res venía en aquella dirección é infaliblemente había de pasar por donde ellos estaban.

Amartilló Luis su escopeta y esperó. Vió moverse los bojes del camino y el jabalí apareció en un claro. Apuntó con presteza é hizo fuego, hiriéndole en un costado.

En el mismo instante sonó otro disparo y una bala atravesó el pecho de Luis, cuando iba á descargar su segundo tiro.

Vaciló el joven y cayó al suelo, brotando de su pecho un borbotón de sangre. Momentos despues precipitábase Adolfo sobre él con los ojos desencajados y el espanto en el rostro: desabrochó rápidamente el chaleco, descubrió el pecho, y al ver que la bala había penetrado entre la ter-

cera y cuarta costilla, atravesando el pulmón izquierdo, se mesó los cabellos, las lágrimas asomaron á sus ojos, y cayó de rodillas:

—Perdón, le dijo: yo soy tu asesino: yo, que no he podido soportar que fueses el preferido de María; perdóname Luis!

Y Adolfo se retorció las manos con desesperación.

Luis, que lo vió en tal estado, le respondió pausadamente con débil acento:

—Te perdono.

Estas palabras volvieron á Adolfo á la realidad, y levantándose con presteza sacó el pañuelo que empapó en agua, lo plegó en varios dobles y lo aplicó como compresa sobre la herida, cubierta de espuma sanguinolenta.

—Sosténla si puedes; dijo á Luis; que obedeció penosamente.

Y rasgando por medio otro pañuelo que llevaba al cuello y anudando los trozos, lo convirtió en venda, con la que sujetó la compresa, por bajo de la cual se escapaba un hilo de sangre.

—Soy un miserable, repetía Adolfo. Mátame; que no otra cosa merezco.

—Diepara al aire mi escopeta, contestó el herido. Es preciso... que nadie sepa esto...; diré que... se me ha disparado...

Un sollozo, en que se mezclaban el remordimiento, la pena y la admiración por la generosidad de Luis, ahogó la voz de Adolfo, que solo pudo murmurar:

—Eres un ángel...

—Dispárala..., repitió con débil voz el herido.

Adolfo lo hizo así.

Atraídos por los disparos no tardaron en presentarse los

ojeadores, uno de los que se encaramó á la peña, haciendo señas á los cazadores para que acudiesen.

Al verlas, dijo Juan á su compañero:

—Nos llaman; de seguro que el jabalí está muerto: vamos á allá.

Cuando llegaron al sitio, prorrumpieron en demostraciones de duelo. Juan, sobre todo, estaba inconsolable.

—¿Qué ha pasado aquí? preguntó.

—Se le ha disparado la escopeta, respondió uno de los ojeadores, á quien poco antes había contestado Luis esto mismo.

Luis asintió con una inclinación de cabeza.

—Lo que es preciso es llevarlo cuanto antes á casa, replicó Adolfo, y que se adelante uno á preparar á la familia, y á avisar al médico.

—Vamos á hacer unas parihuelas, contestó Juan, que sacando el cuchillo de monte puso inmediatamente manos á la obra.

—¡También él me las hizo, decía; también él me llevó de la sierra al pueblo! ¿Quién me había de decir que tan pronto iba á desempeñar los mismos oficios con él! ¡Pobre señorito!

Luis entre tanto se había desvanecido.

Juan, acercándose á Adolfo, le preguntó con anhelo:

—No será cosa de muerte?

—Sólo Dios puede salvarle, contestó con ronco acento.

El cuchillo se escapó de las manos de Juan: dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos, y un ¡señorito de mi vida! se escapó de sus labios, como un quejido que saliera del fondo de su pecho.

Uno de los resacadores había marchado entre tanto á comunicar la triste noticia, encargándosele que no dijera

sino que Luis estaba herido, sin manifestar la gravedad del mal.

Luis volvió de su desvanecimiento, aquejando al respirar dolor intenso, que le obligaba á repetidas y entrecortadas inspiraciones. La cara pálida, las facciones contraídas, el pulso frecuente y pequeño, la piel que se iba enfriando, la expectoración sanguinolenta, aumentaban el espanto de Adolfo.

Este, terminadas las parihuelas, dirigió con sumo cuidado la operación de colocar á Luis, á quien recomendó silencio, prodigándole los más exquisitos cuidados. Púsose en marcha la comitiva detrás de la que iba el último el novel médico, cabizbajo, silencioso, sumido en sombrías meditaciones.

De vez en cuando levantaba la cabeza para cerciorarse del estado del herido, y la volvía á dejar caer con desaliento.

Aquellos hombres conduciendo la camilla; aquella marcha en silencio le representaban otra fúnebre comitiva, que en breve conduciría un cadáver al cementerio; y sus nervios se estremecían y el corazón golpeaba descompasadamente las paredes de su pecho.

—Paso igual, lento, todos á una, advertía; y vuelta á sus cavilaciones.

—Ni una injuria, ni una frase de reproche, pensaba: sólo ha tenido palabras para perdonarme; sólo ha pensado en mi salvación, escogitando él mismo el medio más natural y sencillo. ¡Qué alma tan noble, y... cuán infame cuán negra y desleal la mía!

No debía aprovecharme de su generosidad, pero él lo sentiría; sí, lo sentiría, porque ahora es cuando comprendo lo grande de ese corazón. Por él, más que por mí, repetiré sus palabras callando lo sucedido; por lo demás, mi

vida no puede ser en adelante más que una merecida expiación.

Y Adolfo volvía á inspeccionar al herido, cuyo pulso tomaba.

—Está más débil, se decía hablando consigo mismo; la bala ha tenido que causar destrozos, y no es posible reparar sus estragos.

Y sombrío, indiferente á los espinos que desgarraban su ropa y herían sus manos, proseguía sin reparar en los guijarros en que sus piés tropezaban.

Aquella caminata fué para el jóven martirio horrible.

Resonaba siempre en sus oídos el ruido del fatal disparo que en un momento de ceguedad había hecho, y comprendía que aquel tiro era la línea divisoria entre su pasado y su futuro: á un lado las alegrías, las ilusiones, el amor, la vida; al otro el remordimiento, los pesares, la muerte. Es justo, pensaba; Dios me castiga. No importa que los hombres ignoren mi crimen; la conciencia me acusa y ella será mi verdugo. Ah! Si pudiera al menos salvar la vida de Luis aun á costa de la mía! Desgraciadamente me ha sido fácil arrebatlarla; me es imposible devolvérsela.

Habían llegado á la parte más áspera de la bajada, y Adolfo encareció á los conductores la necesidad de caminar con toda precaución. Miró el apósito, del que seguía fluyendo un tenue hilo de sangre:

—Con tal que no pierda demasiada..., murmuró.

Y cambiando de curso sus pensamientos;

—¡Si ella supiera lo sucedido, cómo me maldeciría! La he perdido; perdido para siempre.

¡Cómo estarán á estas horas en Zudaire! ¡Qué disgusto para D.^a Mercedes! ¡Qué pena la de D. Santiago! ¡Qué consternación la de todos!

No se equivocaba. El mensajero había dado la fatal noticia, que causó efecto aterrador. Cundió por el pueblo con la celeridad del rayo; los que salían al campo ó al monte la daban á los que estaban en ellos, y en breve apenas había uno que la ignorase.

Todas las mujeres, todos los hombres que estaban en el pueblo, acudían presurosos á la casa á enterarse, á ofrecer sus servicios, y se lamentaban de la desgracia, recordando cada cual los favores recibidos de Luis.

D. Cirilo fué de los primeros en acudir y consolar á los afligidos padres. D.^a Mercedes estaba deshecha en llanto. D. Santiago daba instrucciones á un criado para que pasase á San Martín y avisara á D. Alberto Durán, el médico, para que viniese en seguida.

—Vuela, le dijo; y después de hablar con él, llégate á Eulate y entrega á D. Cristóbal la carta que te voy á dar. Hagame el favor de escribirla, dijo volviéndose á D. Cirilo: no tengo la cabeza para nada: particípeles usted lo que ocurre.

D. Cirilo tomó la pluma y escribió:

«Querido amigo D. Cristóbal: Luis había ido de caza; se le ha disparado la escopeta y lo traen herido en el pecho. El portador ha ido á avisar al médico, y de paso llevará esta carta, que D. Santiago me encarga que les escriba, pues él no tiene humor para nada. Ya pueden figurarse cómo estará esta familia, y cómo estaremos todos, ignorando lo que pueda suceder, pero temerosos de que la cosa sea gravísima.

Su sincero amigo y Capellan q. b. s. m. *Cirilo de Aránzazu*».

Cerró la carta y la entregó al muchacho, que montó á caballo y partió á escape.

Un cuarto de hora después tuvo la suerte de encontrar

en el camino á D. Alberto que iba á Baríndano. Enterado de la novedad, dejó para más tarde la visita del enfermo de Baríndano, y se dirigió á Zudaire.

El mensajero prosiguió su viaje á Eulate y entregó la carta á D. Cristóbal, quien llamó á su hija.

—Entérate, le dijo con tembloroso acento, y le alargó la misiva.

La joven la leyó, y sus ojos se cubrieron de lágrimas. ¡Mi pobre primo! exclamó.

Y con ansiedad pidió más pormenores al criado.

Pocos pudo darle.

—El que ha venido con la noticia, (contestó), dice que del pecho le salían borbotones de sangre, y estaba medio muerto: que lo iban á traer en unas parihuelas: no sabemos más.

Las lágrimas que se asomaban á los ojos de María del Puy engrosaron y corrieron abundantes por sus mejillas.

—¡Me angustia pensar en tus pobres tíos! significó don Cristóbal.

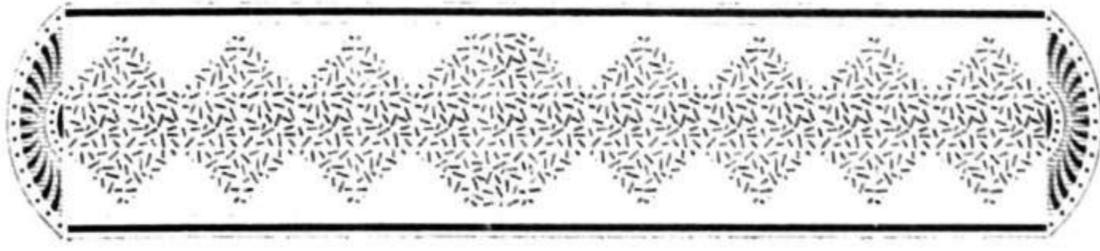
Y á continuación añadió:

—No podemos abandonarles en semejante desgracia. Necesitarán ayuda mientras dure la enfermedad; consuelo si llega la catástrofe. Dá las órdenes precisas porque nos vamos en seguida, y no sabemos los días que podremos tardar. Prepárate. Yo voy á arreglar mis cosas, y mandar que ensillen el caballo: te llevaré en ancas.

—Sí, papá: vamos en seguida. ¿Llegaremos á verlo? preguntó con angustia.

—Por mal que fueran las cosas, han de dar tiempo para eso. Y malo ha de ser que la naturaleza no triunfe. Luis es fuerte y robusto...

—No hay fortaleza contra una bala... murmuró su hija...



XXXVI

CONSULTA MÉDICA



ENTRE tanto, los cazadores habían bajado del monte y se dirigían por una senda á la carretera.

Ya no eran los mismos los que llevaban á Luis. Algunos vecinos que estaban en el monte sustituyeron á los conductores; muchos de los campesinos dejaban las labores y se unían, y la comitiva aumentaba á medida que se iban acercando al pueblo.

D. Cirilo y el médico salieron á su encuentro.

Luis continuaba con igual aspecto: su fatiga era mayor y más penosa la respiración.

Adolfo refirió minuciosamente á D. Alberto lo que había observado, y su creencia de que aquello iba muy de prisa.

La entrada en la casa fué solemne y conmovedora. Don Santiago, D.^a Mercedes, los criados, que habían abandonado sus ocupaciones, llenaban la escalera: el pueblo entero permanecía en la puerta y se extendía silencioso por la calle.

D.^a Mercedes, al ver el estado en que venía su hijo, no

fué dueña de reprimir algunos ayes dolorosos, que provocaron exclamaciones de pena y conmiseración de los que aguardaban abajo. D. Santiago con D. Cirilo precedían á la camilla, guiando á la habitación donde estaba la cama preparada. D. Alberto, Adolfo, el Alcalde del pueblo y uno ó dos vecinos seguían detrás.

El médico reconoció la lesión: la espuma sanguinolenta que la cubría, la respiración anhelosa, la expectoración sanguínea, decían bien á las claras que la herida era penetrante del pulmón, sin poderse predecir si el corazón ó grandes vasos estaban afectados. Imposible sondar en tales condiciones.

Por otra parte el enfriamiento del cuerpo y la debilidad del pulso acentuaban el peligro. Salió de la habitación y dijo:

—Desearía celebrar consulta. El caso es muy grave.

—Mi hijo se muere ¡gritó como una loca D.^{ta} Mercedes. Sávelo usted por Dios, D. Alberto!

—Se hará cuanto se pueda, señora. Agotaremos los recursos de la ciencia. Voy á disponer una poción morfina para calmar el dolor. Que traigan hielo, para aplicarlo en una vejiga. Vamos ahora á lavar la región con agua fenicada; la cubriremos con gasa aséptica humedecida, algodón y un vendaje de cuerpo, compresivo, y observaremos la marcha; pero la herida es grave y deseo consultar con un compañero.

—¿Le parece á usted bien D. Eduardo Iribarren?, dijo D. Santiago.

—Perfectamente: es un excelente profesor.

—Ahora mismo irán á buscarle á Estella. Ya sabe usted que nos ha visitado alguna vez y tengo en él ciega confianza.

—Y merecida, respondió D. Alberto.

Poco después salía un propio para Estella, con carta en que D. Santiago rogaba encarecidamente á D. Eduardo que acudiera sin pérdida de momento.

D. Alberto, ayudado por Adolfo, hizo la cura, dejando luego descansar al herido.

Las horas siguientes fueron crueles.

La respiración se dificultó más todavía; aumentó la angustia; el dolor disminuyó algún tanto, pero las facciones se descompusieron y el pulso se hizo cada vez más pequeño.

D. Alberto movía la cabeza. En cuanto á Adolfo no había que contar con él. Mudo, sentado en un rincón de la estancia, abstraído de todo, se sujetaba la cabeza con las manos, aguardando el fatal desenlace.

Cuando el cuadro que presentaba el enfermo era más penoso y mayor la ansiedad de todos, llegaron D. Cristóbal y su hija.

D. Cristóbal se asustó del cadavérico aspecto de Luis, que le saludó con una mirada, y al apercibir á María del Puy todavía tuvo fuerza para tenderle la mano. La joven la estrechó en silencio, pero no pudo pronunciar palabra. Un río de lágrimas se agolpó á su semblante, y sollozando salió de la habitación y se arrojó en brazos de D.^a Mercedes, confundiendo ambas su llanto.

Serenóse por fin, y volvió á entrar, constituyéndose en hermana de la Caridad.

—Seré tu enfermera, le dijo; pero no hables. Ya adivinaré lo que necesitas.

Y como observase que Luis iba á decir algo, se llevó el dedo índice á los labios:

—Chitón! le repitió.

Luis la miró cariñosamente y obedeció; pero seguía con la vista todos sus movimientos, hasta que poco á poco sus

párpados se cerraron por la fatiga, y pareció quedar en una especie de sopor ligero durante el que se oían los débiles quejidos que el dolor le arrancaba.

Transcurrieron unas horas mortales, al cabo de las que el mal pareció ceder.

—D. Eduardo tarda, observaba D. Alberto.

Igual impaciencia consumía á todos.

Por fin oyeron un coche que avanzaba con rapidez al vigoroso trotar de dos caballos.

—Ya está ahí, exclamó D. Cristóbal.

—Gracias á Dios! dijeron varias voces á un tiempo.

D. Eduardo se apeó del carruaje.

Era un hombre joven todavía. Tendría treinta y cinco años, pero representaba más, por las canas que asomaban en su barba negra y que eran más abundantes en la cabeza especialmente hacia las sienes. Más bien alto que bajo, enjuto de carnes, rostro ligeramente pálido, mirada reflexiva y escrutadora, como acostumbrada á la observación, que daba cierta seriedad á su fisonomía; voz sonora, de timbre grave; ojos azules; palabra precisa; continente desprovisto de toda afectación, tal era el nuevo médico que saludó á los circunstantes, y conversó breve rato con D. Alberto.

—Veamos al paciente.

Entraron en el cuarto ambos médicos acompañados de D. Santiago, permaneciendo Adolfo que estrechó la mano del recién venido.

Reconocieron al lesionado. Descubierta la herida se observó que la bala había penetrado en el tercer espacio intercostal izquierdo, á seis centímetros del borde esternal, como había indicado D. Alberto: enfisema que llegaba desde el cuello al octavo espacio intercostal; en la tos se apreciaba la salida de espuma ligeramente teñida de san-

gre; por lo demás, la hemorragia estaba contenida.

—El dolor se ha mitigado y las facciones están menos descompuestas, indicó D. Alberto.

El termómetro acusó 37°, 5: la respiración seguía siendo frecuente y superficial; la tos disminuía, pero con expectoración sanguinolenta siempre.

El Sr. de Iribarren reconocía la espalda, y al percutir sobre el pulmón izquierdo se detuvo en un sitio que exploró al tacto, y sobre el que volvió á percutir con especial cuidado.

—Observe usted aquí, señor de Durán, dijo volviéndose al médico de la Améscoa.

Este palpó, percutió y contestó:

—Hay algo, en efecto.

Adolfo seguía atentamente el reconocimiento.

Terminado éste, ambos médicos pasaron á celebrar consulta en una sala acompañados de Adolfo y D. Santiago.

D. Alberto amplió las indicaciones que había hecho á D. Eduardo.

—El sujeto, vigoroso y bien constituido, como usted sabe, (dijo), y en las mejores condiciones de salud ha sufrido hace diez horas la herida que acabamos de examinar. No hay duda de que es penetrante, con perforación del pulmón izquierdo: la salida de espuma sanguinolenta por el orificio de entrada, el enfisema que se ha presentado después, y la expectoración manchada de sangre, lo revelan inequívocamente.

¿Hay otros órganos interesados? No me he atrevido á sondar; pero me preocupa la creciente disnea de las primeras horas.

No existe orificio de salida: la bala está alojada dentro; me inclino á creer que se halla en el lugar sobre el que me ha llamado usted la atención, y donde he advertido cierta

dureza impropia del sitio, pero sin los contornos redondeados de todo proyectil; antes al contrario, con bordes irregulares.

He curado antisépticamente, comprimido el tórax y aplicado el frío, calmándose notablemente el dolor, merced á una poción morfinada. A esto se ha reducido hasta ahora mi intervención; y espero que usted me ayude con su valioso auxilio para ver si logramos salvar la vida de este simpático joven, que no he de ocultar que me inspira vivísimos temores.

Tal fué, en resumen, la sincera exposición de don Alberto.

D. Eduardo tomó la palabra y comenzó manifestando su conformidad, y aplaudiendo lo hecho.

—Ha obrado usted acertadamente, añadió, no practicando el sondaje que, en realidad, no nos hace falta. La situación de la herida alejada seis centímetros del esternón hace suponer que el corazón no ha sido afectado, y lo confirma que el pulso mísero de las primeras horas se desenvuelve y regulariza. La bala no ha interesado grandes vasos; de haberlo hecho, el enfermo no existiría.

Ha llamado justamente su atención la disnea creciente de las primeras horas; pero si consideramos que la sangre procedente de la herida ha tenido que caer en la pleura; que irritada esta membrana ha segregado en abundancia; que el derrame, comprimiendo el pulmón, dificultaba cada vez más sus funciones; agregamos que el aire, distendiendo no solo la pleura sino el tórax, ha producido intenso enfisema, y por ende nueva causa de dificultad respiratoria, claramente podremos explicarnos la ansiedad de esas primeras horas.

Respecto al lugar que ocupa la bala, privados como estamos del sondaje, sin aparatos para la proyección de los

rayos X, no hubiera sido posible formar juicio; pero al reconocer la espalda y percutir sobre el pulmón izquierdo he advertido, y usted habrá notado también una tumorción al nivel del ángulo escapular, región que estaba sensible á la presión, apreciándose una superficie dura, irregular, pero que bien podría ser la bala deformada; y, como su extracción no ofrece ninguna dificultad, procedería inmediatamente á sacarla, practicando la incisión de la piel; haría en ambas heridas una cura por oclusión, después de minuciosa limpieza antiséptica, y continuaría con los medios dispuestos por usted, esperando que las heridas externas no supuren, en cuyo caso no dudo de la rápida curación del enfermo; sin que me asustase una ligera pulmonía traumática, si llegara á presentarse, que confío en que no suceda, pues desde el primer momento la desinfección ha sido cuidadosa y las condiciones orgánicas del enfermo son las mejores que podríamos apetecer.

Lo que me extraña es la dirección de la herida: era natural que, si la escopeta se le cayó á Luis y se disparó al golpe, la bala hubiera entrado de abajo arriba, y no es tal su trayectoria; para explicarla tenemos que suponer una posición anormal por parte del herido; pero no hay para qué molestar á este con preguntas: lo esencial es que no tengamos lesionado más que el pulmón, y que no sobrevenga supuración al exterior.

Tal fué en síntesis el criterio manifestado por don Eduardo.

D. Santiago respiró; y no menos Adolfo, que por primera vez asentía abrirse su corazón á la esperanza. Sabía las excepcionales dotes del Sr. Iribarren, que había seguido brillantemente la carrera y acreditado en la práctica su ciencia; y la confianza que revelaba ganaba su ánimo.

—No se le oculta nada, pensaba para sí; diríase que

las cosas son para él diáfanas, y que hasta ha adivinado que Luis no se ha herido á sí mismo.

Acordes los médicos se trató de sacar el cuerpo extraño.

—Encárguese usted, le dijo D. Alberto: usted se ha fijado más en él.

—Como usted quiera, contestó D. Eduardo, quien, á ruego de D. Santiago, salió á la habitación en que estaban D.^a Mercedes, D. Cirilo, D. Cristóbal, María del Puy, el Alcalde, y Juan Luna, que no se movía de la casa, para comunicarles el resultado de la consulta.

—Estoy (les dijo) en un todo conforme con mi compañero, que ha sabido salvar con gran acierto los primeros y mayores peligros: la situación sigue siendo grave, pero espero muchísimo de las condiciones orgánicas del herido, y confío en que el éxito más completo coronará nuestros esfuerzos. Vamos ahora á extraer la bala.

Aquellas palabras cayeron como suave bálsamo sobre los afligidos corazones de los circunstantes; pero D.^a Mercedes á quien, en el estado en que se hallaba, le sobresaltaba todo, preguntó:

—Esa operación ¿es peligrosa?

—No señora: sencillísima y sin peligro alguno.

Tranquilizóse con esto; y los médicos entraron en la habitación del paciente, al que comunicaron sus impresiones favorables y anunciaron la operación que iban á practicar.

Realizóla D. Eduardo con extraordinaria precisión y limpieza, mostrando el proyectil, que extrajo, y cuyo extremo delantero aparecía con alguna irregularidad.

Procedieron á la cura de las dos heridas, y después de dar otra cucharada de la poción de morfina, disponiendo que la continuase tomando cada tres horas, D. Eduardo anunció su propósito de regresar á Estella.

—No se vaya usted, le dijo D.^a Mercedes. Su sola presencia me infunde valor.

—No hago ninguna falta, señora, y otros enfermos me esperan.

María del Puy se acercó á su tío y le dijo:

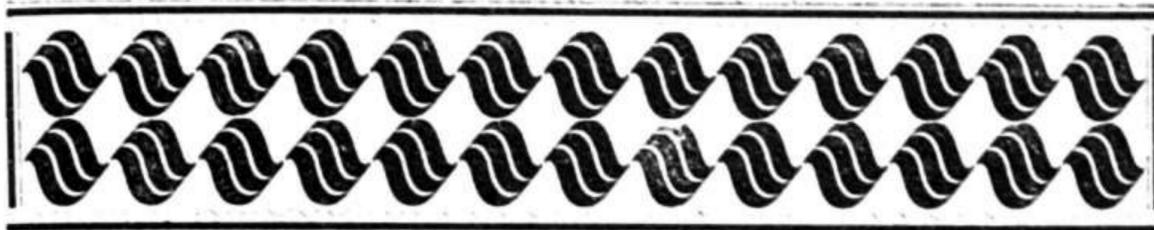
—Instele usted á que se quede.

D. Santiago, que no deseaba otra cosa, lo hizo así; y para más fuerza invocó la proximidad de la noche.

—El carruaje lleva faroles, contestó; y les repito que no soy preciso. Aquí queda D. Alberto que, si ocurre alguna novedad de importancia me avisará, y entonces yo vendré sin falta.

Poco después partía D. Eduardo, á quien todos mostraron su reconocimiento.





XXXVII

CURACION DE LUIS

ADOLFO había vuelto á instalarse en la habitación del enfermo ocupada también por María del Puy y á ratos por D.^a Mercedes. D. Cristóbal y D. Santiago aparecían con frecuencia.

Cuando este entró se aproximó á él Adolfo y le dijo:

—Agradecería que enviase usted recado á mi madre de que no me espere. Me quedo á cuidar á Luis.

D. Santiago le dió las gracias, y prometió que un dependiente saldría sin dilación á cumplir el encargo.

D. Alberto se despidió hasta el día siguiente.

—También usted se marcha? le reconvino D.^a Mercedes.

—Se queda Adolfo; pero vendré mañana temprano, y si algo ocurriera no tienen más que llamarme. Voy á ver al enfermo de Baríndano, que ya es hora.

—Tiene usted razón. ¿Qué ha de tomar Luis?

—La cucharada de poción de morfina cada tres horas.

—Sí, ya, sí: decía de alimentos.

—Por ahora leche y caldo solamente: una jicarita cada

dos horas; pero si duerme, (que sí dormirá, aunque no sea más que por la morfina) dejarlo estar.

En efecto; la mayor parte de la noche la pasó con cierto sopor.

—¿Será esto malo? se decidió á preguntar María del Puy á Adolfo.

—No. Así repone sus fuerzas para la lucha que la naturaleza ha entablado contra el mal.

—¿Y tú, qué opinas? ¿Que vencerá su naturaleza?

—Llegué á temer que nó; pero después que he oído á D. Eduardo nada tengo que objetar á su opinión.

—Si Dios quisiera...! indicó la joven, que fué á sentarse junto á la cama.

Adolfo siguió en su rincón.

Marieta, cuando no se ocupaba del enfermo, volvía alguna vez la cabeza á donde estaba Adolfo, y se maravillaba de su actitud.

—¡Qué mudado está! pensaba. No es el mismo. Ese abatimiento, esa inmovilidad no se explican en su carácter. ¿Qué habrá pasado?

Nada menos que cuatro eran los que cuidaban de Luis en la habitación. María del Puy que, alegando que debía la vida á su primo, había recabado el derecho de no abandonarlo: D.^a Mercedes, á la que era inútil hablar de separarse un instante de su hijo; Adolfo, á quien cuando se le indicó que se acostara, contestó terminantemente que para velarlo se había quedado en Zudaire; y Juan, que pidió por favor que le dejaran en un rincón. ¡También á él le había salvado la vida!

—Mejor sería que estuviéramos menos, indicó Adolfo.

Pero como nadie renunciaba á su derecho siguieron los cuatro. Afortunadamente, la habitación era grande y fácil de ventilar.

De vez en cuando hablaban en voz baja las mujeres.

—Lo que más miedo me dá es su respiración, decía D.^a Mercedes. No cesa un momento. Parece que se queja más.

—Yo creo que nó; pero como no entiende una... Voy á preguntarle á Adolfo.

Este tomó el pulso á Luis.

—No hay novedad contestó. La respiración es algo más frecuente por la fiebre.

—Pues entonces se ha complicado la cosa.

—Al contrario. El temor principal estaba en su enfriamiento, pero ha reaccionado, y la fiebre es una ventaja.

—De modo que no hay que temer á la calentura?

—Mientras sea moderada como ahora, nó: sería un peligro si se elevara demasiado.

María del Puy comunicó á D.^a Mercedes la contestación de Adolfo.

Luis se despejó un rato, quejándose de dolor.

Todos acudieron á la cama.

—¿Te duele mucho, hijo mío?

—Bastante..... aquí, dijo señalando á su costado izquierdo.

—No te canses en hablar, repuso Adolfo.

—Ni puedo casi...

—No importa: todo marcha bien, por sus términos regulares.

Marieta había entretanto cogido la medicina, y se aproximaba á la cama con la cuchara dispuesta.

El paciente hizo signo de que no quería tomarla.

—Te conviene..., te probará muy bien..., le indicó la joven.

Luis rehusaba.

—Por tu madre... por mí...

Luis la apuró de un trago. Poco después se durmió con un sueño ligero.

Cada cual volvió á su posición respectiva.

La noche, como de verano, era corta; pero sin embargo las horas se les hacían eternas.

Alguna vez Marieta, preocupada con que la fiebre tomara vuelo, se acercaba de puntillas á la cama y pasaba suavemente su mano por la frente del enfermo, comprobando que sensiblemente no había aumentado el ardor de la piel. Una de las veces Luis abrió los ojos, se dió cuenta, y al retirar María su mano se la cogió y la llevó á sus labios.

María del Puy se inclinó como arreglando las ropas de la cama, y poniendo su boca en el oído de Luis le dijo con dulce acento:

—¡Amor mío!

Una sonrisa de purísimo gozo se dibujó en el semblante del herido, que rompiendo su silencio: le contestó por lo bajo:

—Esa sí que es medicina.

Amaneció por fin: el sol levantándose por encima de Gollano iluminó con sus rayos la habitación, cuyas ventanas abrió Adolfo ventilando la pieza.

Más tarde se presentó D. Alberto que inspeccionó al herido.

—Esto marcha, dijo con satisfacción. Apenas hay fiebre, y no se advierte exudación en el apósito, que se conserva perfectamente.

—¿No hay complicaciones? preguntó D. Cristóbal, que había entrado en pós del médico.

—Ninguna y cada día que pase así, es un adelanto considerable.

—¿Hasta cuando ha de llevar el apósito?

—Hasta dentro de seis días: entonces lo levantaremos. Adolfo refirió detalladamente á D. Alberto cómo había pasado Luis la noche.

—Nada, nada que sigamos así es lo que hay que desear. Continuar con los mismos alimentos y medicación.

En los días sucesivos la mejoría se fué acentuando. No había fiebre; la expectoración dejó de dar sangre; el dolor era menos vivo; la respiración más libre; la inspección exterior del apósito no acusaba señales de supuración.

—¡Hombre! Esto dá gusto, decía D. Alberto, que desde el cuarto día dispuso que se suministraran alimentos ligeros al enfermo. Si seguimos así pronto vamos á estar fuera de peligro. ¡Lo que hace la juventud! Es admirable...

En la casa comenzaba á entrar la animación.

D.^a Mercedes, que la había desatendido por completo, se cuidaba ya de las faenas domésticas.

Juan había vuelto á sus quehaceres, bajo promesa formal de que á la menor novedad se le avisaría, donde quiera que estuviese.

—Del fin del mundo vendría... manifestó. Mis brazos, mi voluntad, mi vida son del señorito.

D. Santiago y D. Cristóbal daban algún paseito por el jardín, y á veces conseguían que les acompañara Adolfo, que en lo demás estaba como un perro fiel junto á la cama de Luis, de cuya casa había dicho que no saldría mientras no viese al enfermo fuera de todo peligro.

María no se apartaba de la cabecera del herido, quien no se hallaba sin ella. La joven dormía unas horas á la tarde, pero fuera de eso no había quien la sacase del cuarto.

—Vas á caer enferma con tantas noches como pierdes, le decía D.^a Mercedes. Ya ves cómo me acuesto yo algún día. Esta noche te toca á tí.

—Usted no duerme siesta, contestaba. Déjeme á mí, que ya sé lo que me hago.

—Pero si es imposible que resistas...

—Quite de ahí. Usted sí que se excede: las noches que se queda no cierra usted un ojo: mientras que yo doy mis cabezaditas ínterin Luis descansa. No tengo pizca de sueño ni cansancio; créalo usted. Ya vé lo bien que me encuentro; y ¿cómo no, si Luis mejora tanto?

—Vales más oro que pesas..., le decía abrazándola D.^a Mercedes, que la dejaba hacer, al verla fresca y animosa.

Algunos ratos se quedaban solos los dos primos, y Luis, que siempre tenía gana de conversación, la entablaba con cualquier pretexto.

—Poco á poco con tanto hablar, le interrumpía la joven. ¿Vés? Ya te da la tos. Aguarda un poquito, que entonces podrás desquitarte.

—Al menos háblame tú: quisiera estar oyendo siempre tu voz.

Y la joven le entretenía contándole mil cosas; refiriéndole su susto, sus impresiones, su alegría presente, sus esperanzas venideras; y no parecía sino que Luis bebía la salud en los ojos de su prima, y que sus palabras y cuidados eran el antídoto más eficaz contra la enfermedad, al ver como avanzaba en la curación.

Uno de los días, el sexto, Luis le dijo:

—Ya no nos separaremos nunca, verdad? Después de lo que he sufrido (y no lo digo por mi enfermedad que ha sido un don del cielo); después de tenerte noche y día á mi lado, no me resignaría á vivir sin tí. En seguida que me ponga bien nos casaremos...

La joven se ruborizó, pero dirigió á su primo una sonrisa.

—No sabes la impaciencia que siento, continuaba: me parece que voy á perderte, y no descansaré hasta que Dios consagre al pié de los altares esta unión de nuestros corazones que solo la muerte podrá romper: ¿no es cierto, Marieta?

—Sólo un amor he tenido: sólo un amor he de sentir en mi vida, y este eres tú, le contestó la joven. Nada de más hago con dedicarte una existencia que salvaste á peligro de la tuya.

—Y tú acabas de salvármela, porque á tí la debo, ténlo por seguro.

Y volviendo á su tema, proseguía:

—Verás qué felices vamos á ser. Todo lo tengo arreglado. Cuando dormía, no dormía: trazaba mis planes, ideaba la distribución. Escucha: tu padre y tú os vendreis á Zudaire. Dejaremos á mis padres en el cuarto que ocupan; el tuyo tendrá el gabinete que dá al jardín, donde se hallará como el pez en el agua; nosotros nos instalaremos en esta habitación, que quiero que sea testigo de mis dichas, como lo ha sido de mis padecimientos; y cuando la familia se aumente, tenemos espacio de sobra en el piso de arriba, que puede dividirse en cuartos preciosos.

Marieta se ruborizó de nuevo.

—Pues no corres poco, le contestaba.

—Pero ¿lo encuentras bien? ¿quieres que hagamos otra distribución?

—Me parece excelente, y sobre todo que estemos todos, todos juntos.

La entrada de Adolfo interrumpió el diálogo.

Este se acercó al herido; le pulsó, y exclamó:

—D. Alberto se maravilla de lo que avanzas en la curación, y con fundamento: mañana se te levantará el apósito.

—Gracias á vuestros cuidados...

—¡Bendito sea Dios que quiere concederme verte á salvo!
Y volvió á su rincón y á su inmovilidad.

María no se explicaba el modo de ser de Adolfo. Imposible dudar de su afán porque Luis recobrarla la salud: pruebas harto claras estaba dando de su abnegación; pero era igualmente innegable la profunda tristeza que revelaba su semblante. Había allí una transformación, una radical mudanza, cuya clave se escapaba para la joven. Adolfo, que era el movimiento continuo, parecía la estatua de la quietud; él, que hablaba sin cesar, pasaba horas enteras sin desplegar los labios; y no era menor su cambio respecto á ella: en todo el curso de la enfermedad, y á pesar de las numerosas ocasiones en que estuvieron solos, no había hecho la menor alusión á su cariño.

Algo pasaba, que el tiempo se encargaría de descubrir.

Al siguiente día vino D. Alberto como de costumbre, y se dispuso á levantar el apósito. Todos rodearon la cama del enfermo.

D. Alberto procedió á levantar las vendas, el algodón hidrófilo y las gasas, quedando al descubierto el colodión yodofórmico que cubría la herida, que podía darse por cicatrizada.

—Magnífico, exclamó. Ni una gota de pus. Vean ustedes qué limpia y qué buen color presenta. Sea enhorabuena: el enfermo está fuera de todo peligro, y desde luego predigo que la convalecencia será tan rápida como la curación. Veamos la otra herida, pero esa no me daba cuidado...

Y la descubrió.

—Curada. No se puede pedir más.

Imponderable fué la alegría de todos, quienes así lo demostraron al médico.

—De buena te has escapado, decía éste á Luis. Es un

milagro que el proyectil haya pasado sin lesionar otros órganos; y eso que bastante era que el pulmón estuviese atravesado de 'parte á parte: no llegaba á un dedo lo que faltó á la bala para salir por la espalda; pero, amigo mío, tienes una naturaleza envidiable, privilegiada, capaz de reponer en un santiamén el pulmón entero...

Ya se le pueden dar más alimentos; y desde mañana que se levante un rato de once á doce, y que le hagan la cama.

Aquella tarde se despidió Adolfo de la familia.

—Gracias á Dios, les dijo, Luis está fuera de todo peligro. Yo hago falta en mi casa, donde tengo asuntos que arreglar, y con su permiso me retiro.

Y fué despidiéndose uno á uno de todos, que le demostraban su reconocimiento.

—No me den ustedes las gracias. Era obligación en mí, y aún me falta mucho para pagar lo que debo á Luis.

Sólo este comprendió lo que Adolfo quería decir. Los demás supusieron que lo decía por la antigua amistad que unía á ambos jóvenes.

Al separarse de Luis y María, lo hizo de un modo más significativo; les estrechó la mano con fuerza, les dirigió una expresiva mirada, y profiriendo un solemne «adiós,» se lanzó fuera de la habitación.

Dos días más tarde se presentó D. Alberto á la sazón en que Luis estaba levantado:

—Lo que yo decía; esto vá á escape. Dentro de poco estarás mejor que antes. A ver, respira fuerte

Luis respiró sin inconveniente.

—Más fuerte: haz una inspiración profunda.

Antes de concluirla, hizo un gesto de dolor.

—Aun queda un poco, repuso D. Alberto. El proceso reconstitutivo está para terminar: en otros camina á paso

de carreta; pero tú lo llevas con la velocidad de un tren exprés.

Y cuando se disponía á marchar se llevó la mano á la americana:

—Se me olvidaba. Adolfo me ha dado esta carta, encargándome mucho que te la entregara en propias manos. Con que, ahí la tienes; y se la alargó.

Luis la introdujo en un bolsillo, y cuando se quedó solo, (por haber salido los demás á despedir al médico, que en la escalera seguía dando sus últimas instrucciones), la sacó, abrió y leyó lo siguiente:

«Querido Luis: Cuando pases tu vista por estas líneas estaré lejos de vosotros. Me voy lejos, muy lejos. No quiero turbar vuestra dicha; no me siento todavía con fuerzas bastantes para presenciaria: pero no juzgues por ello que la miro con pesar. Te juro que hago votos ardientes por vuestra felicidad, que estoy seguro que ha de ser tan cumplida como uno y otro mereceis.

Ya no soy tu rival: me has vencido á fuerza de abnegación. Pagaste mi crimen con una generosidad inaudita; mi traidor disparo con tu piedad. Dios ha querido salvarte, librándome de un remordimiento eterno; pero tu curación no quita mi culpa; y al ausentarme de estos valles, humildemente te pido otra vez perdón.

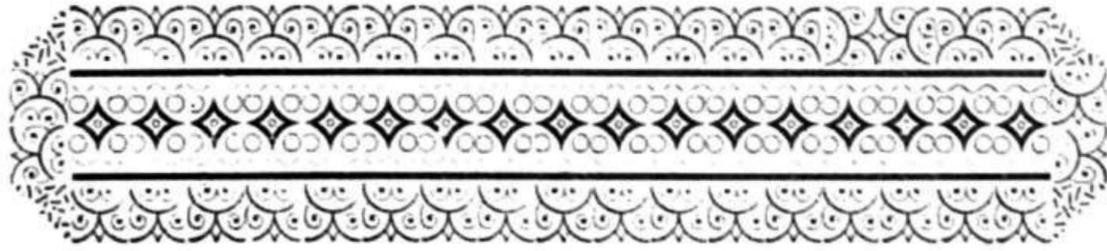
No sabré decirte lo que he sufrido en estos horribles días, en que mi destino ha quedado decidido para siempre. Para rehabilitarme á mis propios ojos, para hacerme digno del perdón que tan sin condiciones me otorgaste, era preciso que mi vida lo fuese en adelante de expiación, y ya la he comenzado por lo más doloroso; renunciando á un amor doblemente imposible; imposible porque su corazón es tuyo, é imposible aunque así no fuera porque me he hecho indigno de que sus ojos se posen en mí. *Ella* es toda can-

dor y dulzura ¿cómo unirte sin que la manchara con mi vileza y falsía? Pero te aseguro que no lo he logrado sin amarguísimo pesar; y ahora mismo en que me preparo á salir de estos lugares de que mi iniquidad me arroja, las lágrimas me anublan el papel en que te escribo.

Mas no por eso renuncio á todo amor: no hará más que cambiar de objeto. ¡Hay en el mundo tanto llanto que enjugar; tantas miserias que socorrer; tantas tristezas que consolar, tanta víctima á que asistir! De hoy más mi amor es para los desgraciados, para los que sufren, para los arrepentidos. Mi profesión me permitirá consagrarme al alivio de los males físicos; y mi vocación me llevará á depositar una gota de bálsamo en los corazones apenados: ya ves que mi misión es también hermosa...

Adiós, Luis; dile que ruegue alguna vez por mí, y reserva un pequeño lugar en tu memoria para tu antiguo amigo, que más que nunca desea que le conserves ese dulce título, por indigno que de él sea. ADOLFO. »





XXXVIII

EPÍLOGO

POCO tiempo después se celebraba en Eulate con gran pompa y concurrencia el matrimonio de María del Puy y Luis, que fué bendecido por el párroco D. Cirilo, convenientemente autorizado por su compañero D. Antonio.

Los recién casados se trasladaron á Zudaire en compañía de los padres de Luis, que habían asistido á la boda, y de D. Cristóbal, decidido á pasar con su hija el resto de sus días.

—Este es el colmo de la felicidad, decía Marieta en el camino á D. Santiago y á D.^a Mercedes. Mi sueño dorado era que todos estuviéramos reunidos, y Dios me lo concede con usura. ¡Cuántas gracias tengo que darle!

—No son menores, le contestaron, las que nosotros tenemos que tributarle por la dicha que logramos.

—El más afortunado soy yo, manifestó D. Cristóbal, que voy á encontrarme en vuestra casa...

—En *tu* casa, le interrumpieron sus consuegros.

—Bueno: en *nuestra casa*, con más numerosa familia y sin otro quehacer que el de dejarme mimar.

Luis sonreía, aprobando las palabras de todos y contemplando á su esposa, que estaba encantadora.

No hay que decir la unión y alegría que reinaron en la casa de Zudaire. Y cuando al cabo de un año vino al mundo un robusto infante á poner en conmoción á sus moradores, el júbilo fué extraordinario.

Algunos días después del bautizo se recibió carta de Adolfo, que desempeñaba la plaza de médico titular en un valle de las montañas de Asturias, donde había cumplido su resolución de consagrarse en cuerpo y alma á los enfermos y á los pobres, cuyas dolencias y necesidades procuraba remediar con tal celo y abnegación, que por donde quiera que iba le acompañaban las bendiciones de todos.

La carta decía así:

«Mis inolvidables amigos María y Luis: Recibo en este escondido rincón la grata nueva, que me comunica mi madre, de que el Señor os ha concedido un hermoso hijo, que será el encanto de vuestro hogar.

Me figuro la dicha que sentireis y rompo mi silencio para aseguraros la sincera parte que tomo en ella. Sí, amigos míos; de todo corazón me asocio á vuestra felicidad, de que tan dignos sois; y estad ciertos de que ella contribuye á mi tranquilidad y satisfacción.

Mi *satisfacción* digo, y no retiro la palabra, porque Dios, en su infinita bondad, me la concede en un grado que no merezco. ¡Si vierais el amor que me tienen estas pobres gentes, la confianza que les inspiro, los testimonios de respeto y gratitud que me dan! Yo les hago el bien que puedo, pero ellos me lo pagan con creces.

No por eso me olvido de la Améscoa á la que con frecuencia se vuelven mis ojos, pero es natural que haya tomado cariño á este país con el que también me unen lazos muy dulces; vine con el alma transida de pena y aquí

he hallado, en el cumplimiento del deber y en el ejercicio de la caridad, una calma que juzgaba imposible y que á veces, se convierte en suave contento. Soy, pues, más afortunado de lo que podía y debía prometerme. 

No extrañéis que no os escriba sino en ocasiones excepcionales: sobre que la vida del médico es tan atareada que nunca dispone con seguridad de un cuarto de hora, mis *circunstancias* son especialísimas; pero estad seguros de que contemplo con placer vuestra ventura y que todos los días pido á Dios que os la acreciente y se refleje en vuestros amados padres y en cuantos os rodean.—ADOLFO.

Luis se apresuró á contestar lo mucho que habían agradecido su carta y el placer con que *todos* le verían en aquella casa, donde le excitaban á pasar una temporadita, descansando de sus tareas profesionales; pero Adolfo le respondió que por entonces era imposible: «no *conviene* (subrayaba) que vaya á esa por ahora; quizás más adelante me atreva á hacerlo; pero si alguna vez necesitarais de mis pobres servicios, avisadme y volaré á Zudaire; de no ser así, dejadme entre mis enfermos y necesitados, á los que hago más falta que á vosotros».

Luis no insistió.

Transcurrieron dos años al cabo de los que una niña vino á renovar las satisfacciones de la familia, que fué agradablemente sorprendida por la inopinada presencia de Adolfo:

—Vengo, les manifestó, á por mi madre, á conocer á uestros hijos y á visitaros: este día os lo dedico.

Por más instancias que le hicieron solo pudieron conseguir que permaneciera un día más.

Una de las veces en que Adolfo y Luis estaban juntos, éste le dijo con sentimiento:

—¿Quién sabe cuándo vendrás? Ahora, que te llevas á

tu madre, paréceme que das un adiós eterno á estos lugares.

—Volveré de vez en cuando, le contestó, ya que sigues siendo tan generoso que cubres con tu indulgencia mi pasado; y si me toca sufrir el dolor de perder á mi anciana madre aún me quedará una doble familia; mis enfermos y pobres, allá; y vosotros, aquí.

FIN



INDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
I Una mujer afligida..	I
II Ojeada retrospectiva..	11
III Nuevos antecedentes..	21
IV En busca de Juan..	31
V Salvación..	43
VI La comisión de D. Cirilo. Bajada del monte..	53
VII En casa de D. Cristóbal..	67
VIII Pájaros, piano y canto..	79
IX Adolfo Iturrigoiti..	93
X De visita..	103
XI Conversación inconveniente..	119
XII Serenata..	129
XIII Luis en Eulate..	143
XIV Torturas y preocupaciones..	153
XV Proyectos de asistencia á fiestas..	169
XVI Un galope desenfrenado..	189
XVII Obsequios de Adolfo, y tristezas de Luis..	205
XVIII Apuros de D. Cirilo..	221
XIX Despejóse la incógnita..	229
XX Esperando al coche..	243
XXI Camino de Estella..	251
XXII Principian las fiestas..	263
XXIII Subida á la Basílica..	273
XXIV Reparto de premios..	281

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
XXV Paseo concurrido.	293
XXVI Siguen las fiestas.	305
XXVII La entrada de las vacas.. . . .	315
XXVIII Complicaciones.	323
XXIX En el baile.	335
XXX Coloquio de padre é hija.—Los auroros.. . . .	351
XXXI En Zudaire.	357
XXXII El nacimiento del Urederra.	377
XXXIII Caída de Marieta.	389
XXXIV Confidencias.. . . .	397
XXXV Incidente inesperado.. . . .	407
XXXVI Consulta médica.	415
XXXVII Curación de Luis.	425
XXXVIII Epilogo.	437

